

A romantic close-up photograph of a man and a woman lying down, looking at each other. The man is on the right, with a beard and curly hair, and the woman is on the left, with long dark hair. They are both looking towards the center, creating an intimate and tender atmosphere. The lighting is soft and warm, highlighting their profiles.

Háblame de nosotros

SARA VENTAS

Háblame de nosotros

Sara Ventas

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción parcial o total de esta obra ni su incorporación a ningún sistema informático o transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación o cualquier otro método, sin el permiso previo y por escrito de su autor. La infracción de los derechos mencionados podría constituir un delito contra la propiedad intelectual: Art. 270 y siguientes del Código Penal.

Título: Háblame de nosotros

Registro: 2011165898119

Copyright © Sara Ventas, noviembre 2020

Copyright portada © Sara Ventas

Capítulo 1

Rebeca

Madrid, 11 de noviembre

Oigo el leve sonido de un burbujeo rítmico a mi derecha, amortiguado ahora por la voz procedente de una megafonía lejana. Sé que es de día, noto el resplandor a través de mis párpados. Pero no logro abrir los ojos, parecen haberse pegado en la raíz de las pestañas. Tampoco mi boca quiere reaccionar a mis ordenes, y siento la lengua acartonada y áspera. Necesito agua. ¿Estaré soñando? Quiero despertar y beberme un litro del tirón. ¿Por qué tengo tanta sed? También me invade una inquietud de algo pendiente, como si tuviera que hacer algo o levantarme enseguida porque llego tarde a algún sitio; aunque no sé adónde, es tan solo una sensación que me oprime el pecho. Pero no puedo hacer nada. ¿Sigo soñando?

—Creo que se está despertando.

Escucho a mi alrededor una voz masculina y desconocida. Quien sea que habla me ha cogido la mano derecha. Me agarro a la suya como si de un bote salvavidas se tratara; o eso creo, al menos, no tengo fuerzas y apenas puedo estirar los dedos.

—Parece que sí —responde ahora una mujer en tono alegre, parece muy joven por su timbre de voz—. No se mueva de aquí, voy a avisar al doctor.

«¿Al doctor? Pero ¿dónde demonios estoy?».

—No, mejor quédese usted —responde el hombre y suelta mi mano al mismo tiempo—. Sabrá actuar mejor que yo en caso necesario. Aviso a sus compañeros.

—Vale. Tranquilo, no te preocupes —le contesta ella con la misma voz dulce—. Rebeca, ¿puedes oírme? —se dirige a mí ahora, creo que nos hemos quedado a solas.

«Sí, te escucho», quiero responderle, pero las palabras se niegan a salir de mi boca.

—¿Ha despertado? —dice otra voz femenina, distinta a la anterior y más profunda.

—Ha abierto un poco los ojos —responde ella—. Creo que le molestaba la luz.

Consigo abrirlos finalmente, aunque veo algo borroso y noto un leve mareo que me obliga a cerrarlos de nuevo.

—¿Cuándo se le ha retirado el oxígeno?

—Ayer a última hora.

Parpadeo varias veces antes de volver a enfocar la mirada. Han bajado un poco la persiana y la luz de la estancia es menos agresiva.

—¿Puedes hablar? —La nueva voz se dirige a mí. Es una mujer de unos cincuenta años y, por el uniforme que lleva, deduzco que se trata de una enfermera también.

—A... —consigo articular.

—¿Recuerdas tu nombre?

«Pues claro que recuerdo mi nombre, ¿qué clase de pregunta es esa?».

—Ag...

—Creo que necesita agua —afirma—. El doctor vendrá enseguida.

Me acerca un vasito con un dedo de agua o menos.

—Poco a poco —me dice, quitándomelo enseguida.

—Buenos días, doctor —saluda la que estaba conmigo desde el principio—. Le hemos dado un poco de agua. Solo hace unos minutos que ha despertado. —Abandona la habitación tras comunicarle la situación al médico, mientras la otra enfermera no para de toquetear las bolsas del suero.

—¿Sabes dónde te encuentras? —me pregunta el doctor, apuntándome con una luz a los ojos.

—¿En un hospital? —Esta vez logro articular las palabras sin dificultad.

—¿Recuerdas que tuviste un accidente? —Me sujeta delicadamente por los hombros, impidiendo que me incorpore—. No intentes levantarte, aún es demasiado pronto.

—¿Un accidente?

—Ibas en un coche camino del aeropuerto, según nos contó Iván —responde mientras va anotando algo en lo que supongo que será mi informe médico—. ¿Recuerdas algo de eso?

—¿Iván?

—Sí. —Ha dejado de escribir y me mira con atención ahora—. No te preocupes, está aquí.

—No conozco a ningún Iván.

—Entiendo —dice con una voz que me transmite serenidad, a pesar de que estoy comenzando a alterarme. No consigo recordar qué clase de accidente me ha traído hasta aquí—. ¿Sabes qué día es hoy? —me pregunta.

—No estoy segura del día, pero... mediados de enero, supongo.

La enfermera me está mirando de un modo extraño.

—Dile que entre, por favor —se dirige a ella—, tal vez sufra amnesia postraumática.

—¿Amnesia? —replico, algo confusa o más bien escéptica—. Eso es imposible. Sé perfectamente quién soy. Me llamo Rebeca Escudero, vivo en Ibiza, trabajo en Inmosunny... Podéis llamar a mi compañera Inés, ella podrá confirmarlo todo desde la oficina —les explico, entusiasmada por la idea de que ella lo corrobore—. Trabaja conmigo. ¿Hoy es domingo?

«Espero que lo sea. Mi jefe no es muy amigo del absentismo laboral ni con cuarenta de fiebre».

—Jueves.

—Tengo que marcharme. —Intento incorporarme de nuevo—. No puedo faltar al trabajo.

—Lo entiendo, Rebeca. Pero no te preocupes por eso ahora, todo el mundo está al tanto de tu situación. Tenemos que hacerte unas pruebas rutinarias —afirma amablemente. Su voz es sumamente tranquilizadora—. Además, no estás en las mejores condiciones para coger un avión de vuelta.

—¿Avión de vuelta?

—Sí. Estás hospitalizada en Madrid.

«Pero... ¿qué...?»

—¿Es una broma?

—No, en absoluto —niega muy serio—. Y tu respuesta confirma mis sospechas. ¿Qué es lo último que recuerdas?

—No sé... —Me froto la cara y trato de hacer memoria. Lo cierto es que me siento aturdida y me duele muchísimo la cabeza—. Creo que anoche iba a salir con mi amiga Inés y... ¡Sí, eso es! Fuimos a... ¿o al final no fuimos a la fiesta? ¿Puedo llamarla un momento? Ella lo confirmará todo.

—¿La fiesta era aquí en Madrid?

—No, no, en Ibiza. ¡Yo a Madrid no he ido!

Ha sonreído disimuladamente al escuchar mi respuesta, y ya no sé qué pensar... ¿Podría tratarse de una cámara oculta?

—¿Qué día se celebraba esa fiesta?

—Anoche.

—Y anoche, según tú, ¿qué día era?

—Diecinueve de enero.

—¿Año?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Son preguntas rutinarias. Tranquila. ¿En qué año estamos? —insiste.

—Dos mil diecisiete.

—No quiero que te asustes, ¿vale? Pero es normal desorientarse un poco en estos casos.

—¿En qué casos?

«Estoy empezando a preocuparme de verdad. ¿Cómo se le ocurre empezar una frase con *no quiero que te asustes*? Eso lo potencia al máximo».

—Acabas de despertar de un coma inducido por un traumatismo craneoencefálico. Tuvimos que extraer un hematoma que agregaba presión a tu cerebro. Pero todo está bien. No debes preocuparte.

—¿Un coma? —repito, pensativa, intentando hacer memoria de ese supuesto accidente que ha mencionado—. Entonces, ¿qué día es hoy?

—Once de noviembre de dos mil dieciocho.

—¿Llevo casi dos años ingresada?

—No, claro que no. Son aproximadamente dos semanas. —Está comprobando el informe que tiene en la mano—. Trece días desde que ingresaste en urgencias el treinta de octubre.

—¡No puede ser! ¡Mi jefe me habrá despedido! Tengo que llamar a la oficina y a mi padre. ¿Dónde están mis cosas? ¿Y mi teléfono?

—Ahora, cuando venga tu acompañante, te entregará tus pertenencias —me informa la enfermera.

Está quitándome la vía del brazo y cuando acaba sale de la habitación con todo el material.

—Pero ¿de qué acompañante hablamos? —le pregunto al doctor.

En ese momento entra de nuevo la otra enfermera, la más joven, y parece algo contrariada.

—No localizo a su novio en la sala de espera, doctor.

«¿Ha dicho *su novio*?»

—Avisa en la recepción para que se pongan en contacto con él. La paciente sufre amnesia.

—De acuerdo, voy enseguida.

—Vamos a realizarte algunas pruebas, Rebeca. Es normal que estés confusa y todo lo que te está pasando. Poco a poco irás recuperando la memoria, ya lo verás. Quédate tranquila, ¿vale?

No lo entiendo. Trato de hacer memoria y a mí no me parece que haya olvidado nada. Incluso recuerdo el número de teléfono de mi padre y el de la oficina. También el de mi madre, aunque ese me da igual olvidarlo. Incluso podría hacer un informe mental de los apartamentos que tenemos ocupados y libres.

A los diez o quince minutos, llaman a la puerta. El doctor se ha marchado y la enfermera que me quitó la vía me entrega ahora un vasito con varios tipos de pastillas. Se espera a mirar si me las tomo. Ni que tuviera quince años...

—Ya han localizado a tu chico —me informa, tras coger el vaso vacío que le he devuelto—.

Menudo susto le diste. Apenas se ha movido de tu lado.

No sé qué decir ni cómo reaccionar a sus palabras. El último novio que recuerdo... prefiero olvidarlo. Y mi vida amorosa desde entonces se ha reducido a relaciones más bien esporádicas y sin compromiso de ningún tipo.

—¿Dónde podría conseguir un periódico? —le pido.

—Tómalo con calma. No es bueno que fuerces tan pronto la vista, ya has oído al doctor.

—Solo quiero comprobar... una cosa —titubeo.

—¿La fecha de hoy? —adivina ella, con una mirada que está a medio camino entre la extrañeza y la complicidad.

Suenan unos nudillos tocando la puerta entreabierta.

—Hola, ¿se puede?

Su voz me resulta familiar, creo que es el que me sujetaba la mano antes de ir en busca del doctor. Es un tipo alto y tirando a delgado, de edad aproximada... diría que cercano a los cuarenta o quizás menos. Lleva el pelo algo desgreñado y, junto con la barba de tres días, le proporciona un aspecto desenfadado que contrarresta el estilismo de su indumentaria: un traje oscuro sobre una camisa azul celeste.

—Sí, claro, Iván, pasa —le responde enseguida la enfermera con aparente confianza—. Ya la ha examinado el doctor. Quería verte a ti también para preguntarte algo.

—Lo siento, es que necesitaba un café y he aprovechado que estaríais atareados con ella —se excusa.

—Claro, no te preocupes —le dice—. De todos modos, se pasará después a ver a Encarna que le están haciendo unas pruebas abajo.

Entra dubitativo y se acerca a la cama. Me observa con curiosidad, no sé si esperando a que le diga algo. La verdad es que no lo había visto en mi vida.

—¿De qué nos conocemos? —le pregunto con absoluta curiosidad.

—Pues... nos conocimos en la fiesta, ¿no lo recuerdas?

—Entonces sí que fuimos al final —lo digo como para mí, pero en voz alta—. ¿Y qué pasó? ¿Qué hacemos aquí en Madrid?

—Vivimos aquí.

—¿Qué? ¡Eso es imposible! ¿Y mi trabajo?

—Bueno, tú acababas de mudarte cuando ocurrió el accidente. Soy yo quien vive aquí.

—¿Dónde están mis cosas? ¡Necesito mi teléfono!

—Ah, sí, aquí está.

Mi supuesto novio abre un armario y, de un bolso que no me suena de nada, saca un teléfono que sí reconozco enseguida. Pulso sobre el botón de encendido en cuanto cae en mis manos.

—¡No tiene batería!

—Normal, lleva mucho tiempo ahí metido. Te respondí algunas llamadas los primeros días, después han ido contactando al mío —me explica, muy desenvuelto, abriendo y cerrando el bolso y hurgando entre mis supuestas cosas—. Pero, de todos modos, llevas el cargador dentro. Espera, lo enchufa y enseguida podrás encenderlo.

En cuanto el nivel de carga me lo permite, lo conecto.

Introduce el código de desbloqueo.
Cuando el iPhone se reinicia, Touch id requiere el código.

Intento meter la clave: 1234. Pero me da error.

—¡Maldita sea! ¿La has cambiado?

—¿Yo? —Abre los ojos como si no diera crédito a mis palabras—. ¡Claro que no! Tal vez no la recuerdas por el accidente.

—¡No entiendo nada!

Lanzo el teléfono a los pies de la cama con mala leche y se desconecta del cable. «¿En qué momento se me ocurriría cambiar la contraseña? Soy un desastre para recordarlas y me iba muy bien con esa».

—La cabeza parece que vaya a reventarme. —Me froto los ojos con las palmas de las manos.

—¿Quieres que llame a la enfermera?

—No hace falta. El doctor ha dicho que es normal, y ya me han dado unas pastillas.

—¿Cuándo recuperarás la memoria? —Se ha sentado en la butaca que tengo al lado, junto a la ventana, tras guardar mis cosas de nuevo en el armario—. ¿Te lo ha dicho?

—Dice que pronto, pero no sé cuánto tiempo es eso —agrego con desgana.

Entra una de las enfermeras de antes empujando una silla de ruedas, en ella va una anciana. Saluda a mi desconocido con una sonrisa y le habla de mí como si yo no me encontrara de cuerpo presente:

—¡Ya me han dicho que se ha despertado! ¿Lo ves, niño? Ya te dije que hablarle era el mejor remedio.

Le guiña un ojo, o lo intenta porque le ha salido un gesto raro. Él afirma con la cabeza dubitativo, como cohibido podría afirmar. Enseguida se levanta para ayudar a la enfermera, que se le ha enganchado una rueda en la butaca donde va a sentar a la anciana, y ahora, al moverla, ha quedado bastante más cerca de mi cama que de la suya e invade mi espacio, separado por una cortina que debería estar cerrada.

—Tienes mucha suerte con este chico que tienes al lado, hija —se dirige a mí ahora—. Hoy en día no se encuentra a uno así de noble y atento. ¡Ni un día nos ha faltado su visita! Ya quisiera que mi Fermín tuviera la misma atención conmigo, en vez de mandarme a la otra. Pero cría cuervos y ya se sabe... —«¿Es que no va a callarse nunca?»—. ¿Y tu madre? —«¿Qué?»—. ¿Sabe ya que estás despierta? —Miro a Iván sin dar crédito a lo que escucho—. ¡Qué mujer tan entrañable y simpática! —«¿Mi madre ha estado aquí?»—. Me pidió el teléfono para que...

—... Encarna —la interrumpe él, al cruzarse con mi cara de asombro—, a Rebeca le han dicho que debe descansar. Tienen que hacerle varias pruebas todavía y está algo mareada.

Cierra la cortina con delicadeza mientras se lo explica, y mi mirada inquisitiva lo va siguiendo.

—¿Mi madre? —le pregunto a ese extraño.

Vuelve a sentarse en la butaca de antes, junto a la ventana.

—Sí, bueno... Estuvo aquí hace un par de días. Volvía de un viaje a Grecia con su... bueno, con su pareja, y el avión hacía escala aquí.

—¿Cómo supo que estaba hospitalizada?

—Te llamó. Le expliqué lo ocurrido y se quedó en un hotel de aquí al lado con su...

—Sí, su novio, el *yogurín*. Ya veo que no soy la única a la que le sorprende la idea.

—¡Y bien que hace! —se escucha al otro lado de la cortina.

—¡Métase en sus asuntos! —respondo desairada.

«¿Qué coño me está pasando? Yo no soy así».

—¿Y mi padre?

—No lo sabe.

—¿Por qué no lo sabe? Es él precisamente quien debería estar aquí ahora mismo.

—Tu madre dijo que se encargaría personalmente de comunicárselo en cuanto llegara. No quería darle la noticia por teléfono. Ya te contará ella.

—¿Ella? Hace años que no trato con mi madre. ¿Es que no te lo había contado?

—No —responde, aunque ha meditado su respuesta—. Bueno, algo dejó caer ella... Yo solo sabía lo de tu padre.

—¿Qué es lo de mi padre?

—Discutisteis.

—¿Qué? ¿Cuándo?

—Se oponía a que vinieras a vivir conmigo. Te comparó con tu madre, y lo mandaste a la mierda antes de coger el avión.

—¿Eso hice? —No doy crédito a sus palabras.

—Por lo visto, sí.

—No entiendo nada. —Lo miro con desconfianza.

«Jamás haría algo así. ¿A mi padre? ¿Cómo es posible que discutiera con él y me largara con un desconocido?».

—No puedo creer que no me hable con mi padre —digo, como para mí misma—. Es todo tan... confuso.

—Bueno, si el doctor ha dicho que pronto recuperarás la memoria, lo solucionaréis. Ya lo verás.

Se acerca a la cama y me mira fijamente mientras se sienta a mi lado. Su voz me resulta tan familiar y cercana... ¿Por qué no me pasa lo mismo con su aspecto? No consigo visualizarlo fuera de estas cuatro paredes.

—¿Cómo localizaste a mi madre?

—Te llamó y lo cogí, acabo de decírtelo.

—Ah, sí... Perdón. Estoy un poco empanada. ¿Ha llamado alguien más?

—Inés.

—¡Inés! Me encantaría hablar con ella. ¿Por qué se me ocurriría cambiar la clave del teléfono? ¡Voy a perder mi agenda!

—No, si yo puedo evitarlo.

—¿Tú?

—Sí. ¿Te suena haber hecho una copia de seguridad de tus datos?

—Ni idea...

—Si te parece bien, me lo llevo y esta tarde te lo traigo restaurado. Conozco a un manitas que puede conectarlo al ordenador y recuperar la copia de seguridad con un programa, sin necesidad de la clave.

—¿Un pirata informático?

Se ríe, parece más relajado y menos incómodo que al principio.

—Más o menos... Es un buen amigo.

—Pero ¿vas a dejarme aquí?

Me aterra quedarme sola en este sitio. Nunca me habían hospitalizado y con todo lo ocurrido me siento perdida. Ojalá pudiera llamar a mi padre. En cuanto recupere mi teléfono, lo haré. Sin falta. No concibo que nos hayamos distanciado.

—Tengo que pasar por la oficina —responde—. Pero, si quieres, puedo quedarme esta noche.

—Sí, por favor.

Tal y como me ha prometido, aparece a media tarde. Viene cargado con una mochila y algo de ropa que le había pedido. Mi aspecto es lamentable. Tengo el cuerpo entumecido y más delgado de lo que recordaba. He sentido algo de mareo al incorporarme y he tenido que volver a acostarme. Me han pedido que no sea impaciente y que debo ir poco a poco, que no me obsesione y que me centre en las tareas de una en una, como pequeños retos. Creo que piensan que estoy un poco grogui.

—¿Va todo bien? —pregunta Iván antes de sentarse a mi lado sobre la cama. Me observa mientras saco mis cosas y las inspecciono detenidamente.

—Sí, solo es que... No sé... Nada de esto parece mío —contesto, desdoblado las prendas una a una y analizándolas con atención—. No digo que sea feo, es solo que no recuerdo haberlo comprado.

—¡Ya está la quejica! —se escucha tras la cortina. Iván se ríe disimuladamente cuando me ve fruncir el ceño en esa dirección.

—¿Y mi portátil?

—El médico te dio ordenes al respecto: nada de forzar la vista con pantallas.

—¿Y tú quién eres ahora, mi supervisor?

—¡Tengo una nieta a la que estaría encantada de presentarte, chico! —se oye al otro lado de la cortina.

—¿Y dónde está, si se puede saber? —protesto de mala uva—. No he visto a nadie sacando número en la puerta a la hora de las visitas.

Enseguida me arrepiento de mis palabras, incluso antes de notar el gélido silencio y de ver la cara desencajada de mi acompañante.

—Lo siento, señora —me disculpo—. Deben de ser las pastillas. Juro que no soy así en mi vida real.

—¿Tu vida real? —responde enseguida—. ¿Y qué es esto para ti, el capítulo de una novela?

Se me escapa una sonrisa.

—Pues más bien sí —agrego.

—¡Vaya tontería!

—De verdad que lo siento.

—Tranquila. Si tienes razón. Aunque no es que haya visto mucha cola en tu lado tampoco —murmura—. Mi nombre es Encarna, por cierto.

—Yo soy Rebeca.

—Lo sé, hija. Lo sé.

—¿Abro la cortina? —me sugiere Iván por lo bajinis.

Niego rotundamente con la cabeza. No me apetece que se enrolle la señora a contarme su vida ahora.

—¿Os importa que ponga la novela? —agrega ella al rato.

—No —decimos al unísono.

Será genial que esté entretenida en otra cosa ajena a nosotros.

—¡Échale monedas al cacharro, niño!

Me quedo atónita con las confianzas que se toma con él. La obedece sin rechistar y, mientras se acerca al otro lado, aprovecho para seguir cotilleando entre mis cosas, que me siguen pareciendo de otra.

Encuentro mi teléfono y lo enciendo. Ahora no me pide contraseña, y la agenda de contactos aparece completa. Entro en la aplicación de correo, pero está vacía y sin configurar. Lo mismo ocurre con la de WhatsApp y, lo que es peor, con mi archivo de imágenes. Ni una sola foto.

—¿Qué le ha pasado a mi teléfono? ¡Nada está como antes!

—Lo siento. Al final ha tenido que restaurarlo —responde y, tras pasarle el mando a distancia a mi vecina de cama, vuelve a ocupar su asiento—. Dice que en la copia de seguridad de iCloud solo habías incluido la agenda de contactos.

—¡Qué fastidio! Contaba con las fotos y las conversaciones de WhatsApp para tratar de recuperar algo de mi memoria. Si al menos me hubieras traído el portátil... Allí seguro que tengo mis emails y mis fotos.

—Pues ya las recuperarás cuando volvamos, ¿no? Ahora no te preocupes por todo eso.

—No tengo Internet.

—¿Has desbloqueado la SIM?

—No.

—Pues ahí está el problema.

Pulso en *introducir clave SIM*.

—¿Y qué pongo?

—Tu contraseña —afirma en tono jocoso. «Se habrá quedado calvo».

—¿Será la misma que la de desbloqueo?

—Si la cambiaste, sí. Si no, será la que venía en la tarjeta que traía la SIM.

Pongo 1234. Enseguida aparece en la pantalla que quedan dos intentos.

—¡Mierda! No es 1234.

—Prueba 4321.

Lo hago.

—¡Es esa!! ¿Te lo había dicho antes?

—No. Pero solo a alguien que pone 1234 como clave de desbloqueo, se le ocurriría poner la de 4321. Lo he dicho a voleo.

—Pues me alegra ser tan simple —afirmo, encantada—. ¿Y los donuts?

—Llevas mucho tiempo sin comer, con el gotero. Te han dicho que poco a poco y con dieta blanda.

—Pffffff, ¿en serio me fijé en ti?

Hace un gesto muy gracioso con la cara, como de *te dejo por imposible*, y cambia de tema.

—En cuanto a la agenda de teléfono, me ha dicho mi amigo que tal vez eches en falta algunos números. La fecha de la última actualización era bastante antigua. No eres muy cuidadosa con las copias de seguridad, ¿verdad?

—Bueno, tu teléfono sí aparece, por lo que veo, así que al menos hace un año desde que la hice.

—Sí. Por lo visto era de hace seis meses, aproximadamente. Si conociste a alguien entre ese intervalo, lo habrás perdido.

—Eso no me preocupa. —Estoy revisando mi agenda desde la A hasta la Z—. ¿Cómo se llama tu amigo? ¿Lo conozco?

—No, creo que no.

—¿Crees?

—Bueno, es del trabajo, no me suena habértelo presentado. Se llama Carlos.

—¿A qué te dedicas?

—Soy arquitecto.

—¿Arquitecto? —lo digo como meditándolo o buscando en mi memoria algún rastro—. Suena interesante.

Me apetece llamar a Inés, pero Encarna ha subido el volumen a la cota máxima, y si le digo que lo baje va a poner la antena en esta dirección. Decido enviarle un mensaje.

Yo: No te asustes. He vuelto del más allá. No puedo llamarte porque no estoy sola, pero tengo muchas preguntas y necesito respuestas. ¿Por qué no estás aquí?

A los dos minutos tengo una respuesta.

Inés: Estoy llorando de la emoción, cabrona. ¡Qué susto me has dado! Llevo dos semanas sin pegar ojo. Si los gemelos me salen sonámbulos, será solo culpa tuya. Bienvenida al mundo de nuevo. No me dejaban volar, pero ahora no puedo estar más feliz.

No doy crédito a lo que acabo de leer y decido llamarla. Estoy tan nerviosa que los dedos no me dan de sí para escribir.

—¿Gemelos? ¿De qué hostias estás hablando?

—¿Te has dado un golpe o qué? —responde.

—¡Pues claro que sí!

—¡Ay, mi madre! ¿Estás amnésica? —me grita, como si también hubiera perdido facultades de oído.

—Eso dicen... —respondo con resignación—. He perdido cerca de dos años de mi vida. ¿Te lo puedes creer? Mis últimos recuerdos son de enero de dos mil diecisiete y, por lo visto, estamos en noviembre del dieciocho. ¿Lo estamos de verdad, Inés? —Escucho su risa al otro lado del teléfono—. No te rías, capulla. He llegado a pensar que a lo mejor me estaban gastando una broma para la tele o algo, pero aquí los actores son dignos de un Óscar.

Acabo de reparar en mi acompañante, no sé si le habrá molestado el comentario, aunque parece entretenido con su teléfono.

—Pero ¿te encuentras bien? —me pregunta ella—. Por lo demás, quiero decir.

—Sí, sí, no tengo secuelas físicas, solo dolor de cabeza y me mareo un poco cuando me levanto. Por cierto, ¿puedo fiarme de un tal Iván que es arquitecto y lo tengo aquí delante? —Enseguida me mira y le pongo cara de circunstancia, pero... ¡qué leches!, me fio más si me lo confirma ella que el médico de esta mañana, por muy neurocirujano que sea.

—¡Ay, la virgen! ¿A él tampoco lo recuerdas?

—No.

—Me estoy acordando de aquella de la película del tío bueno... ¿cómo se llamaba?

—¿Me lo preguntas a mí?

Se ríe.

—Claro que puedes fiarte, ¡sales con él!

—¿Y qué es eso de los gemelos? ¿Estás embarazada? ¿Tú también tienes pareja?

—No, solo voy a ser madre.

—Pero ¿tú sola?

—Tampoco recuerdas lo de la fertilización *in vitro*, por lo que veo.

—Me suena algo que dijiste una vez, que si a los treinta y cinco no tenías pareja, lo harías. Pero no pensé que lo llevarías a cabo ni tan pronto.

—Pues, sí, ya ves... Soy una mujer de palabra.

Iván me hace un gesto con las manos para indicarme que baja a tomarse algo. Afirmando levantando el pulgar y lo veo desaparecer por la puerta. Es un alivio para poder hablar a mis anchas con mi amiga.

—Esto es horrible, Inés. ¡Hay tantas cosas que no logro recordar!

—Al menos, no me has olvidado.

—Pero ¿cómo iba a olvidarte, idiota?

—¡Joder, has olvidado a tu novio!

—¿Y por qué vivo aquí?

—Te largaste en pos del amor.

—¿Y cómo se lo tomó el jefe?

—¡Fatal! Tuvisteis una discusión de pelotas.

—Me muero por volver, Inés. No sé qué hago aquí ni cómo he podido largarme con un desconocido así por las buenas.

—Ya imagino... y me encantaría tenerte aquí de nuevo.

Noto algo raro en su forma de decirlo.

—¿Pero?

—Pero con todo lo que sacrificaste para marcharte... Creo que deberías esperar a recuperarte, si estás tan confusa.

—Es que se me hace raro estar aquí sin conocer a nadie. Deberían trasladarme a un hospital de allí, para estar cerca de vosotros. En cuanto me den el alta, cogeré el primer avión que salga. Eso lo tengo clarísimo.

—Bueno, yo no le conozco mucho, solo coincidimos un par de veces; pero a ti sí y, si vienes, en cuanto te recuperes, querrás marcharte de nuevo.

—¿Y si no me recupero?

—¿Eres boba? Eso no va a pasar —responde, y su voz desprende confianza—. ¿Qué te han dicho los médicos?

—Que iré recuperándola poco a poco —le cuento, resignada—. Pero no me suena nada de lo que hay en mi bolso, excepto el móvil y las llaves de mi casa. Ni siquiera mi carné de identidad es igual, me lo renovaron este verano y ni me reconozco en la foto. Aunque eso siempre me pasa. El caso es que necesito recuperar la memoria cuanto antes para que me dejen largarme.

—¿Lo ves? Pues déjate mimar y echad un buen polvo. Ya verás que así todo resurge de nuevo.

—¿Qué dices? No me atrae de ese modo —respondo en un susurro.

—¡Habla más alto, que no te escucho!

—Es que no quiero que me oiga la vieja.

—¿Qué?

—Déjalo. Mejor por WhatsApp.

Yo: A ver, es que mi compañera de cuarto está obsesionada con Iván. ¡Parece su nieto! Te decía que no está mal, pero no es mi tipo.

Inés: ¡Venga ya! ¿Que no es tu tipo? Lo vuestro fue un flechazo. Volverán a saltar las chispas, ya lo verás.

Yo: ¿Qué hay de mi padre?

Inés: ¿No habéis hablado aún?

Yo: Se enfadó conmigo, por lo visto, cuando decidí largarme. Y no lo entiendo. Jamás hemos discutido.

Inés: Quizás, con lo ocurrido, tengas una buena excusa para solucionar lo vuestro. No hay padre que no se derrumbe ante una hija amnésica.

Yo: ¿Hablamos mañana? Ha vuelto mi presunto novio y me da no sé qué tenerlo ahí abandonado después de haberle pedido que pase la noche conmigo.

Inés: ¿Os lo vais a montar con la abuela de mirona?

Yo: ¡Vete a la mierda!

Inés: ¡Qué feliz estoy de tenerte de nuevo!

Capítulo 2

Nunca olvidaré el día que la conocí. Parecía tan perdida en aquel lugar, que creí imprescindible acercarme a ella. Llevaba un tiempo observándola y, aunque de vez en cuando se arrimaba a algún corrillo, no se la veía cómoda. Deduje que no traía acompañante. Lo mismo me ocurría a mí, en el último momento me quedé colgado y a punto estuve de echarme atrás yo también. Pero mi amigo jamás me lo habría perdonado.

No me di cuenta de que la estaba mirando fijamente hasta que vi en su cara el gesto típico de *¿y tú qué miras?* No supe reaccionar y giré la cabeza, buscando a mi alrededor para encontrar al destinatario de su mirada, como si dudara de que la cosa fuera conmigo. Sonrió y se sonrojó al mismo tiempo, a lo que yo respondí con un guiño. Entonces se acercó hasta quedar frente a mí.

—Ahora no te escaquees —me dijo, en cuanto la tuve delante—. ¿Se puede saber por qué me mirabas así?

Me gustó aún más al verla de cerca. Sus ojos grandes y oscuros, enmarcados por una sombra verdosa que se había maquillado sobre los párpados, contrastaban con el moreno de su piel y el brillo dorado de su pelo.

—¿Para qué necesitas un porqué? —le respondí, imitando su sonrisa.

—Para tener una excusa por haber venido.

—¿Al festejo?

—¿Festejo? —preguntó riendo—. ¿De qué libro del siglo pasado has salido tú?

—Mira la moderna, que necesita una excusa para acercarse.

—Muy agudo, pero me acabas de dejar sin excusas.

—¿Tan rápido te he decepcionado?

—Hablabas de excusas, no de motivos.

—¿Y quién necesita las excusas?

—A mí me han servido de mucho hoy. Tal vez las plante en mi jardín para tenerlas a mano, junto al perejil y la albahaca.

—Ya veo por dónde vas... ¿Estás buscando una excusa también para invitarme a tu cocina?

—Creo que te estás aprovechando de mis excusas indebidamente.

—No seré yo quien ponga alguna excusa a cocinar contigo... ¿Mañana tal vez?

—Si lo dices así, no habrá excusa que valga. Excepto que la cocina y yo somos polos opuestos.

—Está bien, ya lo has conseguido. No pongas ni una más. La cena corre de mi cuenta.

Capítulo 3

Rebeca

Madrid, 12 de noviembre

He tenido un sueño extraño. Buscaba a alguien en un lugar lleno de gente y luces intermitentes, como una especie de pista de baile en la que no recuerdo haber estado antes. A lo lejos, entre la multitud en constante movimiento, observaba un rostro que permanecía quieto. Lo veía borroso, excepto por su mirada que, según me iba acercando, aparecía más nítida. Eran unos ojos con el azul más intenso que he visto en mi vida. Parecían irreales incluso. Trataba de decirle algo mientras me miraba sin apenas parpadear. Pero no me salían las palabras, era como si tuviera la lengua pegada al paladar. Cuando al final conseguí despegarla, de mis labios solo salió la palabra: agua. Me asusté y desperté enseguida. Creo que mi consciencia lo ha relacionado con el despertar del coma. Por suerte, o desgracia, he comprobado que todo estaba en orden y que seguía ingresada en el hospital.

Le he contado el sueño a Inés cuando se han llevado a Encarna para asearse, y aprovechando que Iván se ha marchado temprano a su trabajo.

—No le des importancia, serán los ojos de Iván. Tal vez sueñas eso porque tu subconsciente trata de traértelo a la memoria. El cuerpo es muy sabio, mi madre lo dice a todas horas.

—Pero no son los ojos de Iván. Los suyos no tienen ese punto de azul tan... intenso, son más claritos y tirando a grisáceos.

—Quizás era por las luces de las que hablas, que los intensificaban. De todos modos se trata de un sueño, no le des tanta importancia.

—No es solo el sueño, Inés. Tengo como una sensación extraña, una especie de *déjà vu* inverso.

—¿*Déjà vu* inverso? ¿Y eso qué coño es?

—A ver cómo te lo explico... No es esa sensación exacta de *esto ya lo he vivido antes*. Es más bien algo que intenta revelármese, pero desconocido. Noto la necesidad de encontrar algo que añoro. Pero no sé qué es. No consigo llegar adonde sea que lo tengo guardado en la cabeza.

—Cuéntaselo a tu médico. Supongo que será el proceso de tu cerebro, que nota que le falta información.

—Puede ser —respondo, pensativa—. Pero ¿te suena que haya conocido a alguien en los últimos meses?

—No, cariño, de verdad. Me encantaría ayudarte. Pero te aseguro que tu única obsesión en este último tiempo ha sido Iván. Irte a vivir con él a Madrid fue una decisión que te costó mucho tomar, porque te daba miedo dejarlo todo atrás.

—Ya, eso también me ha sorprendido —respondo—. ¿Cómo pudo convencerme?

Al mismo tiempo que mantengo la conversación, estoy revisando minuciosamente el contenido de mi bolso y mi cartera de nuevo, en busca de cualquier pista que me lleve al recorrido de este tiempo transcurrido.

—Creo que te presionó un poco para que lo hicieras. Bueno, más que presionarte, tenías miedo de que la distancia acabara con lo nuestro y decidiste dar el paso —me explica—. Esa sensación rara de la que hablas tal vez sea eso, impotencia por no recordarlo.

—¿Podrías hacerme un favor? —se me ocurre en ese instante—. He perdido todos mis WhatsApp.

—¿Cómo?

—Olvidé la contraseña del teléfono y en la restauración solo han podido salvarme la agenda. Necesito una copia del historial de nuestras conversaciones. ¿Harías eso por mí?

—¡Claro que sí! Pero... me llevará siglos hacer tantos pantallazos para reenviártelos.

—No. No hacen falta pantallazos. He visto que hay una opción para guardar y enviar todo el historial de un chat por correo electrónico —afirmo con gran entusiasmo—. Hice la prueba con nuestra conversación de anoche y se envía en formato texto, sin imágenes.

—Ok, pues miraré la forma de hacerlo. Es una idea excelente, Rebe. ¿Cuándo te dan el alta?

—No sé. Si todo va bien... quizás en unos días.

—¡Cuánto me alegro! Seguro que fuera del hospital recuperas antes la memoria. Solo necesitas algo de intimidad con él —sugiere, aparentemente convencida.

—Eso espero —respondo, resignada—. Aunque, no sé, le noto raro conmigo.

—¿Raro? ¿Cómo?

—Pues, no sé... ¿incómodo?

—Puede que discutierais o algo el día de tu llegada. Es que... —se queda un momento sospesando su respuesta.

—¡Habla!

—Seguro que es una tontería —continúa—. Pero el día del accidente me dejaste un mensaje. Espera que lo busco. Ah, no, qué tonta, no puedo, que estamos hablando.

—Pues reenvíamelo y te llamo cuando lo reciba.

Inés: Entiendo que no quieras cogerme el teléfono. Ahora sí sé que lo he jodido todo por nada. No creerías lo que me ha pasado. O sí. Tú sí.

—Joder, pues no parece que sea una tontería —deduzco—. ¿Y por qué no querías cogerme el teléfono?

—Nada... fue una chorrada —responde, algo dubitativa—. Discutimos el día antes por una bobada. Ya ni me acuerdo.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo? ¿No me respondiste ni te lo expliqué?

—Eso fue todo. En realidad, no contesté tu llamada porque estaba en la consulta del ginecólogo y lo tenía en silencio —me explica—. Después te llamé, pero no te localicé hasta el día siguiente. Bueno, en realidad me respondió Iván, pobre, con una voz de ultratumba por el shock, y me puso al corriente de lo sucedido. Me pasó su teléfono y nos hemos mantenido en contacto por WhatsApp. Ahora entiendo lo que me decías, que debía conocerlo mejor antes de juzgarlo. Y es un buen tío, la verdad. También me preguntó por tu familia y, más o menos, le puse al día de todo. Por lo visto tu madre se ha presentado. ¿La has visto?

—No, se marchó a los dos días. Como está él aquí... se desentendió completamente, en su línea. —En realidad no me duele que se haya largado, incluso lo prefiero—. Aunque, por lo visto, tiene pensado volver. ¿Qué pretende? ¿Montar el numerito de la buena madre como hace siempre?

—O camelarse a Iván —opina—. Él ha sido un encanto en todo momento. No sé cómo ha podido compaginarlo con el trabajo, ha pasado más tiempo en el hospital que fuera de él.

—¿Tú sabes cómo lo conocí?

—Sí, en la fiesta de inauguración del Bahía Luna, por si te sirve de referencia. Era el acompañante de Alejandra. Se lo robaste en su propia jeta, cabrona. Fue un flechazo absoluto, según tú, en la pista de baile.

—Sabes de sobra que yo no bailo.

—No hizo falta. Lo viste desde la barra y fuiste a por él como poseída —afirma, riendo—. Se me hace raro tener que recordarte todo esto después de la brasa que me diste con la historia.

Le he pedido a Iván que me traiga un cuaderno para ir anotando las cosas que me dicen y las que vaya acordándome por mi cuenta. Necesito ponerme al día cuanto antes. Me ha traído una agenda del tipo Bullet journal en color turquesa con una goma naranja para cerrarla y otra para el boli que lleva incluido. Tiene buen gusto el arquitecto.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Me despierto de un ~~supuesto~~ coma inducido, por un accidente de tráfico ocurrido el 30 de octubre. En Madrid.
- Mantengo una relación con un arquitecto llamado Iván que me ha cuidado todo este tiempo.
- Mi madre ha hecho acto de presencia hace unos días.
- Por alguna extraña razón, mi padre y yo no nos hablamos.
- He soñado con un hombre misterioso y difuso, solo pude ver nítidamente sus ojos.
- Inés está embarazada. Fertilización in vitro.
- Según Inés, conocí a Iván en la fiesta de inauguración de un sitio llamado Bahía Luna. Iba acompañado por Alejandra, nuestra compañera de trabajo. Por lo visto, se lo “levanté” (mis genes maternos empiezan a aflorar y a hacer de las suyas, al parecer).
- Según Iván, mi padre se enfadó conmigo por marcharme con él a Madrid. (¿Odiará a Iván?). Me gustaría llamarlo, pero no sé qué decirle sin que se preocupe. Aún no sé si mi madre se lo habrá contado ya. Entiendo que no, me habría llamado él enseguida. A no ser que esté demasiado enfadado conmigo por algo que desconozco, cosa que me preocupa más aún.

Capítulo 4

- ¡Cásate conmigo!
- ¿Estás loco? ¡Solo llevamos saliendo un mes!
- ¿Ya están las excusas interponiéndose entre nosotros?
- No las metas en esta conversación, que sabemos cómo terminan.
- Las estás usando, ¿es que no te das cuenta?
- ...
- Que te tapes la boca no va a servirte de excusa para responder.
- ...
- ¿Eso es un sí?
- No he movido la cabeza afirmativamente, solo me estaba riendo.
- Está bien, lo tomaré como un sí. A no ser que quieras poner otra excusa.
- Bueno, tú lo has querido: pon una fecha. Pero ten por seguro que allí no estaré.
- ¿La decido yo? En ese caso, te mandaré la invitación como al resto de los invitados.
- Capaz serías...

Capítulo 5

Rebeca

Madrid, 13 de noviembre

Nada nuevo en mi memoria. Se me hace tan extraño que estemos en noviembre de dos mil dieciocho. He leído por Internet las noticias más destacadas de este periodo que me he perdido, para ver si alguna de ellas hacía *chas* en mi cabeza y me traía de vuelta. Pero nada. Si no fuera porque tengo la pantalla del teléfono delante, confirmándome el día en el que vivo, no me lo creería. Tengo la sensación de que acaba de comenzar el dos mil diecisiete. Tan solo hace un par de semanas que terminaron las vacaciones de Navidad. ¡Y qué ganas tenía! Siempre son incómodas para mí esas fechas: no tengo relación con mi madre y me afecta bastante nuestra situación cuando llegan los días señalados. Pero a lo que todavía no doy crédito es a que nos hayamos enfadado mi padre y yo.

Me dan el alta tres días más tarde, y cita para revisión en diez días. No encuentran ninguna anomalía en las pruebas, salvo que sigo sin recuperar la memoria, y han decidido que puedo marcharme a casa con mi supuesto novio, animándome con que, tal vez, recupere mis recuerdos en un entorno más cercano y familiar. Pero no me recomiendan volar a casa, el neurocirujano quiere mantenerme aquí y no arriesgarse tan pronto a derivarme con otro médico.

Pero aquí, nada de lo que tengo ante mis ojos es cercano ni familiar. Por lo visto, solo llevaba algunas horas en la ciudad cuando ocurrió el accidente y ni llegamos a encontrarnos. Me han contado que llovía y que hubo un golpe en cadena, yo viajaba en un coche de la compañía Uber que me llevaba al aeropuerto. El conductor tuvo más suerte que yo, salió ileso. Aunque se llevó un buen susto cuando me vio sin conocimiento. Estuvo en contacto con Iván al principio y me envió unas flores. Me han dado todos los detalles sobre el accidente y el trayecto que realizamos desde mi punto de recogida. También han sugerido que, a lo mejor, si realizo el mismo recorrido podría ayudar a mi memoria. Pero me da un poco de miedo volver a subirme en un coche para hacerlo. Soy algo supersticiosa para estas cosas y no quiero tentar a la suerte. He decidido que, de momento, me moveré en metro. Si es que consigo aprender a utilizarlo, soy un desastre para orientarme y cuando he viajado a ciudades con metro, y lo he usado, he aparecido en el sitio opuesto al que me dirigía. Aunque Iván me asegura que en el de Madrid no me ocurrirá lo mismo, es de los más sencillos y no tiene andenes compartidos con otras líneas, como ocurre en el de Londres que es el ejemplo que le puse.

Estoy un poco intranquila por Encarna. Al final, le he cogido cariño en estos días que hemos compartido. Pasar veinticuatro horas durante varios días seguidos con alguien es lo que tiene, que terminas contándole tu vida. Aunque, en nuestro caso, ha sido ella quien me ha puesto al tanto de la suya, de la mía estaba completamente al corriente. He prometido ir a visitarla hasta que le den el alta. Su hijo apenas aparece por el hospital, se escuda en el trabajo, y con su nuera anda limando asperezas. Y la nieta es aún peor, tanto que presumía de que se la podía presentar a Iván... Es una *nini* mimada, caprichosa y egoísta de mucho cuidado. El único que se salva es el

nieto, pero trabaja en una gasolinera por las tardes y va a la universidad por las mañanas, apenas dispone de tiempo libre.

Iván no ha traído el coche. Le pedí que fuéramos en metro hasta su casa. Es la primera vez que voy a pisar su territorio y estoy nerviosa. Sigo sin recordarle. Aunque para mí ya no es un extraño; o, al menos, no tanto como al principio.

—Háblame de nosotros —le dije la primera noche tras colgar con mi amiga. Me había dejado un paquete de donuts de azúcar sobre la cama tras subir de su salida para dejarnos hablar a solas—. ¿Ahora sí puedo comerlos, doctor?

—Anda, niña, cástate con él y deja de refunfuñar. —Me dio la risa floja al escucharla. Reconozco que tiene su gracia la abuela.

—No sé por dónde empezar —respondió él, algo cortado.

—Por el principio, hijo, por el principio. Siempre por el principio —volvió a entrometerse la vecina del pelo blanco—. Esa historia le va a encantar. Y no te dejes lo de la tarta.

—¿Le has contado nuestra vida privada?

—No, no —se apresuró ella—, él te lo contaba a ti, para que despertaras.

Al final, Encarna ha ayudado bastante a que me sienta cada vez más cómoda con mi acompañante, me ha servido de filtro para aprender a confiar en él. Aún así, y durante todo el tiempo, tengo la sensación de que en realidad me cuentan la vida de otra. Yo sonrío y les agradezco que me pongan al día de mis cosas, pero solo con Inés consigo sentir que conecto con mi vida real.

Su apartamento es pequeño. Nada en la decoración me trae recuerdo alguno. No hay fotos, ni tuyas ni mías ni nuestras. De hecho, apenas hay objetos de decoración. Todo muy impersonal y escaso.

—Siempre he imaginado el apartamento de un arquitecto con más bombo y estilo, será por las películas —le digo.

—Bueno, ya sabes lo que se dice: En casa del herrero...

—¿Son estas mis maletas? —Están junto a la puerta de entrada.

—Es que... no sabía si tú... Vamos que como ha ocurrido esto, no sé si estaría bien que...

Se rasca una mejilla pensativo.

—Te preguntas si quiero dormir contigo o por separado, ¿es eso?

—Sí, bueno, es que Inés me ha hablado de una película que...

—... ¡Vaya por Dios! —le corto—. Ya estamos con la dichosa película. ¡Qué pesada es!

—Ella solo trata de ayudarnos a sobrellevar esto —la defiende enseguida.

—Mira, voy a serte sincera: yo no siento lo mismo que sentía. Eso es evidente. Supongo que para ti será extraño también y agradezco tu forma de comportarte conmigo, respetando mi espacio y sin... tocarme ni... besarme y esas cosas. Acostumbrarme a ti durante estos días ha sido mejor de lo que esperaba gracias a tu actitud. La presión habría podido conmigo, creo. No estoy preparada para lo nuestro, esa es la verdad.

—Tranquila. Lo sé. Yo tampoco. —Lo miro extrañada—. Bueno, es raro estar al lado de alguien que no me reconoce ni se acuerda de nada de lo vivido anteriormente —agrega—. En el

fondo es como si tú tampoco fueras tú.

—¿Ves? Eso no pasaba en la película —respondo.

—Entonces, ¿tú también vas a empezar con la película? —añade, riendo, y me gusta que lo haya dicho. Creo que voy a poder con esto, hasta que recupere la memoria.

—¿Y dónde voy a dormir?

—Ven, te enseño la casa.

Hay dos habitaciones y me ha ofrecido la grande para que pueda guardar toda mi ropa cómodamente en su armario. Pero decido no aceptar su amable gesto. Suficiente es que me aloje en su casa, después de haberme dicho que ya no soy la misma para él.

La cocina es amplia, para ser un piso de dos dormitorios, dispone de una mesa para comer cuatro personas cómodamente. El salón es más normalito y casi todo el espacio lo ocupa un sofá enorme donde podría dormir un adulto sin necesidad de flexionar las piernas. Veo una caja de mudanza en mi nueva habitación, que está trasladando en este momento al suyo.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí?

Se lo piensa un poco.

—Un par de semanas.

—¿Un par de semanas? —me sorprendo—. ¿Te mudaste mientras yo estaba en el hospital?

—¿Por qué tengo la sensación de que tratas de indagar buscando algo negativo?

—¿A qué te refieres?

—No sé, Rebeca. A veces, me haces sentir incómodo. Como si fuera culpable de algo.

—Lo siento —me disculpo—. Es que... esto no es nada fácil para mí.

—Tampoco lo es para mí. Así que, simplemente, déjate llevar.

—Eso intento.

—Pues ya somos dos —dice, antes de abandonar mi habitación.

—Por cierto. —Lo sigo hasta su dormitorio—. Me gustaría que me enviaras nuestro historial de WhatsApp. Necesito conocerte de nuevo.

—No tenemos —responde, tras dejar en el altillo de su armario la caja que ha sacado de mi nueva habitación.

—¿Cómo?

—Nosotros no hablábamos por WhatsApp.

—Pero eso es imposible, ¡yo soy muy de WhatsApp!

—Lo sé. Pero yo no. Nosotros hablábamos por teléfono.

—¿En serio?

«Esto se lo tengo que preguntar a Inés».

—¿Ves a lo que me refería? —dice a la defensiva—. No confías en mí.

«¿Puede leerme la mente?».

—Sí lo hago.

—Tus ojos te contradicen.

—Solo es que... No sé, me ha parecido extraño. Pero, vale. Si lo dices, te creo.

Lo sigo a la cocina. La verdad es que no sé muy bien qué hacer ni cómo comportarme. En el hospital era más sencillo dejarme llevar por las rutinas a las que prácticamente me conducían de la mano. Ni siquiera tenía que pensar, solo era una autómatas cumpliendo mi misión de convaleciente.

—¿Tienes hambre? —Lo dice porque he abierto el frigorífico. Está lleno de provisiones.

—Sí que tengo. ¿Preparo algo para comer? Hace siglos que no cocino y me apetece mucho. La

comida del hospital era insufrible.

—¿Tú cocinas?

—¡Claro! ¿Nunca he cocinado contigo?

—No. Siempre salíamos a comer.

—¿Siempre?

—Sí, bueno, tampoco hemos convivido mucho tiempo juntos... Vacaciones, fines de semana... Somos más de estar fuera que en casa.

—Pues hoy vas a probar mis famosos canelones vegetales con estas berenjenas y... ¿Tienes pasta de canelones? —se me ocurre enseguida.

—Es como la de lasaña, ¿no? —Abre un armario donde veo latas y distintos tipos de pasta y arroz. Me acerco también a buscar en su interior y localizo un bote de tomate triturado.

—No exactamente, por el tamaño —le voy explicando, a la vez que cotilleo por todos los muebles de la cocina y abro un cajón tras otro—. Pero te van a encantar. Si los probara Encarna, te obligaría a casarte conmigo —me sorprende diciendo.

—He tenido que dejar algo a medias en la oficina para recogerte en el hospital y tengo que regresar —dice de pronto.

—¿Te vas?

—Sí. Pero esos canelones prometen, guárdame para la cena —responde, cogiendo su chaqueta que había dejado sobre el respaldo del sofá—. Ah y... cualquier cosa, llámame. ¿Vale?

—Tranquilo, estaré bien.

—La bolsa de las medicinas te la he dejado encima de la cama.

Decido dejar los canelones para la cena, es un plato para comerlo recién horneado. Me preparo un sándwich de pavo con lechuga, tomate y mayonesa, y me acomodo con mi portátil sobre la mesa baja del salón. Intento navegar por internet, pero enseguida caigo en que no tengo la clave wifi. Voy al rúter, que está en la entradita, y pongo la que aparece en la pegatina de debajo. Pero no es la correcta. Le escribo un WhatsApp, y a los dos segundos me la envía. «¿Ves que sí nos escribimos?», me hubiera gustado ponerle. Aunque decido no meter cizaña.

Lo primero que hago es entrar en mi perfil de Facebook. Volví a descargar la aplicación en mi teléfono, pero me ocurrió lo mismo que con la clave del móvil: no recordaba la contraseña. Suerte que en el ordenador la tengo memorizada automáticamente. ¡Qué raro está todo! Se ve que los de Facebook no han perdido el tiempo con sus cambios y actualizaciones de diseño. Cotilleo un poco por encima, pero enseguida me aburro.

Abro los mensajes privados, aunque no encuentro gran cosa, son sobre todo de páginas relacionadas con el mundo inmobiliario y del turismo. Reviso entre mis contactos y abro el perfil de Inés. ¡Está muy regordeta! Me hace gracia su foto de portada, sale con su barriga al aire y dos caritas pintadas sobre la piel bronceada. Echo de menos no estar allí.

Entro en mi muro y veo las últimas publicaciones que hice. Qué aburrida soy, apenas actualicé en el último año. Debo de haberme convertido en una de esas que se echan novio y se olvidan del mundo exterior. Busco entre mi listado de amigos el nombre de Iván, a ver si él ha sido más espléndido. Pero no aparece. «¡No me jodas! ¿También es de esos que no tienen vida en las redes sociales? ¿Y cómo pretende ayudarme así?». Salgo de Facebook y llamo a Inés.

—¿Qué tal está mi Dori?

—Qué graciosa...

—¿Alguna novedad?

—Nada. Sigo sin recordar a mi supuesto novio. Aunque hemos tenido nuestra primera discusión, tal vez vayamos por buen camino.

—¿Por qué habéis discutido?

—Porque dice que desconfío de él.

—¿Y desconfías?

—Lo normal cuando alguien se despierta en un hospital y se encuentra con un desconocido que dice ser su novio.

—Ya... Tiene que ser duro. Pero mira el lado bueno: podéis volver al principio. Esa es la mejor etapa. El coqueteo, la incertidumbre... ¡Es fantástico!

—No sé qué decirte —respondo, algo desanimada. He dejado el sándwich a medias en el plato —. Es que siento hacia él como una especie de rechazo innato. Como si me hubiera hecho algo malo o me ocultara alguna cosa.

—Y luego soy yo la películas...

—Le he estado dando vueltas al mensaje que te envié antes del accidente, y ese *No te vas a creer lo que me ha pasado* tuvo que ser algo muy gordo. Si no, ¿por qué me dirigía hacia el aeropuerto? Se suponía que ese día acababa de aterrizar, ¿no?

—Yo pensaba que el accidente ocurrió desde el aeropuerto hacia su oficina —afirma, extrañada—. ¿No fue así?

—¡No! Según el informe del seguro: el coche me llevaba al aeropuerto. También Iván me lo ha corroborado.

—¡Hostias! Pues eso sí que no lo entiendo —agrega—. ¿Y le has preguntado a él sobre ese detalle, si discutisteis o algo? Porque eso casa también con el mensaje.

—Ahora no puedo hacerlo. Se ha puesto a la defensiva por una simple chorrada. Si le saco eso, pensará que vuelvo a desconfiar.

—Pues no debería tomarse a mal que quieras indagar —opina, algo contrariada—. Es importante para recuperar tu memoria.

—Tienes razón. Se lo preguntaré.

Tras colgar con Inés, se me ocurre investigar en mi archivo de imágenes del ordenador. Voy pasándolas una por una, desde el último año, y no encuentro ninguna en la que aparezcamos juntos. ¿Tampoco somos de los que se hacen fotos? A lo mejor no las llegué a pasar al ordenador y se quedaron en mi teléfono.

—¡Está buenísima la musaka! Pero ¿no ibas a preparar canelones?

—Al final no tenías la pasta.

—Y todos los ingredientes que lleva esto, ¿estaban en mi cocina?

—Sí. Lo raro es que tuvieras berenjenas. ¿Cómo las preparas tú?

—Hago una especie de sofrito con un huevo escalfado dentro.

—Eso suena muy bien, me gustaría probarlo algún día.

—Claro —responde, sin levantar la mirada del plato. Come como una lima—. Aunque no está mejor que esto, te lo garantizo

—Es una de mis armas secretas. ¿Cuál utilicé para conquistarte?

—No fue necesaria ninguna arma secreta —responde.

Parece bastante reservado. Aunque Encarna dice que se mostraba más apasionado contándome nuestras historias cuando estaba dormida, y que con mis lagunas mentales lo intimidó un poco. Tal vez me haya convertido en otra persona. Pero yo me noto igual. Bueno, quizás soy un poco más arisca, aunque eso dice el neurólogo que es normal en mi estado, por el traumatismo, que puedo sentir altibajos y cambios bruscos de humor.

También he llegado a pensar que quizás dejé de quererle o algo, y me enamoré de otro, y que por eso tengo ese sueño tan extraño que sigue apareciendo en mi cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —responde, tras limpiarse los labios con su servilleta.

—Ese día, el del accidente, ¿nos vimos?

—No —contesta, tajante, y le da un sorbo al agua de su vaso—. No fui a la oficina. Me llamaron a primera hora para visitar una obra. Pero llegué enseguida al hospital. Te llamé por teléfono y el propio conductor del Uber respondió mi llamada. Tenía todas tus cosas y quedamos allí.

—¿Y qué explicación le das a que me dirigiera al aeropuerto sin haberte visto siquiera? —me atrevo a preguntarle—. Acababa de aterrizar, prácticamente.

—Tenías muchas dudas sobre lo de trasladarte aquí. Tal vez cambiaste de opinión. —No me mira al responder, se entretiene dando vueltas a un trozo de verdura con el tenedor—. Me duele un poco hablar de todo esto, por eso he sido algo esquivo con el asunto. No es fácil asimilar que decidieras marcharte así por las buenas, ¿sabes? —Ahora sí me mira fijamente—. No creas que yo no lo he pensado también.

Tiene razón. Me siento un poco mezquina tratando de responsabilizarle de algo que, tal vez, sea solo culpa mía.

—¿Nuestra relación iba bien?

—Por mi parte sí. —Me está mirando y parece sincero.

—¿Te hablé de alguien que hubiera conocido?

—¿A qué te refieres?

«Joder, ¿qué estoy diciendo?».

—No me hagas caso. Es solo... una sensación.

—¿Piensas que tenías una aventura?

—Nooooooooo.

—Pues ha sonado a eso.

—No me hagas caso, ¿vale? Lo recordaré todo, y volveremos a la normalidad.

Se ha levantado a recoger la mesa y enseguida sigo sus pasos. La situación es un poco tensa, yo diría que incómoda. Imagino que él tampoco se encontrará en su salsa. En el hospital, al menos, solo se veía obligado a compartir conmigo el tiempo que él mismo decidía que durase la visita. Aquí la cosa cambia, estoy invadiendo su espacio.

—¿Te apetece hacer algo? —pregunta, mientras mentemos los platos en el lavavajillas.

—¿De qué tipo?

—Pues... dar una vuelta y olvidarnos de que tú no recuerdas quién soy, y de que yo tal vez no sepa quién eres realmente.

—¿Cómo no vas a saberlo? —lo digo con una sonrisa e intentando ser amable.

—No sé, casi acabas de confesarme que quizás exista alguien más en tu vida... ¿Te parece poco?

—¡Olvídate de eso!

—No creo que pueda. Empiezo a verte con otros ojos.

—Anda, ¡no exageres! —le doy un pequeño empujón con mi hombro para restarle importancia—. Venga, larguémonos de aquí. Nos vendrá bien un poco de aire fresco.

Cogemos los abrigos y salimos a la calle. Más que fresco, hace un frío de narices. Caminamos en silencio, completamente sumergidos en nuestros pensamientos.

Me gustaría poder mirar a través de un agujero y ver un capítulo de nuestra vida en común o una pequeña escena. Observar nuestra química o la frustración o lo que fuera que hubiera. Algo que me ayude a no sentirme una intrusa o, lo que es peor, una impostora.

Es tan distinta nuestra situación a la película de la que habla Inés. La hemos recordado juntas, la vimos en el cine, aunque no conseguimos sacarle el título ni cómo acababa. Pero tratándose de cine, acabaría como cabe esperar en una película romántica. La diferencia con lo nuestro en esa historia es que las dudas solo las sufría ella, porque no sabía quién era él; sin embargo, el marido sí tenía claro lo que existía entre ellos y luchaba para hacerla volver de su vacío mental.

—¡Háblame de nosotros! —le pido de nuevo, con entusiasmo esta vez—. ¿Qué solíamos hacer?

—Sobre todo, hablar por teléfono. Nos veíamos más bien poco, como ya te dije. El tener un avión de por medio es lo que tiene.

—¿Hicimos algún viaje juntos?

—Hace un par de veranos estuvimos en Nueva York.

—¿Un par? —me extraño—. Eso es imposible, se supone que llevamos un año y medio saliendo.

—¿Ya estás otra vez cuestionándonos? —se queja, resoplando. Ha parado de caminar y se pone frente a mí—. Nos conocimos en mayo del año pasado y en septiembre viajamos a Nueva York. Y fue increíble verte disfrutar así. —Me ha cogido de las manos y me mira fijamente a los ojos, o tal vez mira más allá de ellos, parece haberse transportado allí, a ese viaje—. Dijiste que no querías morir sin visitar esa ciudad y me las ingenié para darte aquella sorpresa.

—Lo siento —respondo cabizbaja—. Tienes razón, un año puede contener dos veranos, no me había parado a pensarlo.

Seguimos caminando, ha vuelto a guardar una distancia entre nuestros cuerpos.

—Háblame de ese viaje.

—Casi lo estropeo en el primer desayuno, por tu alergia a los frutos secos, ¿lo recuerdas? Ah, no, perdona. Es una forma de hablar. ¿Cómo vas a recordarlo?

—Pero ¿qué dices? —Me río—. Yo no soy alérgica.

—¿Ah no? —Me mira con los ojos como platos y para de caminar.

—¡No! No te estarás inventando esta historia, ¿verdad? —Entorno los ojos al mirarle.

«¿Me estará tomando el pelo adrede por haber desconfiado?»

—Ahora lo entiendo todo... —responde, arrugando la frente—. Fingiste lo de la alergia para no probar aquel sándwich que preparé de mermelada de fresa con crema de cacahuete.

—¿Qué asco! Un punto para mí, entonces —afirmo, riendo—. ¡La odio!

—Pues yo me acojoné un huevo pensando en tu alergia... Qué graciosa, ¿no?

Me pregunto cómo se tomaría Inés que fuera sin ella a Nueva York. Es un viaje que siempre habíamos planeado hacer juntas. Pero, al trabajar en la misma empresa, nunca hemos podido coincidir en vacaciones.

—Es una lástima que perdiera las fotos de mi teléfono. No guardo esos recuerdos en mi ordenador tampoco. ¿Tú las tienes?

—Yo soy un negado para las fotos en los viajes, siempre te quejas de eso. Me temo que eres la reportera de nuestra historia. A mí me gusta disfrutar del momento, no tengo esa obsesión tuya por inmortalizarlo todo.

—Pues esa obsesión mía nos habría venido de lujo ahora en ti, me ayudaría a recordar.

—No te preocupes, saldremos de esta. —Aunque lo dice apesadumbrado.

Seguimos caminando en silencio. No puedo creer que no haya guardado una copia de seguridad de las imágenes de mi teléfono. ¿Cómo he podido ser tan irracional?

—Este sitio tiene buena pinta, ¿entramos? —propone.

—Me temo que lo están cerrando —respondo, al ver a un chico que acaba de salir a echar el cierre hasta la mitad de la puerta.

—¿Y qué tal si nos damos la vuelta? —Consulta la hora en su reloj—. Creo que se nos ha hecho un poco tarde y mañana tengo que pegarme un buen madrugón.

—¡Jo, qué suerte! —le digo, iniciando el camino de vuelta—. Yo debería buscar algo. Me siento rara en tu casa sin hacer nada.

—Deja que sean los médicos los que te vayan orientando. Tómatelo con calma, ¿vale?

—Qué remedio...

En realidad sí me he buscado una ocupación, sigo anotando en mi nuevo cuaderno todas las cosas que recuerdo y que me cuentan, para formar una cronología de acontecimientos y así tratar de analizarlo todo. El archivo de WhatsApp de Inés me sería de gran ayuda, pero dice que no consigue descargarlo de la forma que yo le digo, así que me ha ido enviando algunos pantallazos de las conversaciones que a ella le parecen relevantes o, lo que es lo mismo, que tengan que ver con Iván. En todas se me ve muy pillada por él, la verdad.

—Háblame de ti —interrumpe mis pensamientos y me sobresalto.

—¿Yo? —Me paro en seco y le miro con curiosidad.

—Sí, tú. Eso también puede ayudarte a recordar quién eres y por qué buscaste un amante teniendo a este pedazo de novio de cuerpo presente.

—No vas a olvidarlo, ¿verdad? —respondo, y me río de su ocurrencia. Estamos llegando al portal.

—No mientras tú no lo hagas.

—¿Y cómo voy a olvidarlo yo, si ni siquiera lo recuerdo?

—A mí tampoco me recuerdas y, sin embargo, no soy a quien echas el falta.

«Eso tiene mucho sentido... ¿Y si lo nuestro no iba bien? ¿Y si él sabe que existe alguien en realidad?».

—¿Por qué dices eso? —me intereso—. ¿Dispones de alguna información que desconozca?

—No, solo me estoy dejando llevar por tu intuición. Y pienso que, tal vez, cuando lo recuerdes a él te olvidarás de mí.

—¿Y qué piensas hacer al respecto?

—Reconquistarte antes de que lo recuerdes todo y te fugues con él. Obvio.

—¿Y si no lo consigues?

—Si viniste aquí por mí, tengo algo de ventaja, ¿no?

—Pero ¿y si trataba de marcharme precisamente por él?

—Tendré que aprovechar la baza de tenerte aquí ahora. —Me mira fijamente, antes de introducir la llave de su portal en la cerradura. Sus ojos, aunque debo reconocer que son preciosos, no son los mismos que veo en mis sueños. No lo son. De eso no me cabe duda.

—¿Tienes miedo? —le pregunto.

—¿De qué?

—De que recupere la memoria.

—¿Por qué iba a tenerlo? Tampoco estás conmigo ahora, ¿no? Lo que tenga que pasar, pasará.

Me gusta el Iván de este paseo, creo que ha conseguido ofrecerme un poco de luz al final del túnel.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Me han dado el alta.
- Revisión en diez días.
- El apartamento de Iván no me trae ningún recuerdo. Pero eso no me sorprende, dice que se mudó hace dos semanas.
- Hemos decidido no dormir juntos. No me siento cómoda.
- Le he pedido nuestro chat de WhatsApp para conocer nuestra relación, pero afirma que solo hablábamos por teléfono. (Tengo mis dudas).
- He indagado en mi Facebook, pero lo tenía bastante parado. (¿Muy ocupada?).
- No tengo a Iván de contacto, parece no tener cuenta. (¿Quién no la tiene hoy día?).
- Tampoco guardo fotos nuestras en mi ordenador. (¿Qué clase de relación manteníamos?).
- Le he insinuado que, tal vez, tengo un amante. (No ha parecido sorprenderse).

Cosas que he descubierto sobre el accidente:

- Solo llevaba unas horas en Madrid cuando ocurrió.
- Llovía y acabó siendo un golpe en cadena.
- Viajaba en un Uber.
- Me dirigía al aeropuerto.
- El conductor salió ileso y fue quien contactó con Iván, respondió mi teléfono cuando este llamó.
- En su oficina no llegamos a vernos, por lo visto ese día estaba visitando una obra.

Cosas que he descubierto sobre nosotros:

- Septiembre del pasado año: viajamos a Nueva York.
- Le dije que era alérgica a los frutos secos para no comerme un sándwich de mermelada con manteca de cacahuete.
- Las fotos de ese viaje las hice yo. (¿Perdidas en mi móvil? Probablemente).

Capítulo 6

—Sabía que no te perderías nuestra boda.

—Me planteé acudir como invitada y así observar tu cara desde los asientos de última fila, mientras consultabas tu reloj compulsivamente.

—¿Y qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Que todos los ojos estarían posados en mí por este vestido. No iban a dejarme disfrutar del momento cotilla a mis anchas.

—¿Sabes que la última vez que acudí a un festejo similar, conocí a una preciosa mujer que no me quitaba los ojos de encima?

—Si tendrás morro... La que tenía unos ojos azules de lunático enfocados a su cara era ella.

—Ya estás cambiando la versión de los hechos, como siempre.

Capítulo 7

Rebeca

Madrid, 17 de noviembre

Me despierto tras los últimos coletazos de una versión nueva de mi sueño recurrente, con la misma sensación de angustia y vacío de siempre presionándome en el estómago. Salgo de la habitación y me dirijo a la cocina. Son casi las seis de la mañana, pero sé que ya no podré pegar ojo. Paso por la habitación de Iván, tiene la puerta entreabierta. La luz que he encendido en el pasillo ilumina su rostro, y los pies me llevan hasta el borde de su cama. Siento la tentación de sentarme, pero no lo hago. Doy unos pasos atrás y me deslizo de espaldas a la pared que hay junto a su cama hasta sentarme en el suelo, usándola de respaldo, sin perderlo de vista. No hace ruido al respirar ni se aprecia movimiento alguno. Me encantaría tener esa capacidad para dormir así, plácidamente, sin sueños extraños ni pesadillas ni dolor de cabeza. Da un respingo y se incorpora en la cama de golpe. Me sobresalto.

—¿Qué pasa? —pregunto. El corazón me late a mil y me pongo la mano en el pecho.

—¿Se puede saber qué haces ahí como una psicópata asesina? ¡Casi me matas del susto! — Respira agitado.

—Perdona... Lo siento —respondo, sin poder contener ahora la risa—. Me gustaba verte dormir. ¿Alguna vez lo había hecho?

—Si estoy vivo es que no —contesta, frotándose los ojos—. ¿Qué hora es?

—Las seis o por ahí.

—¡Las cinco y cuarto! —Acaba de consultarlo en el teléfono sobre su mesilla. Vuelve a dejarse caer sobre la cama y mira al techo—. Creo que voy a devolvete al hospital, esto no entraba en el contrato.

—Es que no puedo dormir —me defiendo, sigo sentada en el suelo.

—Ni yo ahora, sabiendo que estás ahí observándome como una especie de pirada —dice, somnoliento y con los ojos cerrados—. Vete a tu cuarto.

—Paso. Mejor me preparo un café —digo, poniéndome en pie—. ¿Quieres uno?

—Qué remedio... Ya has conseguido despertarme del todo.

He decidido que debo cambiar de actitud con Iván. Creo que le estoy haciendo daño. Algo iba mal entre nosotros, lo intuía, y no solo por el mensaje que le envié a Inés justo antes del accidente. Creo que él trata de ocultarlo. Quizás se está tomando esto como una segunda oportunidad para nosotros y, tal vez, debería dejarme llevar también. Inés me ha hablado de otra película que en esta ocasión no he visto. Es una antigua de Harrison Ford en la que le pasa lo mismo que a mí, pero se va dando cuenta poco a poco de que su vida anterior era una mierda y la

amnesia le ayuda a comenzar de cero. Al final va a tener razón Encarna y lo que nos pasa ahora a los jóvenes es que no le damos valor ni tregua a nada; nos cansamos rápido de todo y dejamos cosas a un lado para empezar otras que creemos mejores, embaucados por la novedad. ¡Qué sabia es esa mujer!

Ahora estoy aprendiendo a utilizar el metro. Bueno, de momento solo he ido al hospital que es directo. Aunque me da un poco de yuyu. Nunca he sido miedosa, no me asustaba perderme en mi anterior vida y me he desplazado sola mil veces en transporte público, incluso en ciudades nuevas a las que he viajado. Pero desde que he perdido la memoria tengo pánico, por si me da un *algo* y me quedo amnésica del todo. Perdida. Sin reconocer a nadie. Sin referencias. Sin saber adónde ir ni por quién preguntar.

Se me hace raro volver al hospital como una visita. Encarna echa de menos nuestras conversaciones. Me sustituyeron por una compañera nueva que, aunque más coetánea para ella, está sorda como una tapia y, con el genio que se gasta nuestra Encarna, da risa verla tan exasperada por no entenderse del todo con ella.

Tuve un rifirrafe con su hijo antes de que me dieran el alta. Ahora entiendo por qué la nuera y ella no terminan de encajar: la culpa es del hijo que marujea o, más bien, malmete. A la una le cuenta de la otra, y viceversa. Viven como en un confesionario de Gran Hermano, sabiendo a pies juntillas lo que una opina de la otra. ¡Y eso es un disparate! Eso no hay ego que lo soporte. Así que no me corté un pelo y lo solté delante de los tres. Encarna fue la primera en enviarme a freír espárragos. Pero en cuanto al hijo se le ocurrió ir por el mismo camino y pedirme que no me metiera donde no me llaman, le faltó tiempo a ella para darme la razón y soltarle una buena reprimenda al mismo tiempo. Creo que fue la primera vez que vi sonreír a la nuera. Y el último día, antes de marcharme, me trajo una bandejita de galletas de almendra. Sabía que su suegra las compartía conmigo y que me había aficionado a ellas, le salen deliciosas.

—Iván cree que tengo un amante —le suelto a Encarna en mi visita. Está sentada en la butaca y yo a los pies de su cama frente a ella. Me ha pedido que le acerque su bolsa de aseo.

—¿Y por qué piensa eso, niña? —Me interroga también con la mirada mientras saca la Nivea y se pone un buen pegote en las manos. Me pasa la lata para que me embadurne yo también, como hacía cuando éramos compañeras de habitación.

—Tal vez se lo insinué la otra noche.

—Dios bendito, hija... Ese chico tiene el cielo ganado contigo.

—En el fondo, creo que él sabe que algo se interpone entre nosotros. Lo sabe o lo intuye.

—Yo no lo creo —opina enseguida—. Tampoco es que lo conozca de toda la vida, pero me da que él solo se siente inseguro.

—Puede ser —respondo, analizando esa posibilidad—. Aunque... ayer tuvimos un momento de... no sé cómo llamarlo... de complicidad.

—¿Lo ves? Lo que necesitáis es tiempo de estar juntos y conoceros otra vez. Es lo que os ha tocado vivir.

—He vuelto a tener ese sueño —admito, entre entusiasmada y culpable por sentirlo de ese modo—. Pero esta vez en un espejo. Era como una sombra detrás de mí. Bueno, no una sombra exactamente porque podía ver sus ojos. Mientras yo me peinaba frente al espejo, me observaba a mi espalda. Nos mirábamos en el reflejo. Aunque él estaba borroso, como siempre.

Se santigua antes de responder.

—Niña, esa historia tuya da un poco de repelús, ¿no crees?

—En realidad no era tenebrosa la imagen. Tenía algo de... sensual, no sé cómo explicarlo.

—Mejor, mejor... Estoy ya muy mayor para escuchar ciertas cosas.

Guarda la crema de nuevo en su neceser y me lo pasa para que se lo coloque en el armario. Saca una bolsa de pipas del bolsillo de una bata que cuelga de su butaca.

—¿Otra vez con las pipas? Como te pille Alba se te va a caer el pelo de nuevo.

—Pero si me las ha traído mi Vero porque se las recomendó ella. ¿No ves que son sin sal? —Me muestra la bolsa—. ¿Quieres probarlas? Aunque saben a alpiste. —Me río negando con la cabeza—. Por cierto, me llamó tu madre. Quiere venir. ¿Por qué no le coges el teléfono, niña? ¿No podrías achantarte un poco? Una madre es una madre. Nunca te olvides de eso.

—No sé si sería bueno en este momento —contesto—. Saca lo peor de mí.

—Anda, mujer, no será para tanto.

—Bueno, lo pensaré —le digo, aunque solo lo hago para zanjar la conversación—. Pero no prometo nada. Y ni se te ocurra interferir, Encarna, que te veo venir.

—Ya verás que todo se soluciona. Hablando se entiende la gente.

—No siempre.

—¡Qué sí, niña! No seas cabezona.

—¿Y tú cómo vas?

—Pues tengo buenas noticias, a lo mejor me dan el alta en estos días —informa muy entusiasmada mientras guarda las pipas de nuevo en su bolsillo, me da que le pedirá a la nieta que le traiga de las normales en cuanto pierda de vista a la enfermera—. Vendrás luego a visitarme a casa también, ¿verdad?

—Claro que sí, mujer. Aunque tendré que aprender el trayecto en metro primero.

—Bueno, vendréis juntos ¿no? A mí me da miedo que vayas por ahí sola con la cabeza como la tienes.

—Ya. A mí también, no creas.

—Pues lo que tenéis que hacer es venir juntos a verme.

—Y el día que descubras que lo nuestro es un imposible, ¿qué?

—Se lo quedará mi Vero.

—Todito para ella —respondo, aunque no pegan ni con cola.

—¿Quieres escuchar mi teoría sobre lo vuestro?

—Venga, que lo estás deseando.

—Yo creo que el de los sueños no existe. Lo que te acecha es tu miedo al paso que diste al venir. Te asusta haberte equivocado y buscas la excusa para volver atrás. —Me quedo unos segundos analizándolo y le encuentro mucho sentido a su teoría—. Si ese hombre existiera, estaría aquí contigo.

—A lo mejor te habrías ganado la vida mejor como psicóloga que como costurera.

—El tiempo me dará la razón. Ya lo verás.

Es razonable lo que dice, teniendo en cuenta que hasta mi amiga me confirmó que me costó muchísimo decidirme a dar el paso y que más bien lo hice a la desesperada por no perderlo. Pero que decidiera regresar sin ni siquiera vernos es algo que no me cuadra. Es un cabo suelto. Yo no soy así. Perfectamente podría haber cambiado de opinión, sí, incluso arrepentirme del paso que di nada más aterrizar en Barajas. Pero ¿darme la vuelta sin una conversación ni una despedida?

—¿Sabes que le sorprendió que supiera cocinar? —Se me acaba de pasar por la cabeza ese detalle.

—Me dejas de piedra.

—¿Verdad? Dice que siempre comíamos fuera.

—Pues le escuché una vez contarte que echaba de menos hasta tus tortillas chamuscadas.

—¿Mis qué? —Me río al preguntarlo—. ¡Mintió descaradamente! O se me habrá quemado alguna, no digo que no, y lo está usando como algo habitual en mí.

—A lo mejor sí, porque se reía al recordarlo —añade—. Pero ese chico te quiere, niña, de eso no tengo ninguna duda.

—¿Me quiere a mí o a la Rebeca que conoció? —Me abrocho los botones del abrigo para marcharme—. Porque para él ya no soy esa.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Vuelvo a soñar con el hombre misterioso.
- Visito a Encarna en el hospital.

Cosas que he descubierto:

- Creo que nuestra relación no iba bien.
- Lo de que podría tener un amante empieza a cobrar fuerza.

Capítulo 8

—Estás muy guapa, ¿vamos a salir?

—Me temo que sí hay un plan, pero esta vez es solo de chicas.

—¿Otra vez? Me siento abandonado y, lo que es peor, ninguneado.

—Así me quedé el otro día, plantada con la cena en la mesa. Después de la paliza que me di cocinando.

—¡Venga ya! Si solo tuviste que descongelar y meter en el horno.

—Para mí eso es todo un reto Master chef, ya lo sabes.

—¿Entiendo entonces que esto es un plan en venganza?

—No, en realidad los planes no los he organizado yo.

—Está bien. ¡Que te diviertas! Total... vengo reventado, tampoco me apetecía ningún plan especial.

—Ya... ¿Alguna vez no estás reventado?

—Mantener un negocio a flote requiere de mucho esfuerzo. Pero ¿qué sabrás tú? No aguantas ni tres minutos seguidos en un trabajo.

—¿Estás insinuando algo?

—¿Insinuar?

—¡Que te den!

Capítulo 9

Rebeca

Madrid, 18 de noviembre

Tenemos un plan muy interesante para esta tarde. Iván me ha traído un plano del metro de Madrid y tiene marcados varios puntos a los que debo llevarle donde nos tomaremos algo. Para ponerlo más interesante, se nos ha ocurrido pagar alguna prenda. Él paga la suya si no fallo; y yo, si me equivoco. Hemos acordado que no sea ropa, eso podría significar que uno de los dos llegaría desnudo al último punto, y me veía con todas las papeletas en el bolsillo. Lo hemos dejado en despojarnos de algo más simbólico, alguna confesión bochornosa por ejemplo. Aunque lo improvisaremos sobre la marcha. Y me apetece el plan. Estoy aburrida de no hacer nada útil, quitando las visitas a Encarna, que me ayudan a salir de casa y a no darle tantas vueltas a la cabeza.

La primera parada es Callao, y consigo hacerme con ella sin complicaciones en un solo transbordo. Encontrar la salida a la calle del local al que nos dirigimos es otro cantar, casi me meto en una línea adyacente. Pero el trato era la llegada, sin errores y en el menor número de paradas y transbordos posibles, no puso ninguna condición a la hora de pisar la calle.

No es mi primera vez aquí, ya había viajado a Madrid anteriormente y visité los lugares más emblemáticos de la ciudad. La primera vez fue con mis padres, en la mejor época que recuerdo con ellos como matrimonio, cuando se querían y nuestras vidas eran como la de cualquier familia unida, con las disputas justas y precisas, y las excentricidades algo más comedidas. Estas últimas por parte de mi madre, cuyo instinto maternal nunca ha terminado de brillar del todo. Mi abuela siempre lo achacó a su juventud; le vino grande el papel de madre a los veintiún años y también el hecho de casarse con un hombre dieciséis años mayor que ella. Pero su historia fue así, se enamoraron perdidamente y se casaron cinco días después de nacer yo. Y los recuerdo así, hasta mi adolescencia, queriéndose muchísimo. Sin embargo, tras esa etapa, incluso mi padre decía que tenía en casa dos adolescentes disputándose el pavo. Razón no le faltaba. Y eso que aún no la había liado parda.

Cambiamos el sitio al que nos dirigíamos, porque mis pies no tardan en elegir otro al descubrir un olor delicioso, a bollería rica, que proviene de una puerta que acaban de dejar entreabierta.

—¿Te apetece una napolitana?

—Mmmmm... Sí, por favor.

Nos sentamos junto a la ventana, dejando sobre la mesa un café y un bollo para cada uno. Solo falta que asome el sol, tras la nube que lo tiene escondido, para que el momento sea perfecto.

—¿Háblame de tu trabajo? —le pido, mientras saboreo la rica crema del dulce.

—Qué aburrido, ¿no? —Me mira arrugando la nariz—. Paso de hablar de trabajo en mi día libre.

—¿De qué solemos hablar normalmente?

—No sé, de todo.

—¿Y de qué hablamos la primera vez que nos vimos?

—No lo recuerdo exactamente. —Mira por la ventana como si buscara a través del cristal las palabras que necesita—. Lo típico para conocerse cuando te presentas —afirma, volviendo la vista adonde me encuentro.

—Pues sí que te dejé marcado, sí...

Sonríe y da un sorbo al café de su taza.

—Es que me resulta extraño contarte así a pelo nuestras... no sé cómo llamarlas.

—¿Conversaciones? —le ayudo.

—Bueno, eran más bien momentos íntimos que surgían sin más. Es que... fuera de ese contexto perderían la esencia del momento.

—Pero has dicho que hablábamos de lo típico para conocerse. Y ahora lo estás pintando como si nos hubiéramos recitado un poemario a la luz de la luna.

—A ver, creo que no me he explicado bien —rectifica, jugando con el azucarillo que le ha sobrado—. Imagina que lees un libro o ves una buena película que te encanta, bien sea por lo que te transmiten sus personajes o por la historia en sí, que te hace vibrar. Y al acabar de verla, con todas esas sensaciones que has experimentado, intentas que yo reciba esa misma experiencia solo con un resumen de tus propias palabras. ¿Me explico?

—Sí, pero, en ese caso, aunque no vivirías la misma experiencia que yo, al transmitirme mi entusiasmo, ¿no te llamaría la atención la historia y querrías tener tu propia vivencia?

—¡Exacto! Mi propia vivencia, que nunca sería igual a la tuya porque la experiencia sería subjetiva. No solo estaría implicado el libro o la película, sino lo que cada uno aportaría a la historia y lo que significaría para cada cual.

—Me he perdido —respondo.

—Vamos a dejar a un lado el ejemplo. Imagina que yo también he perdido la memoria y hoy nos hemos encontrado aquí por casualidad, sin saber ninguno de los dos que un año y pico atrás nos conocimos y tuvimos una historia juntos. ¿Crees que se habría repetido todo tal y como ocurrió la primera vez?

—Imagino que no, el escenario es distinto. Y al ser una fiesta, tal vez estábamos achispados incluso y fue más divertido.

—Ya veo que esto te habría parecido una birria de cita —afirma, y trata de ocultar una sonrisa.

—No quería decir eso —agrego, sin evitar reírme—. Pero sí, tienes razón. Tal vez hay que estar presente y compartir la... magia del instante.

—¿Ves? —añade, tras limpiar con una servilleta los restos que el dulce ha dejado en sus dedos—. Al final sí me has entendido.

—¿Es que hubo magia?

—¡Pues claro! —reconoce enseguida—. ¿Dónde se ha visto una primera cita sin magia? Solo las que acaban en las listas de contactos bloqueados del teléfono en todo caso.

—Recuérdame que haga eso mismo contigo por esta cita en cuanto salgamos por la puerta —afirmo, y le doy el último bocado a mi bollo.

—Entonces, yo tacharé este sitio de mi lista de lugares a los que llevar a una primera cita.

—A lo mejor, al final de todas las paradas del mapa, encontramos la cita perfecta para tu lista.

—No podremos terminarlo, te recuerdo que ya me habrías bloqueado en la primera parada —resuelve— y no me darías la opción de pedirte una segunda cita, ¿verdad?

—¡Y encima has perdido el reto de llegar aquí! —le informo—. Si lo hubieses ganado, podrías haberte sacado de la manga un comodín y anular mi bloqueo de tu número.

—Entonces la partida para mí ha terminado, ¿no? Si estoy fuera del juego, no te queda otra que coger el mapa y lanzarte tú sola a la aventura.

—¡De eso nada! Lo que quieres es escaquearte de pagar prenda. Seguimos con el juego, y pienso cobrarme esa deuda.

Le doy el último sorbo a mi café, que ya se ha quedado algo frío, y nos levantamos de nuestros asientos.

—Y ¿cómo piensas cobrártela? No hemos acordado nada concreto al final —añade, subiendo la cremallera de su cazadora.

—Algo se me ocurrirá —respondo, mientras nos dirigimos a la salida—. ¡Ya lo tengo! Tienes que decirme qué fue lo que te gustó de mí la primera vez que nos vimos. ¿Por qué te fijaste en mí?

—Me lo has puesto muy fácil, fue tu mirada triste.

—¿Triste? Pero ¡si estábamos en una fiesta! —Me mira pensativo, quizás viajando en su memoria hasta ese instante en el que nos conocimos. Ojalá pudiera yo hacer lo mismo.

—Acababas de llorar. Tenías un reguero con restos de maquillaje a cada lado de las mejillas —me explica, señalando la zona—, y una expresión triste y a la vez furiosa. Me resultaba imposible concentrarme en otra cosa.

—¿Quién se acercó a quién?

—Digamos que... más bien tú.

—¿Nos acostamos en esa ocasión?

—¿Cuántas confesiones son por prenda? —pregunta riendo—. Pero no, no lo hicimos.

—¿Y por qué estaba triste?

—Creo que te la habían jugado.

—¿En qué sentido?

—¿Cuándo se termina el interrogatorio?

—¿Cómo fue nuestra primera vez en la cama?

—Eso sí que no voy a contártelo —afirma, riendo de nuevo.

—¿Por qué no? Yo estaba allí, tengo derecho a saberlo.

—¡Y lo sabrás! Solo tienes que hacer memoria.

—¡Tramposo!

—Mira quién fue a hablar...

—¿En qué he hecho trampas, si se puede saber?

—La prenda a pagar entiendo que es una confesión, en singular, y no semejante interrogatorio. Si se hubiera tratado de ropa, ¿habrías sido igual de espléndida? Ahora me arrepiento de haber cambiado las normas.

La siguiente parada es Guzmán el Bueno. Ahí meto la zarpa por su culpa. Para mí que lo ha hecho adrede. Me metió prisa con que venía el tren por el andén, y bajamos las escaleras a toda pastilla. Y al final resulta que había escogido la vía contraria. Ojalá hubiera elegido el trayecto de la línea gris, que es circular. Aunque me habría penalizado por el aumento del número de paradas... Esa jugada ya la tenía perdida de todas formas.

Cuando llegamos por fin a la estación marcada, tras dar la vuelta, salimos a buscar el local callejeando, es una taberna de tipo irlandesa. Esta vez sí que va a caer una cañita. Me la pide sin alcohol pero de barril, que no voy a notar la diferencia dice. Aún me trata como a una pobre convaleciente. Pero soy más rápida haciéndole una señal a la camarera sin que me vea, y me la trae como la suya.

—Bueno, pues te toca. Que comience el interrogatorio.

—No pienso hacerlo —decide—. Cuéntame tú lo más impactante que te haya pasado nunca. Sin contar con el momento en que te encontraste en el hospital con un desconocido que decía ser tu novio.

—Casi preferiría quitarme toda la ropa antes que responderte a eso.

—¡Joder! Pues no sé si lo aceptaría en estos momentos —dice, con los ojos muy abiertos—, que digas eso me produce demasiada intriga ahora.

—Aunque cabe la posibilidad de que ya te lo haya contado.

—Me has convencido, acepto el cambio.

—Pero no pienso desnudarme en un sitio público, claro.

—Me valen los servicios —afirma riendo.

—Supongo que no hablarás en serio, ¿no?

—¿Siempre has sido así de puritana?

—No sé, tú eres el que posee mi archivo de memoria —agrego, con cierto retintín, y me pongo en pie—. Bueno, venga, ¿lo hacemos ya?

—¿Hacerlo? Pues sí que has cogido velocidad ahora.

—¡Qué dices! —Me río por la ocurrencia, aunque noto las mejillas ardiendo—. No me refería a eso.

—Anda, siéntate. Te conmuta la pena. Voy a pensar en otra pregunta. Aunque no me quito de la cabeza lo otro, qué puedes haber hecho para estar dispuesta a desnudarte delante de mí en vez de contármelo.

—Bueno, tampoco sería nada nuevo verme desnuda, ¿no? —me defiendo—. Por cierto, ¿alguna vez lo hemos hecho en un lugar público?

—Puede...

—¿Puede?

—Pero mejor no preguntes sobre ese tema, se me hace extraño hablar de esto así en frío.

—¿De esto tampoco te resulta cómodo hablar? Y luego la puritana soy yo... Para mí que debemos pasar a las copas directamente.

—¿Tratas de emborracharme?

—Veo que es la única forma de sacarte información jugosa —replico—. Tienes los archivos de mi memoria demasiado encriptados en la tuya, y quiero aprovecharme.

Lo miro fijamente, tratando de descubrir algo más en su mirada. Tal vez busco la complicidad de los ojos que trastocan mi sueño. Hay algo en él, en su forma de dirigirse a mí y en la de evitar el contacto físico, que no termina de encajarme. Es como si no se atreviera a mostrar sus sentimientos. O quizás, simplemente, tiene miedo al rechazo por mi parte.

—Ya he pensado en lo de tu prenda a pagar —anuncia—. Quiero que me digas lo primero que se te pase por la cabeza sobre mí en este momento.

—Que eres un rarito.

—Vale, te lo he puesto a huevo —afirma riendo—. Cambio la pregunta.

—No vale cambiar tantas veces de...

—... ¿Prefieres quitarte la ropa? —me corta antes de que termine la frase.

—No he dicho nada.

—En el hospital, dijiste que te extrañaba haberme escogido como pareja o algo similar.

—¿Dije eso?

—No con esas palabras, pero lo diste a entender. ¿Ahora qué piensas?

—No lo sé... No eres muy de mi tipo, la verdad.

—¿Por qué? —Le da un trago a su cerveza, acaban de dejárnoslas sobre la mesa.

—Siempre he salido con tíos algo así como... no sé, lanzados, seguros de sí mismos, más... de otra forma.

—Entonces, ¿por qué te fijaste en mí?

—¿En serio le haces esa pregunta a tu novia desmemoriada?

Se ríe, rascándose la mejilla. Creo que es un gesto que suele hacer cuando se siente incómodo, se lo he visto hacer en varias ocasiones.

—Si tú y yo nos acabáramos de cruzar ahora mismo en este sitio por primera vez —continúa—, ¿te habrías fijado en mí?

—Teniendo en cuenta que tu única competencia son los dos señores de la barra y la camarera... Tal vez sí.

—Vale, *touché*... Ahora entiendo por qué te buscaste un amante.

—¿En serio piensas que lo tengo?

—¿Lo crees tú?

—No sé qué creer y qué no. Es todo tan confuso en mi cabeza. Ni te lo imaginas.

Se ha puesto serio, y no me apetece nada ese cambio de registro ahora. Me siento más cómoda cuando bromeamos y olvido que él es el novio al que no recuerdo. Disfruto más con el Iván que solo es un desconocido con quien estoy pasando un sábado cualquiera, como si tan solo fuera un amigo a quien acabo de conocer.

—Encarna me ha contado lo de tu sueño recurrente.

—¡Venga ya! ¿Por qué lo ha hecho? Creí que estaba de nuestra parte y que pretendía ayudarnos a salvar lo nuestro, no a hacerlo volar por los aires.

—Pero si eso ya lo has hecho tú confesando que tienes un amante —agrega, intentando que le suene divertido. Aunque no lo ha conseguido. El ambiente sigue algo enrarecido desde que salió este tema.

—Yo no he confesado nada.

—¿Qué ocurre exactamente en tu sueño?

—Pues, no sé... hay varias versiones... Pero ¿en serio quieres saberlo?

Afirma con la cabeza, y le da otro trago a su cerveza. Le imito mientras me lo pienso. Ahora me mira con atención.

—En uno de los sueños solo nos miramos y yo me acerco a él, aunque no le veo la cara, y quiero hablarle y preguntarle quién es, pero no me salen las palabras, creo que ni abro la boca para pronunciarlas. En otros es solo una especie de presentimiento, como una búsqueda sin sentido que me lleva por lugares extraños y a veces conocidos: como mi trabajo o la casa a la que suelo ir a tomar el sol... y me despierto con una sensación casi desesperada de... necesidad de buscarlo. La misma que en la otra versión, pero sin haberlo visto esta vez.

Noto que se ha puesto tenso. Repasa con el dedo índice una muesca en la madera de la superficie de la mesa, sin atreverse a mirarme a la cara.

—Lo siento —le digo.

—No te preocupes. No eres responsable de tus sueños.

—¿Ah, no? —pregunto, intentando recuperar el tono de minutos antes—. Y si no hubiera perdido la memoria, ¿sería igual de libre para no ser responsable de mis sueños?

—¡Claro! —responde, con un reflejo de sonrisa—. Que yo sepa, no existe una policía de los sueños. Puedes hasta robar un banco y cargarte a alguien, nadie va a detenerte.

—¿Tú sueñas con mujeres misteriosas?

—Como comprenderás, no voy a responder a eso sin la presencia de mi abogado.

—Si no hay policía, olvídate de abogados también. Asume tu responsabilidad.

—Es que yo tampoco soy responsable de mis sueños.

—Entonces, reconoces que sí sueñas.

—Como todo el mundo.

—Te estás escapando impunemente —me quejo.

—Lo que pasa en mis sueños, se queda en mis sueños —afirma—. Que a ti te guste alardear de tus amantes imaginarios es cosa tuya.

—No sé cómo te las arreglas, pero siempre te escaqueas de responder a lo que te pregunto. Empiezo a entender por qué me busqué un amante.

—Y ya van dos veces que lo sacas en la misma conversación.

—Lo hago por tu bien, para que no te duermas en los laureles.

—Es imposible competir con él, por lo visto se aparece hasta en los espejos.

—¿Ese también te lo ha contado? —me quejo, con cierto fastidio, aunque no pierdo el tono de humor. Él afirma con la cabeza y se muerde el labio de abajo para ocultar una sonrisa que se muere por salir.

—Y dice que hablabas de sexo.

—¡Eso no es cierto! A Encarna a veces se le va la olla tres pueblos —le digo, contagiada por su risa—. Me dijo que le daba yuyu eso de imaginarse una imagen a mi espalda reflejada sobre el espejo, y respondí que el sueño en sí transmitía... Bueno, sí, era algo así como sensual. ¡Yo qué sé! ¿Y por qué te lo cuento?

Apuro media cerveza de un trago y pido otra.

—No bebas más, podría sentarte mal con las pastillas.

—¡Es sin alcohol!

—Los dos sabemos que no.

Me pongo en pie y cojo mi abrigo del respaldo de la silla.

—Pues entonces, ¡venga! —Saco el mapa de mi bolsillo—. Larguémonos de aquí. Hay un objetivo que cumplir.

La siguiente parada que hacemos está en Nuevos Ministerios. No es una de las señaladas en el mapa, me lo ha cogido de las manos para marcarla. No sé a qué se debe el cambio de última hora, no ha querido decírmelo, y debería haberle conducido hasta allí perfectamente y sin complicaciones, ya que ni siquiera teníamos que cambiarnos de línea, apenas dos o tres paradas nos separaban de ambos puntos; pero como iba distraída hablando con él, no me he dado cuenta y nos hemos pasado. El muy tramposo ha esperado a que se cerraran las puertas para avisarme. Nos ha tocado dar la vuelta en la siguiente estación.

Cuando alcanzamos la salida, caminamos primero por Paseo de la Castellana, la reconozco de haber pasado por ella en coche. Cruzamos un par de calles más y, callejeando, nos paramos frente a un edificio.

—Aquí fue donde te recogió el Uber.

—¿Aquí?

—Sí, en la segunda planta está mi oficina.

—Pues no recuerdo haber estado aquí.

—¿Quieres que un día de estos hagamos juntos el trayecto de aquí al aeropuerto en coche?

—No sé si estoy preparada.

—No va a pasarte nada. Estaré contigo.

En realidad, me asusta hacer ese itinerario. Y creo que ya no es por miedo a que me ocurra algo, lo que me aterra es que no suceda nada.

—¿Y si no la recupero, Iván? ¿Qué vamos a hacer si me quedo así?

—No creo que vayas a quedarte sin memoria para siempre, Rebeca. Y en el peor de los casos, si así fuera, ¿qué tiene de malo? Solo has olvidado una pequeña parte, sigues teniendo un pasado.

—Ya —afirmo, pensativa—. Pero... te he perdido a ti.

—Pues no va a quedarte otra opción que coger al toro por los cuernos, Rebeca —me recomienda con determinación—. Y, además, no puedes negarte. Has fallado antes y te toca pagar prenda, ¿no? Así que ha llegado la hora de cumplir, y propongo un desafío.

—¿De qué desafío hablas?

—Ahora lo verás.

Desandamos el camino y en un momento dado veo que levanta la mano y para un taxi.

—¿Qué narices estás haciendo?

—Ha llegado la hora —propone—. Debes enfrentarte a tus miedos.

—¡Ni de coña! —El taxi se para a nuestro lado y él abre la puerta—. Además, se está haciendo de noche —pongo de excusa.

Intento no subir, pero el conductor está mirándome y me da apuro montar una escena. Obedezco y me acomodo tras el conductor. Él se sienta a mi lado.

—Vamos al aeropuerto —le indica enseguida al taxista.

Intento ponerme el cinturón, pero, con lo nerviosa que estoy, tiro demasiado fuerte y se me queda bloqueado en varios intentos. Me quita la hebilla de las manos y la encaja tranquilamente en el anclaje. Coge mi mano derecha, que seguía agarrada con fuerza a la tira rígida del cinturón, al igual que la otra, y entrelaza sus dedos con los míos.

—Tranquila. No va a pasar nada —me dice en un susurro, cerca de mi oído para evitar que le escuche el conductor. Aunque tiene la radio conectada y parece atento a un partido de fútbol que se está disputando en este momento.

—Eso es lo que me da más miedo —confieso, usando el mismo tono de voz.

—Tienes que ser realista, Rebeca. No creo que vayas a recuperar la memoria en este trayecto, y tampoco te llevo allí por eso. Pero quiero que dejes de tener tanto miedo.

—¿Y cómo voy a recuperarla si no es yendo al lugar donde pasó? ¿Qué otra cosa puedo hacer si no la recupero así?

—Seguir con tu vida como si ese intervalo de tiempo no hubiera existido —responde, mirando nuestras manos enlazadas—. Hay años de la mía cuando era crío que no recuerdo. Por ejemplo, la etapa en que repetí sexto: ese curso pasó por mi vida sin pena ni gloria. De hecho, no recuerdo a ninguno de mis compañeros de esa clase, me parecían demasiado canijos para molestarme en conocerlos, y al año siguiente nos mudamos y cambié de colegio. Eso quiere decir que he anulado a veintitantas personas de mi vida, como si jamás hubieran existido. No recuerdo ni un solo nombre de aquella promoción. Y aquí me ves. He podido con ello. Seguro que en la tuya hay millones de cosas que has olvidado antes del accidente, y personas que han pasado sin dejar huella en ella. Hazte a la idea de que esto es algo parecido.

—¿Y qué hacemos contigo?

—A mí vas a seguir recordándome. Aunque solo sea como al capullo que te obligó a este desafío y te enseñó a usar el metro.

Sus palabras han conseguido relajarme. Tal vez tenga razón. Podría perfectamente seguir con

mi vida anterior: volver a casa y recuperar mi trabajo. En realidad uno no puede echar de menos lo que nunca ha vivido. Iré a mi revisión y, en cuanto me digan que puedo volar, cogeré un billete de vuelta.

—Me gusta verte sonreír —agrega, sacándome de mis renovados y esperanzadores pensamientos.

—Creía que mi punto fuerte era cuando lloraba. Así te conquisté, ¿no?

—¡Acabas de confirmar mi teoría! —afirma en tono victorioso—. ¿Ves que no se pueden contar las cosas que se han vivido?

—¿A qué te refieres ahora? —me intereso enseguida.

—Te has tomado ese detalle de la historia de una forma que no coincide con lo que yo sentí. Por más que te cuente anécdotas, jamás sentirás lo que viviste en su momento. Y ahora céntrate en el trayecto, o no va a servir de nada el desafío. Estamos llegando al punto.

Me indica el lugar exacto cuando pasamos por él. Hay un ramo de flores atado a la valla del quitamiedos.

—¿Murió alguien en el accidente?

—Sí, el que lo originó. Sufrió un infarto al volante, el pobre hombre. —Se me pone mal cuerpo al pensarlo y me da un escalofrío. Debo sentirme afortunada de que lo mío, al fin y al cabo, haya terminado casi en nada.

A los pocos minutos, llegamos al aeropuerto. Bajamos del coche, y me pregunto porqué no hemos pedido al taxista que nos lleve de vuelta al punto de salida.

—¿Estás preparada para el último reto de la partida? —Mete su mano en el bolsillo de mi abrigo, saca el mapa y lo hace añicos—. Ahora quiero que me lleves en metro hasta casa.

—¿Sin mapa?

—¡Claro! Este es el examen final para conseguir el título. Muéstrame a la urbanita que eres.

—Voy a bordarlo —presumo, caminando hacia la estación o, más bien, tratando de encontrarla.

—Si lo consigues, sin errores, te llevo a cenar al sitio que elijas.

—¿Y si fallo?

—Eso lo iré pensando por el camino.

—Miedo me das.

—Pues no me des ideas.

Como soy consciente de que la orientación no es una de mis mejores virtudes, he hecho un poco de trampa descargándome una App del metro sin que se diera cuenta y hemos llegado a casa en tiempo record, según me ha confirmado. Aunque al final, se nos ha hecho un poco tarde y hemos dejado la cena especial para otra ocasión. Nos hemos conformado con unos *noodles* para llevar y también palomitas para una sesión de cine. Me he empeñado en ver la película del amnésico que interpreta Harrison Ford en la película *Apropósito de Henry*. Estoy fatal de lo mío por querer torturarme con películas así, lo sé, pero tengo curiosidad. Espero que en esta al final recupere la memoria.

—Al menos a ti no tengo que abrocharte los zapatos —me suelta, en un momento de la película donde la hija del protagonista le enseña a hacer la lazada. Le doy un empujón y me río de su comentario.

—Habrías salido corriendo, seguro, si llego a despertar así.

—Tienes un concepto horrible de mí, ¿no?

—Solo estaba de broma.

Aún no he recibido la respuesta de mi madre, le pregunté por WhatsApp si ya se lo había contado a mi padre. Supongo que no me ha respondido porque está resentida por sus llamadas ignoradas. Al final no me quedará otra que ceder y hablar con ella. Me extraña mucho que él no se ponga en contacto conmigo, no es rencoroso, y si está actuando así es porque debí hacerle algo muy gordo. No me cabe en la cabeza que fuera un enfado por el simple hecho de haberme largado.

—Ahora vengo.

Paro la película y me acerco a mi habitación para coger el teléfono. Marco el número de mi padre. No lo coge. Salta el buzón de voz. Cuelgo. No puedo dejarle un mensaje, claro. En el fondo me alegro de que haya saltado el contestador. No sé qué le habría dicho, a parte de que le echo muchísimo de menos y que no entiendo nuestro distanciamiento. Me haría preguntas que no puedo contestar. No quiero preocuparle de momento con mi amnesia.

Dejo el móvil sobre la mesa que tenemos delante y vuelvo a dar al *play*.

—Gracias —le digo a Iván, tras ocupar mi sitio en el sofá. En medio de nosotros tenemos el gran cuenco de las palomitas.

—¿Por qué?

—Por cuidarme todo este tiempo sin conocerme de nada. Bueno, sin conocerte yo —corrijo enseguida—. No sé ni lo que digo ya.

—No tienes por qué darme las gracias.

Se me llenan los ojos de lágrimas.

«¿Y ahora por qué cojones me pongo a llorar? Serán las pastillas».

—Eh, ¿qué te pasa?

Quita el cuenco de las palomitas y se pega a mi lado, me pasa el brazo por detrás de los hombros y yo me entrego a su muestra de cariño, apoyándome sobre él.

—Lo siento, no sé a qué viene esto. Creo que echo de menos... mi vida. Debería coger un avión. No sé qué hago aquí.

—Te entiendo. —Con la mano que tiene libre recupera el mando y vuelve a parar la película —. Mira, hagamos una cosa. —Intenta separarse de mí para mirarme a la cara—. La semana que viene tienes la revisión, ¿por qué no le preguntas al médico si te deja volar ya, aunque luego tengas que volver para alguna prueba? Tal vez diga que sí. Además, no has vuelto a tener migrañas fuertes ni te has desorientado. —«Sí las he tenido, pero no se lo digo»—. ¡Venga, ánimo! Ya verás que en nada estás de vuelta en Ibiza.

—¿Tú crees o lo dices solo para que deje de llorar?

—Las dos cosas.

—¿Me preparas un ron-cola? —le pido, secando con la manga de mi pijama las lágrimas que no han ido a parar a su camiseta.

—No te aproveches de tu sensiblería en este momento —responde, recuperando las palomitas que ha puesto en su regazo.

—¡Venga, no seas aburrido! Me vendrá bien para desinhibirme un poco. Necesito no pensar. Termina levantándose y rebuscando en la cocina.

—No tengo ron —informa desde allí.

—¿Y qué hay?

—Solo vodka.

—Pues vodka-cola.

—Eso no pega mucho, ¿no?

—¿Acaso hay otra cosa?

—Venga, vale. Pero yo paso.

—Ah, no. Tú también. Ponte un chupito aunque sea.

—¿Ya estás otra vez intentando emborracharme? ¡Que soy un hombre fácil, mujer! No necesitas tanta parafernalia.

—En realidad pretendo resetear mi cerebro a base de alcohol —le digo—, con los ordenadores funciona, ¿no?

Capítulo 10

—¿Qué es eso que huele tan bien?

—Es una lubina a la sal.

—¿Desde cuándo sabes cocinar?

—Uno de los dos tenía que aprender... No podemos subsistir a base de precocinados.

—¡Ya estamos!

—No, tranquila, no iba con segundas ni te estoy recriminando nada. El matrimonio es cosa de dos.

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—¿Por qué iba a arrepentirme?

—Porque apenas nos conocíamos. Un mes saliendo, boda exprés semanas más tarde... Tal vez, debimos hacerlo como todo el mundo: salir un año o dos, convivir un tiempo para ver si somos compatibles, casarnos más tarde por todo lo alto y no con cuatro amigos de invitados... Toda esa mierda.

—¿Y qué habría cambiado el hacerlo de ese modo?

—Quizás ahora mismo estaríamos buscando piso para probar la convivencia o planificando la boda.

—¿Eso crees?

Capítulo 11

Rebeca

Madrid, 19 de noviembre

Noto un sudor frío y la misma sed que el día que desperté del coma. Sé que estoy tumbada, pero no puedo moverme ni articular palabra, lo que sí consigo es abrir los ojos. No es sudor lo que recorre mi cuerpo, sino lluvia. Una lluvia muy fina que me está empapando la cara. Abro la boca y saco la lengua para recibir un poco de agua, aunque no consigo una sola gota. Un instante después, noto un dolor de cabeza terrible y aparezco sentada en un coche. «¿Estás bien?», escucho decir a una sombra justo enfrente de mí. No consigo enfocarlo bien, pero reconozco su voz perfectamente. «¿Qué pasa?», intento decirle. «¡Despierta!», responde él. «Ya lo estoy», contesto.

—¡Despierta!

Abro los ojos y le veo frente a mí. Ahora estamos en mi habitación, se ha sentado sobre la cama y me está sujetando aún por los hombros.

—Estoy bien, estoy bien... Solo ha sido un sueño —le digo.

—¿Una pesadilla? Pedías agua a gritos.

—Creo que he recordado algo.

—¿El qué?

Me incorporo y me quedo sentada, apoyando la espalda sobre el cabecero de la cama. Él continúa sentado al borde, frente a mí, y me mira expectante.

—No lo sé, pero estabas tú. Por primera vez estabas allí. Algo es algo, ¿no?

—Qué susto me has dado —responde. Se pasa la mano por el pelo y me mira, parece preocupado—. Parecías estar pasándolo mal.

—Sí, tenía mucha sed y había agua por todas partes, pero no podía probar ni una gota.

—¿Por qué no?

—No podía moverme, algo me sujetaba.

—¿Y estaba yo contigo?

—Al menos tu voz, sí.

—¿Quieres que te traiga agua?

—Sí, por favor.

Va a la cocina y al rato vuelve con un vaso lleno. Me lo bebo entero.

—Creo que el alcohol me ha deshidratado un poco.

—¿Solo eso...?

—¿Por qué lo dices?

Me quita el vaso de las manos y lo deja sobre la mesita, luego vuelve a sentarse al borde de mi cama.

—Menudo rollo me soltaste sobre una vaca que hablaba.

—¿Una vaca que hablaba? ¡Eso te lo estás inventando!

—¡Te lo juro! —responde, contagiándose de mi risa—. Te habías fumado un canuto con Inés en

una casa rural de no sé qué pueblo de Asturias... Que te lo cuente, me decías, ella es la monda imitándome fumada.

—Ostras, pues no me suena de nada esa historia. Además, nunca viajamos juntas. ¿Me lo habré inventado? —me pregunto en voz alta—. ¡Voy a llamar a Inés!

—¡Eh, chssss, quieta! —Me quita el teléfono de las manos—. Son las cinco de la madrugada. Se llevará un buen susto y, además, en su estado no creo que sea muy conveniente.

—¡Es verdad, joder! Olvido todo el tiempo lo de los gemelos. —Me acomodo de nuevo en la cama, usando mi almohada como respaldo. Él sigue sentado a mi lado—. ¿Tú lo sabías?

—Pues claro —afirma, sonriendo.

—Es raro asumir de golpe todas las cosas que han seguido su curso natural en mi ausencia. No sé cómo explicarlo.

—¿Por qué estás tan despierta? —pregunta, levantándose y estirando el cuello hacia atrás—. Me vuelvo a la cama, cotorra.

—No, no te vayas. Quédate aquí conmigo charlando.

—No sé si aguantaré. Estoy molido.

—Pero mañana no trabajas.

—¿Eres consciente de que me tuviste hasta las tres de cháchara? ¡Solo han pasado dos horas!

—Venga, porfa, solo un rato. Túmbate conmigo y hablamos hasta que me duerma.

—Pero entonces vámonos a la otra, aquí no cabemos los dos.

Accedo y nos cambiamos de habitación. En realidad tengo miedo de tener otro sueño extraño, este no ha sido como los demás. Quizás lo ha originado el alcohol. No vuelvo a probarlo.

Cuando estamos en su dormitorio, doy la vuelta al otro lado de la cama. No lo hago porque recuerde en qué lado solíamos dormir cada uno, sino porque lo he visto a él durmiendo.

—¿Qué te decía en el sueño? —se interesa al rato, cuando ya estamos bajo el edredón. Tiene los brazos cruzados tras la nuca y mira al techo.

—Me preguntabas algo. Creo que era en el accidente. Llovía y estaba atrapada. Tal vez podría ser un recuerdo y no un sueño.

—Pero si fuera un recuerdo, la voz que escuchaste sería la del conductor. Aunque él dijo que en todo momento estuviste inconsciente. Te sacaron los de la ambulancia. Él no se atrevió a moverte, pero sí fuisteis juntos al hospital en la misma ambulancia. —Se ha girado hacia donde yo estoy, apoyándose sobre el codo.

—Tal vez haya sido una mezcla de sueño y recuerdo. Quizás mi cabeza trata de buscarte, ¿no crees?

—Ojalá. —Sonríe y gira sobre sí mismo para volver a su postura inicial, mirando al techo—. A lo mejor te acordaste de mí en el momento del accidente y por eso te ha venido ese recuerdo.

—Es otra posibilidad.

En el fondo, me alegro por ello. Es la primera vez que siento que quiero recordarlo.

—¿Nos dormimos? —propone.

—Sí —contesto, cerrando los ojos.

No he escuchado el sonido del despertador esta mañana, pero sí creo haber visto a Iván levantarse entre la vigilia y el sueño. Ahora no está en casa. Y me siento extraña cuando se va. Es

una sensación rara, como cuando estoy en una habitación de hotel que, aunque me sienta cómoda, sé que es un sitio de paso. No termino de entregarme del todo. En realidad, lo que me ocurre con su casa es la sensación de estar invadiendo un lugar que no me corresponde. Como si en cualquier momento fuera a entrar alguien ajeno a mí por la puerta, un familiar suyo o algún conocido para preguntarme quién soy y qué hago aquí. Ese es justo el ejemplo de sentimiento que no me permite aflojar y me mantiene en alerta. Sin embargo, cuando Iván está aquí conmigo es distinto. Me relajo completamente.

Hoy no tenía que ir a trabajar, pero había quedado con un conocido por un favor para una obra que quiere hacer en su casa. Me lo contó anoche, muy por encima y sin mirarme apenas. Creo que puede tratarse de una excusa que me ha puesto para tener algo de tiempo disponible para él solo. Quizás le pase conmigo lo mismo que a mí con su casa vacía: se siente atrapado. Ojalá me den pronto el alta definitiva y pueda marcharme. Tal vez sea lo mejor para ambos.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Ayer hice el recorrido del accidente. Nada.
- Usar el metro sola ya no es un reto, la cabeza no me ha fallado en ningún momento.
- Iván es un buen tío, me cae bien. Empiezo a entender que me gustara.
- Reconozco también que encaja en la historia del flechazo que me contó Inés. Aunque lo lógico sería que lo hubiera sentido nada más despertarme también, ¿no? Aunque, tal vez, con la impresión de la noticia de la amnesia me bloqueé y eso hizo que no lo recibiera de ese modo. No se puede comparar una fiesta con la habitación de un hospital, claro. Glamour cero.
- Dice que la primera vez que me vio tenía lágrimas en los ojos. ¿Por qué lloraba en aquella fiesta? (Preguntárselo a Inés).
- Hoy he soñado con el accidente. (Nada claro, lo he mezclado todo).
- Hemos dormido juntos. No ha sido extraño. Creo que podría acostumbrarme.
- No he descubierto nada nuevo.

Capítulo 12

—Es el regalo más bonito que me han hecho en la vida. Ahora sé por qué decidí casarme contigo: nunca se te escapa un detalle.

—Bueno, no es para tanto. Por mi culpa nos perdimos nuestra luna de miel.

—Sí, la verdad es que eso de *En casa del herrero cuchillo de palo* es verídico aquí.

—Voy a tener que cerrar el negocio.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—¿Tan mal van las cosas?

—Con la venta *online* no hay quién compita.

—Algunas lo hacen. Mira El corte inglés, por ejemplo.

—Ya. Pero en estos casos solo sobreviven los grandes, y yo estoy muy lejos de serlo.

—Y si cierras, ¿de qué vamos a vivir? Con mi sueldo es imposible.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo.

—Y si las cosas estaban tan mal, ¿por qué diablos te has gastado dinero en este viaje? ¿Estamos locos o qué?

—Bueno, ya está hecho. Además, hacía tiempo que no nos veía disfrutar así.

—Pues si querías que disfrutara, ya me has amargado la vuelta con lo del cierre. Al menos, podrías haber esperado a que aterrizáramos para darme la noticia.

Capítulo 13

Rebeca

Madrid, 20 de noviembre

Es por la tarde, nos dirigimos a la casa de Encarna. Le dieron el alta y nos espera para tomar café. Espero que no esté su hijo. Desde el rífrrafe me mira con cara de odio. Aunque prefiero que esté él a la nieta repelente, con ella sí que no puedo. Pero a Encarna se le cae la baba con su nieta, está tan ciega con esa niña caprichosa y mimada. Bueno, niña... por decir algo, porque la pava tiene ya veintitrés palos. Y ahí la tenemos, que no ha trabajado en su vida y ni intención tiene. «¿Por qué no echas una solicitud de empleo en una tienda de moda?», le dije una vez que estaba de visita en el hospital, quejándose de que no podía renovar su móvil para sonsacarle a la abuela. «Es que yo para doblar ropa... me quedo en casa ordenando mi armario». «¿Por qué no te haces un curso de educadora en guardería? A ti siempre te han gustado los niños», le propuso la yaya, como ella la llama. «Es que para limpiarle la mierda a un crío no valgo». «¿Y de teleoperadora?», se le ocurrió a Iván. «¡Qué horror! Una amiga trabaja de eso y está amargada de aguantar gilipolces. ¡Paso!». «¿Y camarera?». «¿Para aguantar borrachos?». «Cuando alquilamos apartamentos vacacionales, contratamos a un par de chicas para limpiarlos. Tal vez por ahí podrías mirar también. Piensa que sería tu primer trabajo, puedes tomártelo solo como una forma de iniciarte en el mundo laboral», le propuse. Aunque me ahorré decirle: «A mí me llega tu currículum y veo que no has trabajado en tu puta vida ni estudiado desde la secundaria, y no te contrato por *pedazo de vaga*». «¿Limpiar la mierda de otros...? —me respondió—. ¡Ni muerta! Además, este año quiero presentarme al casting de *Gran Hermano* y es mejor que esté sin trabajo, así no tengo que dejarlo para entrar». «¡Tócate los huevos!», esto lo iba a decir solo para mí, pero me salió del alma y mi boca lo expulsó acompañado de una sonora carcajada. Encarna me miró con odio y cerró la cortina de sopetón. Pero creo que en el fondo estaba más frustrada con ella que enfadada conmigo, porque en cuanto se fue la nieta abrió y nos ofreció un trozo de bizcocho que le había mandado la madre de la concursante.

—¿Creéis que tendrá algún futuro?

Iván ni se atrevió a responder.

—Si se cree a pies juntillas ese papel de candidata a la fama, tal vez haga un buen casting y carrera entre los platós de la cadena —dije yo.

—¡Vamos, que se la van a comer viva! —afirmó la abuela

—Tú lo has dicho.

Es curioso que las personas con las que más chocas terminen siendo las que mejor te comprenden. Quizás porque en el fondo hay cierta similitud entre ambas partes, y eso ayuda a descubrirse en la actitud y palabras del otro. Como si mirásemos a un espejo que nos devuelve nuestros propios errores o inquietudes. En el caso de Encarna había algo más, un plus que le otorgaba la experiencia de vida. Para mí, al principio, era solo una desconocida que se metía en mis cosas sin venir a cuento, una intrusa que se atrevía a juzgarme. Ajena a que ella ya era mi

compañera de cuarto mucho antes de que yo despertara, y dormía al son del ruido de la máquina que me permitía respirar. Hablaba conmigo cuando estábamos solas, obviando mi estado, y rezaba por mí para que despertara. De todo aquello no fui consciente hasta que ella me puso al día.

Iván y ella también fueron alimentándose de ese cariño mutuo que forjó la espera. Lo animaba y consolaba cuando lo veía apagado, mirándome, y le pedía que me hablara de nuestras cosas. Luego opinaba y discutían al respecto, en muchos casos, cuando él le contaba alguna disputa que habíamos mantenido durante nuestra relación. Por lo visto, siempre acababa echándose la culpa. Y en medio de toda esa información, yo trato de recomponer el gran puzle en el que apenas me veo retratada. En algunas anécdotas, ni siquiera veo reflejada mi personalidad. No encuentro mi reacción natural. A veces me pregunto si con él no habré sido realmente yo. Si me habré disfrazado de otra muy distinta solo para gustarle. Tal vez de ahí venga el motivo de mi huida. ¿Y si llegué a Madrid y me di cuenta de que no quería seguir siendo quien no era? No sé si todo esto tiene algún sentido, pero es lo que llevo cavilando desde que desperté en su cama. Cuando ya estábamos dormidos, abrí los ojos en algún momento de la madrugada y vi que estaba de espaldas a mí, ocupando un mínimo del espacio, como si no se atreviera a rozarme ni a invadir mi lado de la cama.

Deduzco por su actitud que nuestra relación no funcionaba. Pienso que, tal vez, se siente culpable por el accidente y se obliga a cuidarme. Pero creo que en el fondo ya no me quiere. O no al menos como se supone que uno quiere a alguien en una relación. Quizás le hice daño, o se enteró de que había otra persona entre nosotros y se desencantó.

Suena el timbre de mi teléfono y salgo de golpe de mis pensamientos. El vagón está lleno de gente y hurgo en mi bolso para cogerlo. Es mi padre quien aparece en pantalla. Decido no responder, necesito intimidad para hablar con él. Aún no he decidido cómo afrontar esto. Me da miedo contarle a bocajarro que tuve un accidente y perdí la memoria. Pero no decirlo nos obligará a hablar de nuestra discusión, y no tengo ni idea de por dónde irán los tiros, ya que no soy consciente de lo que nos dijimos. ¡O a lo mejor ya se lo ha contado mi madre! Tengo que llamarlo en cuanto salgamos de aquí.

Iván me ha visto guardar el teléfono sin contestar, pero no hace ningún comentario al respecto.

—Es la siguiente parada —anuncia, y nos ponemos en pie para dirigirnos a la salida.

Cuando llegamos al portal de Encarna, le pido que vaya subiendo él para poder realizar la llamada. Necesito hacerlo de una vez por todas. No puedo demorarlo más.

Pulso su número cuando se cierra la puerta del bloque.

—¡Hola, Rebeca! ¡Qué alegría me ha dado ver tu llamada! Siento no haberte respondido anoche, pero tuve un día complicado y me fui a la cama muy temprano. Hasta olvidé cargarlo. Fíjate cómo está mi cabeza que me he dado cuenta hace un rato. ¿Todo bien?

«Me da que no lo sabe. ¿Se lo digo? ¡Joder! Para una vez que podría haber hecho las cosas bien mi madre...»

—Sí, todo bien, papá... Imaginé que estarías dormido y por eso no insistí. Antes no lo he cogido porque no estaba sola y me apetecía hablar de... ya sabes. Bueno que... lo siento mucho, lo que... pasó. Ya sabes, ¿no?

—No hay nada que sentir, hija. Yo tampoco debí ponerme así. Estás en tu derecho de querer hacer tu vida fuera de aquí. Solo me pilló en mal momento por lo de Hugo. Y entiendo que no quisieras cogerme el teléfono.

—¿Cuándo?

«¿Quién es Hugo?».

—Cuando te marchaste, digo, que entiendo que no respondieras mis llamadas. Te dije cosas muy feas, hija. No quise insistirte más, sabía que tarde o temprano encontraríamos la forma de arreglarlo.

—Siento no haberte llamado antes —respondo, tratando de buscar las palabras precisas sin delatarme, si menciono el accidente se sentirá fatal por no haber estado a mi lado—. Necesitaba... aclarar mis ideas.

—Da igual, dejémoslo atrás. Lo importante es que hayas decidido hablarme de nuevo. ¿Cómo va todo? ¿Qué tal el trabajo?

«¿Trabajo?».

—Pues... todo bien, adaptándome. Al principio era un lío orientarme... ya sabes, en una ciudad tan grande y eso... Pero es pan comido.

—¿Y qué vas a hacer con el coche y la moto?

—Bueno, aquí no sé si sabría manejarme con tanto tráfico.

—Pero parado no puedes tenerlos, a lo mejor te convendría vender aunque sea el coche.

—Sí... Bueno... Lo pensaré. ¿Qué tal todo por allí?

—Pues estamos planteándonos traspasar el Bahía, ¿cómo lo ves?

—¿El Bahía?

«¿Qué narices será eso? ¿Un barco? ¿Ha dicho traspasar? ¿Un negocio?».

—Sí, estoy demasiado mayor para tirar del carro, y el que contratamos está muy verde. Contigo era otra cosa. Erika pone de su parte, pero es un desastre para estas cosas, ya la conoces, y la toorean. Y al final Hugo no ha dado su brazo a torcer, y mira que lo ha intentado su madre.

«Pero ¿quién coño son esos? No sé qué responder, acabo de quedarme sin palabras».

—Bueno, papá, ya lo hablaremos tranquilamente, ¿vale? Tengo que dejarte ahora. Es que... tenemos visita. Pero te volveré a llamar.

—Claro, hija, no te entretengo más. ¡Pásalo bien!

Guardo el teléfono en el bolsillo de mi abrigo ensimismada. No lo entiendo. Creo que me he perdido más parte de la película de la que imaginaba. Mi vida está mucho más patas arriba de lo que creía.

Noto una vibración y saco de nuevo el móvil antes de pulsar el botón del piso de Encarna. He recibido un mensaje de texto:

Iván: Es una trampa. Estás a tiempo de escapar. Tu madre y su novio están aquí. Les he dicho que tenías jaqueca y que tal vez no vengas. Tú decides.

Si no acabara de quedarme a cuadros con la conversación con mi padre, me largaría sin dudar. Pero creo que la señora Robinson puede aportarme respuestas precisas y muy necesarias.

Yo: Subo.

Llamo al timbre y recibo en la puerta a la única cara del bando amigo.

—¡Te juro que yo no estoy metido en el ajo! —agrega, nada más cerrar la puerta tras de mí. Me quito el abrigo y lo cuelgo donde veo que están todos colgados en un perchero de pared en la entrada.

—Lo sé, de lo contrario no habría recibido el soplo del WhatsApp.

—¡Cariño! —se levanta como un resorte en cuanto me ve aparecer en el salón, y puedo apreciar lo juvenil de su vestuario. También se ha puesto extensiones y lleva el pelo de un rubio platino imposible al estilo Barbie—. Siento no haber respondido a tus mensajes, pero quería

esperar a que nos viéramos en persona para ponerte al día de todo. Estoy al corriente del problema.

Vuelve a ocupar su sitio junto a su... ¡Coño, este no es el mismo de antes!

—¿No vas a presentarnos? —sugiero.

Él se muestra indeciso, nos mira a una y otra, y no parece tener intención de levantarse.

—Ah, sí, bueno, ¿no recuerdas a Israel? —tercia ella.

Iván y Encarna observan la escena desde dos butacas colocadas a ambos extremos de la mesa baja y del sofá donde se encuentran los tortolitos.

—Pues no. Lo siento. Estoy un poco olvidadiza últimamente —agrego con retintín.

Él se levanta, recuperando la decisión que había perdido al principio, y nos damos dos besos.

—Nos conocimos en... Bueno, yo soy el...

—... Le contrataste de jardinero el año pasado —se decide a rematar ella.

—¿Yo? ¿De jardinero?

—Sí, en el Bahía Luna, cariño.

—Ni idea. Contrato a mucha gente en mi trabajo —respondo, restándole importancia—. ¡Espera un momento! —caigo en la cuenta enseguida—. ¿Has dicho Bahía Luna?

«¿No fue allí donde conocí a Iván?».

—Ah, claro... que tampoco lo recuerdas —agrega, pensativa, como si fuera a revelarme algo.

— ¡Ay, mi pobre Bequi!

—¡Odio que me llames Bequi, ya lo sabes!

—Ya, perdona, hija, se me escapa. El Bahía Luna es el apartotel que abriste con tu padre.

—¿Que yo quééé?

—La que no sé si está metida en el negocio es la lagarta esa —continúa diciendo—. A mí él no me cuenta nada de vuestros asuntos. Ni tú, claro. De lo poco que me enteré fue por Israel.

—¿Y a quién estás llamando lagarta? —me intereso enseguida.

—A la alemana esa que le presentaste.

«¡Dios!, ¿de qué narices habla?».

Noto todas las miradas puestas en nosotras dos, solo faltan las palomitas.

—Siéntate, niña —me pide Encarna desde su butaca, poniendo la mano en el hueco del sofá que hay junto a mi supuesto jardinero. Pero decido quedarme de pie.

—A ver, que me aclare: ¿Insinúas que mi padre sale con una mujer, que yo le presenté, y que tenemos un negocio juntos?

—Yo no insinúo nada, cariño, las cosas son así.

—Entonces... ¿papá se enfadó conmigo porque le dejé colgado con el negocio para venir a Madrid?

—Pues eso no lo sé, a mí vosotros no me tenéis al tanto de vuestros asuntos. ¿Habíais discutido?

—Ahora lo entiendo, pobre... —digo, como para mí pero en voz alta.

—¿Lo entiendes? Ya veo que a él siempre le perdonas todo. Yo me enamoro de un hombre más joven, y os ofendéis. Él se casa con una más joven, y ni rechistáis. Y luego no hay machismo patrio...

—Sabes de sobra que nadie te juzga por tu historial amoroso reciente, madre. No me tires de la lengua.

Iván se levanta de la butaca y ocupa el sitio junto a Israel. Supongo que intuye que me incomoda la situación. Decido aceptar su gesto y sentarme en el que ha dejado libre.

—¿Y qué edad tiene ella, a todo esto? —Me ha entrado la curiosidad al final.

—Pues la mía tendrá —responde enseguida, algo desairada—, aunque aparenta mucho más.

«Si no estuviera tan cabreada, me habría reído».

—Y vosotros, ¿cómo os conocisteis? —le pregunto directamente al nuevo. Solo espero que no haya sido también gracias a mí.

—Pasé por el Bahía a dejarle a tu padre unos documentos que necesitaba —se adelanta ella, sin darle opción a responder—, y allí estaba mi chico, en el jardín, cortando unos aligustres. —Lo mira con total devoción.

«Y yo por qué me sorprenderé cuando Inés compara mi amnesia con la de una película, si en realidad vivo en una serie que aún no ha descubierto Netflix».

—A este paso —respondo— voy a alegrarme de mi estado idílico y reconfortante de amnesia.

—No exageres, Bequi. Somos una familia moderna, eso es todo —suelta ella, como si tal cosa. Le da un sorbo a su café y me fijo en sus uñas, largas y bien cuidadas, también en su cuerpo atlético. Tiene unas piernas más tonificadas que las mías, y no le sobra un centímetro de grasa. Apenas reconozco en ella a la madre de mi infancia. Tampoco sé en qué momento cambió para convertirse en una *topmodel* atemporal. Mi padre dice que la transformación más radical surtió al crecer yo, que cuando alcancé la mayoría de edad ella sufrió como una especie de regresión y se obsesionó por el cuidado físico, el estilismo y las dietas. Ahí la perdimos, decía. ¡Y tanto! Si se presentara al casting de *Gran hermano* con la nieta de Encarna, la escogerían antes a ella, sin dudarla. ¡Por Dios!, que no conozca a la niña y le dé ideas... Sería lo último que me faltaba: ver a mi madre por los platós de televisión.

—Entonces, al final no le has contado a papá nada de lo mío, ¿verdad?

—No. No lo sabe. Y a estas alturas, casi es mejor que se lo cuentes tú personalmente cuando puedas escaparte.

—Sí, yo también lo prefiero así. En esto estamos de acuerdo.

—Niña, se te va a enfriar el café —me recuerda Encarna—. Ni lo has probado.

Tomo un poco por no llevarle la contraria, pero mi cabeza está en otra parte, dándole vueltas al asunto de mi padre. Intento recomponer en la cabeza la conversación con él y las incógnitas que me ha despejado ella.

—¿Tenéis buena relación papá y tú o siguen las cosas como siempre? —me intereso.

—No la tenemos, pero nos vemos de vez en cuando. Ya sabes, Isra trabaja con él. Lo que sí me gustaría es que nuestra relación volviera a ser la de antes, Beca. Por eso estoy aquí. ¿Existe alguna posibilidad de solucionar lo nuestro?

—Me pides mucho, madre. ¿Acaso pensabas que la amnesia se habría tragado aquello?

No dice nada, le da otro pequeño sorbo a su café y evita mirarme a la cara.

—Yo creo que deberías darle una oportunidad a tu madre —se lanza a la aventura Encarna. Cómo no iba a hacerlo, si ha sido la compinche de la encerrona—. Intentarlo, por lo menos. Todos cometemos errores, niña. Y no es sano estar toda la vida enfadada. Hay que aprender a perdonarse.

—Sé que no es fácil, Bequi, pero me gustaría llamarte por teléfono y que me lo cojas —insiste de nuevo la protagonista del encuentro—. También vernos de vez en cuando y compartir nuestras cosas.

—¿Lo de compartir significa que le has echado el ojo a Iván?

—Beca, por favor, ¡no digas más tonterías! —salta enseguida.

—¿Tonterías, dices? ¿Acaso fue una tontería que te acostaras con el amor de mi vida?

«Ea, ya lo he dicho. Y sigue sentando igual de bien hacerlo».

—¡Sergio no era el amor de tu vida, por Dios! Si se tiraba a toda la que se le ponía por delante.

—Ah, vale, que encima debería darte las gracias por abrirme los ojos.

—Aquello fue un error imperdonable, lo sé. Pero yo no era yo en aquel momento.

Veo que sigue creyendo firmemente en su papel de víctima de las circunstancias como entonces: «No pensaba en lo que hacía con claridad. A lo mejor echaron algo en mi bebida. También fumé un poco de hierba, pero nada fuera de lo habitual. ¡Venga, no me mires así! ¿Crees que no sé que tú también has fumado alguna vez? Te juro que le dije que no estaba bien, pero yo no era yo. No sé qué me pasó. Tienes que creerme, Beca. Además, dijo que os habíais tomado un tiempo, ¿no?». «Ah, veo que de esa parte sí eras consciente a pesar de la hierba», le respondí en su día, en una de las enésimas conversaciones en las que trató de recuperarme.

—¡Deja de echarle la culpa al alcohol! —Lo suelto con toda la rabia que llevo acumulada desde que entré por la puerta—. Y, no, no me pidas imposibles, porque cada vez que te veo, ya sabes cómo te imagino.

Todos los ojos de la sala se concentran en nosotras; los de su ligue parece que quieran salirse de sus órbitas. Apuesto a que ese detalle se lo había omitido en su papel de víctima de su entorno, que hasta su malvada hija la rechazó solo por haberse enamorado de un hombre más joven.

—¿Sigues pensando que ha sido buena idea esta encerrona? —me dirijo a Encarna, que tiene la misma mirada de incredulidad que Iván.

—Anda, niña, te voy a preparar una tila —responde ella, haciendo el amago de levantarse—. No estás tú hoy para cafés.

—No, Encarna, te lo agradezco. No me apetece tomar nada más, de verdad.

El silencio se ha adueñado de la estancia, y me sabe mal por la anfitriona. Sé que su intención era buena, pero ahora mismo debe de estar arrepentida del paso que ha dado por no haber tenido la suficiente información. Debería haberme consultado antes. Aunque no es un tema que suela sacar a relucir. Tampoco Iván parecía estar al tanto del asunto, por su cara de sorpresa. Quizás debí adelantárselo en la taberna. Seguro que más de una vez pensó que era una insensible por la relación tan distante con mi madre. ¿Me inventaría alguna excusa para justificar mi actitud?

Recuerdo la primera vez que le conté a Inés lo ocurrido: «Si no fuera porque me parece demasiado rocambolesco, pensaría que te lo estás inventando». Luego le siguió la coña, cada vez que conocíamos a algún tipo: «¿Estás segura de que ese pasaría el filtro de tu madre?». Al principio me molestaba, pero con el tiempo ayudó a que aquella historia dejara de afectarme tanto. No hay nada más infalible que el humor para camuflar las heridas.

—Yo estoy dispuesta a lo que sea —insiste mi progenitora, rompiendo el silencio—. Pídemelo lo que quieras.

La verdad es que en el fondo me duele haberla perdido como madre durante tanto tiempo, y sé que está arrepentida, pero me cuesta olvidar lo que hizo, no solo a mí, también a él.

—No quiero nada. Pero, bueno, intentaré... no sé, a lo mejor alguna llamada de vez en cuando. Aunque tampoco prometo mucho, no te vengas arriba.

Encarna me ha pedido disculpas cuando los tortolitos se han marchado y la hemos ayudado a

recoger las tazas del café. Aunque se alegra de que lo hayamos solucionado, o como pueda llamarse a eso que hemos acordado. Dice que me lo debía por lo de su hijo, que la relación con ellos mejoró cuando intervine, y que a veces desde fuera se ven más claras las cosas que con el aire viciado de dentro. Aunque lo de mi madre es una excepción de la regla, lo que hay es lo que ves. Su grado de excentricidad va aumentando hacia el nivel máximo según avanza su edad. Pero debo reconocer que los *yogurines*, al menos, van para arriba y no para abajo. Este me saca cinco años largos, cosa que agradezco, parecía más de la edad de Iván que de la mía.

—Siento el numerito de ahí arriba —le digo, algo cabizbaja, cuando vamos de regreso a casa—. ¿Habías presenciado algo parecido?

—Fuera de las pantallas, no —se ríe mirando hacia el suelo, con las manos en los bolsillos del chaquetón.

—No llegué a contarte ese asunto de mi madre, ¿verdad?

—Pensaba que estabais distanciadas porque dejó a tu padre por un hombre más joven, es lo que nos contó ella en el hospital.

—Sí, eso es lo que vende. Mi padre le perdonó en su día una infidelidad del estilo. Pero no pudo con lo que me hizo a mí —le voy explicando—. Sé que me pillé por un gilipollas y me alegro de que no esté en mi vida, aunque me hubiera gustado que saliera de ella por otro motivo menos doloroso. Fue demasiado impactante.

—Tuvo que serlo, no me hago una idea.

Caminamos en silencio. Trato de ponerme al día con la información que me ha dado sobre mi padre. La tal Erika, que según él es menos organizada para ayudarle en el negocio, debe de ser su pareja. Y, según mi madre, yo misma los presenté.

—Ya sé lo que tuvo que pasar entre mi padre y yo —digo en voz alta—. Me refiero a antes de venirme a Madrid. Creo que el problema no era que me fuera contigo, sino que le dejaba solo con lo del negocio. Y ¿por qué no me dijiste que lo había dejado tirado?

—No sé, Rebeca. Tampoco me hablaste demasiado sobre los problemas con tu padre.

—Pero podías haberme dicho que ya no trabajaba en Inmo, sino con él.

—No caí en que ese cambio laboral estaba dentro de ese periodo de tiempo que no recuerdas. Lo siento.

—Pero tú y yo nos conocimos en su inauguración, ¿no?

—Sí —responde—. Aunque recuerda que vivíamos en ciudades distintas, no compartíamos nuestro día a día.

—¿Y por qué Inés tampoco me dijo nada? Ella sí que conoce mis rutinas.

—No lo sé. Eso tendrás que preguntárselo a ella, ¿no te parece?

—Lo sé, solo pensaba en voz alta.

—¿A qué se dedicaba tu padre antes de jubilarse?

—¿No lo sabes? ¿Qué clase de relación teníamos? Veo que no era un libro abierto contigo, precisamente.

—La verdad es que de tu familia no hablabas mucho. Aunque, por lo vivido ahí arriba... entiendo un poco el motivo.

—Mi padre ha trabajado toda la vida en la banca. No le imagino haciendo otra cosa. Lo del apartotel tuvo que ser cosa mía, él estaba encantado con su jubilación. Igual que yo en Inmo —confirmo—, ¿me despedirían? ¿Tú no sabes nada de esto tampoco?

—¿Cómo voy a saberlo? Por lo que veo, me has ocultado la mitad de tu vida.

—No te contaría nada, pero bien que lo dejé todo atrás sin miramientos —le recrimino—. Pues

sí que debía de estar pillada por ti, sí.

Bajamos los escalones de la boca del metro. Noto que se siente incómodo.

—Perdona. No quería decir eso —me disculpo—. Es que...

—No pasa nada —responde—. Lo entiendo.

—¿Y qué tenía pensado hacer aquí? —pregunto, una vez en el andén—. ¿Cuál era mi proyecto?

—No lo sé, Rebeca. Te presentaste sin más. No sabía nada de tu llegada hasta el accidente.

Viniste por sorpresa, ya lo sabes.

«Otra cosa que no es propia de mí. Me presenté sin más. Tomé esa decisión por mi cuenta y me largué, dejándolo todo atrás. Para después aterrizar y decidir lo contrario. ¿En quién me había convertido?»

—Me asombra lo que puede dar de sí la vida en casi dos años, y hasta cambiarla por completo. Nunca me había parado a pensarlo. Y me lo he perdido todo.

—No te preocupes lo...

Le corto antes de que termine la frase.

—... No digas más *lo recuperarás* porque ya no lo soporto.

—¿Es que ahora vas a pagarlo conmigo?

—¿Con quién si no? ¿Acaso no estoy aquí por ti?

«Vale. Ya estoy llorando como una cría».

—No. No estás aquí por mí, Rebeca. No me hagas sentir responsable de algo que resolviste hacer por tu cuenta. Si es que acaso soy yo la razón de que vinieras.

—¿Qué insinúas?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Piensas que vine por ese amante que crees que tengo?

—Tú eres quien cree tenerlo —se defiende malhumorado—. Yo no sabía nada de esto tampoco.

—¿Estas seguro de eso?

—¿A qué te refieres?

—A que tal vez sabes más de lo que afirmas. A que a lo mejor nuestra relación no funcionaba. A que tú no te comportas como un novio. A que me rehúyes. A que entre nosotros ya no hay química... ¿Qué me ocultas, Iván?

Nuestro lado del andén está vacío, pero el chaval que está sentado en el de enfrente nos mira con interés.

—Pero ¿tú te estás oyendo?

—Mírame a los ojos y dime lo que sientes por mí.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo no lo sé.

—¿Y desde cuándo no lo sabes?

—Desde que... te perdí.

—¿Te refieres al accidente?

—Hablo de antes.

—Entonces, reconoces que algo no iba bien entre nosotros.

—Me di cuenta tarde.

—¿Y qué hacemos ahora?

—No lo sé.

- Creo que debería recoger mis cosas y marcharme a un hotel hasta que me dejen volar a casa.
—No voy a permitir que estés sola.
—No estoy sola. Tengo a mi madre.
—Y a tu jardinero, sí. Ya lo veo. Anda, vámonos a casa.

Cuando llegamos, me encierro en mi habitación y llamo a Inés. Necesito una voz amiga. Me siento mal por la discusión con Iván. También me duele hacerle daño. No se merece lo que sea que le hice y que ni recuerdo. ¿Será cierto lo que insinúa, que en realidad no estoy aquí por él? Pero a la vez es tan extraño que decidiera dar un giro tan salvaje a mi vida por alguien a quien ni siquiera recuerdo. Un desconocido que, además, parece ser un secreto hasta para mi mejor amiga. Y de ser así, ¿no es extraño que se haya esfumado sin dejar rastro ni dar señales de vida? ¿Por qué no ha contactado conmigo?

—¿Quién puñetas es Erika? —le pregunto a mi amiga nada más descolgar.

—¡Tu perveeersa madraaaaastra! —responde con un soniquete tenebroso para rematarlo después con una sonora carcajada—. Nooo, es coña. En realidad es un encanto.

—¿Mi padre se ha casado con ella?

—Sí. Tú fuiste la madrina y la celestina, por cierto. Y tienes un hermanastro cañón, Hugo, que fue el padrino. Y para que conste en acta, si no recuperas la memoria y te pillas por él, quiero que sepas por mi boca que ¡es un cabrón! Lo pillaste poniéndole cornamenta a su prometida francesa en uno de los apartamentos del Bahía. ¡Y se casan esta primavera! Le odiamos por lo que hizo. Miento, siempre somos simpáticas con él, es un encantador de serpientes. Casi me seduce en la inauguración del Bahía, mientras tú flirteabas con Iván. Pero ¡deja de tirarme de la lengua o lo confesaré todo!

—¿Y de dónde han salido?

—Ella y su exmarido veraneaban en el palacete ese que odias porque los inquilinos siempre llaman incordiando por la caldera, el desagüe, el aire acondicionado...

—Ah, sí, la casa sombría. La recuerdo.

—Pues el verano último que pasaste en Inmo, o el anterior, no lo recuerdo bien, vino sola y pidió un apartamento más pequeño. Dedujimos que se habría separado del marido. Te caía muy bien, porque cuando ellos estaban en el caserón nunca se quejaban de nada. Le dejaste un cofre de cremas y aceites esenciales en el nuevo apartamento. Ahí apuntabas maneras ya con el *celestineo*.

—¡Ahhh, ya sé quién es, coño! La rubia con ojos azules que pensábamos al principio que no entendía el español, porque nunca hablaba, siempre lo hacía el marido por ella. ¡La pintora!

—¡Esa! ¡Qué memoria tienes, Dori!

—Ja-ja-ja.

—Bueno, a largo plazo sí, por lo que veo.

—¿Entonces se ha casado con mi padre o me estás tomando el pelo?

—Que sí, que sí. Estaba enamorada de la isla y al separarse decidió instalarse aquí. La ayudaste a encontrar el *casoplón* que se compró y todo. Yo creo que desplumó bien al alemán...

—¿Piensas eso de ella y me dejaste casarla con mi padre? —me sorprende—. Por cierto, ¡no me dijiste que dejé la oficina!

—¡Coño!, ¿eso también lo has olvidado?

—Pues síí. ¡No es amnesia selectiva! ¿Qué pasó?

—Tu padre llevaba un tiempo subiéndose por las paredes. Los hay que no saben jubilarse, con las ganas que yo tengo. Traspasaron el Puerto Sol y le animaste a vender no sé qué terreno y que invirtiera en ese negocio, que solo había que darle un lavado de cara. Te dijo que no se veía metido en un fregado de ese calibre y que te metieras tú, que para algo eres millonaria como tu madre. Bueno, esto lo he agregado yo, él solo te dijo que eso iba más contigo. Al final le convenciste, y lo abristeis juntos. Después apareció Iván, el amor te convirtió en cupido y ampliaste la familia con una madrastra y su perverso vástago. Te fugaste a Madrid y bla, bla, bla...

—Pero ¿a Iván no lo conocí en la inauguración del Bahía? Antes has dicho que casi te lías con Hugo aquel día mientras yo flirteaba con él.

—Ah, sí, cierto... Entonces lo de tu padre vino antes. Bueno, vuestra relación es que ha sido más a distancia que física y me lío.

—Sí, algo así me ha comentado él también.

—Os veáis solo en vacaciones, puentes, hacíais viajes... Por eso tu padre se enfadó tanto contigo. Decía que te habían poseído los genes de tu madre.

—¿Cómo fui capaz de hacer algo así?

—Es que estabas poseída, ya te lo digo yo también.

—¿Y tú me animaste a irme o a quedarme?

—Se te veía tan, tan ilusionada... que era difícil opinar y meterse de por medio. Y él te presionaba mucho. Decía que la distancia se estaba cargando lo vuestro.

—¿Y por qué no se mudó él?

—¡Ahí le has dado, amiga! Eso mismo te planteaba yo, y también tu padre. Pero claro, él es un arquitecto de prestigio en un estudio de la leche en plena Castellana y... cómo iba a plantearse tal cosa. Por lo visto era inviable.

—Pues me ha confesado que no estábamos bien. Así que quizás lo que hice fue venir a la desesperada para salvar lo nuestro.

—No sé qué decirte, te marchaste muy ilusionada. Por lo visto ibas a darle una sorpresa y ni siquiera lo avisaste.

—Se la llevé y bien gorda, por lo que veo. ¿Querías convivencia? ¡Pues toma novia amnésica!

—Yo creo que es eso lo que os pasa. No debe de ser fácil para él tampoco.

—Pero, por otro lado, está lo del mensaje que te escribí —recuerdo, mi cabeza está en ebullición y se va de un lado a otro tratando de analizarlo todo—. Algo pasó.

—Me arrepiento de haberte enviado ese wasap —responde—. Tal vez fue solo una tontería, y he conseguido que te lo condicione todo.

—Puede ser... También creo que le estoy haciendo daño con mis elucubraciones. No sé, parece distante. En cambio, el otro día me habló de nuestro viaje a Nueva York muy ilusionado.

—¡No! ¡Qué hija de puta! ¿Fuiste a Nueva York sin mí? Ahora me alegro de tu amnesia, qué calladito lo tuviste... ¿Cuándo fue? ¿En el supuesto viaje a Bali?

—¿También he estado en Bali?

—Por lo que escucho, no. Ahora entiendo lo de *no puedo contarte mucho, cogí una gastroenteritis y pasé la mitad de las vacaciones en el hotel*. ¡Ja!

—Cuando me lo contó, me pregunté cómo te lo habrías tomado... —afirmo, riendo—. ¡Ya lo veo, ya!

—¡Es que ese era nuestro viaje! Y cuando dejaste Inmo me prometiste que haríamos coincidir

nuestras vacaciones para ir. ¡Y ya has ido, cabrona!

—Bueno, si te sirve de consuelo: no recuerdo nada de nada. Así que es como si no hubiera ido. Podremos repetir.

—¡Traidora!

—Hoy he visto a mi madre.

—¡No jodas!

—Adivina qué.

—Sale con tu jardinero.

—¿Lo sabías?

—¡Y tú también! Le montaste un pollo de cojones, además. Fue tu padre quien te convenció de que no lo despidieras. No quería darle motivos a tu madre para montar una escena.

—Ahora entiendo que no se levantara a saludarme.

—¿Y qué quería ahora la señora Robinson?

—Que retomemos nuestra relación.

—Pues hazlo, Rebe. Aquella historia ya ha prescrito. Además, te vendría bien dejarte llevar por su influencia. Sabe cómo divertirse y vivir la vida.

—Sí, vivir del cuento se le da de miedo.

—Yo haría lo mismo si heredara una fortuna y no tuviera que preocuparme de llegar a fin de mes. La rarita eres tú, que te gusta trabajar y lo mantienes en secreto.

—No hay ninguna fortuna, exagerada. Pero no me satisface vivir del aire.

—Y allí, ¿qué haces? ¿Aún no has encontrado un empleo que te haga parecer una mártir?

—Estoy esperando a ver qué dice el neurólogo y regresaré a casa. No quiero dejar a mi padre solo con el marrón que me cuentas. Quiere traspasarlo, según me ha dicho.

—¿Y qué pasa con Iván?

—Lo nuestro no funciona sin mis recuerdos. Y los suyos no son suficientes para los dos —afirmo, resignada—. De todos modos, creo que ya no siente lo mismo por mí.

—¿Y por qué no empezáis de cero?

—Eso es imposible.

—Podrías intentarlo, al menos, el tiempo que os quede.

—¿Es que no quieres que vuelva?

—Ya te lo dije: creo que, si lo dejas así, te vas a arrepentir. Debes tomar la decisión cuando no tengas lagunas mentales.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- He hablado con mi padre por primera vez y he conseguido disimular mi amnesia.
- Mi madre ha vuelto a cambiar de novio.
- Creo que Iván no me quiere. Lo noto.
- El Bahía Luna es nuestro.
- Con Iván apenas había compartido información sobre mi familia. Ni siquiera sabía a qué se dedicaba mi padre.
- Mi padre se ha casado con Erika, la pintora alemana. Yo misma los presenté.
- Hugo es su hijo. No me suena conocerlo, no soy capaz de ponerle cara. Está prometido con una francesa y

usa el Bahía de picadero con sus ligues.

Capítulo 14

—¿Te arrepientes?

—¿De qué?

—Si tuvieras la opción de dar marcha atrás y encontrarte de nuevo en el día que nos conocimos, ¿habrías actuado del mismo modo, sabiendo cuál sería el desenlace?

—Sí.

—¿A pesar de todo?

—Bueno, habría cambiado algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Me habría centrado menos en mi trabajo. ¡A tomar por culo el negocio! Debí haberlo dado por perdido antes. Nos habríamos ahorrado la mitad de las discusiones y... tantos desencuentros.

—Y yo debí ser más realista y menos soñadora... del amor a la música no siempre se vive.

—También debimos ser más comunicativos y no dar todo por sentado. No pensar que las cosas siempre se arreglan por sí solas. Perdimos mucho tiempo en el camino.

—De nada sirve lamentarse ahora.

—Si pudieras pedir un deseo, ¿cuál sería?

—Es obvio, ¿no?

—Uno que sea fácil de cumplir.

—Un viaje como el de Nueva York por Madrid.

—¿Como si nunca hubiéramos estado aquí?

—Como si fuéramos a quedarnos para siempre.

Capítulo 15

Rebeca

Madrid, 21 de noviembre

Me aburro tanto por el tiempo libre del que dispongo, que le he cambiado toda la decoración de la casa, incluida la posición del sofá que ahora da la espalda a la puerta de entrada. Pero ganamos más espacio que de la otra forma. No ha protestado por los cambios, así que me he tomado otras licencias como recolocar los armarios de la cocina y cambiar la despensa y el menaje del hogar de sitio.

También he comprado una Thermomix y estoy experimentando con platos que ni sabía que existían. En casa no lo hacía por falta de tiempo, y eso que allí me la compré precisamente por ese motivo. Aunque siempre se me ha dado bien cocinar. Aprendí, sobre todo, cuando a mi madre le vino la regresión a la adolescencia. No paraba en casa. Cuando no tenía yoga, era Pilates, o sesión de spa, limpieza de cutis, retoque de Botox, cita con su entrenadora personal, running... Lo reconozco, en alguna ocasión llegaron a tomarnos por hermanas cuando íbamos de compras, y lo que disfrutaba ella del momento. Pero lo que nunca imaginé es que las cosas terminarían así. Mis amigas envidiaban tener una madre como la mía: «Debes de pasártelo en grande con ella. La mía se pasa todo el día refunfuñando si no me ve pegada a los libros. ¡Qué suerte, tía!». Yo no me sentía tan afortunada o, al menos, no tanto como ellas pensaban. «Aprovecha la universidad para divertirte, Bequi, echarás de menos esa época durante el resto de tu vida. Estudia algo interesante, algo que quede bien en tu perfil personal. No necesitas un máster en finanzas, sino contratar al mejor para la gestión de tu negocio. Si total... nosotras no nos ganamos así la vida». «¿Eso también lo dices por los que tuvieron que ganársela por ti?», era una de mis respuestas cuando salía el tema. «¡Ya estamos! ¿Debo renunciar a lo que tengo por no haberlo ganado con mi propio esfuerzo? ¡Y deja las patatas fritas! Se te va a poner el culo como el de una morsa». Esos eran sus consejos más recurrentes: cuida tu físico, lo demás lo tienes ya ganado. Así de fácil.

—No me gustan nada esos trajes que te pones para trabajar, estás más guapo cuando no te arreglas tanto.

Está mordisqueando una tostada que acabo de preparar para mí. Él nunca se pone mantequilla, dice que odia lo dura que está al sacarla del frigorífico. Aunque no tiene reparos en robarme las mías cuando ya están untadas. Las hago como me las preparaba mi madre cuando no le preocupaba más su manicura ni las calorías de la ingesta: con la mantequilla y una fina capa de miel.

—He accedido a que me pongas la casa patas arriba, mi armario ni tocarlo.

—Pero es que eres un aburrido. Yo creo que colocas la ropa en el mismo orden y te pones el que te pillas más a mano. Siempre el mismo.

—No lo es, tengo varios parecidos.

—No sé, no sé... Me dan ganas de marcarlos para comprobarlo.

—Lo repito: mi armario ni tocarlo.

—En cuanto salgas por la puerta.

—Lo digo muy en serio, Rebeca.

—¿Guardas un muerto dentro?

—¿En la otra vida fuiste humorista?

Cuando ya se ha marchado, recuerdo algo que se le ha ocurrido a Inés en una conversación que hemos mantenido por WhatsApp y decido llamarle para proponérselo. No me coge el teléfono.

Yo: He pensado una cosa, ¿qué te parecería organizar una cita?

A la media hora responde.

Iván: ¿Una cita, cita?

Vuelvo a llamarle, aprovechando que está en línea.

—Sí, comenzando de cero. Como si acabáramos de conocernos. O como si nos hubiéramos conocido hace unas semanas y justo ahora has decidido llamarme por teléfono para pedirme una cita.

—Bueno, en realidad la que me ha llamado por teléfono has sido tú.

—Vale, venga —contesto—. Era por dejarlo en el modo tradicional.

—Ah, sí, qué cómodo es todo para vosotras, ¿no? Luego os llenáis la boca de igualdad y tal y cual...

—¿Cenas conmigo o llamo a mi amante?

—Claro, ya veo, soy tu segunda opción porque del primero no has conseguido su número.

—Eres el novio más comprensivo con el tema amantes que conozco. ¿No serías tú el que tenía el affaire? O lo tiene... a juzgar por la distancia que nos separa.

—¿Estás celosa de mi amante? —pregunta en tono divertido—. Esto empieza a ponerse interesante. ¡Acepto la cita tradicional! ¿A que hora paso a buscarte?

—Mejor quedamos en algún sitio. Quiero que te quites ese traje y prefiero no estar aquí cuando vengas a cambiarte, no parecería una cita real.

—¿Siempre has sido así de mandona?

—No lo sé, recuérdame tú durante la cena.

Hoy ha sido una de mis mejores jornadas desde que aterricé en esta ciudad. Tras descartar los modelitos de mi armario que, aunque novedosos, no terminan de encajarme en mi estilo, he decidido salir de compras. Lo he hecho un poco en plan mi madre, porque hasta he pasado por una sesión de peluquería y salón de belleza con manicura francesa incluida. Me ha costado encontrar un sitio donde me atendieran sin cita previa y creo que he terminado en el más caro de la ciudad. Inés me estaría aplaudiendo por el despilfarro. Ella es así. Cuando nos conocimos decía que habíamos nacido en la familia equivocada y que deberíamos intercambiarnos, que ella adoraría a mi madre aunque se cepillara a cualquiera de sus ligues. Estaría dispuesta a asumir ese sacrificio. Y la creo capaz, no lo dice por decir, así me lo ha demostrado con lo de los gemelos. En el fondo me gustaría ser más como ella y menos como yo. No dar tanta importancia a las cosas. Ser menos comedida. Aunque, a juzgar por los hechos, para una vez que decidí lanzarme al vacío sin mirar atrás y me largué sin pensar en nadie que no fuera yo misma, bien que me salió el tiro por la culata. ¿Estaré gafada?

Inés: Me encanta todo lo que llevas. Pero desabrocha los dos botoncitos de arriba del vestido, así parece muy mojigato, ¿no?

Le envío otro selfi.

Yo: ¿Así mejor?

Inés: ¡Perfecto!

Yo: ¿No me he pasado con la sombra de ojos?

Inés: ¡Qué va! Ese color rojizo es el que más te favorece, se potencia el verde de tus ojos. ¡Y el pelo oscuro te queda impresionante!

Yo: Lo llevaba así cuando nos conocimos, ¿no?

Inés: Exacto, de tu color. La vena de las mechas californianas te dio después.

Yo: ¿Te puedes creer que estoy nerviosa?

Inés: Eso es buena señal.

Yo: ¿Te imaginas que estamos cenando, recupero la memoria y aparece en mi cabeza la cara de mi amante?

Inés: ¿De qué amante hablas?

Yo: ¿No te lo he contado? Se me ha pasado por la cabeza que el tío ese con el que sueño puede que sea mi amante secreto y que por eso ni tú ni nadie lo recuerda. De hecho, él también lo sospecha.

Inés: ¿Que qué???

Yo: Pues que él está de acuerdo conmigo en que las cosas no iban bien entre nosotros y que tal vez exista esa posibilidad.

Inés: Es imposible que él piense eso y se quede tan pancho. Te sigue el rollo y no te manda a la mierda porque estás de baja mental. Yo te habría enviado al carajo.

Yo: Te dejo, que viene.

Inés: ¡¡Polvito mágico!!

—¡Hola!

Me levanto de la silla y le doy dos besos. Solo me ha faltado presentarme.

—Perdona el retraso, se aparca fatal por aquí. Suerte que he encontrado un parking a dos manzanas.

—¿Has venido en coche?

—Claro. ¿Pensabas volver en metro tan tarde?

Me pongo tensa. Aún no he superado del todo lo del coche.

—Tranquila, conduzco yo. No va a pasar nada.

Se sienta en la silla que está frente a mí.

—También podemos alargar la cita hasta que lo abran de madrugada.

—Conmigo no cuentes para una jornada así.

—Menudo vejistorio estás hecho.

—¡Eh, no lo pagues conmigo! Te recuerdo que es nuestra primera cita. ¿No vas a guardar ni un poquito las formas?

—Vaaale. Por cierto, te queda muy bien ese jersey.

—¿Ah, sí? Pues me he puesto lo primero que he pillado sospechosamente colocado sobre la cama —agrega sonriendo—. Tú también estás muy guapa con ese vestido.

—¿Este trapillo? Hace un siglo que lo tengo.

—¿También esa peluca?

—Está bienmn... Tal vez haya ido de compras y a la peluquería.

—¿Y qué tal se ha comportado el metro? ¿Alguna parada que te hayan cambiado de sitio en el último momento?

—¡Qué gracioso venimos!

—Bueno, ¿y qué te cuentas? —se interesa, abriendo la carta. Estamos en un restaurante que le pedí que eligiera por ser su ciudad, supongo que en Ibiza llevaría yo la voz cantante. Ha escogido cocina fusión hispano-japonesa. No está mal, tiene un comedor elegante y acogedor—. ¿Llevas mucho tiempo por Madrid?

—Sí, casi un mes —respondo, dándole un sorbo al agua que he decidido tomar para no jugármela luego con malos sueños—. ¿Y tú?

—Yo, unos... seis años.

—¿En serio?

—¡Claro! ¿Por qué iba a mentirte?

—¿Dónde vivías antes? Pensaba que eras de aquí.

—En Toledo.

—¿Eres de allí?

—Sí.

—No tenía ni idea.

—Claro, ¿cómo ibas a saberlo? Es nuestra primera cita.

—¿Y qué te trajo por aquí?

—El trabajo fue el responsable.

—Háblame de tu trabajo.

—Eso es aburrido. —Ha dejado la carta sobre la mesa, supongo que ya se ha decidido por un plato. A mí me está costando elegir—. Cuéntame un poco de ti.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto mientras reviso los entrantes sin centrarme demasiado en lo que leo.

—Lo mismo que tú me has preguntado, ¿qué te trajo por aquí?

—¡Uy, qué difícil! —respondo—. No estoy segura del todo, digamos que un amor... desubicado.

—¿Desubicado? —pregunta, tras darle un sorbo a la copa de vino que acaban de servirle—. Suena interesante, aunque yo lo llamaría más bien...

—... ¿Indeciso? —me adelanto.

—A mí se me había ocurrido: dudoso —responde.

Noto algo en su mirada, como cierta complicidad o desafío, tal vez.

—Vaya —contesto—, así que tú vas por ahí... Qué curioso.

—¿Y cómo va la búsqueda? —se interesa, confirmando mi teoría de que entre nosotros las cosas no iban bien y sabe que existe alguien entre nosotros.

—Pues creo que he llegado a un punto muerto —le digo, intentando descifrar alguna pista en su mirada—. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Hay alguien importante en tu vida?

—Si la hubiera, ¿crees que estaría aquí cenando contigo?

«Bien jugado, sí señor. Pero sigo pensando que hay gato encerrado y acabaré averiguándolo».

La cena transcurre de manera natural, como cualquier día de los que hemos estado en su casa. Se mantiene esquivo y receloso cuando le hago alguna pregunta sobre nosotros. Aunque no le parezca una desconocida, como él lo es para mí, debe de resultarle extraña la situación al disponer de todos nuestros recuerdos y de esta distancia a su vez.

¿Cómo seremos en la cama? Me pregunto si ahora sentiríamos lo mismo. Si para él sería igual, a pesar de que yo no soy la misma con la que se acostaba hace unos meses, y si yo lo sentiría como cuando le conocí en la otra vida. No sé si me estoy volviendo majareta y lo que pienso no tiene ningún sentido. Pero esto tiene que ser lo más parecido a imaginarse dos mundos alternativos. En uno, nos conocemos en una fiesta, nos gustamos y comenzamos una historia en el punto x que desconozco. Y en la otra, nos conocemos en una habitación de hospital, no sentimos lo mismo el uno por el otro pero nos esforzamos por sostener una historia.

En el fondo, creo que no tiene ningún sentido esta cita. ¿En qué estaría pensando al proponerle algo así?

—¿Te duele la cabeza?

—No, ¿por?

—Estás arrugando la frente como cuando tenías migrañas.

—No, solo estaba pensando.

—¿Vas a tomar algo de postre?

—Sí, me vendría bien algo de chocolate.

—Lo único que veo en la carta es *Espiral de chocolate con helado de turrón*.

—¡Perfecto!

—¿Tú sabes lo que es el turrón?

—Claro, en las islas también lo comemos —afirmo riendo.

—Pero ¿y tu alergia a los frutos secos?

—¡Ya te dije que no soy alérgica!

—Ah, es verdad. Perdona. —Se ha quedado un poco cortado.

—Háblame de tu familia, ¿tienes hermanos? —le pregunto.

—Uno, dos años mayor que yo. Vive en Boston. Se casó con una americana que conoció en la universidad. También tengo dos sobrinos.

—¿Y tus padres?

—Mi padre no... Bueno, se largó cuando éramos pequeños. No lo recuerdo apenas. Y mi madre vive en Toledo.

—¿Rehízo su vida?

—Algo hubo, pero no cuajó al final y terminaron divorciados también. Más o menos cuando mi hermano se casó o quizás fue antes. Ahora está con mi tía, que enviudó. Se hacen compañía y viajan. Dice que vive su mejor momento.

Me fijo en que se ha afeitado, no lo había hecho por la mañana. Aunque me gusta cuando se deja esa barba de dos o tres días, es la primera imagen que tengo de él cuando lo conocí por segunda vez.

—¡Pero, hombre, tú por aquí! —le saluda un tipo, animadamente, agarrándole por el hombro. Iván lo mira atónito, como si no diera crédito a lo que ven sus ojos.

—Ah... Hola, Carlos —responde, algo seco.

En ese momento hace acto de presencia una mujer rubia que debía de estar en el servicio, o al menos viene de esa dirección.

—Mira, te presento a Paula.

—¡Soy Iván, encantado! —Se levanta con ímpetu de la silla y le da dos besos a la acompañante de su amigo, aunque su tono sigue siendo más bien arisco.

No sé si me conocen o no. Estoy esperando a que él diga algo y me presente, pero no parece que tenga intención de hacerlo. Ellos me miran del mismo modo, como si no supieran si presentarse solos o esperar a que él se decida.

—Yo soy Carlos —dice finalmente el amigo, mostrando su sonrisa en todo momento. Me levanto para acercarme a ellos.

—Rebeca, encantada —les saludo con dos besos a ambos.

«Ahora que caigo, y si no recuerdo mal, así se llamaba su amigo informático que me restauró el teléfono».

—Nosotros ya nos íbamos —nos informa—, ¿queréis que nos tomemos algo por ahí?

—No —responde Iván enseguida—, tenemos... entradas para el cine. En otra ocasión.

—Eso está hecho —se conforma, su tono sigue siendo alegre a pesar de la reacción negativa de mi acompañante—. Encantado de conocerte, Rebeca.

—Igualmente. Y gracias por lo del móvil.

Me mira dubitativo y también a su amigo.

—Ahhh, vale, no hay de qué —cae enseguida—. Nos vemos.

Iván le hace un gesto al camarero para pedir la cuenta, mientras yo trato de entender el porqué de su comportamiento.

—¿Qué acaba de ocurrir? —decido preguntarle.

—Nada.

—Pues para ser nada, no has estado muy amable que digamos. ¿Por qué no querías tomar algo con ellos? Parecen majos.

—No te creas, no me cae muy bien. Es un poco plomizo.

—¿De qué os conocéis?

—Del trabajo.

—Fue el mismo Carlos que me arregló lo del teléfono, ¿no?

—Sí.

—Te lo has pensado antes de responder.

—¿Por qué iba a mentirte?

—No lo sé, dímelo tú. Él también ha titubeado cuando se lo he agradecido.

—A ver, ¿me puedes explicar qué se te está pasando por la cabeza? —Parece ofendido.

—No lo sé. Eso es lo extraño, que no tiene ningún sentido.

—Pues claro que no lo tiene. Son imaginaciones tuyas. Me ha resultado violento encontrarme con él, y por eso me notas raro. Eso es todo. Créeme.

—¿Tenemos entradas para el cine?

—¡Pues claro! —responde, y sus palabras van acompañadas de una mirada desconocida para mí, juraría que esconde cierta complicidad—. ¿Dónde se ha visto una primera cita sin manitas en el cine?

—¿Va en serio? —pregunto extrañada.

—Claro que no —confiesa finalmente, cuando ya estamos en la calle—. Vámonos a mover el

esqueleto.

—Yo no soy de bailar. No irás a decirme ahora que en el último año he sido la reina de la pista, porque mi pie derecho nunca ha sabido coordinarse con el izquierdo.

—Solo te estaba probando, por si tus antiguas negativas eran una pose como lo de tu falsa alergia a los frutos secos.

Sigo los pasos por donde él ha decidido dirigirnos.

—¿Qué solíamos hacer tras una cena?

—Se trata de ser espontáneos, no de repetir antiguas citas —protesta.

—¿Y qué espontaneidad se te ocurre que hagamos ahora?

—¿Por qué tengo que ser yo el que mueva los hilos?

—Tú eres el cuerdo de esta historia, a mí me falla el coco.

—Pero así no funciona, contigo a la expectativa. Es demasiada presión. —Resopla tras la última frase, y ahora no sé si va de coña o lo está diciendo en serio—. Me rindo —añade—. Voto por volver a casa.

—¿De verdad? —No puedo evitar mostrar mi decepción junto con mis palabras—. Pero si son solo las diez y media. Vaya birria de cita, ¿no?

—Ya, Rebeca. Pero ¿qué sentido tiene esto? —Lo dice con tono de resignación o tal vez una gran dosis de desinterés—. Creo que lo mejor es dejarlo estar.

—Mañana me dan los resultados de las pruebas, y tal vez sea mi última noche aquí.

—Lo sé.

—¿No te importa que me vaya? —No sé si lo digo con extrañeza o con cierta... pena.

—¿Cambiaría algo?

Caminamos hacia el aparcamiento. No dejo de pensar en qué será de su vida a partir de ahora. ¿Le afectará realmente? No lo parece, al menos. Tal vez, lo nuestro murió mucho antes de que yo decidiera dar el paso de venir. Quizás sí fue un paso a la desesperada, incluso tarde para darlo.

—Imagina que llego a Ibiza, pasa un tiempo y recobro la memoria. ¿Qué debo esperar por tu parte?

—¿A qué te refieres?

—Necesito saber cómo estamos realmente. Si despertaré de esta pesadilla y desearé con todas mis fuerzas estar contigo o no. —Paro de caminar y lo miro fijamente, trato de averiguar algo a través de sus gestos—. Y de ser así, si tú estarás ahí para mí.

—No tengo respuestas para eso —responde, antes de iniciar de nuevo el paso, como si tratara de huir de mis preguntas.

—¿Por qué? —insisto, no va a resultarle tan fácil escapar esta vez—. No lo entiendo, Iván. Una relación es cosa de dos. Es imposible que tú no sepas lo que sentimos. A no ser que seas tú quien realmente ya no está aquí.

—No quiero condicionar tu decisión de marcharte. Si tu deseo es ese, debes irte. Si una vez allí decides cambiar de opinión, pues aquí estaré.

—Entonces soy yo la que manejo nuestra relación. ¿Es eso lo que tratas de decir? ¿No tienes voz ni voto?

—No lo sé, Rebeca. —Frena sus pasos de pronto y me mira directamente a los ojos, creo que su expresión ha cambiado y parece molesto—. Déjalo estar y ya. No puedes controlar lo que ocurrirá o no cuando recuperes la memoria. Ni decidir en este preciso momento lo que ni siquiera sientes. —Se rasca la mejilla y mira hacia otro lado, sopesando lo que va a decir a continuación. Aunque no dice nada, se ha girado en la dirección que llevábamos y retoma el trayecto. Cuando

llevamos recorridos unos cien metros, vuelve a dirigirse a mí—. Yo ahora mismo no te reconozco. Necesitaría tiempo para sentir lo que sé que debo sentir. Tratemos de ser los mejores compañeros de piso que podamos hasta que te dejen volar a casa.

Es lo último que dice.

Cómo nos engañan en las películas —voy pensando, mientras recorremos el resto del trayecto hasta el coche—. En esa que hacía referencia Inés cuando se enteró de mi amnesia, el protagonista sufría y luchaba por que ella recuperase todos los recuerdos que los habían llevado a completar su historia. Él jamás dejó de sentir por ella lo que le hizo enamorarse, y eso que no se lo pusieron nada fácil ni ella ni su entorno. Y aquí estoy yo, tratando de recuperar lo que sea que tengamos, y ni por esas. ¿Tanto habrá cambiado mi yo real de mi yo amnésico? ¿Cabría la posibilidad de que mi yo real se inventara una Rebeca que no soy, para gustarle, y ahora no sé interpretar ese papel inventado? ¿Tanto me merecía la pena este tío como para abandonarlo todo, incluso enfrentarme a mi padre y dejarlo tirado? ¿Qué narices estoy haciendo aquí?

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Hemos tenido nuestra segunda primera cita.
- Ha sido una mierda.
- Discusión incluida.
- Hemos vuelto en coche y ni me he enterado del trayecto. Bien por esto.

Cosas que he descubierto:

- Tiene un hermano mayor y dos sobrinos. Viven en Boston.
- Su padre los abandonó cuando eran pequeños. Su madre vive en un pueblo de Toledo con una hermana.
- Ha tenido una reacción extraña con su amigo Carlos. Me ha oído a chamusquina. (Indagar). (O mejor no hacerlo, si total... Voy a largarme).

Capítulo 16

—¿Quieres hablar hoy de Rebeca?

—No estoy preparado.

—Tal vez nunca lo estés, pero debes hacer un esfuerzo. Aunque no lo creas, te vendrá bien.

—No pensar me viene mejor. Pensar duele.

—No hacer algo porque duela, no evita ese dolor. Solo lo aplaza.

—Hoy no quiero hablar de Rebeca.

—¿Y por qué estás aquí?

—No lo sé. Es lo que decían que debía hacer.

—¿Y tú qué piensas que debes hacer?

—Marcharme.

—¿Adónde?

—A cualquier parte.

Capítulo 17

Rebeca

Madrid, 22 de noviembre

—Niña, te noto muy seria. ¿De verdad que no te ha dado malas noticias el médico?

—Si te parece poco que todavía no me dejen volar... Me dan ganas de saltarme sus indicaciones a la torera y plantarme en el aeropuerto.

—¿Quieres venirte aquí conmigo? Quizás os haga bien alejaros un poco el uno del otro.

—El doctor me ha dicho que debo estar en contacto con mi vida habitual para ayudar a mi cerebro, pero todo eso se encuentra a un tiro de avión. Y la única referencia que tengo aquí con mi pasado es él. Si me alejo de él, ¿qué voy a conseguir? Lo ideal sería que me visitaran mis conocidos, pero Inés tampoco puede volar, y a mi padre no puedo contárselo a estas alturas de la película. Le conozco, va a sentirse fatal y acabará culpándose de no haber conseguido convencerme de que me quedara allí, teniendo en cuenta que todo me ha salido mal.

—¿Y por qué no le pides a tu madre que venga?

—Acabaría desquiciada, aparte de amnésica. Además, está en un balneario de retiro espiritual o no sé qué soplapollez de esas tuyas. Por lo visto, discutió con el jardinero por mi culpa, al enterarse de que no es el primer jovencuelo del que se encapricha, y no sé si han roto. ¡Lo de siempre, vamos!

—Bueno, pues tú ven aquí cuando quieras, que estás en tu casa. Y si te apetece, el próximo sábado te vienes con mis amigas al bingo. Nos lo pasamos pipa.

—¿Al bingo? Pero ¿eso existe todavía?

—¡Claro, niña! Si no, a ver dónde íbamos nosotras a divertirnos. —Le da un sorbito a su infusión—. Por cierto, ¿sigues soñando con el bandido ese?

—¿Por qué lo llamas bandido? —pregunto, partida de risa.

—No sé, como no le ves nada más que los ojos, me lo imagino enmascarado.

—Sí, todavía aparece. Incluso a veces hablamos.

—¿Y qué te dice?

—No lo sé, es todo muy confuso. En ocasiones me da la sensación de que es Iván, pero un Iván distinto, más risueño. Quizás en el fondo es él, y solo trato de buscar cómo era cuando yo no tenía amnesia.

—¿Y cómo está? No ha vuelto a venir por aquí.

—Pues normal, como siempre. Bueno, como es él desde que desperté. —Me mira intrigada—. Antes de que lo hiciera, ¿era igual?

—No sé, hija. Yo solo lo he conocido de una manera, y fue destrozado mientras dormías.

—Tengo la sensación de que ha pasado toda una vida desde que abrí los ojos en el hospital, y solo han sido diez días. Ahora debo quedarme otro tanto.

—¿Por qué no buscas alguna ocupación? Te sentaría bien distraerte.

—Tienes razón —afirmo, y un pequeño hormigueo aflora en mi estómago—. Podría trabajar en

alguna inmobiliaria, aunque solo sea temporalmente. ¡Qué buena idea, Encarna!

Me levanto del sofá, visiblemente entusiasmada, y cojo mi bolso.

—Pero ¿te marchas ya? Si ni siquiera has probado el bizcocho.

—Tengo que irme. Quiero aprovechar la mañana actualizando mi currículum.

No puedo estar más animada. ¿Por qué no se me había ocurrido antes? Incluso puede ayudarme a refrescar mi memoria o al menos a distraerla. Es en el mundillo en el que me he desenvuelto siempre, aunque allí me encargaba de los alquileres vacacionales y del personal de mantenimiento, Alejandra e Inés se ocupaban de las ventas y otras promociones para larga temporada.

Se me ocurre, para acelerar el proceso, ponerme en contacto con Inés. Necesito que ella interceda por mí con mi antiguo jefe y le ponga al día de la situación. Si no recuerdo mal, en Madrid tenían alguna filial de Inmosunny. A no ser que se hayan ido al carajo en este último tiempo.

Recibo su llamada cuando ya he terminado de actualizar mi currículum. Aunque ya no hará falta, dice que tengo una reunión mañana a primera hora con la directora. El puesto es mío de antemano. Por lo visto tienen una baja inminente por maternidad y les he venido como anillo al dedo. La advertencia de mi amiga ha sido que no la deje con el culo al aire y me largue a los dos días, que al menos les dé un margen para que cubran mi plaza si me dan el alta y se me ocurre salir pitando de aquí.

—¿Es la cena de despedida?

Deja las llaves sobre la bandeja del mueble de la entrada y se acerca a la mesa, donde acabo de colocar dos copas de vino junto a nuestros platos.

—¿Recuerdas aquellos canelones que al final nunca preparé?

—¿Te refieres a los de ese olorcillo a quemado que sale del horno? —Sonríe y va desatando el nudo de su corbata.

—Sí. Aunque eso que huele es un pegote de queso que se ha caído por la rejilla al fondo del horno —le explico, poniendo vino en las copas—. Están en su punto.

Le paso una y choco la mía con la suya para brindar.

—Tengo trabajo —le informo, tras darle un sorbo al vino.

Me mira abriendo mucho los ojos.

—¿Aquí?

Afirmo con la cabeza y suelto mi copa en mi lado de la mesa, aún seguimos de pie junto a ella.

—Al final no puedo irme todavía. Prefieren que espere un poco más. Me han quitado la medicación, eso sí, pero no quieren arriesgarse. Me darán el alta en la siguiente revisión, dentro de otros diez días. Así que he decidido buscarme algo para entretenerme y no estar todo el tiempo dándole vueltas al coco.

—¿Y qué has encontrado?

—Vamos a sentarnos y te lo cuento cenando.

—Pero primero voy a cambiarme, ¿vale?

Saco la bandeja del horno y sirvo los canelones. Me pregunto si le habrá hecho ilusión la

noticia o si, por el contrario, le habré molestado con mis nuevos planes.

—Si quieres puedo alojarme en otro sitio —le digo cuando regresa a la mesa y nos sentamos a cenar.

—Por mí puedes quedarte. Me encanta llegar a casa y oler a queso quemado.

Se mete un trozo en la boca y no me da tiempo a decirle que están hirviendo. Se bebe la copa de vino de un trago.

—Pensé que ibas a soplar. —No puedo contener la risa y termino contagiándole.

—Joder, no sabía que quemaba tanto.

Se sirve más vino. Creo que se siente algo incómodo por nuestra última conversación. Se respira en el ambiente esa tensión.

—¿Qué has hecho hoy? —le pregunto, no tanto por curiosidad como por decir algo—. Has estado todo el día fuera de casa.

—Te dejo quedarte como compañera de piso, pero en el contrato no entra una novia acosadora, ¿vale? —No lo dice de forma arisca, se aprecia buen humor en su tono.

—Era solo por sacar un tema de conversación.

—He tenido un par de reuniones después del trabajo —se decide a responder.

«¿Ayer también?», se me pasa por la cabeza preguntarle, pero no lo hago porque tiene razón: ¿Quién soy yo para preguntarle nada sobre su vida privada?

—¿En qué proyecto estás trabajando?

—Pues ahora mismo estamos con una urbanización en las afueras. Pero háblame de eso tuyo. ¿Qué has encontrado?

—Algo de lo mío —respondo sin más—. Bueno... más o menos. Mi jefe tiene contactos aquí y le he pedido el favor.

—¿Con tu jefe te refieres a tu padre? —se interesa enseguida—. ¿Lo habéis hablado ya?

—No, no, quiero decir mi antiguo jefe. No me acostumbro a lo de haber trabajado con mi padre.

—Si necesitas mi coche para desplazarte a algún sitio donde no te venga bien el transporte público, solo tienes que pedírmelo. Yo no lo uso para ir a la oficina.

—Pero tu proyecto está a las afueras, ¿cómo vas hasta allí?

—Dispongo de un coche de la empresa, no te preocupes.

—Lo cierto es que le he cogido un poco de miedo a conducir —reconozco, algo apesadumbrada—, pero tendré que enfrentarme a ello más adelante. El médico no me lo recomienda aún, dice que siga con mi vida habitual aunque evitando actividades de riesgo.

—Bueno, al menos ya no tienes esos terribles dolores de cabeza.

—Sí los tengo, pero no son tan fuertes o me habré acostumbrado.

—Por eso no te habrá dado el alta aún.

—Puede ser.

—Te noto apagada —dice, antes de llevarse a la boca una porción de canelones con su tenedor—. Se te han chafado tus planes, ¿es eso?

—Sí, bueno... Aunque me ilusiona lo del trabajo.

Tiene razón, ha sido un mazazo que el doctor Martín no me haya dado el alta. También se ha empeñado en que visite a un especialista colega suyo en cuanto le he hablado de mis sueños recurrentes. Debí guardármelo, quizás ha sido eso lo que le ha frenado a darme el alta. Quiere estudiarme a fondo, ha dicho.

—No te preocupes, diez días pasan en un suspiro —me anima—. Y tenías razón con los

canelones, son los mejores que he probado. ¿Podré repetir?

—Claro.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Sigo sin poder volar a casa.
- Ayer, domingo, apenas nos vimos. Cuando me levanté no estaba. Dejó una nota en la encimera de la cocina diciendo que estaría fuera todo el día. Supongo que se adelantó para no dar opción al uso del WhatsApp. Al irme a dormir, por la noche, aún no había llegado. Fue el día más horrible de todos los que he pasado aquí. Salí a la calle un par de veces: una de ellas a comer. La otra solo llegué hasta la esquina de la calle y me di la vuelta. Hacía demasiado frío. Mucho más que en su casa vacía.
- Hay una caja precintada en el altillo de su armario. Es una caja normal. Mudanzas Sánchez, pone. Sigue precintada. Es la que sacó de mi habitación el primer día. Estuve a punto de bajarla y abrirla, pero pesa demasiado. También me preocupa no poder cerrarla para dejarla exactamente como está, que se despelleje el cartón y no pegarla con la misma precisión. Pero me intriga su contenido. Mucho. He estado a punto de sacar el tema en la cena, pero no me he atrevido.
- Hoy no he descubierto nada nuevo.

Capítulo 18

—¿A qué vino lo de la otra noche? Paula se quedó cortada, le caíste fatal. Incluso se alegró de que tuvierais entradas para el cine.

—Perdona, es que... apenas le he contado a Rebeca nada sobre mí, y temía una metedura de pata.

—¿Internet?

—No exactamente.

—Ahora entiendo lo de la presentación.

—Ni siquiera le he contado a lo que me dedico, y no quería que se enterase así de sopetón.

—¿Por qué? ¿Acaso te avergüenzas de lo que haces?

—No, no es eso. Solo es que... no lo sabe.

—Pues te digo una cosa: si crees que no puedes decírselo, tal vez sea ella quien no merezca la pena.

—Tampoco va por ahí el tema, es que le había contado otra cosa.

—Vaya rollos te traes... Eso no va a salir bien, viendo cómo ha empezado. Pero bueno, no quiero meterme en tus cosas.

Capítulo 19

Rebeca

Madrid, 23 de noviembre

La música está demasiado alta, es atronadora. Me acerco a la pantalla del ordenador para bajar el volumen. Antes de pulsar la tecla que lo minimiza, veo una imagen que me resulta sorprendentemente familiar. Es el Bahía. Tiene que serlo. La siguiente foto es de un chico con gafas de sol y cuyo rostro también me parece conocido. Se encuentra sentado en el murete de un paseo marítimo y girado hacia su derecha, con la barbilla ligeramente levantada y pensativo. Lo conozco. Estoy completamente segura. Necesito grabarme la imagen en la memoria. Quiero apagar la música para que no interfiera en mi intento de memorizarla, pero, por más que presiono la tecla de bajar el volumen, es imposible quitar el sonido.

—¡Rebeca! ¡Tu despertador! Deberías cambiar esa canción por una bocina —afirma riendo.

—No, no, no, no... ¡Lo tenía!

Me levanto de la cama y me pongo a dar vueltas alrededor de ella, como si buscara algo que no sé si necesito, ¿un lápiz tal vez?

—¿Qué ocurre? —Está apoyado en el marco de mi puerta observándome—. Vas bien de hora, solo son las siete.

—Lo he soñado. Lo tenía aquí. —Me apunto con el dedo índice a la frente—. Creo que lo he perdido. ¡Maldito despertador! Ojalá se pudieran hacer pantallazos de la mente como en la pantalla del móvil. ¿Cuándo van a inventar una *App* para eso?

—¿Te refieres a un Shazam de los sueños?

—¡Exacto! Algo así... ¡Casi lo tenía!

—¿Me lo vas a contar?

—Creo que al final... —Me siento sobre mi cama sopesando mi respuesta—. Sí había alguien importante en mi vida. —Me mira extrañado—. ¡He visto su cara!

—A lo mejor solo es un sueño.

—Estoy convencida de que no lo era. Lo noto aquí. —Pongo la palma de mi mano en el pecho y presiono—. Y lo siento mucho, Iván. No sé cómo pude llegar a eso. Te aseguro que no soy de las que hacen ese tipo de cosas, si te sirve de algo.

Mira para otro lado y se queda serio.

—Bueno, son cosas que pasan —afirma, cambiando de postura, ahora se ha cruzado de brazos.

—Si no te parece mal, recogeré mis cosas cuando vuelva de mi entrevista, ¿vale? Es que no quiero llegar tarde.

Se acerca y se sienta a mi lado sobre la cama.

—Estamos juntos en esto, Rebeca. No voy a permitir que te vayas a vivir sola y que te pase cualquier cosa. Es mi responsabilidad el que estés aquí.

—¿Y si no es tuya? —pregunto, más bien convencida de ello—. ¿Y si no vine aquí por ti?

—Eso no lo sabemos —responde con serenidad. Admiro su comprensión en algo tan... no sé ni

cómo calificarlo—. Inés afirma que sí, que diste el paso por mí y querías darme una sorpresa, aunque al final no haya salido bien. Pero debemos resolver esto de la mejor forma posible. Cuando recuperes la memoria o te den el alta, lo que antes ocurra, te vas. Para mí no es un problema tenerte aquí. Ya lo sabes.

—Eres demasiado bueno conmigo —afirmo, y en el fondo me duele lo que intuyo que pasó entre nosotros—. No me lo merezco después de todo.

—No pienses eso —responde, y me mira esbozando una tímida sonrisa—. Todos somos inocentes mientras no se demuestre lo contrario. Aunque tú seas una rara que se acusa a sí misma de algo que ni siquiera recuerda. —Se levanta y me anima a hacer lo mismo—. Y ahora vamos a ducharnos que al final llegaremos tarde los dos. Me pido primero.

—Claro, como siempre, para que te prepare las tostadas, ¿no? —Le devuelvo la sonrisa.

Yo: ¡Hola, papá! Necesito que me envíes fotos del Bahía.

Papá: ¿Estás pensando en venderlo desde allí? No hace falta.

«No, era para... ¿qué le digo ahora?».

Yo: Es para enseñárselo a una compañera de trabajo. Hemos hablado del negocio y tenía curiosidad.

Papá: ¿Por qué no le das la web? Hay centenares de fotos allí.

«¡Claro! ¿Seré idiota?»

Papá: Por cierto, la semana pasada tuvimos una oferta de un alemán conocido de Erika y vamos a reunirnos en breve. Tenemos que hablarlo, ¿podrás coger un avión algún fin de semana aunque sea? También necesitaríamos un poder notarial, si no vas a estar aquí.

«¡Mierda!»

Yo: Ahora mismo me es imposible volar. Tal vez en unos diez días pueda desplazarme. De todas formas, no estoy segura de querer venderlo.

Papá: ¿Te estás planteando volver?

Yo: Sí. Pienso hacerlo. ¿Podrías aguantarlo un poco más?

Papá: ¿Estás segura? La oferta es buena. No sé si se nos daría otra oportunidad mejor que esa.

Yo: Estoy convencida. Me apetece volver a casa. Y siento todo lo ocurrido, de verdad. Debi pensármelo mejor.

Papá: ¿Ha pasado algo con Iván? ¿Va todo bien?

Yo: Estamos bien. Es solo que no me adapto a esta ciudad.

Papá: ¿Vendrá él contigo?

Yo: No lo creo posible.

Papá: Pero ¿estáis bien? ¿Necesitas algo?

Yo: Solo tiempo. Arreglar las cosas aquí, eso es todo.

Papá: No te preocupes. De momento lo paralizó todo. Hablaré con Hugo también.

Yo: Pero ¿no se había desentendido?

Papá: No te preocupes, le parecerá bien. Por cierto, ¿sabes algo de tu madre? El jardinero se despidió hace unos días. Al final el idilio nos ha traído consecuencias, como predijiste.

Yo: Está de retiro espiritual.

Busco en Google Bahía Luna Ibiza. ¿Por qué demonios no se me ocurrió buscarlo antes? En cuanto se abre la página principal, me topo con la imagen que estaba segura de que encontraría. Veo un edificio blanco de dos plantas con las ventanas en madera oscura y un portón de tres metros de altura en el mismo tono. El jardín delantero es impresionante, y en la parte trasera veo una piscina de un tamaño considerable, junto a otra más pequeña que parece un jacuzzi. También un restaurante con un cenador en los jardines, y cuyas vistas comparten los doce adosados que bordean las zonas comunes con un pequeño porche delantero cada uno y a dos alturas, veinticuatro apartamentos en total. Los de la segunda planta, en vez de jardín tienen una amplia terraza con vistas a la piscina.

El complejo es precioso. Entiendo que invirtiéramos en el proyecto, y veo mi huella reflejada en la decoración de los apartamentos: elegantes, funcionales y cuidadosamente mimados al detalle. El logotipo es una media luna invertida que contiene la letra B adoptando su forma en color azul aguamarina.

Siento que no quiero dejarlo y que ese es mi sitio. Necesito volver cuanto antes.

—He soñado con él.

—¿Con quién? —se interesa Inés al otro lado de la línea. Noto que está masticando.

—¿Te pilló en mal momento?

—No, tranquila. Estaba tomándome un tentempié, con el embarazo como a todas horas. Ni te imaginas lo que zampan estas dos.

—¿Son niñas?

—¡Sí, me lo acaban de confirmar! Justo iba a llamarte cuando he salido de la consulta del ginecólogo, pero pensé que estarías liada con lo de la entrevista.

—Acabo de reunirme con ellos también, y tenían ya el contrato preparado con los datos de la ficha de Inmosunny, solo he tenido que retocar un par de cosas —le voy explicando, mientras camino por la calle—. Estaban desesperados porque justo esta semana va a solicitar la baja y aún no habían entrevistado a nadie. Así que, oficialmente, ya tengo empleo.

—¡Lo sabía! Eso es una señal, lo mires por donde lo mires. ¿Y qué es eso del sueño que decías?

—Le he puesto cara. No soy capaz de verla ahora mismo, en cuanto me he despertado se me ha ido, pero he soñado con él. Lo sé. No era una invención. También aparecía el Bahía de fondo y era exactamente como en las fotos de la web.

—¿Entonces no era Iván el del sueño?

—No. Tenía un lío con alguien, estoy convencida.

—¿Tenías un rollete y no me lo habías contado?

—Eso parece.

—¡Menuda cabrona estás hecha!

—Lo sé, y me siento fatal por Iván.

—No le habrás contado el sueño, ¿no? Que tú eres muy de lealtades.

—Sí, está al corriente. —Se aprecia en mi voz que no me siento orgullosa de mis pasos—. Dice que puedo quedarme hasta que me den el alta.

—Pobre hombre, lo que tiene que aguantar contigo.

—Lo sé... Ese tío de mis sueños tiene que ser la *rehostia* para haberlo preferido.

—¡Tú estás fatal! Y no tiene nada que ver con la amnesia —opina, con su típico tono de *no hay quién te entienda*—. Bueno, tengo que dejarte, mi madre ha ido a buscar el coche y veo que ya está en la puerta del hospital en doble fila.

—Esperaba que me ayudases a encontrar a mi... lo que fuese.

—Si no lo habías compartido conmigo, ¿cómo quieres que te ayude a encontrarlo? Eso te pasa por ocultarle cosas importantes a tu mejor amiga. Búscalo en tus contactos de las redes sociales.

—¡No sé su nombre!

—Pero dices que le has visto la cara en sueños, ¿no? Algo es algo. Si de verdad existe, claro, porque a lo mejor es el actor de una peli porno que viste antes de irte a dormir aquel día.

—Yo no veo porno.

—Ya, ya...

—¿Qué insinúas?

—Por cierto, ¿habéis probado Iván y tú a tener sexo? Pondría la mano en el fuego a que eso te ayudaría.

—¡Olvidalo! Ya te digo que lo nuestro estaba más muerto que vivo.

—Entonces, ¿piensas que te marchaste a Madrid por el desconocido ese? ¿Has buscado entre tus cosas? Algún rastro habrá de algo: tickets de compra, restaurantes, hoteles... lo que sea. Rastrea tus movimientos bancarios.

—¿Crees que no lo he hecho desde el principio? Lo último que pagué fueron los dos trayectos en Uber, que ya les vale cobrarme el de vuelta habiendo sufrido un accidente con ellos. Y antes de eso, un pago con tarjeta en el aeropuerto, tal vez en una cafetería, el importe no llega a diez euros. No sé si hice alguna reserva de hotel para mi llegada, al menos en la bandeja de entrada de mi correo electrónico no aparece ninguna confirmación, y sí está la del vuelo. Imagino que mi intención era alojarme en la casa de Iván.

—O en la del desconocido, porque Iván no sabía nada de tu llegada, eso me lo confirmó a mí también.

—Pues no hay forma de averiguarlo. No tengo emails escritos a nadie que no conozca ni recibidos.

—¿Y cómo eran los que tienes de antes con Iván? Se notará vuestra decadencia, ¿no?

—Eso es lo raro, no tenemos. Dice que siempre hablábamos por teléfono, que no somos de usar WhatsApp ni el correo electrónico.

—El correo no lo sé, pero yo te he visto enviarle wasaps.

—Pues mi teléfono hubo que restaurarlo, porque olvidé mis claves, y le pedí que me reenviara nuestro historial como a ti, y me dijo que no tenía.

—Eso me huele a cuerno quemado.

—¿Verdad?

—Eso es que habríais discutido o algo y no quiere que te enteres.

—Pero no lo entiendo —respondo—. Si él acepta que estemos así, que se hunda el barco por no acordarme de nada, ¿qué diferencia habría con que se vaya todo al carajo del otro modo?

—A ver si era él quien estaba con otra.

—Pues es tan fácil como admitirlo y que se largue con ella, si a mí no me afecta lo que haga o deje de hacer. Yo, simplemente, quiero saber la verdad.

—O sabe del otro y no quiere que lo recuerdes, para así poder arreglar lo vuestro.

—Si quisiera arreglar lo nuestro, se comportaría como el de la película aquella y lucharía por mí. Pero no hace nada. Es como si yo no le importara realmente.

—Hombre, tanto como eso... —rectifica enseguida—. Se ha preocupado mucho por ti y te ha cuidado. Tú no lo sabes porque no eras consciente, pero me he mantenido en contacto con él y no te ha dejado sola ni un solo día en el hospital. Quizás, al no recordarle tú, actúas distinto y le has desencantado.

—No sé. Te juro que a veces me gustaría darme un martillazo en la cabeza y despertar de una puñetera vez. Ni te imaginas lo angustioso que es esto. Me siento como si tuviera un no sé qué invisible que no me deja concentrarme, como una corazonada constante de que algo estoy haciendo mal o que debería hacer... o yo qué sé.

—Tranquila, Rebe. Ya verás que todo se solucionará tarde o temprano. Y si no, me encantará tenerte aquí de nuevo, eso es lo que más ilusión me hace de todo esto.

—¿Y me perdonarás si recupero la memoria y descubres que traicioné nuestra amistad ocultándote que me fugaba con otro?

—Las amigas de verdad se lo perdonan todo.

—Gracias por estar a mi lado en esto.

—Anda, no seas boba. Por cierto, acabo de acordarme: ¡Felicita a tu chico de mi parte por lo del Tower!

—¿De qué estás hablando?

—Les han concedido la construcción del Tower Infinity Garden. Me enteré por el jefe cuando llamé para lo tuyo. Creo que ha movido los hilos de tu entrevista con tanto interés para sacar tajada, ya le conocemos. Me extraña que no te haya llamado para aprovechar y felicitarlo él personalmente.

—Pues no me lo ha contado. Ya ves cómo están las cosas...

—Pues felicítalo, mujer. ¡Y salid a celebrarlo!

Cuando cuelgo con Inés, me doy cuenta de que he ido caminando sin rumbo fijo mientras hablaba y que no sé ni dónde me encuentro. Abro la aplicación de Google Maps y me sitúo, buscando para ello una boca de metro. Veo que estoy a tres calles de la oficina de Iván y decido enviarle un wasap, es casi la hora del almuerzo y tal vez le apetezca que comamos juntos.

Yo: Estoy a un tiro de tu oficina, ¿estás ahí? Podríamos comer juntos y te cuento. ¡Y me cuentas! Ya me he enterado de lo tuyo. ¡Enhorabuena!

No se pone en línea, así que decido seguir caminando para encontrarnos en la puerta. Me pregunto cómo habría sido mi vida aquí sin el accidente. Supongo que tendría algún proyecto laboral entre manos. Enseguida me viene a la mente la primera conversación con mi padre en la puerta de Encarna, y recuerdo que me preguntó por el trabajo. No había vuelto a pensar en ello hasta ahora.

Escribo a Inés:

Yo: ¿Te hablé de alguna empresa a la que hubiera enviado mi currículum? Me conozco, y es imposible que tomara una decisión así sin tener algo más a lo que agarrarme.

Inés: ¿Algo aparte del dinero que te sale por las orejas?

Yo: Tú ya me entiendes. Además, mi padre me lo insinuó.

Inés: Pues no tengo ni idea. ¿Y no le preguntaste?

Yo: ¿Cómo iba a hacerlo? Aún no sabe nada de mi accidente.

Yo: Voy camino del trabajo de Iván. ¿Cómo puedo revisar su teléfono sin tener su clave de acceso? Quiero comprobar si teníamos wasaps o miente.

Inés: Dile que os vais a hacer un selfi y que el tuyo está sin batería. Luego, que vas a pasarte la foto por WhatsApp y como es algo que harás delante de él no le importará, porque realmente no estás fisgando. Cuando estés en vuestro chat, tira hacia arriba y ves si hay conversación antigua. Le dices que te la quieres enviar. Es vuestra, y no podrá oponerse. Si lo hace, que te dé explicaciones, habría gato encerrado. Tema resuelto.

Yo: Me gusta la idea. No es hurgar en sus cosas si está presente.

Inés: Exacto.

Yo: ¿Y cómo le pregunto a mi padre por mi trabajo sin que sospeche?

Inés: Dile que te has quedado sin batería y que tienes que llamar a tu oficina.

Yo: ¿Y no se extrañará de que no lo busque en la info de la web?

Inés: No, si no tienes batería en el teléfono ni acceso a internet.

Yo: Véndemelo un poco más, me está interesando.

Inés: Llamas desde un teléfono público y le dices que no tienes forma de hablar con tu oficina, que le llamas a él porque es el único número que sabes de memoria.

Iván: ¿Enhorabuena por? No estoy en el estudio.

Yo: Por lo del edificio ese que vais a construir, me lo ha dicho Inés. Pues qué pena, justo ahora mismo estoy en la puerta.

Iván: Podemos quedar a mitad de camino, yo estaba a punto de llegar a casa y ahora estoy cerca de El Retiro.

Yo: No he estado allí.

Iván: ¿En serio?

Yo: Bueno, de pequeña una vez con mis padres. Pero ni lo recuerdo.

Iván: ¿Comemos por allí y nos damos una vuelta?

Yo: Perfecto. Voy ya hacia el metro.

Tras guardar el móvil en el bolso, me cruzo con una mujer rubia que, por alguna razón que desconozco, me resulta familiar. Ella también parece reconocermme. Aunque enseguida esquivaba mi

mirada, sin darme tiempo a dirigirme a ella. Entra en el portal de la oficina de Iván. Me planteo seguirla, y mis pies se deciden antes que mi cerebro. Cuando subo los escalones que separan el portal del rellano, ella está pulsando el botón del ascensor. Un hombre, que debe de ser el conserje, se queda mirándonos con cierta curiosidad o recelo. Sobre todo repara en mí, quizás por ser la intrusa allí.

—Perdona que te moleste —me dirijo a la mujer con voz dubitativa, se gira contrariada hacia mí y enseguida me hace un repaso de arriba abajo con la mirada—. ¿Nos conocemos de algo?

—Que yo sepa, no —responde de una forma más bien seca.

Es más mayor que yo, rondará los cincuenta si no los ha cumplido. Se conserva bien, aunque va excesivamente maquillada, para mi gusto.

—Es que... tu cara me suena —insisto—. ¿Estás segura?

—Sí, segura. —Pulsa un botón nada más entrar en el ascensor, pero yo estoy obstaculizando el cierre de puertas—. Lo siento, tengo prisa —agrega.

—Tal vez conozcas a mi novio, ¿trabajas en el estudio de arquitectura?

—No, lo siento. Soy abogada, nosotros estamos en la cuarta planta.

—Ah, perdón.

—No pasa nada —dice, antes de desaparecer tras las puertas del ascensor. Esta vez si asoma una especie de sonrisa en su gesto, y estoy convencida de que nos hemos visto en alguna parte.

—Disculpe —oigo a mi espalda, cuando ya me dirijo a la salida y voy a bajar los tres o cuatro escalones que dan acceso al portal. Me giro y veo que el conserje se acerca a mí con un paraguas que reconozco enseguida. Es en color café con pequeños lunares en beige y las letras CD haciendo una cenefa en toda su circunferencia, cuando está abierto. Lo compré en un viaje de fin de curso a Roma, y no fue por gusto. Se puso a diluviar cuando visitábamos la Plaza de España y la única opción que encontré a mano fue ese en la tienda de Cristian Dior. Tiré de la tarjeta que mi madre deslizó en mi maleta: «Una no puede irse a Roma pendiente del presupuesto. Esta no tiene límite». Ahí todavía no había roto nuestros lazos—. ¿Este paraguas no es suyo?

—Sí. —Noto que se me iluminan los ojos al cogerlo—. ¿Cómo es que lo tiene usted?

—Pues intenté devolvérselo el día que se lo dejó, pero bajó tan deprisa que no me dio tiempo y, como sonaba el teléfono de la centralita, no pude correr tras usted. Pensé que volvería a buscarlo, aunque ha pasado mucho tiempo.

Cojo el paraguas con mis manos y lo miro como si dentro de él fuera a encontrar todas las respuestas a mis preguntas.

—¿Qué hice aquí exactamente aquel día?

—¿Cómo dice?

—Sé que es raro lo que le pregunto, pero tuve un grave accidente y perdí la memoria, ¿sabe? Me ayudaría muchísimo que me explicara con detalle cómo fue ese día, qué hacía aquí y con quién estaba cuando le di mi paraguas. Todo lo que recuerde me sería de gran utilidad.

Necesito captar su atención y absorber toda la información que pueda darme. El corazón me late muy deprisa, no sé por qué.

—¡Oh, lo siento mucho! Y ¿no recuerda nada? —se interesa enseguida—. No sé si podré ayudarla, solo me dio su paraguas y las maletas.

—Pero... ¿entonces subí a la oficina?

Iván me dijo que no nos vimos, que él no se encontraba allí cuando llegué. No lo entiendo.

—A ver, déjeme pensarlo un momento... —Se sitúa tras el mostrador y me mira, como si tratara de representar la escena en su memoria y hurgar así con más precisión en sus recuerdos de

aquel día.

—Puede tutearme, si quiere —le ofrezco.

—Usted llegó empaçada, porque con las maletas no pudo abrir el paraguas, me dijo. No sé de dónde venía, no recuerdo si vi algún taxi estacionado en la puerta o no.

—Posiblemente no, si me mojé tanto —agrego como dato, él afirma con la cabeza pensativo—. Aunque tengo un recibo de Uber con el recorrido del aeropuerto hasta aquí —le informo enseguida.

—Ya lo recuerdo, ahora que dice lo del Uber. —Se frota la cabeza pensativo—. Había puesto mal el número en la aplicación y se dio cuenta al llegar al otro portal. Vino andando desde más abajo.

—Eso tiene sentido —respondo, tratando de animar a mi cabeza a acordarse, pero sin éxito—. ¿Y qué pasó después?

—Me preguntó si había algún sitio donde pudiera arreglarse un poco. Tenía una reunión importante en uno de los despachos, no lo recuerdo bien, y le indiqué que los aseos de la primera planta están siempre disponibles y limpios. Los de la agencia de moda tienen los suyos propios dentro y casi nadie los usa. Dejó las maletas y su paraguas aquí conmigo... ¡No, solo una, la grande! —afirma, animado por acordarse de ese detalle—. La otra se la llevó con usted para cambiarse. Pero no lo hizo.

—¿No me quité la ropa mojada?

—Bajó a los dos minutos, no tardó más. Y salió con lo mismo que entró, cogió su maleta grande y con las prisas que llevaba se le olvidó el paraguas en el cubo. Es todo lo que recuerdo.

—Entonces, ¿no sabe si acudí a esa reunión importante que le mencioné? ¿Le pregunté por alguien en concreto?

—No. Solo que necesitaba arreglarse un poco antes de acudir a la reunión, que di por hecho que era en alguna parte del edificio. Y lo curioso es que a los pocos minutos se marchó corriendo sin acudir a la reunión.

—Entonces... le extrañó que le dijera que venía a una reunión y me marchara.

—Claro, y por eso me acuerdo de usted. Aparte de por el paraguas. Incluso se me pasó por la cabeza que se equivocó de edificio y por eso se marchó así de sopetón.

—No. El caso es que vine aquí expresamente. En realidad, mi novio trabaja en el edificio. Pero él ese día no estaba en la oficina y cuando se enteró, yo ya había tenido el accidente.

—Pues si hubiera reconocido su paraguas, se lo habría devuelto a él. Lo tuve mucho tiempo a la vista. ¿Cómo se llama su novio?

—Iván.

—¿Y el apellido? Me suenan más los apellidos.

«¿Cómo coño se apellida?»

—Márquez —me lo invento, para no parecer una loca que no conoce el apellido de su novio.

—¿El señor Márquez es su... novio?

—Bueno, señor, señor... Es más bien joven, treinta y tantos... o bueno, cerca de los cuarenta quizás. —«Estoy quedando peor, ¿quién no sabe la edad de su propio novio? Va a pensar que estoy majareta perdida».

—Ah, no, vale. Yo le hablaba del notario. Ya me parecía raro: tiene una hija que será así medio de su edad y trabaja con él.

—Bueno, pues... muchísimas gracias por guardarme el paraguas.

—No ha sido nada.

—¿Podría hacerme un último favor?

—A ver, dígame.

—¿Puedo subir un momento a ese servicio? —Me mira con desconfianza, creo que empieza a dudar de mi historia—. Mi médico me ha dicho que desandar lo andado es importante para mi recuperación.

—Claro que sí, mujer. —Le ha cambiado la cara, creo que vuelve a confiar—. Faltaría más. Esta es la llave. Lo tenemos cerrado porque lo usaba gente externa y las limpiadoras se quejaron.

Subo por la escalera que me indica, el ascensor está ocupado. Al llegar arriba, me cruzo con una señora uniformada.

—Acabo de limpiarlo, ¿de qué planta es usted?

—No... yo... Me ha dado la llave el conserje, es una emergencia.

—Bueno, pasa. Ahora le doy un repaso con la fregona. Pero ten cuidado, no vayas a resbalarte y para qué queremos más.

—Solo será un momento. Muchas gracias.

Entro en el servicio y, a simple vista, no me resulta familiar. Es grande, alicatado con los típicos azulejos cuadrados en color blanco. Una puerta independiente con el váter, que cruzo y cierro a mi espalda. Nada. Ningún recuerdo. Salgo y me lavo las manos. Pulso el secador de aire y las pongo debajo mientras observo mi rostro frente al espejo. Tengo el pelo demasiado largo, debí animarme a cortarlo cuando recuperé su color natural. Saco del bolso una goma y lo recojo en una coleta. Mejor así. Echo un vistazo más a mi alrededor antes de irme, pero mi cerebro se niega a ofrecerme una sola pista. ¿Y si recibí una llamada? Tal vez por eso salí precipitadamente de aquí.

Tengo que contactar con mi padre y poner en marcha la estrategia de Inés.

—¿Te puedes creer que de camino aquí no he encontrado ninguna cabina de teléfono? —le comento a Iván durante la comida.

—¿Y por qué te ha dado por ahí?

—No sé, me ha parecido curioso. Imagina que un día te roban el móvil y necesitas hacer una llamada. ¡Sería imposible! Te quedarías tirado.

—Bueno, visto así...

—¿Y el paseo que me habías prometido?

—¿No vas a terminarte la comida?

—No esperaba que fueran a traerme una pizza de tamaño familiar. Y encima no has querido ayudarme —agrego al observar su plato de tallarines vacío.

—Bastante tenía con acabar el mío. Nos vendrá bien caminar.

Salimos del restaurante y nos dirigimos al famoso parque.

Ha sido reconfortante descubrir esa pesquisa sobre el día del accidente, como una especie de conexión externa con mi pasado, fuera de la burbuja de Iván. Y con un testigo ajeno a nosotros, que abre una posible vía hacia el otro lado, a esa supuesta vida secreta al margen de mi entorno. En mi cabeza barajo dos posibles opciones, y ambas convergen en que recibí una llamada importante cuando me encontraba en los servicios de ese edificio. La posibilidad uno es que la llamada fuera motivada por un tema laboral. A lo mejor no me dirigía al edificio de Iván solo para

encontrarme con él, puede que tuviera algún tipo de reunión laboral como le informé al conserje. La segunda opción sería que recibí una llamada de ese hombre misterioso de mis sueños. Tal vez mi ruta era: presentarme ante Iván, cortar nuestra relación cara a cara y largarme con el otro. Pero Iván estaba reunido y no se pasó por la oficina. Eso chafó mis planes iniciales.

—¿Había previsión de lluvia hoy? —pregunta, mirando al cielo, tras fijarse en el paraguas que llevo colgado del bolso.

—En mi teléfono ponía que sí.

He decidido que las indagaciones sobre mi pasado debo hacerlas sola. No quiero inmiscuirlo más, teniendo en cuenta que tal vez él no tuviera nada que ver con mi decisión de venir aquí, y además puede que me esté ocultando información valiosa.

—Entonces, ¿cuándo empiezas a trabajar?

—Mañana me pongo al día con los clientes de Laura, la chica que voy a sustituir.

—¿Sabes que Encarna se muda a la casa de su hijo?

—¿En serio?

—Sí. Se lo ha ofrecido su nuera. Dice que se llevan mejor que nunca.

—No me dijo nada. ¿Cuándo has ido a verla? —me intereso.

—Me llamó esta mañana. Le da miedo quedarse sola, y la nieta se ha quedado a dormir con ella durante este tiempo. Pero dice que ya pasa, que le pilla lejos de todo y de sus amigos.

—Pues me alegro por ella.

Ahora entiendo su ofrecimiento para que me quedara en su casa, pensé que lo hacía por mí. Pobre.

—Te noto muy callada.

—Pensaba en mis cosas.

—Estás rara.

—¿Qué dices? Para nada.

—Lo estás.

—Qué sabrás tú, si acabamos de conocernos prácticamente —me defiendo.

—Yo te conozco más.

—Conoces a mi yo anterior. Este es más... silencioso.

—Si tú lo dices —responde, arrugando la frente al decirlo y prestando su atención hacia la dirección de nuestros pasos—. ¡Mira, ahí tienes una cabina! No están extinguidas del todo.

—¡A buenas horas! —Se gira hacia mí extrañado, claro, no sabe que de camino he buscado una desesperadamente para poner en acción la estrategia de Inés para sonsacarle a mi padre lo de mi supuesto trabajo—. Bueno, cuéntame lo de la torre esa de los jardines. Debe de ser algo importante para que se hayan enterado en la otra punta del mapa.

—Sí, bueno, tampoco es para tanto.

—Tú siempre restándole importancia a tu trabajo, da la impresión de que no te emociona —me atrevo a opinar—. ¿Siempre quisiste ser arquitecto o te vino de rebote?

—Buena pregunta... —responde.

Se toma su tiempo mientras se lo plantea detenidamente. También nuestro paso es lento. No tenemos ninguna prisa por llegar, quizás la visita al parque ha sido una simple excusa para hacer algo juntos.

—La verdad es que no me apasiona del todo mi trabajo —dice finalmente.

No me ha sorprendido su respuesta. Se lo llevo notando desde el primer día en su forma de evitar el tema y de no compartir nada de su jornada laboral.

- ¿Y cuándo te diste cuenta de eso?
—Demasiado tarde, quizás.
—Si no fueras arquitecto, ¿qué te gustaría ser?
—Pues no lo sé, la verdad. No me lo he planteado.
—¡Plantéatelo! ¿Dónde te verías?
—En una granja.
—¿Lo dices en serio?
—No, estaba tomándote el pelo —afirma, riendo.
—¿Por qué? Te lo preguntaba en serio.
—¿Por qué te interesa tanto saberlo?
—Me ayudaría a conocerte un poco.

Se queda callado, no sé si está pensándose la respuesta o dando por zanjada la conversación.

—A veces, cuando he viajado a alguna parte y he contratado un tour para conocer la historia de alguna ciudad, he envidiado al guía que te explica lo que guarda cada edificio, la simbología, quién vivía, los secretos que guarda y todo ese rollo —se lanza finalmente—. Aunque imagino que debe de ser un coñazo contar la misma historia día tras día. Quizás lo interesante sería poder hacerlo de un sitio para otro, recorriendo mundo a la vez.

- ¿Vivir como un nómada?
—Sí, algo así. ¿Por qué no?
—Entonces, tu problema está en echar raíces. Sentirte estancado te consume.
—Sí, es una forma de verlo.
—¿Y por qué, si yo no tenía ese problema, me vi empujada a seguir tus pasos y no al revés?
—Veo que sigues empeñada en creer que yo te arrastré hasta aquí.

Decido cambiar de tema para no entrar en nuestro conflicto habitual. No era mi intención.

—He visto el Bahía Luna, su web —le informo, para cambiar de tema—. ¿Te gustó cuando fuiste a la inauguración?

—Sí. Es un proyecto fantástico.

Entramos en el parque. El sol se ha escondido tras una nube y se le echa en falta. Saco del bolso un pañuelo y me lo ato al cuello para resguardarme un poco más del frío.

—¿Nos hacemos un selfi frente al estanque? —propongo en cuanto nos acercamos—. No tenemos ninguna foto juntos, por culpa de mi teléfono. Y ya que hemos borrado el pasado, vamos a conservar algo del presente al menos, ¿no te parece?

- Ponte, yo te la hago.
—Vale, y después otra juntos. Pero no tengo batería, mejor hazla con el tuyo.
Me coloco frente a su cámara y sonrío.
—Estás muy sosa, haz algo.

Le saco la lengua.

—¿Mejor así?

Empiezo a hacer el tonto con las manos, como si bailara break dance y gilipolleces del estilo. Realiza un par de disparos.

—Ahora un selfi juntos, yo cojo la cámara para estar en primer plano. —Le quito el teléfono de las manos y se coloca a mi lado, posando muy serio—. ¿A quién enterramos?

Se le escapa una sonrisa y aprovecho el disparo.

—¿Te importa si me las envío por WhatsApp?

Ya estoy buscando la aplicación a la vez que pregunto, aunque no ha puesto objeción. Estoy un

poco nerviosa y me cuesta localizar el icono verde. Creo que hasta me tiembla el pulso al pasar las pantallas de un lado a otro con mis dedos. Lo selecciona él, cuando advierte que he pasado dos veces la página de las Apps sin encontrarlo. Se abre y, por suerte, la última conversación es la nuestra. Antes de darle a reenviar archivo, deslizo un poco para ver el texto de más arriba. Pero el historial termina justo en el día de hoy. Los borra.

—Ya está. —Le devuelvo el teléfono tras reenviarlas, y enseguida suenan en el mío las notificaciones recibidas, más una llamada entrante. Me quedo algo cortada, le había dicho que estaba sin batería y no se me ocurrió apagarlo por lo menos.

—Paso de cogerlo, se van a cargar la poca batería de emergencia que me queda —digo, para justificarme, mientras saco el teléfono del bolso para mirar la pantalla.

Es mi madre la que aparece como llamada. «¿Qué narices querrá ahora? ¡Paso!». Lo silencio y guardo el móvil de nuevo en mi bolso. Seguimos paseando.

—Y tú, si pudieras elegir, ¿qué harías? —se interesa—. ¿Te llena tu trabajo?

—Más que mi trabajo, lo que me llenaba era mi vida. La del último año, no lo sé. Pero la anterior, sí. Disfruto de la paz de mi casa, la naturaleza a mi alrededor, mis rutinas, familia, amistades... y mi profesión también. Me llena cuando los veraneantes se van encantados de sus vacaciones y repiten. Me gusta hacer que la gente se sienta bien... No sé, me satisface. Y creo que el Bahía tuvo que ser muy importante para mí. Hoy he sentido que me apetecía estar allí. Me he imaginado dentro del proyecto y, si estuviera en mis manos, chasquearía los dedos para trasladarme en este instante.

—Si te sirve de algo, cuando tengas que irte me alegraré mucho por ti.

—Eres muy buena persona, Iván. Ahora sí entiendo que me fijase en ti.

—Ojalá solo bastara eso.

No consigo descifrarlo, la verdad. Tan pronto parece que le importo una mierda, como todo lo contrario y algo se conecta en él que le hace mirarme como si fuera a caerle el mundo a los pies si me doy la vuelta. Tengo claro que algo grave ocurrió entre nosotros, pero lo que no me cuadra tanto es que, ese algo, fuera solo por mi parte. No encuentro rencor en sus ojos. No veo que se sienta traicionado. En el fondo, es como si él mismo cargara con la culpa de lo que nos pasó.

—¿Aún me quieres? —me atrevo a preguntarle.

—Es difícil responder a eso.

—¿Y en qué momento piensas tú que dejé de quererte yo? —insisto, y paro de caminar—. Quiero que seas lo más honesto que puedas. Lo necesito.

—Nunca dejaste de hacerlo. Hasta... ya sabes.

—¿Significa eso que vine aquí por ti?

—¿Tú no lo crees así?

—Lo que yo crea no importa, Iván. Mis circunstancias me impiden ser fiel a la realidad.

—Yo creo que sí. Viniste aquí por mi culpa.

Me debato entre contarle mi conversación con el conserje o no hacerlo. Total, ya he indagado en su teléfono y no he encontrado lo que buscaba. Da igual que piense que estoy investigando.

—Por cierto, ¿cuál es tu apellido? —Se me ocurre al recordar mi conversación con el portero.

—Alarcón. ¿Por?

—Por curiosidad... Hoy he hablado con el conserje del bloque de tu estudio y solo conoce a los del edificio por sus apellidos.

Me mira con curiosidad y noto algo más en sus ojos, ¿desconfianza?

—¿Has ido a preguntar por mí?

—No, ya me habías dicho que no estabas en la oficina —respondo—. Ha sido el propio conserje quien me ha reconocido a mí.

—¿Sí? —se extraña—. ¿Y de qué te conocía?

—¡Tenía mi paraguas!

—¿El que llevas? —Parece gratamente sorprendido ahora del hallazgo—. ¿Has recordado que lo tenía él?

—No. Ha sido él quien me lo ha entregado al verme. Dice que llegué empapada el día de mi accidente. Le dejé la maleta y el paraguas y subí al baño a cambiarme. Al rato salí a toda prisa y recogí mi maleta sin reparar en el paraguas. Es posible que recibiera una llamada con algo urgente cuando estaba en el baño. Quién sabe...

—Bueno, tiene cierto sentido esa conclusión.

Aún no hemos salido del parque, aunque creo que no le he prestado ninguna atención. Estoy más centrada en nuestra conversación que en el paisaje.

—Tú atendiste las llamadas a mi teléfono ese día. Alguien tuvo que contactar conmigo, ¿no recuerdas nada que llamase tu atención?

—Sí, recibiste algunas llamadas, pero no respondí a ninguna hasta el día siguiente que llamó tu madre y le conté la situación. Me dijo que tu padre acababa de sufrir una angina de pecho, que por eso te llamaba, y que la había pillado en un crucero. Que intentaría dar la vuelta en cuanto le fuera posible y que no le darían la noticia a él de lo tuyo de momento.

—¿Que mi padre, qué? —Freno en seco y no doy crédito a lo que acabo de escuchar.

—Lo siento, debí decírtelo en su día, pero prometí que le guardaría el secreto.

—¿Me estás diciendo que mi madre te pidió que me ocultaras que mi padre había estado al borde de la muerte?

—Quería contártelo ella en persona, pero al final no lo hizo. Supongo que por el pollo que montasteis.

—¡O porque pasa de todo y solo se preocupa de sí misma! —protesto malhumorada y a continuación me encaro con él—: ¿En qué narices estabas pensando, Iván? ¡Debiste contármelo desde el principio!

—Mira, yo no tengo la culpa de cómo es tu familia. Yo quería contártelo, pero Encarna y ella me convencieron de lo contrario. En tu estado era mejor ponerte las cosas fáciles y me pareció razonable el argumento.

—Encarna también está metida en el ajo, claro, ¡cómo no! —me quejo—. Joder, es que esto parece una puta peli de sobremesa. ¿Qué cojones hago aquí? ¿Y quiénes sois vosotros para decidir por mí?

—Lo siento. De verdad que lo siento.

—Entonces, la milonga que me contaste al principio de que mi padre y yo estábamos enfadados, ¿es mentira? Mi padre ha sufrido una enfermedad y yo no he estado ahí, ¿es eso lo que ha vivido mi padre?

—La discusión es real —añade, enseguida, aunque está más calmado que yo—. Te largaste dando un portazo, por así decirlo. Lo que le ocurrió a tu padre, bien podría haber sido una ocasión para solucionar lo vuestro; pero, en vista de las circunstancias, tu madre decidió venderle a él que no te lo iban a contar para que no te preocuparas, que estabas muy metida abriéndote un hueco profesional aquí y no quería que te sintieras culpable por marcharte. Ella pensaba que sería cuestión de días, el médico así lo pronosticó cuando habló con ella, iban a despertarte ya. Pero al final, con lo de la amnesia, la bola se le hizo demasiado densa.

—Por eso decidió vender, claro. —Yo sigo centrada en mi padre, en qué habrá sentido durante todo este tiempo sin noticias mías—. Pensó que me había convertido en una egoísta de mierda que solo piensa en sí misma y que lo dejó tirado en uno de los peores momentos de su vida. ¡Me habéis convertido en un monstruo insensible ante sus ojos! —Me voy retroalimentando de mi propia ira—. Cuando pensé que mi madre no podía caer más bajo, se lanza al vacío por una grieta.

—No lo hizo con mala intención, Rebeca. Fueron las circunstancias —trata de convencerme.

—¡Tú no la conoces! Era su oportunidad de cargarse la relación que tengo con mi padre. Nunca ha soportado que lo prefiera a él. Tampoco supera haber dejado de ser el centro de su atención. Nos unimos más el día que nos perdió a los dos, y esta era una oportunidad única que se le presentaba para sacar tajada. Separarnos y hacerse la buena. Pero le ha salido mal. Pienso contarle todas sus mentiras.

—A lo mejor debí decírtelo el primer día.

—Pues sí, pero has sido otra marioneta más en sus manos.

—Vaya, gracias por el concepto que tienes de mí —responde, algo molesto.

—Es que, ¡joder, Iván! ¿En serio nunca te advertí sobre ella? Solo siente amor por sí misma. Jamás mueve ficha si no es pensando en qué sacará de ello. Se ha pasado los últimos años rebozándole a mi padre por las narices que es más joven y que cualquier hombre caerá rendido a sus pies. No quiero imaginar el suplicio al verle rehacer su vida con esa mujer, les habrá hecho la vida imposible. Lo del jardinero seguro que no fue pura coincidencia.

—¿Y qué querías que hiciera, Rebeca? ¿Que actuara por mi cuenta? ¿No puedes ponerte por un momento en mi pellejo? ¿Crees que para mí fue fácil la situación? ¿Merezco que lo pagues ahora todo conmigo? ¡Ni siquiera te pedí que vinieras! —No sé si lo dice enfadado o dolido.

—Tienes razón. Perdona —me disculpo—. No es justo que lo pague contigo. Ojalá pudiera dar dos palmadas y despertar de este sueño. Ojalá no hubiera venido a Madrid. Ojalá...

Me quedo callada.

—Ojalá no nos hubiéramos conocido, ¿verdad?

—Lo siento. —Me presiono la frente—. He hablado sin pensar.

—Da igual. A estas alturas de la película, yo también lo habría preferido.

Salimos del parque sin pronunciar una sola palabra más. Seguimos en silencio cuando ocupamos dos asientos en un vagón del metro. Veo su reflejo en el cristal de la ventanilla de enfrente, se han cruzado nuestras miradas y separado a la vez. Me arrepiento de mis palabras. No se merece pagar por mi frustración. Ya me advirtió el neurólogo sobre mis altibajos emocionales, frustraciones y cambios de humor. No se ha equivocado. Aunque creo que esto nada tiene que ver con el traumatismo.

¿Por qué dejé de quererle? ¿Qué nos pasó?

Vuelvo a mirar nuestros reflejos en la ventana, pero solo encuentro el mío, él se ha levantado para cederle el asiento a una madre que llevaba a su hijo colgado de uno de esos arneses para bebés y ahora lo ha sentado en sus rodillas. Él se ha situado a mi lado, de pie, apoyado en la puerta de salida que tengo a mi derecha, la que da a la parte de la vía que no se abre en las estaciones. Mira hacia cualquier parte para no cruzar su mirada con la mía.

Me viene a la mente un recuerdo confuso, creo que es el tipo de mi sueño, se encuentra situado detrás de mí y nos miramos frente al reflejo del cristal que tengo enfrente justo en este momento. Lucho por retener la imagen en mi cabeza.

—¡Rebeca! ¡Es nuestra parada!

Salgo de mis ensoñaciones y corro hacia la salida, justo antes de que se cierren las puertas.

—¿Qué te pasaba? —se interesa—. Estabas como ida.

—Nada, solo estaba... pensando en mis cosas. ¿Te importa si no te acompaño a casa? Me apetece ir de compras —le digo, cuando ya estamos casi en la salida a la calle. En realidad quiero llamar a mi padre y llevar a cabo mi investigación particular.

—Entonces, voy a aprovechar para hacer unas gestiones también. Que te vaya bien.

Nos despedimos con un gesto de la mano. Me pregunto cómo serían antes nuestras despedidas. ¿Seríamos cariñosos? Él no parece de esos, sino más bien frío.

No sé hacia dónde dirigirme. Deberían sacar una aplicación en el móvil para localizar teléfonos públicos. Claro que, por otro lado, ¿quién iba a querer localizar un teléfono público si ya tiene uno en la palma de su mano? Alguien que necesita mentir a su padre, claro.

Entro en una cafetería y decido preguntar a un camarero.

—Perdone, ¿sabe dónde puedo encontrar un teléfono público?

—Pues... ahora que lo dice, no caigo. Yo creo que ya no hay, ¿no?

—Sí —dice un señor acodado en la barra—. Ahí más abajo, pasado el quiosco de prensa, hay uno.

—Gracias, muy amable.

Por fin. Tengo que ensayar muy bien cómo decirlo: «Papá, me han robado el bolso». No, se va a asustar y en su estado no es bueno. «Papá, me he dejado el móvil en casa y tengo una reunión con un cliente. Necesito el teléfono de mi oficina para que se pongan en contacto con él». Aunque no tener batería es más habitual, pero tampoco me impide reunirme con el cliente.

—¡Hola, papá, soy yo! Te llamo desde una cabina porque me he quedado sin batería. Es que... verás, resulta que llego tarde a una reunión con un cliente y necesito hablar con mi oficina para que le avisen. Menos mal que tu número lo sé de memoria. No sabía a quién recurrir.

—¿Tu oficina?

—Sí, la de aquí, donde trabajo.

—Pues, yo es que no lo tengo, hija. ¿Iván no puede dártelo?

—Es que no sé su número de memoria. Como le doy siempre al botón de llamada...

—¡Vaya por Dios! Los cacharros estos nos van a volver tontos.

—¡Ya ves!

—Pues espera, voy a mirar en mi agenda. Pero yo creo que no tengo el teléfono de él tampoco.

«Pero el de él no me sirve, papá».

—En la web de mi oficina habrá un contacto, pásamelo y acabamos antes, ¿no?

—Voy a mirártelo.

—¿Todo bien? —le pregunto, aunque en el fondo me encantaría poder sacar el tema, contarle lo ocurrido y disculparme por todo lo que haya pasado entre nosotros. Pero no quiero que se sienta mal por lo mío, igual que me ocurre a mí por no haber estado a su lado con lo suyo.

—Sí, lo estoy buscando. Es que va un poco lento esto hoy.

—No, me refiero a ti, papá. ¿Estás bien?

—Claro. ¿Por qué no iba a estarlo, hija? ¿Y tú?

—Bien. Deseando resolver las cosas aquí y marcharme.

—Bueno... Si te lo has pensado bien. El caso es que sea lo que tú quieras realmente. Como bien dijiste en su día: no dejes que un simple negocio te ate.

—Sí, pero no te preocupes por eso. Lo tengo todo muy decidido. Mi sitio está allí.

—¿Tienes para apuntar el número?

Tomo nota en mi agenda del número que me está dando.

—Gracias, papá, me has salvado la vida.

—Nada, para eso estamos.

En cuanto cuelgo, meto en Google el teléfono que me ha dado. Corresponde a un hotel. Ahora sí que no entiendo nada.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- No he sido capaz de retener su cara, pero estoy segura de que lo encontraría a la primera en una rueda de reconocimiento.
- He recuperado mi paraguas y mis últimos minutos antes del accidente.
- La mujer estirada del ascensor me suena mucho. (Indagar).
- He ido a hablar con Encarna y me ha sorprendido bastante encontrarme con Iván allí. Sobre todo porque se ha sentido incómodo al verme.
- Él apenas ha abierto la boca cuando le he preguntado a Encarna sobre sus conversaciones con mi madre y sus tejemanejes.
- No hay más secretos entre ellas. Me lo ha confirmado muy seria. Lo que sí me ha dicho es que la ha llamado tras intentar ponerse en contacto conmigo y no cogerle el teléfono. Era para decirme que ha roto con el jardinero y que va a centrarse solo en recuperar nuestra relación (lleva años prometiendo lo mismo, se le pasará cuando se le cruce otro).

Cosas que he descubierto:

- Mi padre sufrió una angina de pecho al día siguiente de mi accidente. He quedado como la peor hija de la tierra, aunque no sepa que lo sé.
- Se suponía que iba a trabajar en un hotel cuando vine a Madrid. (Ahora entiendo que mi padre se sorprendiera cuando le pedí el teléfono de mi oficina y que había quedado con un cliente. Qué coño habrá pensado...)

Capítulo 20

—Al final, me ha tocado pagar a mí el pato. Debimos contarle la verdad desde el principio. Las mentiras solo traen más mentiras y sufrimiento.

—Pero dadas las circunstancias, era lo mejor. ¿De qué le habría servido a él saber que su hija estaba hospitalizada mientras estuvo ingresado también?

—¿Y después?

—Lo habría pagado con su exmujer por ocultárselo, y esa familia ya ha tenido lo suyo. Dice que ahora se llevan mejor entre ellos, y eso beneficiará a Rebeca. Terminará recuperando a su madre.

—Eso no lo veo tan claro.

—Bueno, la mujer ya ha pagado por lo que hizo. Cometió un error. ¿Y qué? Que levante la mano quien esté libre de pecado. Además, tampoco era justo para Rebeca despertarse y encontrarse, encima, con que su padre había estado enfermo. ¿Por qué leches se lo has contado?

—Merece tener toda la información posible.

—Y si eso es lo que piensas, ¿por qué no le cuentas todo lo demás?

—Lo haré. Cuando llegue el momento.

El sonido del timbre les saca de su conversación. Ella le mira extrañada.

—¿Puedes abrir tú? No espero a nadie. Serán los pesados de los teléfonos o de la luz. Diles que no me interesa cambiar nada, sea lo que sea.

—Hola, ¿qué haces aquí?

—Lo mismo que tú, ¿no? —responde él con una tímida sonrisa.

—¿Quién es, niño?

—Soy Rebeca —dice por el pasillo—. Venía a verte.

—Anda, pues ya podríais haber venido juntos después de la comida. Acabamos de tomarnos el café y todo. ¿Quieres uno?

—No, gracias. Ya es muy tarde. Me quitaría el sueño. Solo pasaba por aquí y se me ocurrió subir.

—Pues lo mismito que ha dicho él. No sabía que mi casa os pillara tan de paso —afirma la anciana mostrando una sonrisa cómplice.

—Me he enterado de que te vas a vivir con tu hijo.

—Bueno, con mi nuera más bien. Él no está muy de acuerdo, dice que nos aliamos en su contra.

—Y razón no le falta, ¿no?

—¡Que se aguante! Bastante guerra me dio de crío. También de joven fue un bala perdida. Las noches sin dormir que me he pegado, para mí se quedan. Y de paso, a ver si enderezamos entre todos a esa cría, que ha salido a su puñetero padre.

—¡Vaya, Encarna, quién te ha visto y quién te ve! Cuando nos conocimos, solo te faltó hacerme la cruz por atreverme a opinar.

—Bueno, niña, ya sabes que en todas las casas cuecen habas. Supongo que vienes por eso, ¿no?

—Pues sí. Me gustaría saber si hay algo más que me hayáis ocultado por protegerme. Y sería un buen momento ahora que estáis los dos delante.

Capítulo 21

Rebeca

Madrid, 25 de noviembre

He decidido tomarme las cosas con calma a partir de ahora. Soy consciente de que no puedo resolver nada desde aquí y de que debo afrontar mi situación de la forma más beneficiosa para todos. También tengo que respetar la decisión que tomaron por nosotros, la de mantenernos al margen de nuestras circunstancias, a mi padre y a mí, por el bien de ambos. Fue una cagada, ya lo hablé con ellos en la casa de Encarna, pero lo acordaron con la mejor intención desde su criterio.

Sin embargo, en la vuelta a casa, volvimos a discutir:

—No te has comprado nada.

Lo miré extrañada y enseguida caí en que le había dicho, cuando nos separamos por la tarde, que me apetecía ir de compras.

—Ya... No era mi día.

—Siento mucho lo de tu padre, de verdad. Fue con buena intención.

—A Encarna se lo perdono porque acabo de conocerla y es una mujer mayor que no entiende que una hija pueda estar indefinidamente enfadada con su madre. La sangre es la sangre, ya la has oído, aunque fuera mi propia madre la que se pasara ese mismo lema por el forro en su día. Pero a ti me cuesta perdonártelo, Iván. Se supone que eres mi pareja, que sabes lo importante que es mi padre para mí y que encima lo traicioné por ti. Le dejé solo con un marrón de tres pares de narices. ¿Quién me garantiza que aquello que le pasó no fue a raíz de mi huida? Tal vez se sintió sobrepasado por la carga del negocio.

—Tampoco te echas la culpa de todo, Rebeca. ¿No te dijo tu padre que fue Hugo quien os dejó tirados en el último momento o algo parecido?

Intento hacer memoria, pero no me suena que dijera eso.

—¿Te conté algo sobre esto antes del accidente?

—Pues... no lo sé con exactitud... —Se tomó su tiempo para darle vueltas al asunto mientras caminábamos por la avenida donde se encuentra su portal—. La última vez que tuvimos contacto fue a dos semanas de venir. Yo me iba de viaje a Múnich y nos enviamos un par de wasaps de despedida.

—¿Ves que sí somos de escribirnos? ¿Por qué dijiste que no?

—Me refería a conversaciones largas. Los típicos *buenos días* y cosas así, sí.

—¿Y qué pasó?

—Me dijiste algo así como que el niñato ya la estaba liando parda y que me contarías a la vuelta.

—¿Y no hablamos por teléfono durante tu estancia en Múnich?

—Poco... estábamos muy liados. Tú, imagino que con los preparativos del viaje que no mencionaste; y yo, de reuniones hasta arriba.

—Joder, qué lío tengo en mi cabeza. Ojalá hubiera sido de esas personas que lo anota todo en

una agenda a boli, como ahora.

—Habría sido fantástico, sí.

—He estado haciendo una especie de diario del olvido, recabando información de aquí y de allá. Pero no he conseguido nada relevante. Aunque sí he averiguado dónde iba a trabajar a mi llegada.

Me miró y paró de caminar, esperando mi respuesta.

—En un hotel de la calle Serrano.

—No tenía ni idea.

—Pues ya somos dos.

—¿Y en qué consistía el trabajo?

—No lo sé. Pero pienso averiguarlo.

—¿Qué te parece si firmamos una tregua? —propuso, antes de seguir andando—. La número... tres o cuatro.

—Estaría bien —respondí.

—No tenemos más remedio que esperar juntos el desenlace de todo esto, y me gustaría que fuera de la mejor manera posible. —Me puso delante la mano para estrecharla—. ¿Amigos?

—Amigos.

Al llegar a casa llamé a mi padre mientras Iván preparaba la cena. Estaba un poco nerviosa porque me daba miedo meter la pata, y lo cierto es que procuré hablar poco y escuchar más. Le pregunté por Erika. Suerte que la conocía de antes del hueco de mi memoria y pude salir airosa de la conversación. Del que no tengo referencias es de su hijo, tal vez lo conocí después. Pero más o menos me puso al día de los hechos. Al parecer, la sede en Madrid de la compañía para la que trabaja Hugo tiene previsto cerrar a finales de año y su plan es trasladarse con su novia a Frankfurt después de la boda, ese es su lugar de origen. También descubrí que forma parte del proyecto, económicamente me refiero, pero no logré sonsacarle en qué condiciones porque me habría delatado. Tengo que averiguarlo a través de Inés que, por lo que estoy comprobando, me va dando la información a cuentagotas. Así que va a ser cierta la teoría de Iván: el tal Hugo lo dejó tirado en el último momento, igual que yo.

También me contó que Erika ha seguido insistiéndole a su hijo para que se haga cargo de la gestión, desea que se establezcan allí y no en Frankfurt, cosa que parecían tener clara desde un primer momento, tanto él como la novia. Pero no saben por qué razón, cambió de opinión de la noche a la mañana y ha sido imposible convencerlo. Supongo que de ahí nació la discusión mía con mi padre, perderíamos los nervios. Aunque en el fondo me alegro de que ese tal Hugo se echara atrás en el último momento. De haber aceptado, ahora no podría dar marcha atrás yo, y seguro que no tendrá ninguna objeción en venderme su parte. También me alegra saber que al menos algo en mi vida está saliendo de un modo favorable.

La conversación entre mi padre y yo terminó de forma cariñosa, y me quedó la sensación de que todo volverá a ser como antes.

Hoy es mi último día libre, mañana empiezo a trabajar en Inmosure, que es como se llama aquí la filial de mi antiguo trabajo. Mientras tanto, voy a seguir indagando en mi pasado para resolver este enigma. Tal vez haya alguien que me importa y a quien le importo, y que no sabe qué ha sido

de mi paradero. Aunque Inés insiste en que, si así fuera, habría tratado de localizarme de algún modo. No he cambiado mi teléfono ni mis redes sociales. Tal vez tenga razón y deba descartarlo, al fin y al cabo, ahora mismo no lo echo de menos tampoco. Ya no tengo esa sensación anhelante del principio, que me angustiaba y me hacía sentir impotente. Ahora siento más curiosidad que otra cosa, y añoranza. Pero esa añoranza es conocida y la tengo controlada, porque sé perfectamente que se aplacará en cuanto me den el alta y regrese a casa.

—Me pillas con el plato en la mesa.

He llamado a Inés para que no se me olvide preguntarle algunas cosas de mi conversación de anoche con mi padre.

—Lo siento, ¿me llamas cuando termines?

—No, venga, dime. Si no, voy a estar todo el rato con el comecome de tu llamada.

—Háblame de Hugo.

—¿Qué quieres saber?

—¿Por qué decidió no formar parte del Bahía en el último momento? Y lo más importante: ¿lo montó con nosotros?

—Sé que compró una parte, lo que no sé es si fue después o de primeras.

—¿Y por qué decidió no gestionarlo?

—No lo sé. Cambió de opinión y dio marcha atrás.

—Pero alguna razón daría, ¿no?

—Tal vez esa información la tenga tu padre, ¿no? Ah, claro, no puedes preguntárselo.

—Sí, lo he hecho. Pero no tiene ni idea tampoco. ¿Cómo podría localizarlo? No tengo su número en mi agenda de contactos, debió caer en la restauración de mi teléfono.

—¿Para qué lo quieres?

—Se me acaba de ocurrir algo. Dijiste que era muy guapo, ¿verdad?

—Sí, lo es. Me estás preocupando, Rebe. No se te estará yendo la pinza, ¿no?

—¿Cómo ves la posibilidad de que yo me liara con Hugo?

—¿Piensas que es tu amante secreto?

—Me encajarían algunas cosas, desde luego, por no decir todas.

—Como cuáles.

—Que estuviera interesado en hacerse cargo de la gestión del Bahía y, de repente, cuando se enteró de que me marchaba a Madrid con mi novio, lo rechazó para que no me fuera.

—No tiene sentido.

—¿Por qué?

—Porque lo de delegar tu gestión en él era precisamente por irte. Eso ya lo sabía desde el principio cuando lo aceptó.

—¿Y si nos liamos después? Durante los trámites, por ejemplo. Nos enamoramos y todo cambió. ¡Y por eso decidí volver nada más llegar, claro! —Me voy animando enseguida con la idea, y el corazón me va a mil solo de pensarlo—. Encaja, ¿no? Dice mi padre que su sede, donde trabaja, está aquí en Madrid. Tal vez no vine por Iván sino por Hugo.

—¿En serio crees que estás pillada por Hugo?

—Estoy convencidísima. Además, en mis sueños lo he visualizado en el Bahía. Incluso antes de haber visto ninguna foto de ese lugar. Y si lo he visto allí, tan nítidamente, es porque ese instante existe. ¿Y quién podría ser si no es Hugo? Quizás por eso no lo confesé, ni siquiera a ti. ¡Por mi padre y porque tiene novia! ¿Es que no lo ves? Mi padre me habló ayer de su boda.

—¿Y por qué te diste la vuelta entonces? No cuadra. Si lo tenías a él allí también...

—Porque me arrepentí en el último momento de dejar colgado a mi padre.

—¿Y no habría tenido más sentido vuestro idilio aquí, en Ibiza, sin dejarlo colgado desde el principio?

—O quizás solo hui a Madrid para no estropear su futuro matrimonio. ¡Joder, tiene sentido! ¡Pero no conseguí superar ni tres horas lejos de él y me di la vuelta!

—Me dejas a cuadros con tu teoría. —Noto algo raro en su voz.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—No sé, Rebeca, me parece demasiado enrevesado todo esto. Debes volver a la realidad cuanto antes. Creo que la amnesia te está volviendo... paranoica y al final vas a cargarte lo vuestro. Lo de verdad. Lo que tenéis Iván y tú.

—Lo nuestro está muerto. Tú no lo ves porque no estás aquí. Y por cierto —acabo de acordarme de una cosa de mi conversación de anoche—, me dijo mi padre que se alegraba de que hubiéramos resuelto lo nuestro, lo tuyo y mío. ¿Qué nos pasó, Inés?

—Ya te dije que nada, solo una discusión sin importancia.

—Pero me ha dado a entender que llevábamos un tiempo sin hablarnos.

—Ya me conoces... Mi lado rencoroso, que a veces se activa.

—Pero ¿qué te hice exactamente?

—¿Prometes no enfadarte?

—Me estás acojonando.

—Nos pillaste liados en una de las habitaciones del Bahía.

—¿A quiénes?

—A Hugo y a mí.

—¿Las dos nos hemos liado con el mismo hombre?

—Según tú, sí. Pero yo no tengo tan claro lo tuyo.

—¿Por qué?

—¡Joder, Rebeca! Porque tú estás completamente loca por Iván, aunque no lo sepas.

—Pues yo no lo creo así, Inés. Te juro que siento algo muy fuerte por Hugo. Y creo que hasta nuestro enfado casa con esa hipótesis. Nos enfadamos por él, ¿a que sí? Me sentí traicionada cuando os pillé infraganti y por eso me largué. ¡Claro, de ahí tu mensaje, el que yo te escribí! —lo expreso con gran entusiasmo por haber caído en ese detalle—. A lo mejor estaba arrepentida y quise hacer las paces contigo. Y también cuadra con la llamada que recibí cuando olvidé el paraguas... ¡Fue él! ¿No ves que todo encaja, Inés?

—Si fuera así, ¿no crees que te lo diría?

—Espero que sí.

—¡Pues claro que lo haría! —responde, y parece sincera.

—¿Y qué hay ahora mismo entre Hugo y tú?

—Nada. Absolutamente nada. Solo fueron un par de polvos. Se casa en primavera, como bien has dicho.

—¿Y por qué tengo la sensación de que estás molesta conmigo?

—No. Molesta, no. Pero me parece absurdo que salgas con esto ahora, Rebe.

—¿Podrías conseguirme su contacto?

—Podría. Pero no voy a hacerlo.

—¿Por qué? Si no hay nada entre vosotros, ¿qué más te da? —le pido, sin entender su reacción—. Yo te ayudaría, si estuvieras en mi situación.

—Esa idea que tienes metida en la cabeza no tiene ningún sentido. Y me niego a que te

expongas y hagas el ridículo.

—¿El ridículo por qué? Tampoco le voy a llamar preguntándole si nos hemos acostado.

—Créeme, eso es imposible. —La noto cabreadísima—. Además, discutisteis delante de mí. Le llamaste de todo. Si no lo tienes en tu agenda de contactos, pregúntate a ti misma cuál es la razón. Si hasta rompiste su invitación de boda en su cara. Amenazaste con contarle a su novia lo nuestro. Y sí, eso fue lo que inició nuestro distanciamiento.

—Pero ¿fueron dos polvos o salías con él? Creo que no me estás dando toda la información.

—Mira, llegados a este punto, de perdidos al río. —Noto que da un suspiro sonoro a través de la línea—. Digamos que... mi embarazo fue lo que le hizo salir despavorido de Ibiza, y me culpaste de haber jodido tus planes. Te llamé egoísta de mierda. Tú a mí de todo menos bonita, y el resto ya lo sabes. Así que no creo que Hugo sea tu amante. Y, además, voy a enviarte una foto suya ahora mismo por si te queda alguna duda.

Abro la aplicación de WhatsApp y veo un selfi de ellos dos, bastante acaramelados. Y no, no es él. Además lo reconozco enseguida. Sí que lo había visto antes, aunque posiblemente en fotos. No soy capaz de ponerle voz, como sí puedo hacer con su madre. Tampoco recuerdo haber estado frente a él ni lo imagino en movimiento.

—¿Y por qué no me dijiste esto antes?

—Joder, estaba tan feliz de encontrar al otro lado del teléfono a la Rebe de siempre. Te había echado tanto de menos, que me resultó imposible. Tenía miedo de que me odiaras.

—¿Me has ocultado más cosas?

—No. Solo eso. Bueno, y lo de la enfermedad de tu padre por petición expresa de tu madre.

—¿Tú también?

—Sí. Y lo siento. Pero me pareció coherente teniendo en cuenta tu estado. No se lo tomes en cuenta, en este caso ha obrado como madre y por tu bien.

—¿De verdad que no hay más secretos?

—Te lo prometo.

—Pues menudo capullo está hecho Hugo, ¿no?

—Sí. Lo es. Ya me lo advertiste. Igual que a mí me lo pareció Iván. Solo que tú sí tenías razón, y yo en tu caso me equivocaba.

—Sí. Iván es un gran tipo —afirmo.

—¿Empiezas a sentir algo por él?

—No de ese modo. Pero me cae bien. Es un buen amigo.

—Qué pena. Ojalá vuelvas a recuperar tus recuerdos y lo solucionéis. Aunque eso signifique que decidas quedarte allí.

—¿Y qué opina Erika de la huida de su hijo?

—¿Por lo mío?

—Sí, claro. Son sus nietas.

—Nadie lo sabe.

—Pues no me parece justo, Inés. Se merecen tener dos abuelas, ¿no?

—Lo prefiero así. Además, no quiero que él se involucre por obligación. Imagínate que luego se las quiere llevar a Frankfurt. ¡Paso! Con su novia esa francesa, pija y repelente.

—Bueno, ahí no me meto.

—¿Sabes? Ahora me siento genial por habértelo contado. Tenía una espinita clavada.

—Yo también me alegro. Además, ahora lo veo de un modo distinto al que me has contado de mi reacción: tu embarazo me ha salvado de mis locos planes de fuga a Madrid y puedo volver a

retomar lo que tenía. Y todo gracias a vuestros revolcones.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Hugo no es mi amante (y me alegra saberlo). Tal vez tenga razón Inés, y no exista amante alguno.
- Las gemelas de Inés son también de Hugo.
- Nos enfadamos por su culpa.
- Mi padre debió de cogerse un cabreo de cojones. Aún así seguí adelante con mi decisión de largarme.
(¿Tanto me importaba Iván?)

Capítulo 22

MENSAJES DE WHATSAPP DEL ARCHIVO DE REBECA:

Rebeca: ¡Adivina qué!

Iván: Finalmente has decidido que soy más importante que tu trabajo y estás haciendo las maletas.

Rebeca: Eso mismo pensaba que estabas haciendo tú.

Iván: Lo haría si pudiera. ¡Y lo sabes!

Rebeca: Yo también.

Iván: ¿Eso es todo? ¿Qué ibas a decirme?

Rebeca: He entrado en uno de los apartamentos con el de mantenimiento y he pillado a mi perverso hermanastro en la ducha con Inés.

Iván: ¡No jodas!

Rebeca: Te lo juro. Ha sido bochornoso.

Iván: Pero ¿estaban como imagino o solo estaban?

Rebeca: Joder que si estaban...

Iván: ¿Y no te has unido a ellos?

Rebeca: Sí, y con el fontanero también, ¡no te jode el otro!

Iván: Un cuarteto, no está nada mal.

Rebeca: ¡Qué idiota eres!

Iván: Y tú qué comedida.

Rebeca: Si quieres, para la próxima vez que vengas, nos reservo uno para los cuatro.

Iván: Eso, legalmente, ¿no sería medio incesto por vuestra parte?

Rebeca: ¿Ya te estás rajando?

Iván: No me tientes.

Capítulo 23

Rebeca

Madrid, 27 de noviembre

Esta mañana, desde mi nuevo trabajo, he llamado al hotel donde se suponía que iba a trabajar a mi llegada. Les he explicado mi problema y he aclarado primero que no tenía intención de recuperar el puesto. También me he disculpado por lo ocurrido y he pedido el favor de reunirme con la persona con la que contacté para el empleo. No sé exactamente qué quería conseguir, pero debía intentarlo. Me han pasado con un tal Smith. Parecía inglés, por su acento, y se dirigió a mí en su idioma. Ha dicho que siente lo ocurrido y que solo podía aclararme que el puesto aún no era mío, que solo tenía una entrevista con ellos y que, al no aparecer, me descartaron. La fecha de la reunión era una semana después del accidente. Así que nada más que rascar por ese lado. No creo que fuera esa la cita que me hizo abandonar el edificio del estudio de Iván con tanta urgencia. Cuando iba a preguntarle en qué consistía el empleo, ya se estaba despidiendo para colgarme un segundo después. Aunque tampoco podía solucionarme nada ese dato, era simple curiosidad.

Me he puesto al día enseguida en la oficina de Inmosure. El programa que usan es prácticamente el mismo, con alguna actualización, y lo sorprendente es que lo tengo bastante fresco. Pensaba que me iba a sentir más perdida. Es increíble cómo funciona nuestro cerebro; me ha borrado la información de veintidós meses de mi vida y, sin embargo, recuerdo hasta la clave de usuario que tenía en mi perfil de Inmosunny. Aunque aquí no me sirve para nada, claro. Bueno, si he de ser del todo sincera, tampoco tiene mucho mérito recordar: Rebeca1234. Es la misma que he puesto aquí, para qué iba a arriesgarme a un cortocircuito fortuito y que se me olvide también.

Aunque cada vez tengo menos miedo. Cuando tomo el metro, ya no pienso en la posibilidad de quedarme en blanco ni me asusta. Voy ganando confianza en mí misma. La orientación sigue siendo un problema para mí, así ha sido siempre. Soy de las que hace una foto al coche cuando lo deja en un parking muy concurrido, o del cartel de la calle para luego buscar por *Google Maps* a la vuelta. Y aun así, a veces he tenido problemas para encontrarlo. No sé cómo habría sobrevivido en el siglo veinte. También me pasa a la hora de guiarme cuando activo el GPS, donde dicen segunda salida en la siguiente glorieta, yo salgo por la que me parece. Necesitaría unas instrucciones más inmediatas del estilo: ¡Gira ya a la derecha, coño!

Recuerdo mis primeras semanas en Inmosunny, hasta que ubiqué los apartamentos en su sitio. Y no será porque no me conozco la isla de cabo a rabo, es que soy un desastre también con los nombres, ya sean de calles, de locales, de personas... Suerte que le caí en gracia al jefe y no me despidió, a pesar de que más de una vez la lie. Espero no cagarla aquí. Será muy distinto a lo que hacía allí, que me ocupaba de alojamientos de corta estancia y de su mantenimiento.

Tengo que enseñar dos pisos después de comer, y el que tengo a última hora es en un chalet de lujo a las afueras y no veo parada de metro a la vista. Cogeré un taxi. No les he dicho que no tengo coche. Cuando me lo preguntaron respondí que sí, obviamente.

Está lloviendo cuando regreso al metro tras enseñar la primera vivienda. Espero que pare

cuando tenga que desplazarme a la última. Pensaba que no iba a afectarme lo de coger un taxi con lluvia, pero según se va acercando la hora, voy notando un poco de acojone. Mucho.

Yo: ¿Estás en el trabajo?

Iván: Sí. ¿Por?

Yo: Tengo que ir a enseñar una casa, y no llega el metro hasta allí.

Iván: Puedo escaparme un momento y acercarte.

Yo: Tendría que ser un momentazo: ir, enseñarlo, que sean puntuales, que no sean unos pesados, y luego volver.

Iván: Veré qué puedo hacer.

Espero que no sean como los primeros. Se han traído una cámara de vídeo. Por lo visto, ella es una conocida *youtuber* y estaba haciendo un *videoblog*, o algo así, para sus seguidores. Iba a hacer una encuesta en su canal para que la ayuden a elegir entre todos los pisos que está visitando. Al menos se trata de un alquiler. Llega a ser una compra y la imagino con la cámara ante notario firmando.

Quedo con Iván en que me recogerá en casa y me llevará al último destino. Bien, porque sigue diluviando. He rezado por que lo cancelen los posibles compradores, pero no ha habido suerte.

Me ha enviado un mensaje diciendo que ya está en casa, que va a coger el coche y me recoge en la boca del metro. Me sorprende no verlo trajeado cuando me subo.

—Siento haberte metido en esto —le digo, mientras me abrocho el cinturón de seguridad—. Te prometo que ha sido porque llovía. Estaba dispuesta a coger un taxi.

—No te preocupes, no pasa nada. Lo entiendo.

—Es que estoy un poco nerviosa hoy.

—¿Por el trayecto o por el trabajo?

—No sé, por todo un poco quizás.

—Piensa en otra cosa.

—Pues cuéntame algo, no sé... ¿qué tal tu día?

—Aburrido. Varias reuniones con inversores por el nuevo proyecto y poco más. —Me pasa su teléfono con la aplicación de *Google Maps* abierta—. Anota ahí la dirección.

—Espero no quitarte mucho tiempo.

—No te preocupes, no tengo que volver. Soy todo tuyo.

—¡Genial! Porque a veces son muy informales los clientes.

Tras anotar la dirección de la vivienda, dejo el móvil acoplado en el soporte que ha puesto en el coche para tal fin. Miro por la ventana, algo empañada. No son ni las seis y ya ha anochecido completamente.

—El cinturón no se va a mover de su sitio. —Lo dice porque estoy agarrada a él con las dos manos. Lo suelto y las dejo sobre mis vaqueros, algo mojados a pesar de que llevaba mi paraguas—. Háblame de tu ciudad. ¿Qué hacías allí, aparte de trabajar? —me pregunta, supongo que lo hace para distraerme del tráfico—. ¿Eras de las que cierran las discotecas?

—¿Tú qué crees?

—No lo sé, por eso te lo pregunto.

—¿Y es la primera vez que lo preguntas o lo haces para comprobar si te doy la misma respuesta?

—Lo segundo.

Me río por su confirmación.

—Depende del plan. Pero sí, alguna vez lo he hecho. ¿Misma respuesta?

—Nunca te lo había preguntado.

—Tramposo...

—Háblame de tu vida allí. ¿Qué se puede hacer en tu ciudad? Que no sea solo salir de fiesta, claro, eso por descontado.

—¡Joder, un millón de cosas! ¿No te he llevado a mil sitios?

—Sí. Pero quiero que me cuentes qué hacías antes de conocerme: cuando estudiabas, cuando eras una cría... Anécdotas.

—Pues hacíamos mil planes, no sé... por ejemplo coger un ferry a Formentera y recorrerlos la isla en moto con unos amigos de allí. Bueno, algo más que amigos —me río al decirlo—. Bajar a Atlantis, que es una cala y uno de los lugares más fantásticos de la isla. Eso sí, la subida de vuelta es jodida, pero merece la pena. A veces ni siquiera hacíamos planes, allí puedes salir una mañana a desayunar, con las chanclas y el bañador debajo por si surge ir a la playa, y regresas a casa al día siguiente así sin más.

—¿En chanclas?

—¡Como lo oyes! —afirmo en tono divertido—. También íbamos a saltar las hogueras de la noche de San Juan... Y en bici por el paseo de Botafoch... Nos bañábamos en bolas en Punta Galera... —Me mira de reojo—. ¿Qué? ¿No me pega?

—No, la verdad.

—Jo, he debido de ser una petarda contigo.

—Tal vez un poco.

—¿No te he llevado de juerga nocturna?

—Jamás.

—Pues en más de una ocasión hemos llegado a colarnos en fiestas de villas de lujo donde no conocíamos al dueño ni a nadie.

—No te pega en absoluto.

—Pues sí, ¡te lo aseguro! Aunque también hacíamos planes más moñas como picnics para ver puestas de sol. Son increíbles, ¿verdad? ¿Has visto alguna desde la Torre del Pirata?

—No estoy seguro si desde allí.

—Seguro que te llevé a las de Las puertas del cielo, son las más famosas —le digo, intentando imaginar una—. ¿Y a hacer snorkel para ver las praderas de posidonia?

—No, y me habría encantado. Soy muy aficionado al buceo.

—¿Con bombona de oxígeno? Nunca he probado, que yo recuerde.

—Conmigo no, desde luego —me recrimina.

—Me asusta un poco, pero tengo el gusanillo de probar. —«En realidad me angustia solo pensar en lo de la bombona. Incluso aguantar la respiración me agobia. La muerte por ahogamiento o asfixia está en el puesto número uno de mi ranking de formas más horripilantes para morir»—. ¿Y el Mercado Medieval? Ahí tengo que haberte llevado a la fuerza.

—Sí, ahí sí. Se ve que las actividades interesantes como las playas en bolas y las fiestas

clandestinas solo las reservas para tus amigas.

—Seguro que a ti te he llevado a callejear el casco histórico y poco más. —Afirma con la cabeza—... mojitos playeros habremos tomado, ¿no?... ¡Dime que te he llevado a tomar bocatas de jamón en Can Costa! —Niega con la cabeza y se ríe—. ¿No? ¡Merezco que me odies!

—¿Y en invierno? ¿Cómo es la vida allí fuera de temporada?

—Pues... un descanso, para que nos vamos a engañar. De mayo a octubre tenemos muchísimo trabajo, vivir del turismo es lo que tiene. Aunque de jovencuela me gustaba más ese ambiente, claro. Es que no paraba por casa. Si estoy viva creo que es de milagro. Me subía en el coche o en la moto de cualquiera... ¿Te lo puedes creer?

—¿Qué peligro!

—Tuve una época muy hippie y muy *livin' la vida loca* como la canción de Ricky Martin.

—Tiene que ser bonito vivir en un sitio así, como en unas vacaciones interminables.

—¿Y por qué no lo hiciste? Quiero decir... ¿por qué tuve que ser yo quien decidiera venir aquí?

—¿En serio vamos a discutir otra vez sobre eso a estas alturas de la película? —me recrimina.

—Es que no lo entiendo, Iván —lo digo en tono amable, para no tensar la cuerda—. Y si era por tu trabajo, lo entiendo aún menos. Es que no te veo motivado ni feliz con lo que haces.

—¿Por qué piensas eso? El trabajo es trabajo, Rebeca. No es como tener un hobby o salir a cenar.

—Es una sensación que tengo. Estoy convencida de que yo era mucho más feliz en el Bahía, sin haberme visto allí ni siquiera, que tú en tu estudio —me quejo—. ¡Qué digo en el Bahía, y en Inmosunny también! Además de que me lo confirmaste en el parque el otro día.

Nos quedamos callados. Vamos muy despacio porque el tráfico es denso, no sé si por la hora que es o por la lluvia, que no da tregua.

—¿Sabes? —De nuevo soy yo quien rompe el silencio—. Me gustaría poder mirar por un agujero y vernos juntos. Saber cómo éramos el uno con el otro. A mí puedo imaginarme, pero me faltas tú. ¿Eras igual de comedido en tus muestras de cariño como lo eres con tu trabajo? ¿Me besabas sin venir a cuento, o era yo quien me acercaba a ti? ¿Caminábamos cogidos de la mano o cada uno por su cuenta a medio metro? Háblame de nosotros.

—No soy comedido ni frío ni nada de lo que piensas. Tal vez lo parezca por las circunstancias, pero no. Claro que te besaba por mi cuenta y nos cogíamos de la mano y todo lo que hace cualquier pareja. Era una relación normal, solo que nos veíamos poco.

—¿Has tenido otras relaciones?

—Claro. Muchas.

—Háblame de la última antes de mí.

—¿Qué quieres saber?

—¿Cómo os conocisteis?

—En la boda de un amigo. Ella era la mejor amiga de la novia. Muy típico, ¿verdad? —Sonríe al decirlo.

—Sí, muy de película estadounidense. ¿Y cuánto tiempo estuvisteis juntos?

—Cinco años y medio.

—¡Eso es mucho! ¿Qué os pasó?

—Se marchó. Se tuvo que marchar.

—Vaya, veo que lo tuyo son las relaciones a distancia. ¿Y no habéis vuelto a contactar?

—¿Estás segura de que has puesto bien la dirección?

—Sí, claro.

—Es que nos vamos a meter por un desvío extraño.

Observo la pantalla de su móvil con atención.

—¡Joder! Me pillas esto a mí al volante siguiendo las indicaciones... y creo que acabo en Toledo visitando a tu madre.

Los compradores han llegado puntuales. Son unos pijos de mucho cuidado. Claro que, viendo el panorama a nuestro alrededor, si al final deciden comprarlo, van a sentirse en su salsa en ese vecindario. El marido traía el último Macbook Pro salido al mercado, y no lo sé porque esté a la última en tecnología, sino porque lo ha mencionado su propietario nada más abrirlo y referirse ella a su juguetito para que lo sacara, poniendo los ojos en blanco para restarle importancia, y tratando de vendernos que ella es menos exquisita con la tecnología y se conforma con su Mac de sobremesa. Tras pasearse cinco veces y hacer el recorrido de las tres plantas, siete habitaciones, los cinco cuartos de baño, el salón o pista de baile, el de juegos con pantalla para proyección de cine y los impresionantes jardines con piscina, gimnasio y sauna, después de todo eso, han estado midiendo con un telémetro láser, y, mediante un programa de diseño de interiores iban a ubicar sus muebles virtualmente para hacerse una idea de cómo quedarían y también del espacio disponible. Cosa como esta no la he visto. Nos han tenido hasta las nueve de la noche en la puñetera casa, recalcando que son interioristas, por si la primera vez no nos había quedado suficientemente claro. «Como luego decidan que se les va del presupuesto, me encargaré personalmente de contratar a un sicario para que les rebane las piernas una a una».

A la vuelta, nos hemos reído un montón tras comentar la jugada cuando la mujer ha preguntado si un muro era de carga. «Menuda interiorista de pacotilla». Yo he mirado a Iván para pedirle su opinión, pero él ha negado con la cabeza y los ojos como un búho. Después, cuando nos hemos quedado solos: «¿Querías que supieran que soy arquitecto y nos tuvieran aquí hasta mañana? Con gente tan pesada conviene evitar más opciones. Me habrían preguntado mil ideas de reforma». Y lo cierto es que no le faltaba razón.

Se nos ha ocurrido cenar fuera, de camino a casa, en una taberna que hay a la vuelta de la esquina. No hemos parado de imitar a mis clientes; yo haciendo de ella, y él del marido. Le sale el tonillo pijo mucho mejor que a mí, lo exagera más. Cuando ha venido el camarero a tomarnos nota, ha seguido metido en el papel y ha pedido la comida de ese modo. El pobre hombre no sabía si yo me estaba riendo de mi acompañante o de la cara que ha puesto al anotar la comanda. Creo que estaba deseando irse para descojonarse también de nosotros.

—Son las mejores croquetas que he probado en mi vida.

—Es que en esta ciudad es donde se hacen las mejores. Y te lo dice un forofó de las croquetas que siempre las pide allá donde va.

—Seguro que mi Thermomix las clava.

—La verdad es que el cacharro ese del infierno hace cosas muy buenas.

—¿Verdad? Tienes que aprender a usarla. Te la dejaré aquí, yo tengo otra en casa.

—¿La casa es tuya o de tu padre?

—Mía. Él tiene la suya. Te quedabas allí conmigo, ¿no? —Se me hace tan raro pensar que ha estado allí—. No me digas que te dejaba por ahí tirado en un hotel.

—No, me quedaba contigo, claro. —Se ríe al decirlo.

—En realidad la heredé de mi abuela. Necesita una reforma, pero me da cosilla tocarla porque me trae muy buenos recuerdos de la infancia. ¿Te gusta?

—Sí, mucho.

—¿Qué le cambiarías? Y no me digas que el suelo de la cocina. Sé que esa baldosa hidráulica tiene un montón de imperfecciones, pero es mi intocable.

—No lo tocaría.

—Lo que sí estoy pensando cambiar es el de los baños, y ya de paso quitar las bañeras y poner solo plato de ducha, o bueno, dejar una de ellas y quitar el alicatado, o solo la parte de la cenefa, porque el blanco de los azulejos y su corte biselado me gusta...

Suelta una carcajada.

—Yo creo que no quieres cambiar nada, Rebeca.

—Lo sé. Siempre lo digo, pero nunca lo hago.

—Pues mira, eso que te ahorras.... En tiempo, dinero y enfado con los albañiles.

—Y a ti, ¿no te gustaría vivir en Toledo?

—Sí. Y si no fuera por el trabajo, creo que viviría allí.

—Nunca he estado en Toledo, ¿no?

—¿A mí me lo preguntas? —responde con una sonrisa.

—Bueno, es que de haber estado sería contigo, supongo.

—No tiene por qué. A Toledo hay que ir sí o sí. Es una ciudad preciosa, casi de cuento.

—Pues la visitaré algún día.

—¿Por qué no este fin de semana?

—¿Lo dices en serio?

—Claro. No necesitas permiso del médico para eso. Yo te llevo.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Hoy ha sido el mejor día desde que aterricé en Madrid.
- Nada más que añadir.

Capítulo 24

MENSAJES DE WHATSAPP DEL ARCHIVO DE REBECA:

Rebeca: ¿Por qué tengo la sensación de que estás poniendo excusas para no venir?

Iván: ¿Por qué tengo la sensación de que siempre soy yo el que va?

Rebeca: Los dos sabemos que tú tienes más tiempo libre.

Iván: Los dos sabemos que tú eres incapaz de desconectar y tomarte vacaciones.

Rebeca: Eso es injusto. Sabes de sobra que siempre hago lo imposible por sacar tiempo para nosotros. Pero acabamos de despegar. Es temporada alta, no puedo dejar solo a mi padre.

Iván: ¿Y aquello del gerente que ibais a contratar?

Rebeca: No es fácil encontrar a alguien de confianza.

Iván: Todas las empresas lo hacen. Solo hay que arriesgarse y confiar un poco en las personas. Debes asumir que nadie va a hacer tu trabajo exactamente como tú, pero eso no significa que vayan a hundir el barco.

Rebeca: ¿Me meto yo en tu trabajo? Pues haz lo mismo con el mío.

Capítulo 25

Rebeca

Madrid, 30 de noviembre

Hoy he tenido un sueño bastante revelador. Estaba en el mercadillo de Las Dalias y en un puesto estaba el hombre misterioso. Llevaba las gafas de sol colgadas del cuello de una camiseta blanca con un texto o dibujo, no lo recuerdo exactamente, y unos pantalones vaqueros muy desgastados. Me he concentrado en observarlo. Creo que incluso era consciente de que se trataba de un sueño. Se probaba unas pulseras de cuero. He conseguido acercarme a él y mirarle directamente a poca distancia, aunque él estaba entretenido con las pulseras y no me miraba. Le he preguntado quién era. Sonreía y me enseñaba su muñeca: «¿Crees que me pegaría llevar pulsera?». «Solo dime quién eres». «Soy yo, Rebe». «Pero ¿cómo te llamas?». «Ya lo sabes, boba». «No lo sé, he tenido un accidente». «Mira, ¿no buscabas un sombrero?». Y entonces el hombre del puesto ha bajado el sombrero que él ha tocado, para enseñármelo, y me he distraído mirándolo. He olvidado completamente la misión que tenía, como si ya no fuera consciente del sueño, perdiendo mi papel de espectadora para adoptar el de protagonista del sueño. Me he probado uno, después otro y los he descartado todos. Luego he extendido un pañuelo como de seda para mirarlo a la luz. Era rojo en su borde formando todo el cuadrante externo, de unos dos dedos de grosor, y a rayas en blanco y azul marino por el centro. Idéntico a uno que encontré entre las pertenencias de mi maleta.

Ahora lo tengo en las manos, y un escalofrío recorre mi cuerpo. Vale que los sueños, sueños son. Pero esto es sólido. Siento su tacto.

Yo: ¿Qué sabes de este pañuelo?

Le he enviado una foto por WhatsApp a Inés.

Inés: Es muy bonito. Pero no entiendo tu pregunta.

Yo: ¿Me lo habías visto puesto alguna vez? ¿Te dije cuándo y dónde lo había comprado?

Inés: Pues no tengo ni idea, chica. Tienes un montón de cosas. Como para acordarme de cuándo y dónde lo compras todo. ¿Por qué lo preguntas?

Yo: Porque mi amante es más de carne y hueso que nunca. Te llamo y te cuento, que si no voy a llegar tarde a trabajar.

—¿Sigue en pie lo de Toledo? —le pregunto a Iván durante el desayuno—. ¿Has hecho alguna reserva?

—¿Reserva? —pregunta algo extrañado—. Tengo casa allí.

—Pero ¿vamos a quedarnos con tu familia? —«No me apetece nada ese plan»—. ¿Conocía a tu madre y a tu tía?

—Me refiero a mi casa, no a la suya —corrige—. Y no, no os conocéis.

—Bien, me alegro. Así te has ahorrado contarles todo este lío.

—Pues sí, porque además se habría empeñado en venir. No la conoces. Nada que ver con Encarna, no le habría guardado el secreto a tu madre ni de coña. Enseguida se habría puesto en contacto con toda tu familia.

—Serán como el día y la noche, entonces.

—Sí. Es menos moderna —se ríe al decirlo—. Tiene otra mentalidad. Tampoco es que sea mayor físicamente, pero en su cabeza lo es bastante.

—La típica madre que me hubiera gustado que me tocara.

—No te creas... Era demasiado protectora. Tal vez por habernos criado ella sola. Desde luego con ella olvídate de ese *livin' la vida loca* de la canción que me contabas ayer.

—A la mía podías encontrártela perfectamente en un concierto en la playa. Vamos, que la invitan a más fiestas que a mí, con eso te lo digo todo.

—Bueno, no seas quejica. Gracias a eso has vivido una adolescencia más flexible que la mía. Seguro que fuiste más adelantada en todo.

—Sí. Seguro. Tienes pinta de haber sido tardío.

—Tampoco tanto, si te refieres a lo que estoy pensando.

—Seguro que sí —digo para picarlo.

Se me cae la tapa del azucarero y aterrizo en mi taza, me salpica la blusa de café.

—¡Mierda! Ahora voy a llegar tarde.

—Cámbiate, ya lo recojo yo.

—Pero vas fatal de tiempo, ¿no?

—Hoy no voy a la oficina por la mañana, tengo algo que hacer.

—Ya me parecía extraño que estuvieras con esas pintas.

—¿Qué pintas?

—No, si no es ninguna crítica. Estás muy guapo.

Corro para cambiarme. Me pregunto qué será eso que tiene que hacer. Nunca me cuenta nada. Sé que no tiene por qué hacerlo, pero yo siempre le doy explicaciones de todo lo que hago. Quizás tampoco debería hacerlo, no sé. Pero me nace así. Es cuestión de... ¿convivencia? Aunque nunca he convivido con nadie, sin contar a mis progenitores. Tampoco he tenido hermanos. No tengo ni idea de lo que es convivir, ¿me estaré extralimitando? ¿Debería ser más reservada con mis cosas? ¿Lo sería antes? Aunque a él no parece extrañarle mi comportamiento. Actúa con normalidad y mete baza, incluso. Si le pareciera una cotorra desmedida se lo notaría, supongo.

Hoy le he contado lo de mi sueño. No sé si le ha incomodado un poco, se mostraba esquivo y algo receloso. No sabría explicarlo con palabras, pero parecía inquieto y con ganas de cambiar de tema. Sí me ha confirmado que me había visto con ese mismo pañuelo, y que solía llevarlo en el cuello cuando llevaba el pelo más corto, por la barbilla. No recuerdo haber llevado tan corta mi melena.

—¿Quieres que te acerque? —se ofrece cuando vuelvo al salón.

—¿Te pilla bien?

—Sí, más o menos.

—¿Y no tardaré más?

—Quince minutos como mucho.

—¡Joder, llévame siempre! —le pido, entusiasmada.

El ascensor está ocupado y no acude a nuestra llamada, así que decidimos bajar las tres plantas andando. Espero que no haya dejado muy lejos el coche. Ah, no, ya me acuerdo, lo dejamos juntos, está en la puerta de la taberna. Ni un minuto tardamos en cogerlo.

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—Sí, claro —responde.

—¿Adónde tienes que ir?

—Tienes dos opciones: que no te lo diga o que me lo invente.

—¿Por qué?

—Ya lo hablamos en su día: acepto a una compañera de piso, no a una novia acosadora.

—Es que, si no me lo cuentas, me intriga demasiado.

—Pues es lo que hay.

—Pero ¿es algo turbio?

—Mucho —afirma, esbozando una sonrisa. Me gusta su sonrisa. No sonrío a menudo, quizás por eso me sorprende cuando asoma una, y me contagia enseguida.

—Venga, dame una pista.

Se ríe, pero no abre la boca. Solo ha sacado las llaves del coche y ha pulsado el botón para abrirlo.

—Pues que sepas que, a partir de ahora, yo tampoco voy a contarte nada de nada sobre nada.

—Estás en tu derecho.

—Vale. Pues tal vez llegues un día a casa y encuentres que he recogido mis cosas y he volado porque me habrán dado el alta y ni te enterarás.

—Y me alegraré mucho por ti.

—¿No te importará que no me despida?

—Si no quieres despedirte, lo respetaré.

—¡Eres imposible!

—Lo sé. Y por eso vas a largarte, ¿no?

Cuando llego a la oficina, me encuentro a la *youtuber* de ayer. Han elegido el piso que le enseñé y quiere grabar otro *videoblog* firmando el contrato. Me lo merezco por bocazas. No me han avisado de antemano porque buscaban mi reacción en directo. «¿Es que piensa que van a darme una medalla por su adquisición?».

Pues al parecer, sí. Mi nueva jefa está encantadísima con la publicidad gratuita que va a reportarnos la cría. Solo me falta que los pijos firmen lo suyo para coronarme como empleada del año en una sola tarde. «Hija, has caído de pie aquí», me dice una compañera, bajo la atenta mirada de otro compañero que lleva un bigotillo absurdo y al que sospecho que no le ha hecho mucha gracia mi llegada a la empresa. Se lo noté en la presentación tras firmar mi contrato. Aunque me resbala. Tiene una pinta de lameculos que tira para atrás.

Al menos estoy distraída de los tejemanejes que se traen Encarna y mi madre. Por lo visto, quiere venir a pasar unos días cuando termine su retiro espiritual. Si no me dan antes el alta, claro, y espero que lo hagan. Encarna, por otro lado, nos llamó ayer cuando estábamos cenando para contarnos que han llamado a la nieta para un casting en un programa de tronos. Juego de Tronos, le decía Iván, pensando que era de figurante para la serie. Pero cuando me la pasó y me explicó que la niña ahora estaba empeñadísima en operarse el pecho, que allí van todas muy *cañonas*, lo cogí al vuelo. Este trono es muy distinto al otro. No le queda nada a la abuela...

El domingo cumplo treinta años, y no puedo creerlo. En mi cabeza tengo veintiocho todavía. Mi madre cincuenta y uno, compartimos fecha de cumpleaños. Siempre lo celebrábamos juntas, hasta que pasó lo que pasó. Organizábamos una fiesta bastante concurrida en el hotel de unos amigos suyos. Para mis amigas era el evento del año. Según ellas, estaban la *opening party* de nuestra discoteca favorita, la fiesta de fin de año y mi cumple. A partir de mis veinticuatro años empecé a celebrarlo por mi cuenta y de un modo más discreto. Nunca les llegué a contar la razón, obviamente.

A la vuelta del trabajo decido tomar un autobús que, tras consultar su itinerario, he visto que pasa por una plaza muy cerquita de la dirección de Iván. Me apetece conocer un poco más la ciudad; y el metro, aunque es más rápido y sencillo ya para mí, me priva de las vistas. Ahora mismo me encuentro en la zona de Goya.

Hay mucha gente esperando, me temo que va a tocarme ir de pie. Pero al final no ha sido así, solo nos hemos subido tres, y la fila de atrás está vacía. Ocupo uno de los asientos que dan a la ventana. Hoy el día está nublado, pero no parece que vaya a llover. Observo a un crío rubio de unos seis o siete años que nos está apuntando con una especie de varita desde la parada, creo que en realidad es un palillo de comida oriental. El chico que tengo sentado delante está reaccionando al hechizo que nos ha lanzado y hace como que se desmaya. El pequeño sonrío contento de su hazaña y lo repite, incansable, le faltan los dos paletos de arriba.

Estamos clavados casi en el mismo sitio de la parada del autobús, solo hemos avanzado unos metros. Veo salir de El Corte Inglés a un individuo que me resulta familiar. Está hablando por teléfono y mira al suelo, ahora hacia nosotros, pero no sé si nos mira, solo su cara está situada frente a nuestra perspectiva, sus ojos parecen distraídos por la conversación que mantiene. Me pego al cristal y lo golpeo para llamar su atención. No puede ser. ¡Joder! ¡Creo que es él! Acaba de darse la vuelta y mete su teléfono en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Ha entrado de nuevo en el centro comercial. Presiono con fuerza el botón de parada, que ya estaba encendido.

—Disculpe, ¿puede parar por favor?

—No, lo siento. Solo puedo abrir las puertas en las paradas correspondientes.

—Ya, pero la parada está a veinte metros, casi no hemos avanzado nada.

—No nos está permitido abrir. Si se tropieza al bajar, se me caería el pelo. En la parada reglamentaria no.

—¡Necesito bajar! ¡Es una emergencia! No voy a caerme.

El semáforo se pone en verde y continúa la marcha.

—No veo la emergencia por ninguna parte —responde muy seco.

—¡Déjela bajar, hombre! —dice una señora—. ¿No ve que está muy pálida?

—Queda un minuto para la siguiente, que alguien le ceda su asiento si está mareada —es lo último que dice.

En realidad tiene razón, no hemos tardado apenas nada en llegar, solo ha girado a la derecha tras el semáforo y la parada estaba en la esquina de la primera calle que ha cogido a la izquierda. Me bajo a toda prisa y corro hacia el paso de peatones, por suerte lo he pillado en verde para mí. Tengo el corazón a punto de salirse por la boca. Estoy pensando en qué decirle cuando lo encuentre. Aunque tal vez no haga falta que le diga nada, si total, va a reconocerme él a mí en

cuanto me vea. Ya me saldrá qué contarle. Bueno, empezaré por lo ocurrido, que no me he podido poner en contacto con él porque no recuerdo nada. ¡Mierda! Creo que por aquí no es.

—Perdone, ¿me puede indicar para ir a El Corte Inglés?

—Sí, vas justo al contrario. Baja por aquí y al final de la calle gira a la izquierda. Llegas a una especie de plazuela y ahí tienes una de las entradas.

—Gracias.

Llego con la lengua fuera. Me sobra todo lo que llevo. Me desenrollo la bufanda del cuello y meto los guantes en mi bolso. También me deshago del abrigo. «Y ahora, ¿por dónde narices voy?».

Busco la planta de hombre, mirando frenéticamente a todo ser viviente que encuentre a mi paso. No hay muchos hombres de pelo rubio, así que no será complicado. Barajo la posibilidad de preguntar a las dependientas, y antes de decidirlo ya lo estoy haciendo.

—Perdone, estoy buscando a un hombre alto, rubio, con ojos azules, muy guapo... —No sé por qué he ofrecido este dato, son los nervios—. Lleva unos vaqueros azul clásico y un jersey negro de cuello alto. —Me está mirando como si yo fuera un bicho raro—. Es... mi marido. Nos hemos despistado por la tienda y no lleva el móvil encima.

—Pues diríjase al servicio de Atención al Cliente y que lo llamen por megafonía —me dice, un poco seca, y enseguida se aleja con las prendas que lleva en la mano.

«Sí, claro, como si supiera su nombre».

Estoy algo así como una hora dando vueltas por el edificio, pero ni rastro. ¡Joder!, y todo por culpa del maldito conductor. Le hubiera encontrado seguro, si me hubiese dejado bajar cuando se lo pedí.

Decido coger el metro. Ya se me han quitado las ganas de ver la ciudad. Maldita sea mi suerte.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- El hombre misterioso existe en carne y hueso.
- Los vaqueros le sientan mejor a Iván, el hombre misterioso no tiene culo.
- ¿Vivirá cerca?
- Cambiar el metro por el bus a partir del lunes.
- Mañana nos vamos a Toledo. Me hace ilusión el viaje.
- No le he contado a Iván que he visto a EHM. Después de su reacción de esta mañana por lo del pañuelo, creo que es mejor que empiece a guardarme cosas.
- Además, ya me había propuesto hacerlo, no contarle nada, él lo hace conmigo.
- A lo mejor tenía una cita y por eso no me lo ha contado.
- ¿Una cita por la mañana? Tendría más sentido por la tarde.
- ¿Sabrá algo de eso Encarna? (Intentar sonsacárselo).
- Creo que el accidente me ha vuelto cotilla.
- ¿Debería hacer caso a Inés y pedir cita con un psicólogo? Pero no veo que lo necesite. No me noto depresiva, solo confusa. Pero, joder, habría que ver a cualquiera en mi situación... que te quiten de la noche a la mañana tus recuerdos.

«¿Y yo por qué estoy escribiendo todo este rollo? Voy a necesitar otro cuaderno como siga a este ritmo».

- Estoy dándole vueltas al asunto de EHM y me ha venido la siguiente duda: ¿Por qué no ha contactado conmigo? A lo mejor rompimos y por eso quise volver, cabe esa posibilidad. Para él soy una ex que se esfumó de su vida y por eso no ha dado señales de vida. Tal vez no le pareció bien que me presentara así, de sopetón, si llevábamos tan poco tiempo juntos. ¿Qué clase de chiflada deja toda su vida atrás por un tipo que acaba de conocer? Seguro que se acojonó en cuanto aterricé. Y cuadraría el mensaje que le dejé a Inés. Aunque ella asegura que no sabe nada sobre él, para ella solo existe Iván, y en el mensaje que le escribí antes del accidente daba a entender que ella no se sorprendería de lo que me había pasado.

- Se me acaba de ocurrir otra teoría sobre EHM: ¿Y si realmente no lo he visto? Me refiero a que sí lo he visto, pero quizás estaba proyectado en mi mente y no en la acera, como el día del reflejo en el metro con Iván. Porque sería mucha casualidad haber soñado con él en el mercadillo, encontrar el pañuelo entre mis cosas y justo verlo en persona, todo el mismo día. Esas cosas no pasan en la vida real. Es muy de película hollywoodiense. Tenía que haberle preguntado al chaval que se hizo el desmayado con el niño mago, él podría haberme confirmado si realmente estaba allí presente o si estoy trastornada como empiezo a pensar que voy a terminar.

Capítulo 26

- Hacia mucho que no nos veíamos, ¿va todo bien?
- Sí. Por una parte sí.
- ¿De qué parte quieres hablar primero?
- Voy a deshacerme de sus cosas.
- Ese es un gran paso. ¿Estás convencido del todo?
- Sí. Completamente.
- ¿Te ayudó lo que hablamos la última vez?
- Más o menos.
- ¿Y la chica?
- Ella es el problema ahora.

Capítulo 27

Rebeca

Toledo, 1 de diciembre

No hemos madrugado mucho. Al fin y al cabo, es un viaje de placer y está cerquita. Dejé anoche preparada mi maleta, aunque llevo cuatro cosas: el pijama y poco más.

Nos hemos reído mucho en el desayuno. Los pijos me han llamado para pedirme que les enseñe la casa de nuevo ¡hoy!, que ni siquiera estamos abiertos. «Es que justo tenemos el día libre, ¿sabes?, y, como hace un día completamente espléndido, sería ideal ver el *skyline* desde el mirador del dormitorio en suite... Sabes lo que te digo, ¿no?». He respondido que el lunes llamen a mi oficina y quedamos, que me voy de viaje. «No puede ser, ¡me matas! Estamos *on fire* con la casa. Tienes que cancelarlo como sea. Vamos ya de camino. ¿Me pasas el teléfono de tu jefe y lo hablamos?». He tenido que fingir que se me iba la cobertura, como antiguamente, y los he colgado.

—Si bloqueo a los pijos, ¿les aparece a ellos una notificación o simplemente sale lo de no disponible o fuera de cobertura? —le pregunto, cuando nos subimos al coche.

—Ni idea. Pero puedes conectar el *No molestar* y restringir las llamadas con acceso solo a los favoritos de tu agenda.

Decido pasarle mi móvil para que opere directamente.

—Todo tuyo. Me pongo en tus manos. Deja solo acceso a mi padre y a Inés.

—¿Y a mí?

—¡Pero si vamos a estar juntos! —afirmo, riendo, aunque enseguida lo pienso mejor y cambio de opinión—. Bueno, sí, no vaya a despistarme y me pierda por ahí sola.

—La restricción es solo de entrada, tú puedes ponerte en contacto con quien quieras —me informa.

—Bueno, si quieres estar bloqueado para mí, allá tú.

—No conozco persona más variable que tú.

—¿En serio es así como me ves? —Me devuelve mi teléfono y arranca el coche—. ¿Antes también?

—¿Por qué piensas todo el tiempo que en la etapa que has olvidado eras diferente?

—¿No lo era?

—Supongo que mi pregunta te sirve de respuesta.

—¿Tú crees que debería ir a un psicólogo?

—No lo sé. ¿Lo necesitas?

—Es que no sé qué debe sentirse cuando necesitas uno.

—Imagino que angustia, miedo, vacío... cosas así.

—¿Y si creyera que tengo visiones?

Me mira intrigado, quitando por unos segundos la atención de la carretera.

—Es un suponer —añado enseguida.

—Para eso yo creo que mejor un psiquiatra.

Se ríe a carcajadas.
Me contagia.
—¿Conoces alguno?
—Pero ¿lo dices en serio?
—Creo que sí.
—Pues tengo una teoría para eso —añade—: Si realmente crees que lo necesitas, es porque no lo necesitas.
—Me gusta tu teoría.
—Además, ya no te agarras al cinturón del coche como si fueran a robártelo.
—Y ayer me lancé a la aventura y cogí un autobús.
—¿Y eso?
—Para ver la ciudad al aire libre. Pero me salió rana. —«¡Joder! Ya me vale».
—Cogiste el que no era, ¿verdad?
—¡Exacto! —decido afirmar, no quiero contarle que vi al hombre misterioso—. Por cierto, ¿qué tal te fue en ese sitio secreto? —le pregunto, para cambiar de tema.
—Bien, muy bien.
—¿Había gente?
—Sí, más que otras veces.
—¿Y qué hacía la gente?
—Esperar su turno, como yo.
—¿Sentados o de pie? —No le quita ojo a la carretera, pero sonrío con cada pregunta.
—De todo un poco.
—¿Qué venden en ese sitio?
—En realidad, nada.
—¿Se puede ingresar y sacar dinero?
—Me temo que no.
—¿Van uniformados?
—Tampoco.
—¡Ya lo tengo! ¿Sacan sangre y la analizan? Ah, no, si desayunaste conmigo... —rectifico enseguida—. Dame una pista, anda.
—¿Por qué te interesa tanto saberlo?
—Porque no quieres decírmelo. Si me lo dijeras, no querría saberlo.
—Claro, porque ya lo sabrías.
Vuelve a descojonarse.
—El próximo día te sigo.
—A lo mejor te sorprendes.

Apenas tardamos en llegar o se me ha hecho muy corto el viaje. Mis expectativas se han quedado cortas al encontrarme allí. Qué maravilla las vistas a la ciudad y también desde ella. Hemos tenido que dejar el coche aparcado bastante retirado de su casa, situada en el casco antiguo. Me ha contado que se lo lleva una empresa que lo alquila para uso turístico, así que nosotros somos sus turistas este fin de semana. Es pequeño, calculo que tendrá unos sesenta y cinco o setenta metros cuadrados. Tiene dos habitaciones dobles, un cuarto de baño y un pequeño saloncito con cocina americana. El suelo es de parqué, haciendo un dibujo en espiga. Las puertas y las contraventanas son de estilo castellano. La decoración es sencilla, lo justo en muebles y

menaje para un alquiler. Las vistas son a una calle estrecha y empedrada, como la mayoría de las que hemos recorrido hasta llegar aquí.

Tras dejar el equipaje, hemos dado una vuelta por el barrio judío antes de comer. Tampoco vamos a patearlo todo en un día, guardaremos para mañana la visita al alcázar. Aunque a mí callejear y disfrutar de la comida es lo que más suele gustarme de los lugares que visito. Y entrar en las tiendas típicas, eso es un vicio. Aunque aquí casi todo son armaduras y espadas, no sé a quién demonios se le ocurrirá comprar eso.

Decidimos volver a casa tras la comida para descansar un rato.

—¿Vivías aquí o la compraste como inversión?

—Al principio sí, viajaba a Madrid solo a trabajar. Hasta que me cansé y decidí alquilarme algo allí. —Está repantingado en el sofá, yo me he sentado en una butaca de espaldas al ventanal, que tiene una especie de balconcito—. Bueno, también me planteé en su día venderlo y comprar un piso cerca de mi trabajo, pero me daba no sé qué desarraigarme.

—Además, cerca de tu oficina deben de ser caros los pisos, ¿no?

—Sí, bastante.

—Bueno, tampoco sé lo que gana un arquitecto —me río al decirlo—. A lo mejor puedes permitirte eso y mucho más.

—Ya has visto dónde vivo, ¿no?

—La verdad es que tu casa de Madrid no me pega para ti. Bueno, no es eso exactamente. Conociéndote como te conozco ahora, aunque en tiempo sea poco, creo que lo que realmente no veo en ti es el perfil de arquitecto. Sé que es una percepción muy subjetiva, solo conozco personalmente a dos, Richard y Fran, y de toda la vida, además, de hecho están casados el uno con el otro, y cada vez que han ido a mi casa me han reformado verbalmente toda la vivienda, juraría que en cada visita cambiándolo totalmente de la idea anterior. Imagino que influenciados por la moda y sus gustos cambiantes. Tan pronto el suelo de mi cocina era una horterada como un tesoro que ya no se encuentra. Las vigas de madera del techo había que pintarlas de blanco y después «¡qué bonitas en su estado natural! O ¿qué pinta la cocina ahí arrinconada? Cómete este muro, saca de aquí el baño y tráete la cocina al salón». Y así en un sin fin de propuestas a cada cuál más descabellada.

—¿Y qué has querido decir con esto? ¿Que mi perfil no es suficientemente gay? —se descojona al decirlo.

—No, ¡claro que no! —Ahora no sé dónde meterme, no quería insinuar eso—. Lo que quiero decir es que tú eres más...

—¿Macho alfa?

Le lanzo el cojín que había quitado para sentarme, pero lo esquiva. Aprovecha para quedarse tumbado en el sofá.

—Bueno, tal vez me pegarías más para capataz de una obra, la verdad.

—¿Lo dices por mis manos callosas y mi bronceado de obrero?

No las tiene callosas y en realidad no está moreno. Es más bien de piel clara y acorde con su color de ojos. Aunque su pelo sí es oscuro.

—¿Cómo son tus compañeros de trabajo?

—Pues hay de todo... ¿Tú crees que la gente cuando estudia una carrera piensa: Tendré futuro en esto según mi orientación sexual o me pegaría más esto otro?

—Es que no es eso lo que quería decir —afirmo, riendo—. Lo de que mis amigos sean pareja, solo es anecdótico. Me refería a la forma de involucrarte con el tema, o más bien de no hacerlo;

con ellos, rara es la conversación en la que no salga tal construcción o proyecto. No sé...

—Entonces, según tú, los panaderos tendrían que pasarse el día hablando de hornadas y los cirujanos de trasplantes, ¿no es eso?

Se ha deshecho de los zapatos para subir los pies y extenderse a sus anchas.

—Vale, déjalo. Eres imposible.

—Es que no entiendo lo tuyo, Rebeca. Te enredas en chorradas sin importancia.

—Y a ti parece que te molesta hablar de tu trabajo y tus cosas en general. Eres como un tabú andante. ¿Cómo vamos a mantener una conversación, si tu lado de la historia parece estar vetado? De mi trabajo hablamos con normalidad, incluso nos reímos. Te cuento mi vida, te hablo de mi tierra, y a ti parece que hay que introducirte un sacacorchos y tirar con fuerza para averiguar algo.

—Es que intentas conocerme en dos días, y no hace ni quince días que me viste por primera vez.

—Joder, pero tenemos un puto pasado —me tapo la boca—. ¡Perdón! No quería decir eso—. Me quedo cortada por haber usado esa palabra.

—No hace falta que pidas perdón cada vez que sueltas un taco.

—Pensaba que te molestaba mi forma de hablar.

—¿Lo ves? Son todo suposiciones tuyas. Te has creado un concepto de mí por tu cuenta. —Ha vuelto a incorporarse y está sentado con los codos apoyados en las rodillas. Ahora parece sentirse menos cómodo por la situación—. Sí, tenemos un pasado. Pero seamos realistas, hoy por hoy es como si acabáramos de conocernos. Y créeme: para mí es más complicado aceptarlo que para ti.

—¿Y cómo lo haces?

—Pues dejándome llevar. No estoy todo el tiempo tratando de indagar y de sacar conclusiones. Solo dejo pasar el tiempo. —Coge una pelusa minúscula de la manga de su jersey—. De todos modos, dentro de nada te irás. —Ahora me mira fijamente—. ¿Qué ganas conociéndome, Rebeca?

No sé qué responder. Pero para mí es importante saber lo que vivimos y, sobre todo, por qué nos distanciamos.

—¿Qué planes tienes para cuando me vaya?

—Los mismos que hasta ahora.

—¿Y cuáles son?

—Pues seguir a lo mío... —Se pasa la mano por la barbilla, la tiene afeitada hoy también—. Trabajar, salir... vivir la vida, como todo el mundo.

—¿Entraría en ellos conocer a alguien?

—No tengo esa necesidad —responde, y creo que le está incomodando la conversación—. Quiero decir que no es algo que me planteé. Pero si se da el caso... pues sí. Por qué no.

—¿Debo entender con ello que no hay nadie más ahora mismo?

—¡Ya estamos! —Resopla y se deja caer contra el respaldo del sofá.

—¿Ves? Es que contigo todo es así.

—¿Y no puedes comprender que para mí no es cómodo hablar de esto contigo?

—Vale, está bien —termino conformándome—. ¿Preparamos café?

—Yo prefiero tumbarme un rato, si no esta noche no aguantaré nada y me llamarás vejstorio.

Me ha llevado a cenar a un restaurante junto a la Catedral, cocina tradicional y casera con los

platos más típicos de la zona. Yo estaba entre el pisto manchego y la sopa castellana, pero me ha obligado a pedir los pimientos del piquillo rellenos y jabalí a la toledana. Ha sido una auténtica delicia para los sentidos, aunque no he podido con el postre. Tendríamos que haber elegido este sitio para comer, en vez de para cenar. Además, creo que se nos ha ido la mano un poco con el vino.

—¿Y qué planes tenemos ahora?

Vamos caminando por la calle en este momento.

—A las diez y media tenemos que estar en el Círculo del arte —indica, comprobando la hora en su reloj.

—Ahora entiendo lo de tus prisas por cenar a las ocho.

—Es que eres una tardona arreglándote.

—¡Pero si solo he tardado media hora! —me quejo—. Le dedico más tiempo a las mañanas cuando voy a trabajar.

—¿Lo ves? Y vas igual de guapa. Está claro que por la mañana estas malgastando el tiempo.

—No lo malgasto, pero con la excusa me ahorro recoger el desayuno.

—¡Mira qué lista!

—¿Y qué es eso del círculo?

—Es como una especie de asociación cultural. Siempre hay alguna cosilla interesante. Vi que había entradas para un show de comedia y las he pillado. Si no te gusta, nos largamos y listo.

—Suenan muy bien el plan.

—La noche toledana no es lo que te puedes encontrar en tu ciudad, por supuesto, pero tiene su encanto y más marcha de lo que parece.

—Tampoco creas que en diciembre vas a encontrar mucho ambiente por allí, la mayoría de los locales están cerrados fuera de temporada.

—Mira, ¿ves ese edificio? —Afirmo con la cabeza—. Ahí es.

—Parece una iglesia.

—Y lo era.

El show ha sido muy divertido, lo he disfrutado muchísimo. Y el ambiente del recinto era único, no solo por su arquitectura. Después, hemos terminado en un local que por lo visto es uno de los más míticos en la vida nocturna de la ciudad.

Hay una actuación en directo, dice que es el mejor sitio para escuchar rock clásico. La decoración también es espectacular, tiene una amplia barra central y varios espacios con mesas y sofás para charlar a gusto. Hemos ocupado uno que se quedaba libre cuando ya habíamos pedido.

Me he tomado un coctel riquísimo y creo que ya lo dejo aquí, estoy demasiado parlanchina y risueña. No quiero jugármela con pesadillas nocturnas.

—¡Coño, Alarcón! ¡Cuánto tiempo!

Se le ha acercado una chica y lo abraza efusivamente. Yo sigo sentada en nuestro sofá observando la escena. No parece sentirse incómodo, como cuando nos encontramos con Carlos, se aprecia en su reacción que se caen bien. Ella lo mira con ilusión, y también su boca refleja la misma alegría de haberse encontrado.

—Pues sí, la verdad, llevaba un tiempo sin venir —responde él, y veo que se está rascando la mejilla, señal de que está un poco nervioso.

—Ya me enteré de lo tuyo —le informa ella—. No te llamé porque lo supe tarde y me dio no sé qué... ¿Estás bien?

—Sí, sí, no te preocupes —contesta enseguida, y se gira hacia mí—. Mira, te presento a una amiga. —Me pongo de pie para saludarla—. Es Susana, una compañera del instituto. Aunque nos conocemos de toda la vida, ¿verdad?

—Sí, desde que era un canijo —agrega, encantada—. A este le he sacado yo una cabeza, aunque ahora no lo parezca —afirma, y se ríen de la anécdota.

—¿Y qué es de Juanjo? —se interesa él ahora—. ¿Sigue con el proyecto de la empresa de seguridad?

Decido sentarme de nuevo. No sé si la reunión va a durar mucho y me incomoda estar ahí de pie, sin poder meter baza en su conversación.

—Sí, supongo que sí.

—¿Supones? —se extraña Iván.

—No te has enterado, ¿verdad? —responde ella, parece algo incómoda ahora, se ha cruzado de brazos y mira ligeramente al suelo—. Ya no estamos juntos.

—No lo sabía —añade él—. Qué pena, ¿no? Llevabais... toda la vida.

—Ya... sí... —Ahora sí le mira, y sonrío de nuevo, buscando quizás su apoyo o complicidad.

—Bueno, son cosas que pasan —resuelve él, creo que para que no se sienta incómoda. Me gusta que no le haya preguntado qué les pasó, dice mucho de su forma de ser: discreto y comedido.

—A ver si un día nos tomamos algo para ponernos al día —propone ella, frotándole el brazo que tiene más cerca. Su mirada es profunda cuando se lo dice, le observa como si estuvieran solos en la sala y ha dejado su mano agarrada a su antebrazo formando un vínculo estrecho entre ellos.

—Claro —responde él—. La próxima vez que venga, te aviso y quedamos.

No sé por qué me da la sensación de que entre estos dos ha habido algo, o al menos algo pendiente. Puede que me equivoque, pero noto cierto flirteo; aunque en realidad es más por parte de ella que de él.

—También puede ser en Madrid, llevo viviendo allí desde septiembre —afirma, mostrándole una sonrisa espléndida—. Cualquiera día de estos te pego un toque.

—¡Genial! —responde él—. Me apetece.

«¿Genial? ¿Me apetece? ¿Delante de mi cara? Sé que estoy amnésica, pero ¿me he vuelto invisible también?».

—Pues te tomo la palabra —insiste ella. Y se ríen al unísono, como si acabaran de contarse una broma privada que yo no he pillado.

—Nos vemos, Susi.

Una hora más tarde del reencuentro con su amiga, decidimos volver a casa. Creo que su intervención nos ha cortado un poco el rollo que llevábamos, después de todo el día juntos pateando la ciudad a nuestro aire y conversando de todo un poco y de nada en particular, relajados del bullicio de la gran ciudad que habíamos dejado atrás por la mañana y de las obligaciones. Olvidados por completo de la historia que nos une y separa a la vez. Sin recelos ni investigaciones por mi parte. Sin reproches. Habíamos conseguido un contexto nuevo, el de dos amigos que deciden tomarse un fin de semana libre y compartirlo.

Pero, tras marcharse su amiga, se ha quedado algo más taciturno y ausente, parecía que estuviera dándole vueltas a algo en su cabeza.

—Estás muy callada desde que hemos salido del local —opina, vamos caminando ya hacia su casa.

Me ahorro decirle que él también. En realidad, lo que nota es que me he cansado de monologar.

—Es que estoy un poco cansada —me justifico—. Pero hacía tiempo que no lo pasaba tan bien.

—Me alegra oír eso.

—Bueno, quiero decir que yo recuerde. A lo mejor hemos tenido noches más increíbles.

Se ríe al escucharme.

—Te había entendido a la primera.

—Ya, mi manía de masticarlo todo.

—Sí —sonríe—, y lo echaré de menos.

—¿Seguro? A lo mejor estarás demasiado entretenido con Susi.

—¿Susi? Qué confianzas, ¿no?

—Así la has llamado tú cuando te ha echado el lazo.

—¡Espera un momento! —Deja de caminar—. ¿Te ha molestado? —pregunta, y parece divertido con la idea—. Esto sí que no lo esperaba.

—No me ha molestado, pero sí me ha incomodado un poco ese flirteo en mi cara. A mí no se me ocurriría hacer algo así, si perdieras la memoria y no recordaras que somos novios.

Seguimos caminando, más despacio de lo que yo quisiera. No he pasado tanto frío en mi puñetera vida y estoy deseando llegar para ponerme unos calcetines gordos o tres pares.

—Es que no ha habido ningún tipo de flirteo —afirma, riendo para más inri—. Somos amigos de toda la vida, ya te lo he dicho al presentarnos. Es una amistad, sin más.

—¿Y eso lo sabe ella?

—¿De qué estás hablando? —Sigue sonriendo, parece que le divierte el asunto.

—¿Tú la has visto afectada por lo de ese tal Juanjo? Porque yo creo que te ha visto y ha venido flechada con la caña más que preparada. Incluso le ha dado igual que estuvieras conmigo.

—Y si fuera así... ¿qué? —Me interroga con la mirada.

—Nada. Pero me parece una falta de respeto hacia mí.

—¿Hacia ti? Pero ¿tú te estás oyendo? —Ahora ha cambiado un poco su tono jocoso y ha vuelto a frenar en seco, quedando plantado frente a mí—. Si solo estás esperando a que te den el pasaporte para largarte, ¿qué más te da lo que yo haga?

—Pero ¡aún estoy aquí!

—¿Y?

—Nada. Olvídalo. —Sigo caminando, aligerando más el ritmo, y lo dejo ahí plantado.

A los pocos segundos, arranca él también sus pasos en la misma dirección y me alcanza.

—Siento si te has sentido dolida por la situación, no era mi intención. Me ha salido sin pensar.

—¿Y no te parece extraño que te saliera sin pensar? —«Ese es precisamente el quid de la cuestión»—. Porque eso quiere decir que no me ves como una pareja.

—A ver, Rebeca, hablas como si nos lo hubiéramos montado allí mismo, y tan solo hemos cruzado un par de frases para quedar, como los amigos que somos. Y no sería la primera vez, de hecho.

«La verdad es que ni yo misma me entiendo. Tiene toda la razón: ¿A mí qué más me da?».

—Ya, si no es por eso... —trato de rectificar—. Perdona, no he debido meterme donde no me llaman —decido zanjar.

—No te preocupes —responde.

Nos quedamos un rato callados, ya estamos entrando en su calle.

—Y ese tal Juanjo, ¿es amigo tuyo?

—Sí, o al menos antes lo éramos. Aunque hace siglos que no coincidimos ni nos llamamos.

Me viene a la mente una frase que dijo su amiga cuando apareció.

—¿A qué se refería ella con lo que te pasó? —me decido a preguntarle—. Eso de que se enteró tarde y por eso no te llamó.

Abre la puerta de su portal y medita un poco la respuesta mientras lo hace.

—No lo sé. También me he quedado con la intriga, no creas.

—¿Me tomas el pelo?

—En absoluto —afirma, cerrando la puerta detrás de nosotros—. Pero ya te he dicho, no sé ni cuántas veces, que eres mi compañera de piso y no...

—... tu novia acosadora —le corto enseguida, va subiendo los escalones de dos en dos—. Ya me sé la cantinela.

—Pues para sabértela tan bien, hoy has estado para una medalla —afirma en tono jocoso.

Entramos en casa y se agradece el calorcito que desprende la calefacción. Me quito el abrigo y lo cuelgo en el perchero que hay tras la puerta. Pongo las manos sobre uno de los radiadores para calentarlas.

—¿Ya te vas a dormir? —Lo digo porque ha cogido un vaso de agua que siempre suele llevarse a la habitación. Al principio me sorprendió mucho ese gesto tan de abuelos, como si se fuera a despertar sediento e impedido para ir a la cocina en mitad de la noche.

—Claro. ¿Tú no?

—Estoy demasiado despierta para meterme en la cama.

—Pues conmigo no cuentes. —Desaparece por la puerta de su habitación sin darme opción a réplica.

Me siento un poco estúpida por mi reacción de antes. ¿Por qué me he puesto así con él? ¿A mí qué cojones me importa lo que haga y con quién quede?

Saco del bolsillo de mi abrigo el teléfono y me dirijo a mi habitación. Leo por el camino un mensaje que me ha dejado mi madre a eso de las diez:

Mamá: ¿Por qué no coges mis llamadas? Tenemos que hablar sobre Iván.

Lo que me faltaba.

Yo: No hay nada que tengamos que hablar sobre él. No te metas en mi vida. Si lo conociste fue por las circunstancias en las que me encontraba. Mantente alejada de él. Si realmente quieres recuperarme, a él ni lo menciones. Y sabes que lo digo muy en serio.

Apago el teléfono. Ya me ha terminado de amargar la noche. Con lo bien que había empezado el día. ¿Por qué hemos tenido que coincidir con la Susi esa? También es normal que se encuentre con gente conocida en su ciudad. Y suerte que su madre se trasladó a vivir con su hermana, no me habría apetecido nada que nos cruzáramos con ella. Sería incómodo que se hubiera visto obligado a presentarnos cuando en apenas diez días voy a desaparecer de su vida.

Me quito los vaqueros y la blusa que llevaba. Busco en la maleta mi pijama y me lo pongo antes de entrar al baño a cepillarme los dientes y desmaquillarme. Al ratito veo por el espejo que se abre la puerta y vuelve a cerrarse.

—Perdona. Pensaba que estabas en la habitación —escucho que dice tras la puerta.

—No te preocupes. Ya casi he terminado.

—¿Te apetece una infusión? —propone al cruzarse conmigo en el pasillo. Me mira los pies,

llevo unas botas Ugg puestas con el pijama, he olvidado las zapatillas de estar en casa.

—¿Qué pasa? Eran estas o las de tacón que traía hace un momento. —Sonríe.

—¿Quieres una infusión o no? Podría ayudarte a dormir.

—Solo me gusta el té, y eso no creo que funcione de ese modo —respondo—. Buenas noches.

Capítulo 28

MENSAJES DE WHATSAPP DEL ARCHIVO DE REBECA:

Iván: Coge el teléfono, te lo explicaré.

Rebeca: No hay nada que puedas explicarme, lo he visto con mis propios ojos.

Iván: Joder, Rebe, debiste decirme que venías.

Rebeca: ¿Para que no te pillara follando con otra? Porque yo me alegro de que se me haya caído la venda de los ojos.

Iván: No significa nada para mí. Ha sido una tontería.

Rebeca: Vete a la puta mierda. Odias que diga tacos, ¿verdad? Pues atento a esto: Eres un pedazo de cabrón. No me llames. No me escribas. No quiero volver a verte en la puta vida.

Iván: Estás sacando las cosas de quicio, Rebe. Dime dónde estás. Quiero que lo hablemos cuando estés más calmada.

Rebeca: Nunca estaré más calmada. En cuanto envíe este mensaje te voy a bloq

Capítulo 29

Rebeca

Toledo, 2 de diciembre

Acabo de despertarme con otro de mis sueños extraños. En esta ocasión era Iván quien aparecía. Me contaba algo sobre una boda: que nos íbamos a casar y yo me perdía la boda o algo así. Yo estaba tumbada, no sé si en una playa, mientras me lo explicaba. Escuchaba también un ruido de fondo, como un oleaje o algo así rítmico. Sentía la luz iluminando mis párpados, pero no abría los ojos, tan solo lo escuchaba serenamente y sin intervenir. Él parecía triste en algunos momentos, creo que incluso lloraba. Me cogía de la mano y me decía que no iba a poder con esto solo. Supongo que es un recuerdo del hospital mezclado con otro momento.

Decido levantarme y preparar café. Paso por la habitación de Iván y veo que está durmiendo plácidamente, como siempre suele hacerlo. Siento envidia al verlo descansar así.

Cambia de postura y me sobresalto.

—Lo que no voy a extrañar de ti son estos momentos de pirada que te marcas —dice con su voz somnolienta, no sabía que me estaba viendo observarlo.

—Me encanta verte dormir —respondo, sin dejar de mirarlo—. Creo que hasta me produces sueño.

—¿Se puede saber qué hora es?

—Las cinco o por ahí.

—Viniendo de ti, apostarí a que son las cuatro.

Me río, porque tiene razón.

—He soñado contigo.

—¿Y te estrangulaba por despertarme?

—Llorabas por algo de una boda a la que yo no quería ir.

—Vaya cosas más raras sueñas —sigue con los ojos cerrados mientras habla.

—Voy a preparar café.

—¿A estas horas?

—Qué remedio...

—Anda, ven, tienes que dormir. —Abre el edredón y me cuelo dentro tras sacarme las botas y lanzarlas a un lado.

Enseguida se acurruca detrás de mí. Esto no lo ha hecho nunca, siempre se aleja al otro extremo de la cama. Noto su brazo rodeando mi cintura y pongo el mío sobre el suyo por inercia. Acaricio el dorso de su mano, está muy calentita en comparación con la mía. Es la primera vez que siento su contacto, y mi estómago ha reaccionado con un leve hormigueo. Ahora su mano está recorriendo mi vientre y termina colándose bajo mi pijama. Me acaricia la cintura y mi piel se estremece como respuesta en el lento recorrido que va haciendo en dirección a mis pechos. Noto su respiración en mi cuello, y quiero girarme para encontrarme frente a él, pero no me atrevo. Tengo miedo. No sé si es temor a que esto nos haga más daño o a no ser la Rebeca que espera.

Pero la decisión vuelve a tomarla él y me gira para encontrarse conmigo. Desabrocha los botones de la camisa de mi pijama con tranquilidad, sin ninguna prisa, y me mira mientras lo hace. Aún no está amaneciendo, pero la luz que entra de la calle por la ventana nos permite vernos. No parece que él tenga ningún temor a decepcionarse. Se deshace de mis prendas y me besa como si nunca lo hubiera hecho, o como si me hubiera besado así siempre. Y ya mi mente decide no pensar nada y se aleja de mi cuerpo para dejarlo libre de dudas y elucubraciones. Centrada por completo en el placer que me provocan sus caricias y sus besos.

Mis manos recorren su cuerpo con las mismas ganas que recibo las suyas, imitando su manera de hacerlo, suave y lentamente, disfrutando de cada centímetro de piel que recorren, deleitándonos en cada beso, en la mínima respiración y movimiento, que son casi imperceptibles. Creo que ni siquiera respiro, y si lo hago es a través de su boca, como si hubiéramos pulsado un botón de cámara lenta y sincronizado nuestros cinco sentidos al compás de una misma armonía.

Siento un placer tan intenso cuando noto que ha entrado en mí, que apenas quiero moverme, intento retener al máximo todo lo que estoy sintiendo, quedarnos aquí, sostenidos en este instante, hacerlo infinito, que no termine, y creo que para él está ocurriendo del mismo modo, se está tomando su tiempo en cada movimiento, en cada respiración, me lo dicen sus ojos antes de volver a besarnos, como si nunca nos hubiéramos besado, y dejamos que nuestros cuerpos se despidan unidos, como si lo hicieran por primera vez.

Nos quedamos dormidos enseguida, desnudos, abrazados y sin pronunciar una sola palabra. Como si en realidad todo hubiera formado parte de uno de mis sueños extraños, que ha ido repitiéndose una y otra vez a lo largo de la mañana y que nos impide separarnos. Cualquier sitio nos sirve, con una simple caricia se nos despiertan las ganas y es imposible negarnos a ese deseo que nos conecta sin descanso.

Dejamos atrás Toledo sin llevar acabo los planes que teníamos para ese día. Anochece cuando hemos recogido nuestro equipaje y hemos decidido volver. Es extraño todo. Demasiado. Me siento rara, y creo que él también. Se lo noto.

Tengo varias llamadas perdidas de mi madre y otro par de mensajes que decido ignorar. No sé que le ha dado ahora contra Iván, pero no voy a consentir que se meta en nuestra relación. Desde que pasó lo que pasó entre nosotras, jamás le he presentado a nadie. He mantenido mi vida privada tan lejos de su alcance como he podido. Y no porque pensara que se repetiría aquello, creo que con una vez le sirvió para aprender la lección. Pero es mi forma de castigarla. Ella no se portó como una madre, yo no lo hago como una hija. Sé que desde fuera parezco una insensible, y no es así. Me duele mucho aunque me haya acostumbrado a esta distancia. Fue muy duro al principio, aunque me ayudara la ira por la pérdida del que creía mi amor verdadero. Después, cuando ese dolor dejó de serlo, se mantuvo el de su traición a mi padre y hacia mí.

Aunque creo que a estas alturas de la película, podría perdonarla. Ya no me afecta como entonces. Y si mi padre está feliz con otra mujer, menos aún. Pero mantener cierta distancia con ella me salvaguarda de sus impulsos y excentricidades. Alejarme en su día, sin saberlo, me ayudó a ser más yo y a escapar de su dominio bienintencionado pero algo tóxico.

—Estas muy callada, ¿va todo bien?

Aún vamos en el coche, estamos llegando a Madrid.

—Sí. Solo estaba pensando en mis cosas.
—Se me hace raro que pienses en tus cosas en silencio.
—Ahora sabes lo que se siente —afirmo riendo.
—¿Pensabas en lo que ha pasado entre nosotros?
—¿Adónde fuiste el viernes por la mañana? —le pregunto.
—Ya veo por dónde vas.
—Sí. Respuesta por respuesta.
—Podría inventármela.
—Yo también —respondo.
—¿Cenamos en casa o te apetece hacer algo? —lo dice para evitar contestar.
—En casa no hay nada —le comunico—. No hicimos la compra al final el sábado antes de irnos.
—¿Fuera, entonces?
—No me apetece tampoco. Me daría un baño caliente y me conformaría con cualquier cosa que encontremos en la despensa. Incluso unos fideos chinos de esos asquerosos que tienes.
—Como los pruebas y te gusten no pienso volver a comprarlos. Pero me apunto a tu plan.

Capítulo 30

- Su madre lo sabe. Deberías hablar con ella cuanto antes y que se entere mejor por ti.
- Ahora no puedo contárselo. Es que en Toledo... Bueno, es igual. No puedo.
- Lo sé. Me lo ha dicho ella, hemos comido juntas.
- ¿Te lo ha contado?
- Sí. Y no quiero que te engañes a ti mismo. Está ilusionada, pero también convencida de irse.
- De todos modos, se enterará tarde o temprano.
- ¿Y tú dónde estás, niño? Se escucha mucho jaleo de fondo.
- He quedado para tomar un café con una amiga.

Capítulo 31

Rebeca

Madrid, 3 de diciembre

Hoy ha sido un día caótico, laboralmente hablando. La imbécil de la pija se presentó a primera hora de la mañana a reunirse con mi jefa para quejarse de mi plantón del sábado. Dice que la atenderá ella personalmente y que me olvide de la comisión. «Toda tuya», he pensado para mí. A las cinco de la tarde estaba despotricando y disculpándose conmigo. La muy pesada se ha pasado el día tomándose la licencia de creerse cliente exclusiva y llamándola a todas horas por simples estupideces. Estamos a punto de hacer apuestas para ver cuánto tarda en mandarla al carajo también.

A mediodía he ido a comer con Encarna. La he llevado a un sitio del que me habló cuando estábamos en el hospital, muy cerca de su casa, y al que nunca había ido porque a su vecina Julia le pareció demasiado caro cuando estuvo y por ese motivo las otras amigas se habían echado atrás también, habían acordado ir cuando les tocara un binguito para celebrarlo. Al principio no quería que la invitara, pero le he dicho que ya lo había reservado y, si no accedía, pediría la comida para llevar y me presentaría en su casa igualmente. También la he advertido de que no quería ninguna encerrona con mi madre. Me ha prometido que no la había.

Se ha puesto muy guapa, dice que es el vestido que se compró para la graduación de su nieto.

—¿Sabes lo que me soltó el otro día mi Vero? —me dice, ya de camino—. Que si la hubieran obligado a estudiar sus padres, ahora no estaría en esa situación, que deberían haber sido más duros con ella.

—Pero nunca es tarde para eso. ¿Por qué no lo hace ahora?

—Dice que le tocaría ir con crías de diecisiete años o por ahí.

—¿Y eso qué más da? Debería resbalarle todo eso.

—¿Por qué no hablas tú con ella? Creo que tu opinión le importa. Me contó que, el otro día, una *yutub* de esas que ella ve te sacó en un vídeo, y ella escribió lo que sea para decir que eras su amiga. Estaba muy contenta.

—¿Y qué quieres que le diga?

—Pues que la encamines un poco a hacer algo. Tu madre dice que puedes conseguirlo si te lo propones como misión, que eres muy cabezota.

—¿Mi madre ha dicho eso?

—Tu madre te quiere, niña, aunque tú no lo creas. Lo que hizo fue... no sé ni cómo calificarlo sin que me salga un palabro feo. Pero a veces no hay más remedio que aprender a olvidar y perdonar.

—Lo sé, Encarna. Pero creo que lo de mi madre es lo más difícil por lo que he pasado. Y mira que no acordarme de mi propio novio ya es jodido. Aunque si me dieran a elegir...

—¿Volverías a olvidar a Iván?

«¿Olvidar a Iván de nuevo? No puedo plantearme ahora mismo ese ejemplo, la verdad».

—Te lo estás pensando mucho —afirma, sonriendo.

—Nos hemos acostado este fin de semana —me sorprende diciéndole.

—¡Pues sí que habéis tardado, niña!

—Sigo sin recordar nada de lo que vivimos antes del accidente, pero entiendo lo que sentía por él. Y si lo siento así, habiendo pasado tan poco tiempo con él, también puedo comprender que lo dejara todo atrás para venirme a vivir aquí. Sin embargo, no quiero hacerlo. Necesito volver a mi vida anterior, aunque eso signifique renunciar a lo que pueda resurgir entre nosotros. He decidido ser egoísta y pensar solo en mí. Como lo hizo él en su día.

—Y me parece muy bien. Pero aunque hayamos pasado poco tiempo juntas, te echaré de menos.

—Puedes venir a visitarme. Allí tendrás un apartamento fantástico, siempre que quieras y para ti solita.

—¿Tú crees que el doctor Martín me va a dejar volar después del derrame y con mi problema del corazón? Si no te deja a ti por una tontería de nada de la memoria.

—Pero es un exagerado, ya le conocemos.

—Y qué guapazo, ¿verdad?

—Encarna, tú sabes que es gay, ¿no?

—¿Y qué tendrá que ver eso para que sea guapo?

—Solo lo aclaraba por si no lo sabías y te daba por lanzarle la caña.

—¡Qué cosas tienes! Para mí es muy joven.

—Pues como para mi madre sus jardineros —me sorprende diciendo. Solo con Inés me permito estas bromas. Pero nos reímos a carcajadas y le entra la tos y se le saltan las lágrimas, creo que se lo está imaginando.

—Pues tiene hasta nietos, que me enseñó alguna foto con el teléfono. Mira que a su edad hacerse gay a última hora...

Me parto con su ocurrencia.

—Mira Freddy Mercury, se enamoró de Mary y era gay. Nunca es tarde para rectificar.

—Pero a ese se le veía el plumero, niña.

Entramos en el restaurante, y ver la cara de Encarna no tiene precio. Tampoco es un sitio exclusivo de esos que para que te den mesa tienes que apuntarte en una lista con bastante antelación, pero tiene cierto toque lujoso y sofisticado, tal y como ella me lo había descrito. Pedimos un menú degustación que disfrutamos como dos crías.

—No has vuelto a hablarme del de los sueños. ¿Ya no se te aparece? —Me entra la risa de nuevo—. ¿Qué pasa ahora?

—Es que haces que parezca un fantasma.

—Y así me lo imagino —confirma ella.

—Pues la verdad es que no he vuelto a soñar con él. Creo que si hubo algo, no fue nada serio. Al menos para él. Porque si no ha intentado localizarme ni nada, ya me dirás. Aunque creo que lo vi una vez cuando iba en el autobús.

Se atraganta con el agua que está bebiendo y le doy unos golpecitos en la espalda.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, se me ha ido por otro sitio el agua. Pero estoy bien. ¿Dices que lo viste?

—No estoy segura del todo, a lo mejor fueron imaginaciones mías. Estaba en la puerta de El Corte Inglés de Goya hablando con su móvil.

—¿Y cómo supiste que era él, si solo le veías los ojos?

—Tuve otros sueños más nítidos después con su cara. Incluso en ellos hablaba con él y le

preguntaba quién era, y me decía: Soy yo, Rebe. Pero no pude sacarle el nombre.

—¿Y era guapo?

—Sí, aunque no era muy de mi tipo.

—¿Y cómo es tu tipo? Porque eso decías también de Iván cuando lo viste por primera vez.

—Pues creo que Iván es más de mi estilo. Él parecía... no sé, un poco altivo.

—¿Un chulo playa?

—No —me río—. Algo más... sofisticado. Iba con un jersey oscuro de cuello alto y unos vaqueros clásicos, todo parecía hecho a su medida y con mucho estilo en la pose. Me recordó a Ewan McGregor, se daba un aire.

—Niña, no sé quién es ese.

—Es un actor. A ver que piense una película conocida... ¡La isla! Va de unos clones que se escapan y buscan a sus dueños, que son idénticos a ellos, ¿te suena?

—No.

—¡La del tsunami! Que está basada en una historia real, ¿la has visto?

—¡Ay, sí, por Dios, qué angustia de película!

—Pues el que hace de padre de los críos es ese actor que te digo.

—Pues es bien guapo, niña. ¿Así era el fulano ese?

—Sí, a ese me recuerda un poco en el físico. Luego en lo personal lo veo como muy seguro de sí mismo, incluso inalcanzable en mis sueños... Aunque eso a lo mejor lo ha agregado mi mente porque no puede llegar a él. Yo qué sé, no digo más que tonterías. Hasta llegué a pensar que me había pillado por mi hermanastro, con eso te lo digo todo.

Se santigua.

—¿Y eso por qué?

—Eso fue solo una chorrada que se me ocurrió porque no conseguía ponerle cara y como lo conocí más o menos cuando a Iván, se me pasó por la cabeza. Pero mi amiga Inés me envió fotos de él, y vimos que no.

—¿Y cómo estáis vosotros después del fin de semana?

—No lo hemos hablado mucho. Pasó y ya está. Aunque al llegar a casa hemos vuelto a dormir cada uno en su habitación.

—¿Y volverá a pasar? Porque si tu plan es el que has dicho antes... Yo no lo veo apropiado. Él lo va a pasar mal, que es quien se queda.

—Se queda porque quiere, ¿no? Yo di el paso una vez.

—Bueno, vosotros veréis. Yo no quiero entrometerme.

—¿Y cuándo te mudas a la casa de tu hijo?

—Al final se mudan ellos a la mía. Este es mejor barrio que el suyo, y mi casa es más grande. Van a alquilarlo.

—¿Y la cría no ha montado el pollo por lo de las amigas?

—Sí. Y su madre le dijo que, si quería quedarse, tendría que pagar el alquiler. Todavía se lo está pensando. Estuvo echando cuentas de lo que cobraría realquilando las habitaciones, pero no le daban los números sin tener un trabajo.

—Pues le habría venido que ni pintado para espabilar.

—Todavía estamos a tiempo. ¿Tú puedes ayudarla a buscar un trabajo?

—Puedo llevármela y tantearla en el mío, pero no sé hasta qué punto sería de fiar. Puede dejarnos con el culo al aire en cualquier momento.

—Tienes razón, hija. No tiene palabra ni motivación alguna.

- Dame su teléfono, anda. Voy a intentarlo.
- Eres un sol, niña.
- Me apetece algo de chocolate de postre.
- Yo con un poleo estoy lista. ¿Tú crees que aquí tendrán? No parece un sitio de poleo.
- Ahora lo preguntamos.

Tras dejar a Encarna en su casa, llamo a la nieta y la cito en la oficina de Inmosure. Hablo con mi jefa y la convengo de que le haga un contrato de cuatro horas en prácticas por un periodo corto. Me comprometo a hacerme cargo de su formación y a responder por ella.

Media hora más tarde de la hora acordada, aparece la señorita. Va enfundada en unos *leggings* negros y unas deportivas con unas plataformas desorbitadas que dañan la vista. Por no hablar del plumífero de color estridente que me lleva. Le enseño la oficina y me la llevo a tomar algo para explicarle todo el asunto sin la presencia de los compañeros, compartimos la zona diáfana. Solo la jefa tiene despacho propio.

Al principio no parece muy convencida. Pero según se lo voy planteando, adornándolo un poco, va viendo la situación con otro ajuste en la mirada.

—¿Y puedo venir solo por la tarde? Es que me pilla muy lejos, me tendría que pegar un madrugón de cojones.

—Tendrás que venir todas las mañanas de nueve a una, y no hay más que hablar. Incluso algunas tardes también.

—Pero el contrato es de cuatro horas.

—No vas a ajustarte al contrato, igual que yo tampoco voy a ajustarme al mío para enseñarte. Vas a hacer lo que yo te diga y punto. Y si no te parece bien, te largas. Esto lo hago por tu abuela, en realidad; no por ti. Yo te doy por perdida, la verdad.

—Pero ¿qué coño dices tú? —responde, ofendida—. Yo puedo trabajar en lo que sea si quiero.

—Vale. Demuéstramelo. Me conformo con dos semanas—. Le doy un trago a mi Coca-Cola y la observo.

—¡Anda, la otra! ¿Crees que voy a rajarme?

—Por cierto, deberías venir con otra indumentaria. Llevas una mezcla de voy al gimnasio pero en el camino me he encontrado a unos colegas y nos vamos a un garito a bailar reggaetón o trap o lo que sea que escuchéis ahora.

—¡Qué dices! Esto está guapo —se defiende enseguida, mirándose la ropa y después a mí con asombro—. No tendré que venir vestida con esas pintas que llevas tú, ¿verdad?

—¿Pintas? —Voy con unos vaqueros ajustados, una camisa y un blazer bajo el abrigo—. Es un look sencillo de trabajo. Mañana quiero verte con algo similar.

—¿Quieres echarme veinte años encima?

—A ver, que solo nos llevamos seis o siete años.

—¿Lo dices en serio?

—Pero ¿tú cuántos crees que tengo?

—Pues cuarenta o así, ¿no?

—Esos los tendrá tu madre, bonita. Yo acabo de cumplir veintinueve. Digo treinta.

—¿Lo ves? —responde con aire triunfal, y agita los hielos de su vaso con la pajita—. Es por la

ropa.

—¿Quieres que te diga lo que aparentas tú con esas pintas?

—Entonces, ¿qué traigo? ¿Unos vaqueros y una camisa? Me voy a congelar.

—Puedes ponerte un jersey mono, y, sobre todo, deshazte de ese plumífero y esas ruedas de tractor que llevas en los pies.

—¿Estas? ¡Pero si costaron una pasta!

—Pues no me las pongo yo ni aunque me paguen.

—Tú no tienes ni idea de moda... A lo mejor la memoria se te quedó más atrasada en eso por el accidente.

La miro sin dar crédito a sus palabras.

—Perdón, se me ha escapado —se disculpa enseguida, supongo que al ver mi cara.

—No pasa nada, no te preocupes.

Nos quedamos de pronto calladas, entretenidas en los vasos que tenemos delante.

—¿Qué se siente cuando pierdes la memoria? —se lanza a preguntarme—. Tiene que ser raro, ¿no?

—Pues sí, la verdad.

—Y cuando hablas con Iván y te cuenta vuestras anécdotas, ¿no te vienen a la cabeza los recuerdos?

—No. En realidad siento como si me contara la vida de otra, algo que no he vivido yo.

—¿Cómo os conocisteis?

—En una fiesta de inauguración. Por lo visto me acerqué a él y nos pusimos a hablar.

—Sí, te pega más a ti ese rollo que a él.

—¿A qué te refieres?

—A que tú pareces más lanzada. Aunque él cuando coge confianza también es divertido.

—¿Insinúas que te parezco divertida?

—Sí. Tienes pinta de serlo, por comentarios que he escuchado en casa. —No parece la misma Vero que he conocido en presencia de su abuela, creo que sobreactúa cuando está en familia—. Y eres mandona un rato también.

—Pues hablando de mandona: ni que decir tiene que mañana estarás a las nueve en punto como un clavo en la oficina.

—Como un clavo, mi sargento. —Se me cuadra cuando nos levantamos de la silla.

Capítulo 32

- Te llamaba por si te apetecía tomar una copa. Hoy es mi noche libre en el bar.
- ¿Hoy? Me pillas un poco mal, Susi, no sé si Rebeca tendrá pensado algo.
- Pero ¿tenéis un rollo serio? No me lo pareció cuando hablamos.
- No lo sé, si te soy sincero.
- ¿Entonces? ¿Qué problema hay? Me apetece mucho verte para ponernos al día.
- Bueno... si quieres podemos tomarnos un café y charlamos un rato.
- Sí. Perfecto. Te mando la ubicación de un sitio cerca de mi casa.

Capítulo 33

Rebeca

Madrid, 4 de diciembre

Llevo varios días sin escribir en mi agenda y sin tratar de indagar en mi cabeza ni en la de Iván. De hecho, creo que es por puro agotamiento físico y mental. Voy a darles una tregua a mis neuronas. No voy a exigirles nada, solo lo necesario para pasar el día.

Anoche, tras la reunión con Verónica y una visita con un cliente a última hora, regresé a casa completamente exhausta. Aproveché que Iván no había llegado y me di un baño relajante con una bomba de sales que me compré en una tienda de jabones por la que pasé de camino a casa. Me sentó de maravilla.

A las diez, me quedé dormida en el sofá, viendo un capítulo de *The big bang theory*, creo que me he perdido un par de temporadas o las he olvidado junto con el resto de mis vivencias. He despertado en mi cama, no recuerdo ni cómo llegué allí. Iván no ha venido a dormir, eran las cinco cuando me desvelé y vi que su cama seguía intacta. Le escribí un mensaje, preocupada por si le había pasado algo, como a mí aquel fatídico día. Pero me respondió con un «todo ok» y se desconectó sin más explicaciones. En su línea.

Cuando he salido hacia el trabajo, todavía no había llegado. Me pregunto si lo que pasó en Toledo ha influido en su comportamiento. Me temo que sí.

Al llegar a la oficina, me encuentro a Vero sentada en una de las sillas reservadas para los clientes frente a mi mesa. Buena chica. Puntual y con un look sencillo compuesto por vaqueros, un jersey de punto de cuello vuelto y unas botas de caña alta sin tacón. Llaman la atención los enormes pendientes que se ha puesto en plan folclórica, pero sin ellos no sería ella y está muy guapa.

Le enseño cómo funciona el programa y los sistemas de rastreo para encontrar pisos que hayan puesto en venta o alquiler los clientes. También le muestro cómo hacer llamadas de captación y le dejo hacer alguna. Corrijo sus modales y la forma de dirigirse al cliente. Es lista y parece tener ganas de aprender. A media mañana, me la llevo a enseñar un par de pisos.

—Me lo estoy pasando bien contigo —afirma con visible entusiasmo—. Pensaba que iba a ser más aburrido tu trabajo.

—Es variado y no te pasas el día encerrada en una oficina.

—¿Has visto qué borde era la tía esa con el marido? El pobre no sé cómo la aguanta.

—Bueno, también él era un poco pánfilo, ¿no? No se enteraba de nada.

—Ya, pero me ha dado un poco de pena. No le dejaba meter baza.

—¿Nos tomamos una Coca-Cola antes de irte? —le propongo.

—Pero ¿me voy ya? —se extraña—. Dijiste que lo de las cuatro horas era solo un formalismo.

—Dije muchas cosas porque pensaba que vendrías a vagar. Pero te lo has currado.

—Y ¿no quieres que te acompañe a lo de esta tarde?

—No hace falta.

—¿Crees que si lo hago bien, me contratarán por más tiempo?

—No lo sé, Vero. Lo mío también es temporal, estoy haciendo una suplencia.

—Y cuando se te acabe, ¿qué harás?

—No creo que vaya a estar aquí hasta entonces. Pienso marcharme a Ibiza en cuanto me dejen.

—¡Qué suerte tienes! Ibiza... Ya me gustaría a mí. Mis amigas estuvieron hace dos veranos y volvieron flipadas.

—Bueno, si te lo curras, a lo mejor te invito este verano a visitarme y te traes a tu abuela.

—Te lo agradezco, pero, no me refería a ese plan de ir con la abuela y contigo. ¡Menudo rollo!

—Pero ¿qué dices? Por mucho que te contaran tus amigas, no has estado en Ibiza si no lo vives con alguien que se conoce esa isla como la palma de su mano.

—No me extraña que tus compañeros rajen de ti a tus espaldas, eres capaz de vender humo.

—¿Qué coño dicen mis compañeros a mis espaldas?

—Que eres un topo que ha mandado el de la franquicia.

—Joder, qué imaginación tienen —afirmo, riendo.

—Y mucho tiempo libre. El del bigotillo ve series en Netflix en cuanto la jefa sale por la puerta.

—¿Ve Netflix? Yo creía que estaba enganchado al porno.

—Le pega... a lo mejor lo otro es la tapadera.

—¿Y qué haces tú en tu tiempo libre? —me intereso.

—Poca cosa. Escuchar música y salir con el grupo.

—¿No hay nada que se te dé bien y a lo que te gustaría dedicarte?

—Me encanta ver vídeos de maquillaje en YouTube, y a veces pienso que podría ser una de ellas, dedicarme al mundo de la cosmética y abrirme un canal también. Pero soy muy cortada para eso. Dar la cara me acojona un poco. Se me trabaría la lengua.

—¿Y tú eras la que quería presentarse a Gran hermano?

—Ya, si por eso no me he presentado nunca —reconoce—. Solo lo digo para picar a mis padres y a la yaya.

—¿Por qué no empiezas por hacer un curso de maquillaje? Así probarías si te gusta realmente y, poco a poco, vas metiendo la cabeza en el mundillo.

—Pero en eso solo triunfas si estás en YouTube. Las marcas te envían productos y te pagan si tienes muchos seguidores —responde, dándole vueltas a la pajita en su bebida—. De maquillar a cuatro novias al año no te mantienes.

—Tu objetivo no puede depender solo de tu presencia en las redes. Empieza por los cimientos, fórmate como maquilladora. Después irás conociendo gente, puedes buscar unas horas en una perfumería, ir metiendo la cabeza en marcas como MAC o Nars, y el canal plantéatelo solo como una plataforma para mostrar lo que vayas aprendiendo. Sin pretensiones.

—Pero ya te he dicho que me da vergüenza hablar en público.

—Puedes maquillar y poner tu voz en off después. Irás ganando confianza poco a poco.

—¿Tú crees que valdría para maquilladora?

—Yo no daba un céntimo por ti ayer en la oficina. Creo que si te lo tomas en serio, puedes valer para cualquier cosa. Tu problema es que no confías en ti y te rajas antes de planteártelo siquiera.

—Eso dice mi madre también: que cuando me pongo, lo hago bien. Pero lo que me cuesta ponerme...

—¿Nos vemos mañana entonces?
—A las nueve en punto como un clavo.

Yo: ¿Te apetece quedar para comer?

Iván: Estoy bastante liado.

Yo: ¿Cenamos juntos entonces?

Iván: Vale.

Antes de guardar el móvil en el bolso, salta una llamada entrante. Es Inés.

—Adivina qué.

—No tengo la cabeza para adivinanzas.

—Tu madrastra se ha presentado en mi casa. Tu jardinero le ha contado lo de las gemelas. Tengo un cabreo... No sabe mi madre quién es el padre de sus nietas, y ha tenido que enterarse la otra abuela.

—¿Eso nos convierte en hermanastras políticas? —sugiero en plan jocoso.

—Déjate de hostias, que no estoy de humor.

—Relájate, mujer. Ya verás que es mejor que todo haya salido a la luz —trato de calmarla—. ¿Y cómo lo ha sabido el jardinero?

—Es que ibas con el fontanero cuando nos pillaste infraganti en la ducha. —Me quedo de piedra y a punto estoy de soltar una carcajada, pero me controlo para no cabrearla más—. Supongo que al servicio de mantenimiento del Bahía les va eso de airear confidencias —prosigue—. También van largando que tú te liaste con otro. Si quieres la identidad de tu hombre misterioso, tal vez puedas recurrir a ellos. De lo tuyo me he enterado por una de las limpiadoras de Inmo, que se lo ha soplado a Alejandra. Van intercambiando confidencias de unos negocios a otros, por lo visto.

—Seguro que nos vieron por allí —afirmo—. Tuve sueños con su imagen y el Bahía de fondo. Lo extraño es que no nos vieras tú.

—Sería en la etapa que estuvimos sin hablarnos por lo de Hugo.

—Puede ser.

—¿Y tu padre y Erika? ¿No lo sabrán? Tal vez os vieron también por allí.

—Me da pánico preguntar algo así.

—Pues creo que se ha cancelado la boda —me comunica—. Por lo visto la francesa también se ha enterado de nuestro affaire.

—¿También tienen confidentes en el extranjero los de mantenimiento?

—En ese caso no, creo que ha sido Erika quien ha movido los hilos. Le puso las pilas al vástago de los huevos. Me ha llamado él también, pero no se lo he cogido. ¡Qué le den! Menudo gilipollas.

—Pues vaya panorama tenemos, amiga. A ver si me dejan salir pronto de aquí y puedo ir a verte.

—¿Sigues con la idea de volver?

—Sí. Lo tengo decidido. Aquí solo me retiene el médico.

—Ayer escribí a Iván para saber cómo estaba. En tu ausencia nos escribíamos a diario y me sabía mal haber dejado de hacerlo. Espero que no te importe.

—¡Claro que no! —le digo—. ¿Por qué iba a importarme?

—De todas formas no me respondió.

—Está raro desde el fin de semana —contesto, a modo de justificación.

—¿Habéis discutido? Quizás le presionas demasiado. Te conozco y sé que puedes llegar a ser implacable cuando te obsesionas con algo.

—Solo nos acostamos.

—¡Joder! ¡Eso no me lo esperaba! ¿Y?

—Estuvo bien. Demasiado, diría. Pero nada. Sigo sin recordar. Y encima se ha estropeado lo poco que teníamos, el buen rollo.

—¿Qué plazo te dio el médico para recuperar la memoria?

—En teoría, en este tipo de cosas no hay plazos. No es como curar una herida o soldar un hueso. Aunque dice que lo habitual es recuperarla a los pocos días de sufrir el accidente. Visité a un colega suyo que quería estudiar mi caso más a fondo y aún no me han dicho nada. Yo empiezo a darme por perdida —confieso, en tono de resignación—. Pero también te digo que me da igual. Lo único que me importa es recuperar mi antigua vida, y creo que para eso no necesito nada más. Incluso he pensado celebrar mi veintinueve cumpleaños a lo grande cuando vuelva. Me niego a cumplir los treinta sin haberlos vivido.

—¡Joder, qué desastre! ¡¡Fue tu cumpleaños!! Vaya mierda de amiga tienes. Y encima lo vi en Facebook y no te puse nada porque sabía que no lo verías. Me dije: ahora cuando desayune, la llamo. Pero se me pasó por completo. ¡Lo siento! No me odies, por favor.

—No te preocupes. A Iván también se le olvidó, y no he montado ningún drama —añado, para que no se sienta mal.

—Pues sí que tiene que estar bajo de moral para que se le haya olvidado. El año pasado te regaló el viaje a Bali. Bueno, a Nueva York... No creas que te lo he perdonado.

—Te equivocas. Nuestro viaje fue en verano. Lo de Bali tuvo que ser Bali. Te la colaríamos por otro lado con ese otro viaje —afirmo riendo.

—Imposible. Ese verano acababais de inaugurar el Bahía, no te moviste de allí. Incluso el pasado verano tengo mis dudas, fue cuando nos pillaste infraganti y aún no habíamos discutido nosotras. Además, ¿cuándo te has ido de vacaciones en verano?

—Ya, a mí también me extrañó. Pero con la cabeza como la tengo... tampoco puedo estar segura de nada. ¿Crees que me ha mentado?

—Se habrá confundido o lo entenderías mal. No le des más vueltas, que nos conocemos.

—¿Podrías conseguirme el teléfono del jardinero de mi madre?

—¿Qué estás tramando ahora?

—Quiero sacarle información. Tuvo que vernos a ese tío y a mí por el Bahía. Tengo que descubrir quién es, qué hubo entre nosotros y por qué desapareció de mi vida repentinamente.

—¿Crees que Iván puede haber tenido algo que ver?

—Lo has dicho tú, y no yo. Ahora lo creo más probable.

—A lo mejor lo hizo por vosotros, para recuperar lo vuestro aprovechando tu amnesia.

—Dime que no sabes nada de esto ni estás implicada.

—Te lo prometo, Rebe. Solo ha sido una suposición.

—Pensaba dejarlo estar. Olvidarme del pasado y seguir con mi vida desde este punto. Pero no puedo vivir desconfiando de la gente que me rodea. Necesito saberlo todo y, a partir de ahí,

comenzar de cero —le explico—. Eso también lo incluye a él. No lo he descartado de mi vida, te lo aseguro. Sin embargo, ¿me puedo fiar de él?

—Claro que sí —afirma tajante—. Y si tiene algo que ver con la desaparición de ese tipo, confío en que lo habrá hecho con la mejor intención por lo vuestro. No para hacerte daño.

—¿Y si yo no quería lo nuestro? Me conoces y sabes que no soy impulsiva. Jamás habría dado un paso si no está muy pensado. Si ese tipo era un obstáculo entre nosotros, sería por algo, ¿no crees?

—Si hubiera sido tan importante en tu vida, me lo habrías contado.

—¡No nos hablábamos, Inés! Tú misma me lo has confirmado.

—Eso ocurrió un par de meses antes de irte —me informa—. ¿Quieres decir que, en ese tiempo, te volviste loca por un tío repentinamente y cambiaste todos tus planes? A mí me suena más a un escarceo. Te acostarías con uno en el Bahía y te pilló el jardinero. Te sentiste culpable y se lo contaste a Iván. Se lo tomó mal y te dejó, por eso huiste a Madrid a la desesperada para salvar lo vuestro. Luego tuviste el accidente y él se deshizo de todas las pruebas de tu affaire para empezar de cero. Fin de la historia.

—Veo lagunas en ese relato. ¿Qué me dices del mensaje que te envié antes del accidente? —le recuerdo—: «No te vas a creer lo que me ha pasado. O quizás sí». Lo que me pasó tuvo que ver con Iván. Eso seguro. Si no, ¿por qué me di la vuelta?

—Pero no os visteis ese día, ¿no?

—Eso dice él, pero ¿y si nos vimos?

—¿Qué podría haber hecho que te impactara tanto como para largarte de vuelta al aeropuerto?

—No lo sé. Tuvo que ser una llamada. El conserje del paraguas dijo que no llegué a encontrarme con nadie, que salí disparada con mis maletas.

—Entonces sigue cuadrando mi teoría. Le llamaste desde los servicios para decirle que estabas allí, y se negó a verte. Pasó de ti y eso te hundió. Decidiste volver y ocurrió el accidente. Cuando se enteró se sentiría fatal y decidió perdonarte. Yo le noté bastante afectado, no parecía ni su voz.

—Y todo este tiempo que le he hablado de mis sueños y de ese hombre misterioso... ¿No habría sido más fácil decírmelo? «Sí, Rebeca, tuviste un rollo con un tipo. Pero te lo perdoné y decidimos seguir adelante con lo nuestro».

—¡Ja! ¿Cómo iba a decirte eso? Acabas de despertar, que ni lo reconoces, ¿y va a confesarte que tuviste un lío con un tío con el que sueñas desesperadamente? Eso para él habría sido como entregarte en bandeja a los brazos del otro —afirma riendo—. Lo que hizo es lo que habría hecho cualquiera: deshacerse de las pruebas. Muerto el perro...

—¿Crees que por eso era tan esquivo conmigo al principio? Ni siquiera me tocaba. A lo mejor me guardaba rencor por lo que hice.

—Seguramente. Eso no se olvida así como así, y la amnesia es solo tuya.

—¿Y qué debo hacer? ¿Me olvidó así sin más?

—Yo lo haría. No será el primer hombre de una noche que pasa por tu vida sin pena ni gloria.

—Pero no me consideraba una persona de las que hacen ese tipo de cosas teniendo pareja. ¿Tanto había cambiado en este tiempo?

—No —dice, tajante—. Ya te digo que ni yo estaba al corriente de eso. Soy la primera sorprendida. Flipaste con lo de Hugo, jamás te imaginé capaz de hacer lo mismo.

Capítulo 34

INICIO DE SESIÓN ORDENADOR PORTÁTIL

FACEBOOK

sesión iniciada.

información de Rebeca:

Vive en Ibiza.

Trabaja en *añade un sitio*.

Estudió en *añade un centro educativo*.

añade tu situación familiar y sentimental.

Amigos 563

Solicitudes de amigos 16

Lista de amigos:

Acción: *Buscar Iván*. Se ha encontrado una coincidencia. Acción: *Borrar de mis amigos*.

Archivo de fotos:

Fotos en las que apareces. Acción: *Eliminar etiqueta*.

Tus fotos:

Opciones: *eliminar este álbum*. ¿Eliminar el álbum Vacaciones? Acción: *Eliminar*.

MESSENGER

Acción: *Buscar Iván*. Mensajes no encontrados.

MAIL

Bandeja de entrada:

Acción: *Buscar en remitente Iván*. Se han encontrado 56 coincidencias. Acción: *Seleccionar todo*.

Acción: *Borrar seleccionados*.

Bandeja de enviado:

Acción: *Buscar en destinatario Iván*. Se han encontrado 63 coincidencias. Acción: *Seleccionar*

todo. Acción: *Borrar seleccionados*.

Papelera:

Acción: *Vaciar*.

Archivado:

Acción: *Buscar Iván*. Se han encontrado 0 coincidencias.

FOTOS EN DISCO DURO

Recuerdos. Acción: *seleccionar álbum*. Acción: *enviar a disco externo*.

Lugares. Acción: *seleccionar álbum*. Acción: *enviar a disco externo*.

Favoritos. Acción: *eliminar de favoritos*.

APAGAR EQUIPO

Capítulo 35

Rebeca

Madrid, 5 de diciembre

Anoche volvimos pronto a casa. Él llegó incluso antes que yo. Se comportó como si nada. Como si el día anterior no hubiera desaparecido y ese detalle solo formara parte de mi imaginación. También hizo lo mismo con lo ocurrido en Toledo: mantuvo la distancia que hasta esa madrugada formaba parte de nuestra rutina diaria. Como dos personas que comparten piso y se llevan bien, incluso bromean. Solo me preguntó cosas banales del trabajo: qué tal con Vero, si había conseguido domar a la fierecilla, si había novedades sobre el casoplón de los pijos y cosas del estilo. No hizo referencia alguna a nada más. Ni mencionó dónde había pasado la noche anterior. Tampoco quise preguntárselo. Se acabó el papel de supuesta pareja. La distancia entre nosotros es evidente, y no tiene nada que ver con mi pérdida de memoria. Él en su sitio, y yo en el mío. Será lo más cómodo para ambos durante el tiempo que tenga que estar aquí.

Pero retiro lo de no seguir indagando. Es demasiado importante para mí conocer los detalles que nos llevaron a esta situación. He decidido hurgar en su habitación y tratar de seguir algún rastro, lo que sea.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- He registrado su habitación.
- He encontrado un disco externo y lo he conectado a mi portátil. Enseguida lo he desconectado porque me he sentido una cabrona. Había muchas carpetas, pero no he abierto ninguna.
- La caja de mudanza sigue cerrada en el altillo. La he bajado y he intentado despegar la cinta por uno de los laterales. Me he preguntado qué explicación podría darle si no encuentro nada relevante y descubre que la he abierto. He vuelto a dejarla en su sitio.
- En el cajón de las camisetas guarda una alianza con mi nombre grabado por fuera. No por dentro, como suele hacerse. Sin embargo, dentro lleva otra inscripción: "Siempre habrá una excusa". La alianza no es de mi tamaño, me queda muy grande, debe de ser suya. Está metida en una cajita con ranura para dos piezas. He buscado en el resto de los cajones por si había otra con su nombre y de mi tamaño, pero no la he encontrado.
- ¿Nos habíamos casado?
- ¿Pensábamos hacerlo?
- ¿Lo pensó él?
- Me gusta cómo huele su ropa, me ha recordado a Toledo.

—¡Hola, papá! Justo iba a llamarte cuando llegara a la oficina. ¿Va todo bien?
—¿Tú sabías lo de Hugo y tu amiga?
—Sí. Lo siento. Fue por eso por lo que nos distanciamos ella y yo, y también por lo que él decidió largarse.
—Erika está que trina. Se ha cargado la boda.
—Bueno, es normal que la chica se haya rajado. ¿Quién querría casarse con un tipo así?
—No, si la ha dejado él. Por lo visto ella ni se ha enterado del embarazo. No para de llamar aquí preguntando por él. Pero Hugo se ha largado y no sabemos dónde está. Ha dejado su trabajo. La novia dice que habló de retomar lo del Bahía, y por eso te llamaba. ¿Tú sabes algo de eso?
—Tengo varias llamadas perdidas de un número raro, tal vez haya sido él. Pero yo no quiero que entre en el proyecto, pienso volver.
—Erika quiere cederle su parte también.
—¿Qué parte?
—Quiere que nosotros nos desentendamos del negocio, y que os encarguéis vosotros dos.
—Pero ¡si ni siquiera lo conozco! —«¡Mierda!»—... Me refiero a laboralmente, ya hemos visto cómo se las gasta, ¿no?
—Os acabaréis entendiendo. Nosotros ahora queremos descansar. Quizás viajemos a Alemania una temporada.
—¿Lo dices en serio, papá? —«No puedo creerlo»—. Pero si voy a volver dentro de nada... Solo necesito un poco de tiempo para arreglar mis cosas.
—No te preocupes. No moveremos nada hasta que tú llegues. Y háblalo con tu hermano.
—¿Mi hermano?
—Bueno, es lo más parecido a un hermano que tienes.

Yo: Tienes que llamar a Hugo por mí.

Inés: ¿Yo? ¡Qué dices! ¡Ni loca!

Yo: Está intentando contactar conmigo para lo del Bahía. Si hablo con él, se dará cuenta de que tengo amnesia y podría enterarse mi padre.

Inés: Tu padre va a enterarse tarde o temprano. Mejor que lo haga por tu boca.

Yo: Lo haré cuando esté en Ibiza. Pero mientras tanto prefiero evitarlo.

Inés: ¿Y qué se supone que debo decirle?

Yo: Pregúntale cuánto quiere por cederme su parte. Paso de trabajar con él. No me parece un tío de fiar.

Inés: ¿Solo porque le puso los cuernos a su novia franchute? En eso estáis a la par, ¿no?

Yo: ¿Tú te fiarías de él?

Inés: Para el trabajo sí. No es mal tipo, solo un mujeriego sin remedio con pánico al compromiso.

Llego a la oficina y no veo a Verónica por ningún sitio. «¡Mierda! La niñata ya me la ha jugado». Cuelgo mi abrigo en el perchero y la veo salir del servicio.

—Ya pensaba que te habías rajado —le digo cuando se sienta frente a mi mesa.

—¡Qué dices! Hoy he venido un poco antes. He captado un piso de camino, aunque parece bastante chusquero. Pero he quedado en confirmar cuándo iríamos a verlo.

—¿Que has captado qué?

—He visto un cartel en un balcón y he llamado para ver si querían que... ¿Por qué me miras así?

—Es que no entiendo que te hayas tocado las narices durante todo este tiempo, si hasta tienes iniciativa.

—¿Tú crees?

—Deja de decir tú crees, Vero. ¿Sabes lo difícil que es pillar un cartel hoy día? No duran ni dos minutos, a no ser que directamente sean de una inmobiliaria.

Durante la comida, me cuenta sus nuevos planes. Ha decidido olvidarse del maquillaje y afirma que su futuro está en el mundo inmobiliario. Que quiere seguir mi ejemplo y adquirir mi nivel, esas han sido sus palabras.

—Es que no sabía que se ganaba tanto con este trabajo.

—Tampoco es para tirar cohetes, suponías bien.

—Bueno, a ti no te va tan mal. Vas a restaurantes caros, la tienda a la que entramos el otro día es de esas que te sigue el vigilante durante todo el recorrido, y ni revisas las etiquetas para calcular el importe de lo que te compras... Yo de mayor quiero ser como tú.

—Quizás no deberías tomarme de referencia, Vero. Lo mío es circunstancial. Tengo... algún dinerillo ahorrado.

—Pues tengo pensado ahorrar también —afirma, llevándose un par de patatas fritas a la boca—. ¿Crees que, si conseguimos vender los dos pisos de esta mañana, la jefa decidirá contratarme?

—No lo sé. Es un poco variable. Tan pronto piensa una cosa como la contraria.

—¿Y en Ibiza? Podría irme allí contigo —propone—. Total... aquí tampoco tengo nada.

—¿Estás loca? Tu abuela nos mataría a las dos: a ti por largarte y a mí por meterte pajaritos en la cabeza. Eres su ojito derecho, ¿no te has dado cuenta? ¡La matarías si te vas!

—Yo creo que se alegraría mucho. Te tiene en un pedestal. No habla de otra cosa últimamente, solo de vosotros. Mi padre te tiene una manía...

—Lo sé. El cariño es mutuo.

—Mi madre, en cambio, le sigue el rollo a la abuela. Parece que sea ella la hija y no mi padre. Ojalá os hubiéramos conocido antes.

—¿Te gusta ver a tu padre irritado? —me extraño.

—Eso no. Pero mi abuela estaba muy abandonada. La teníamos ahí olvidada, solo nos acordábamos de ella cuando la necesitábamos para algo. Yo la primera, claro. Encima no se llevaba bien con mi madre y eso creaba un mal rollo que te cagas. Hasta me llevo mejor con el Peluca.

—¿Quién es el Peluca?

—Mi hermano. Así le llaman en el barrio. ¿Nunca le has visto?

—Sí, alguna vez coincidimos en el hospital. Es muy callado.

—Es tímido y va a su rollo, sí. Antes nos llevábamos a matar. Le metía la mano en la cartera y se rebotaba.

—¿Hacías eso?

—Solo cuando no me daban pasta para salir. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Ganártelo como ahora?

Le da un trago a su Coca-Cola y se queda pensativa. No calla ni debajo del agua. Aunque me divierto con ella, se me hace más amena la jornada.

—Hablando del sueldo, ¿tú crees que podrían adelantarme algo para mis gastillos? Es que Iván me ha dicho que no puede andar trayéndome todos los días a la misma hora. Necesito comprarme un abono de transporte.

—¿Le has pedido a Iván que te traiga todos los días?

—Sí, ¿qué pasa?

—Que me parece mucho morro por tu parte.

—Es que con lo que me dan mis padres no me llega para todo, y tengo que salir.

—Así es la vida, chica. Tendrás que ir renunciando a cosas, no se puede tener todo.

—Habló la de la Visa floja...

La miro con los ojos como platos.

—Entonces, ¿crees que me lo darán o no?

—Mejor que no lo pidas. ¿Cuánto cuesta el abono ese? Te lo presto yo.

—¿Y tendré que devolvértelo?

—Hasta el último céntimo.

—¿Lo de la chaqueta del otro día también?

—No, a eso te invité yo.

—¿Y lo de mudarme a Ibiza?

—¿Tú qué crees?

—Lo suponía...

Capítulo 36

WHATSAPP

Chats

Iván. Acción: *Exportar chat*. Acción: *Eliminar chat*.

INSTAGRAM

Sesión iniciada

45 seguidores 74 seguidos 2 publicaciones

FOTOS

Mis álbumes. Seleccionar Personas. Seleccionar. Revisar. Mostrar caras. *Seleccionar ítems*.
Buscar por fecha. *Eliminar*.

LLAMADAS

Recientes. Iván. Acción: *eliminar todas las llamadas*.

AGENDA DE CONTACTOS

Acción: *Buscar Iván*. Acción: *eliminar contacto*.

Acción: *agregar contacto*. Nombre de contacto: *Iván*.

AJUSTES

Ajustes. Contraseña y seguridad. Cambiar contraseña.

APAGAR TELÉFONO.

Capítulo 37

Rebeca

Madrid, 6 de diciembre

Son las cuatro de la madrugada y, como acostumbro últimamente, me desvelo a horas intempestivas. Hoy ni siquiera tengo que madrugar. Es festivo y no trabajo. Aun así, mi reloj biológico se empeña en que mi día comience cuando aún no se ha despertado el día.

Anoche discutimos por enésima vez. Fue mi culpa, todo hay que decirlo. Me empeñé en sonsacarle sobre el anillo, aunque no lo mencioné. Jamás se me ocurriría admitir que registré su habitación. La conversación fue tal que así:

—¿Alguna vez pensamos o hablamos sobre casarnos?

—No, que yo recuerde.

—Pues a mí me suena algo de eso.

—¿Es que has recuperado la memoria?

—No, pero he tenido algunos sueños sobre una boda, y creo que era la nuestra.

Me miró atónito.

—Imposible. No nos hemos casado. Si quieres vete al registro a comprobarlo.

—¿Por qué estás tan borde?

—Es que ya empiezas con tus acusaciones camufladas.

—¿Acusaciones camufladas? Solo estaba haciéndote una simple pregunta. El problema es que tú te sientes atacado todo el tiempo, y no entiendo por qué, la verdad. Cualquiera diría que ocultas algo.

—¿Algo como qué?

«¿Algo como un anillo de boda?».

—No lo sé. Si lo supiera, no te lo preguntaría.

—Tengo ganas de que llegue el lunes, vayas a tu revisión médica y te den la libertad de marcharte.

—Pues eso tiene fácil arreglo, solo tengo que hacer mis maletas y largarme a un hotel.

—No seré yo quien te lo impida.

Y dicho esto, me puse en pie, me dirigí a mi habitación y saqué las dos maletas del altillo de mi armario. Solo que en vez de meter mi ropa en ellas, terminamos con la que llevábamos por el suelo y echando el mejor polvo de mi vida, al menos que yo recuerde.

Me levanto a beber un vaso de agua y cuando vuelvo a la cama lo encuentro girado hacia mi lado, de espaldas a la ventana, con esa ligera respiración de estar perdido en un sueño plácido y profundo, sin emitir sonido alguno, con el brazo derecho estirado bajo la almohada y el izquierdo sobre el espacio del colchón que momentos antes ocupaba mi cuerpo. Mueve los dedos, y ahora la palma de su mano recorre el sitio buscando algo.

—Vuelve a la cama, pirada, y deja de observarme —dice, sin abrir los ojos.

Cuando avanzo al borde de la cama tira de mi mano y caigo sobre él. Creo que ha encontrado el remedio perfecto para mi insomnio.

A las nueve, suena su despertador. Hoy es festivo, pero tiene que pasarse por la oficina para coger su ordenador, ha quedado con un amigo para un proyecto personal. «Los genios no descansan», me dice antes de salir y se va tan pancho. Yo me quedo en la cocina, terminando de desayunar. No tengo ninguna prisa. Solo estoy decidiendo qué decirle a Hugo. Tengo que quitarme ese escollo cuanto antes y voy a llamarle:

—¡Ya era la hora, Beca! —«¿Beca?, menudas confianzas se toma»—. ¿Dónde estabas? Pensaba que ya te habías recuperado de tu accidente —dice, con un acento alemán profundo—. ¿Cuándo regresas?

—¿Tú lo sabías?

—Sí, en el primer día.

—¿Y quién más lo sabe?

—Todos. Tu padre no. Se lo ocultamos por infarto.

—¿Infarto? —me sorprende—. Pensaba que era una angina de pecho.

—Sí, pero mi vocabulario tiene más límites que tú.

«Vaya, a este le han faltado unos cuantos veranos por nuestras costas».

—¿Tienes intención de instalarte en Ibiza? Porque yo podría encargarme de todo, no es necesaria tu presencia.

—Sigues furiosa conmigo —agrega, y parece dolido—. ¿Hasta cuándo voy a disculparme por lo mismo? Cometí un error y te fallé. Pero me superé con lo de Inés, debías entenderme.

—¿Entenderte? La dejaste colgada, y también a mi padre.

—¿La defiendes? Me dijo que está poniendo medios. Mintió. Me usó de... ¿cómo lo llamáis?

—¿Insinúas que buscó el embarazo a propósito?

—No insinúo, me confesó Inés. Y a ti también, pero no recuerdas.

«Pero ¿qué cojones...? ¡Alucino con mi amiga!».

—Me he enterado de que has cancelado tu boda.

—Sí. Me gustó lo que pasé con vosotras en verano. No me veo ahora en Frankfurt.

—¿A qué te refieres?

—El verano pasado en Bahía de rodrigos.

—¿Qué?

—Sin pareja como decía Inés, rodrigos.

—¡Ah, de rodríguez!

—¡Eso! Y los festejos con vuestro amigo... ¿Cómo se llama?

—¿Iván?

—No, el pedante ese me cae del culo. El músico.

«¿Músico? No se estará refiriendo al del puto sueño, ¿no?»

—Yo tampoco recuerdo su nombre. —«Por favor, acuérdate tú»—. ¿Te refieres al que tiene el pelo rubio?

—¿Sigues sin memoria?

—Sí, me pillas en blanco ahora mismo.

—¿Eso dónde es? ¿Estás ocupada? —«Joder con el alemán, no se entera»—. ¿Y qué hacemos con la proposición de los padres? ¿Bien para ti? La palabra última es tuya.

—Lo hablamos cuando vuelva. ¿Tienes pensado dónde vas a instalarte?

—Voy a vivir en casa de mamá y ellos marchan a Frankfurt.

—Y cuando vuelvan, ¿se instalarán contigo?

—Noooo, ellos se quedan con tu casa.

—¿Mi casa?

—De tu padre. Perdón. Llevo un tiempo sin practicar mi español.

—¿Y eso cuándo será?

—Yo estoy en Ibiza en fin de semana. ¿Bien?

—El lunes te lo confirmo. Tengo trabajo que dejar zanjado aquí.

—¿Por qué cambias de opinión?

—No te entiendo.

—Tú, para volver. Ha pasado poco tiempo de irte.

—Sí. También echo de menos la isla.

—¿Él volverá contigo?

—No. No lo creo.

—Bien saberlo. Tú estás más cachonda cuando no están juntos.

Intento aguantarme la risa, pero no lo consigo.

—Hugo, te voy a dar un consejo: no uses expresiones de Inés.

—¿Qué dije? Siempre ríe de mí con esa frase. Dice que es correcta, la diversión es mi acento.

—¡Qué cabrona! Si la ves, díselo de mi parte.

—No habla conmigo. No perdona que regresé a Frankfurt con la noticia del embarazo.

—Tranquilo. Se le pasará. La conozco. Tú insiste.

—¿Va bien? Pareces distinta.

—Solo estoy algo cansada. Duermo poco.

—Pues te dejo para dormir.

Me doy una ducha y decido salir a comer. No sé qué planes tendrá Iván, pero viendo la hora que es tampoco me voy a molestar en preguntarle. Estoy cansada de ser yo quien va detrás de nuestros planes, que se moje el culo alguna vez.

Hace un frío de mil demonios, no sé si darme la vuelta y abortar la salida, ya se me podía haber ocurrido pedir comida a domicilio. Pero son casi las tres, si pido algo a estas horas voy a comer a las cuatro. Decido que el italiano que hay dos bloques más arriba es la opción que me apetece, se me han antojado unos tallarines carbonara y no se me quitan de la cabeza.

Por suerte hay mesas libres, a pesar de ser festivo, al menos de las pequeñas para dos comensales, las familiares están completas. Me acomodan junto a la ventana y pido directamente los tallarines y la bebida. Tengo demasiada hambre como para perder el tiempo revisando la carta por si cambio de opinión.

Yo: ¿Quién es el músico que se corría juergas con nosotras y el vástago alemán este verano?

Inés: ¿Mauricio?

Yo: Ni idea. Es lo que me ha dicho Hugo, que por lo visto este verano nos lo pasamos muy bien de rodrigos.

Inés: Es un caso tu hermanastro. Lo que nos hemos reído con él no está pagado. ¿Qué se cuenta?

Yo: Primero lo del músico. ¿De dónde puñetas ha salido? ¿Me lie con él?

Inés: ¿Con Mauricio? ¡Qué dices! ¿Tengo que repetirte lo pillada que estabas de Iván por enésima vez? Aunque sí te tiró la caña, pero no te diste por aludida.

Yo: Pues me da que al final sí. Va a ser el de los sueños.

Inés: Pero ¿no tenía los ojos azules?

Yo: Sí... supongo.

Inés: ¿Supones o estás segura?

Yo: Estoy segurísima, y el pelo rubio.

Inés: Ya imagino... Si son tu debilidad los rubios.

Yo: ¿Lo dices en serio?

Inés: ¡Pues claro! Y Mauricio es mulato. Está cañón, también te lo digo. Y sale con Alejandra. Al final habéis hecho un buen intercambio.

Yo: No sé a qué te refieres.

Inés: Tú le quitaste a Iván, y ella se ha quedado con el mulato. Y todos contentos.

Yo: Joder, ya no me acordaba de que salía con Alejandra cuando lo conocí.

Inés: Cómo ibas a acordarte, si no lo recordabas ni a él.

Yo: Pero me lo contaste el primer día, lo tengo anotado en mi archivo de recuerdos.

Inés: Te dejo. Tengo al vástago alemán en llamada. ¿Crees que debería darle una oportunidad?

Yo: Lo has pescado con un buen anzuelo, cabrona, ¿y todavía te preguntas eso? Lo que no entiendo es que te lo haya perdonado.

Inés: No sé de qué me hablas.

Yo: Te has aprovechado de mi amnesia para adornarlo a tu antojo. La in vitro decías... No me hagas hablar, que solo me vienen burradas a la mente.

Los tallarines están un poco blandos, para mi gusto, pero tengo tantísima hambre que me los comería aunque solo estuvieran hervidos con agua. Miro por la ventana al dar un trago a mi bebida y no puedo creer la escena que tengo frente mis ojos casi en la mismísima puerta del restaurante: Iván está sacando una caja de su maletero y se la da a una chica rubia que no recuerdo haber visto nunca. Debe de tener más o menos mi edad, más no le echo. Ella cierra la puerta del asiento trasero, donde han dejado la caja. Juraría que es la misma que yo estuve a punto de abrir ayer. ¡Mierda! Debí hacerlo. Ahora me reconcome la curiosidad por su contenido. Están hablando apoyados en su coche, el de ella. Parecen algo incómodos, aunque ella de vez en cuando sonrío tímidamente. La cara de él no la veo, está más bien de espaldas a mí. Tras un breve intercambio de palabras se despiden con un abrazo cariñoso. Ella sube a su coche y desaparece por la avenida. Él duda si hacer lo mismo, abre la puerta del conductor mirando aún en su dirección, pero finalmente lo deja aparcado y echa a andar calle abajo, imagino que se dirige a casa. Pido un té y la cuenta.

Diez minutos más tarde, recibo un mensaje.

Iván: ¿Dónde estás?

Yo: Por ahí.

Iván: ¿Te apetece hacer algo?

Yo: No.

Iván: ¿Va todo bien?

Yo: Perfectamente.

Iván: Ok.

Pago la cuenta y me dirijo al metro. No sé ni adónde dirigirme, pero no me apetece ir a casa. Estoy cansada de tanto misterio. ¿Por qué no puede comportarse de forma natural? No sé... «Oye, Rebeca, voy a hacer no sé qué rollos con un amigo pero luego comeré con una amiga que tengo que entregarle una caja misteriosa».

¿Qué coño habrá en esa maldita caja? ¿Por qué no agarré un cuchillo y me cargué la cinta? Habría sido tan fácil... «Sí, lo siento, tuve que abrirla, la intriga me reconcomía».

Yo: ¿Qué coño había en la puta caja?

Lo borro antes de enviarlo.

Yo: Estaba en el italiano cuando le has pasado la caja a tu amiga.

Borro de nuevo.

Yo: Ayer estuve a punto de abrir una caja que tienes en el altillo de tu armario.

Iván: Me alegra que no lo hicieras.

Yo: A mí no. Me intriga su contenido.

Iván: Son objetos del pasado. Nada que tenga que ver contigo.

Yo: ¿De tu anterior relación?

Iván: Sí.

Yo: ¿Por qué te alegras? ¿Había algo que no debía ver?

Iván: No. Pero significa que controlas tu obsesión por querer saberlo todo.

Yo: Si perdieras la memoria, me entenderías.

Iván: Te entiendo sin necesidad de perderla, aunque no lo creas.

Yo: ¿También guardas una caja por Alejandra o no fue tan especial?

Iván: ¿?

Yo: Ahora está saliendo con Mauricio, ¿lo conociste?

Iván: No me suena.

Yo: ¿Harás una caja con mis cosas cuando me vaya?

Iván: ¿Piensas dejarte algo, a parte de la Thermomix?

Yo: Quizás.

Capítulo 38

- No se qué voy a hacer cuando te vayas.
- Lo mismo que has estado haciendo hasta ahora.
- Pero nunca volverá a ser lo mismo.
- O será mejor.
- Eso nunca, Rebeca.
- Lo nuestro ha sido un cúmulo de *catastróficas desdichas* desde el principio.
- Aun así no lo cambiaría.
- Lo harás cuando encuentres algo mejor. Ya lo verás por ti mismo.
- No pienso buscar nada.
- Pero lo encontrarás. Y será igual de bonito que lo nuestro.
- ¿No habían sido un cúmulo de *catastróficas desdichas*?
- Aun así han sido nuestras.

Capítulo 39

Rebeca

Madrid, 7 de diciembre

Yo: Estoy cerca de tu trabajo firmando el contrato para un local comercial. ¿Te apetece que comamos juntos?

Iván: Llegaría a la oficina en unos veinte minutos. Si quieres quedamos en otro sitio para que no estés esperando en la puerta.

Yo: A mí me queda un rato aún, no hay problema. Te espero abajo.

A los cinco minutos me envía otro mensaje.

Iván: Al final no tengo que pasar por la oficina. ¿Nos vemos a mitad de camino?

Yo: Voy a tardar. Recógeme en la puerta de tu oficina mejor, me pillas a dos calles de aquí.

Iván: O mándame la ubicación de ese local y te recojo allí mismo.

Yo: Vale, pesado. El cliente me está poniendo cara de perro, deja de escribirme.

«Luego decía que nosotros no éramos de WhatsApp...»

Guardo los documentos que hemos firmado y le entrego las llaves al tipo que me ha tenido una hora esperando su llegada. Menudo informal. Es un estirado de mucho cuidado. Al salir, me cruzo con la rubia de la oficina de Iván, la del despacho de abogados. La que decía que no me conocía de nada, pero que vuelve a sorprenderse al encontrarse conmigo. Decido actuar.

—Hola. Volvemos a encontrarnos.

—¿Perdón?

Mi cliente enseguida se acerca a ella y nos presenta.

—¿Os conocéis?

—No, que yo recuerde —insiste ella.

—A mí me suena de algo —replico enseguida.

—Es Rebeca, de la inmobiliaria —me presenta él—. Y ella es Alex, mi mujer.

—Encantada —me ofrece la mano, en plan estirada de nivel máximo—. ¿Habéis terminado ya? —se dirige a él—. Muero de hambre.

—Sí, pero ¿no quieres ver esto antes?

Hace una mueca, como queriendo decir *qué remedio* y camina hacia el fondo de la estancia. El sonido de un claxon me saca de mis pensamientos, que siguen centrados en ella, no sé si será así con todo el mundo o solo se comporta de este modo tan extraño conmigo.

«¿Y si es otra víctima de las circunstancias como Alejandra? —se me ocurre—. ¿Me tendrá manía por eso?».

Acabo de ver a Iván estacionado en una zona de carga y descarga en la misma puerta.

—Bueno, yo os dejo. Han venido a buscarme.

—Nosotros también nos marchamos —responde mi cliente. Salen y nos despedimos en la acera. Ella parece intrigada con mi acompañante y lo mira con cierto disimulo.

Subo al coche y, antes de que inicie la marcha, hago que él se fije en ella también.

—Me suena un montón la mujer de mi cliente. ¿A ti no?

—No —responde, tajante, ni siquiera se ha molestado en mirarla. Creo que está mintiendo, he aprendido a diferenciar sus reacciones.

—Pero si no la has visto bien, están de espaldas —insisto, mi cliente está echando el cierre de seguridad.

—Sí la he visto cuando os habéis despedido —afirma ahora—, y parece salida del canon recauchutado ese que está tan de moda con labios imposibles y la cara asombrada. —Imita el gesto con la suya, como si se hubiera quedado congelado, y no puedo evitar reírme.

—Pues me la encontré en tu oficina.

Deja de maniobrar y me mira atónito.

—El día que el conserje me devolvió el paraguas, nos cruzamos en el portal. Le pregunté si nos conocíamos de algo, porque me sonaba, y me dijo que no. Sin embargo, las dos veces que nos hemos cruzado, se ha sorprendido de verme.

—¿Y qué tratas de decirme con eso?

—Nada en particular. Solo que me parece curioso. ¿A ti no?

—A lo mejor te miró sorprendida porque también le suenas a ella de habernos visto juntos o cualquier otra cosa. No le des más vueltas.

—Vale. —Decido no insistir para no caer de nuevo en una de nuestras interminables disputas.

Saca el coche y se une al tráfico de la calzada.

—No sé si vale —se queja—. Llevas cara de seguir con el runrún en la cabeza.

—Así es mi vida desde que empezó a fallarme el coco.

—Pues tienes memoria de elefante, no sé cómo ha podido conseguir tu cerebro robarte ese intervalo.

—Si algún día la recupero, te juro que pienso hacerme un bol grande de palomitas y tirarme toda una tarde haciendo inventario mental.

Se ríe a carcajadas.

—Te creo muy capaz —afirma—. Y te habrías ganado muy bien la vida como detective privado.

ARCHIVO DE RECUERDOS:

- Reencuentro con Alex, la rubia recauchutada. (Gato encerrado).
- Hugo es el nuevo semental de la familia. (Yá le vale a mi amiga).
- La caja ya no está en el altillo. El anillo tampoco en la cómoda. Ni el disco duro... (¿Casualidad?).

Le tengo un poco de miedo al lunes. Por un lado, me asusta que no me dejen volar de nuevo. Por el otro, si me dejan, no sé cómo vamos a replantearnos lo nuestro. ¿Será en la distancia, como se supone que empezamos? ¿O lo daremos por finiquitado? No quiero lo segundo. Pero soy yo la que se marcha, tampoco estoy en condiciones de exigir nada.

—¿Vienes a cenar o qué? Luego, como no esté a tu gusto, dirás que no sé manejar el cacharro —protesta desde la cocina—. Y frío no va a estar bueno, ya te lo digo yo.

—Voy en un minuto.

—¿Qué es eso que llevas puesto?

Se ríe de mi indumentaria cuando aparezco.

—Se supone que es un *saree*, pero creo que me he liado al atármelo y ahora parezco un monje tibetano, ¿no?

—Y si mañana preparo japo, ¿te vestirás de geisha?

—No me lo digas dos veces... Y porque no me pillas en Ibiza, allí tengo mil modelitos de fiestas temáticas a las que he ido.

—Eres un caso.

Me siento a la mesa y pruebo primero una especie de ensalada que lleva arroz inflado.

—Has puesto cara rara —dice, sin quitarme los ojos de encima.

—No, no, está... curioso.

—Anda, déjalo, me ha salido malísimo. —Se ríe y me quita el plato—. Prueba mejor el pollo.

Le hago caso y me sorprende de lo rico que está.

—¡Está delicioso!

—¿Verdad? —Me pone más en el plato al ver que lo estoy devorando.

—¿Cómo dices que se llama?

—Tikka ma no sé qué.

—¿Masala?

—¡Exacto!

—¿Qué tal te cae Hugo? —se me ocurre preguntarle.

—¿Hugo?

—Sí, el hijo de Erika.

—¡Ah, Hugo! —sonríe—. No caía ahora mismo. Pues... no lo he tratado mucho. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada.

—Nunca preguntas por nada.

—No puedo. Me sabe mal decírtelo.

—Ahora me dejas intrigado.

—¡Bienvenido a mi mundo!

—¿Has dicho ya en tu trabajo lo de la fuga inminente?

—No —respondo—. Voy a dejarlos colgados en el último momento para que se encargue Verónica. Así no prescindirán de ella con la misma facilidad. Lo está haciendo muy bien. Me tenía completamente engañada esa chica. Te juro que me ha sorprendido gratamente.

—Creo que a todos, incluida la abuela.

—Está rarísima Encarna, ¿no te lo parece?

—No. ¿Por qué lo dices?

—Noto como que me da largas. —Me mira sorprendido—. El otro día quise ir a verla y me dijo que no le venía bien, que había quedado con unas amigas a jugar la partida. ¿Crees que estará

molesta conmigo por algo?

—A lo mejor por que te vas —me dice, centrado en su plato donde está pinchando los últimos trocitos de pollo—. Le resultará más fácil así, si no te ve.

—Entonces, ¿piensas que no debería despedirme de ella cuando me vaya?

—No sé, pregúntale a Vero.

—¿Y de ti? Puedo largarme a hurtadillas de madrugada, ya sabes que el insomnio es lo mío.

—Si no te quedas ahí plantada con las maletas, mirándome mientras duermo, como una auténtica pirada... me parecerá bien que te largues así.

—¿Y no te importa?

—Claro que me importa.

—Pero no lo parece.

—¿Qué quieres, que me ponga a llorar por las equinas?

—No, pero... No sé, algún tipo de reacción.

—¿Y qué reacción vas a tener tú?

—Pues no sé... quizás llorar por los rincones cuando esté en mi casa. O no. A lo mejor estoy tan contenta de volver, que ni me acuerdo.

—Te hubiera quedado perfecto sin la última aportación. —Me mira sonriendo, aunque no es su auténtica sonrisa.

—¿Te imaginas que al bajar del avión me llueven todos los recuerdos perdidos de golpe? Algo así como en las pelis, fotogramas a toda velocidad.

—Pues no olvides hacer lo del inventario minucioso si te ocurre.

—¿Tendrías miedo de que eso sucediera?

—No. Ojalá ocurra —lo dice muy serio.

—¿Se arreglaría lo nuestro?

—Pensaba que ya se había arreglado.

—¿Se estropearía, entonces?

—No lo sé, ya lo decidirás tú durante el inventario.

—Sigue habiendo algo que se interpone entre nosotros, ¿verdad?

—¿Piensas parar esto en algún momento? —Ahora sí se ríe con intención, aunque no consigue convencerme del todo su risa.

—Cada día, cuando te despiertas, ¿te planteas si será ese en el que recuperaré la memoria?

—A diario, no. Pero muchas noches sí me duermo pensándolo.

—¿Y qué te pasa por la cabeza?

—Es una mezcla entre quiero que ocurra y a la vez no quiero.

—¿Me enfadaré contigo cuando pase?

—No quiero seguir hablando de esto, Rebeca. Lo que suceda, será inevitable.

Capítulo 40

—Esto es todo. No pesa mucho. ¿Quieres que te lo deje en el maletero?

—Lo tengo hasta arriba de libros y cosas. Ya es lo último que me faltaba por llevarme. Ponlo mejor en los asientos traseros.

—Siento no haber podido quedar antes. He estado muy liado con el trabajo.

—¿Y estás bien? ¿Sigues yendo a la doctora?

—Sí, más o menos... ¿Y tú qué tal?

—Como tú... Pero tirando para adelante. No queda otra.

—Bueno, no quiero entretenerte, que se te va a hacer de noche por el camino.

—Cuídate, ¿vale?

—Tú también.

Capítulo 41

Rebeca

Madrid, 8 de diciembre

Inés: Dale la enhorabuena a tu chico por el reportaje.

Yo: ¿Qué reportaje?

Inés: El que ha salido en televisión por el proyecto del Tower Infinity Garden. Acaba de compartirlo por Facebook.

Yo: Se acaba de ir a correr. ¿Iván tiene Facebook?

Inés: Pues claro, mujer. ¿Quién no tiene Facebook?

Yo: Yo no lo tengo agregado como amigo. Fue lo primero que miré cuando salí del hospital, para ver fotos nuestras.

Inés: ¿Cómo no vas a tenerlo? Si yo he visto fotos vuestras. Hace mucho que no pone, eso es cierto. Pero las tiene.

Yo: ¡Vamos, no me jodas! ¿Había fotos en Facebook todo este tiempo?

Inés: Sí, ahora mismo estoy en su perfil. Métete. Yo las estoy viendo.

Inés: Coño, es verdad, no estás en su lista de amigos.

Yo: Espera, que abro mi portátil y seguimos hablando por teléfono. Esto de escribir es un coñazo.

—No lo encuentro. Me aparecen muchos Iván Alarcón en pantalla, pero ninguno con su cara. ¿Qué tipo de foto tiene puesta en el perfil?

—¿Iván Alarcón? Es Molina.

—Se apellida Alarcón.

—Pero ¿qué dices? Estás equivocada. Te paso el enlace a su perfil por el Messenger.

Cuando pincho sobre el enlace y se abre la página, no doy crédito a lo que ven mis ojos. El corazón me empieza a palpar desbocado, la garganta se me queda seca y un sudor frío recorre mi espalda. No sé si estoy a punto de desmayarme.

—¡Inés! ¡No es Iván! ¡Este es el tío de mis sueños!

—Es Iván, Rebe. ¡Me estás asustando, coño!

—¡Te juro que no es Iván!

Me quito el móvil de la oreja y abro WhatsApp, busco nuestro chat y tiro hacia abajo con el dedo hasta dar con el selfi que nos hicimos en El Retiro el día que yo intentaba hurgar en su historial de la aplicación. Le reenvío la foto a Inés.

—Acabo de mandarte una foto de Iván.

—Pues no sé quién coño es este tío, pero no es Iván.

—Dime que estás de broma, Inés. Aunque te juro que no tiene ni puta gracia.

—No estoy de broma. Ese no es Iván. Te lo aseguro.

—Pero se llama Iván.

—Pero no es tu Iván.

—Pero cómo no va a serlo si hasta tú me lo confirmaste y mi madre lo conoc... ¡Joder! Creo que ella intentó decírmelo... ¡Tengo que llamarla!

—Llámalas. Yo mientras tanto voy a ponerme en contacto con Iván para ver qué coño pasa. Colgamos.

No doy crédito a lo que está pasando. ¿Cómo puede ser posible? Me tiemblan las manos y no atino a reaccionar, por un momento me he quedado como en blanco. Trato de buscar la agenda, pero mi cabeza no para de enviarme señales contradictorias. Tiene que ser un error. ¡Un maldito error! ¿Cómo no va a ser Iván? Y si no es Iván, ¿quién es? ¿Cómo ha podido ser capaz de hacer algo así?

Me salta una notificación de mensaje cuando ya tengo la agenda abierta y trato de buscar entre mis contactos como una automática.

Inés: Estoy fatal, con los nervios he escrito al falso Iván por WhatsApp. Voy a intentar contactar con el verdadero directamente en Facebook y te cuento enseguida.

Me debato entre llamar a mi madre o a él directamente. Pero no necesito pensarlo más, me entra su llamada directamente.

—Puedo explicártelo.

—¿Quién coño eres? Eso es lo único que quiero saber de ti.

—Voy a casa y te lo cuento todo.

—No. No. No. Si vienes, llamaré a la policía. Voy a recoger mis cosas y me marcho. Dame una hora. Pero dime antes quién cojones eres y por qué has hecho esto conmigo.

—Yo conducía el coche cuando tuvimos el accidente.

Cuelgo el teléfono.

No quiero seguir escuchando.

Saco una de mis maletas y recojo a toda prisa lo más básico y necesario, incluido mi portátil. Cuando ya no cabe nada más en ella, salgo por la puerta.

Al llegar a la planta baja, reparo en los buzones y localizo el suyo, solo pone Alarcón. Ningún nombre, solo su apellido. Nunca me había fijado. Dejo las llaves dentro. No sé por qué me permito tener ese detalle, debería habérselas dejado puestas por dentro de la puerta y que tuviera que llamar a un cerrajero. Fastidiarle por haber sido tan mezquino.

Una vez en la calle, abro la aplicación de Google mientras camino y busco un hotel lo más lejos de allí y lo más cercano al aeropuerto. Pienso comprar un billete y largarme cuanto antes. A tomar por culo el alta médica y la madre que lo parió.

Enseguida recibo la llamada de Inés de nuevo.

—Ya he hablado con Iván, te he mandado en un wasap su número. Dice que él no puede contactar contigo porque debes de tener su teléfono bloqueado. Mándale tu ubicación enseguida, irá a buscarte en cuanto lo hagas.

—No. Paso. Me largo a un hotel. No estoy ahora mismo preparada para enfrentarme a un desconocido.

—¡No es un desconocido, es tu novio! Te lo garantizo. Ahora entiendo que me pareciera rara la voz del otro cuando el accidente. Me puse tan nerviosa, que lo atribuí a que estaba afectado.

—¿Y el resto de las veces?

—Hablábamos siempre por escrito en WhatsApp.

—¿Y cómo sabía tanto de mí?

—Joder, yo le puse al día de muchas cosas sobre tu familia... No sé qué decir, Rebe. Lo siento. Me preguntaba y... le respondía. Te juro que pensé que era él.

—Pero cuando le llamaste, ¿te dijo que era Iván así sin más? ¿Se conocen?

—No... No sé... Iván no tenía ni idea de todo esto. Yo ni siquiera tenía su teléfono, a la que llamé fue a ti aquel día, porque recibí tu mensaje, y él respondió por ti.

—¿Y por qué no me localizó él si es mi novio?

—Dice que pensaba que estabas enfadada porque discutisteis cuando os encontrasteis en su oficina y te largaste. Que nunca se enteró del accidente porque le bloqueaste y lo borraste de las redes sociales.

—¿Y por qué no se puso en contacto contigo?

—Me ha dicho que, como no nos hablábamos tú y yo... no quiso inmiscuirme en lo vuestro.

—¡Joder!

—Pero ¿quién coño es ese tío? ¡Deberías llamar a la policía! Eso es un secuestro de manual... o algo peor. Es un psicópata, seguro.

—Es el conductor del accidente.

—¿El del Uber?

—Sí.

—¡Tienes que denunciarlo, Rebe! Envíale la ubicación a Iván y que te acompañe.

—No voy a hacerlo. No me ha hecho nada.

—¿Te parece poco secuestrarte y bloquear el teléfono de tu novio y eliminarlo de tus redes sociales? Eso es un delito de usurpación de la identidad, por lo menos.

—No me secuestró, me fui a su casa yo solita.

—¡Pero engañada, coño! ¿Te habrías ido a su casa si te hubiera dicho que era el conductor del Uber?

—Al menos, se quedó conmigo en el hospital y me cuidó.

—Claramente sufres el Síndrome de Estocolmo. ¿Dónde estás?

—Camino de un hotel.

—¿Qué hotel?

—No voy a decírtelo. No quiero que me envíes ningún guardaespaldas.

—Rebe, por favor, debes hacerme caso y ponerte en contacto con el verdadero Iván. Podrías estar en serio peligro ahora que lo has descubierto.

—Si fuera un asesino en serie, habría tenido un millón de oportunidades para aniquilarme, ¿no crees?

—¿Te has enamorado de él? ¿Es eso?

—No. Solo trato de aclarar mis ideas, nada más. Ha sido un golpe duro para mí.

—¿No te das cuenta de que se te arreglaría la cabeza si quedases con Iván?

—Sí, claro, por arte de magia, ¡no te digo! A estas alturas, no creo que vaya a recuperarla nunca.

—Inténtalo al menos. Llámalo solamente, si no te ves con fuerzas para verlo.

—Ya veré. Tengo que dejarte, estoy llegando al hotel y no sé si encontraré habitación disponible, estamos en mitad de un puto puente.

Al final sí he tenido suerte. Lo primero que he hecho al cerrar la puerta de mi habitación ha sido llamar a mi madre. Me ha contado que le extrañó un comentario que hizo el jardinero cuando salieron de la casa de Encarna: «¡Qué curioso que salga con otro Iván!». Dice que no le dio importancia al comentario o no le prestó atención porque iba con el runrún de la trifulca que habíamos tenido. Después discutieron ellos y se fue a meditar adonde sea que vaya cuando le da por largarse. Y allí, en uno de sus momentos zen, le vino la revelación y llamó al jardinero para preguntarle a qué venía aquel comentario. Este le dijo que el Iván que vio en Madrid no era el mismo que él conocía de sus visitas a Ibiza. A ella le extraña que hubiera dejado todo atrás por un tío al que acababa de conocer y que, aunque le había caído bien y parecía buen chico, notaba algo extraño en su comportamiento algo esquivo. Así que, volvió a Madrid sin avisar a nadie y lo puso en manos de un detective privado.

Dice que me enviará todo el informe. Que no es peligroso y que está limpio, pero que se llama Víctor Alarcón. Estuvo casado y ha trabajado en Uber. Después lo contrataron en una de las agencias de viajes de El Corte Inglés, que era a lo que se dedicaba antes de meterse a conductor, fue propietario de una que quebró un año atrás y que casi lo llevó a la ruina. Era todo lo que recordaba de memoria de su informe. También que lo había hablado con Encarna, al negarme yo a hacerlo, y se suponía que iba a solucionarlo conmigo él mismo, por lo visto tenía sus motivos que pensaba aclararme.

Siento rabia. Rabia y pena. ¿Qué pasaría por su cabeza para hacer algo así? ¿Se sintió culpable por el accidente y decidió quedarse conmigo? ¿Le tomarían por mi acompañante y se dejó llevar? No lo entiendo. Se metió en mi teléfono... Me lo borró todo. ¡Mis recuerdos! ¡Los manipuló! De la pena paso de nuevo a la ira.

Encarna: Entiendo que no me cojas el teléfono a mí tampoco. Pero debes escucharle. Tiene sus razones. Te parecerá una locura todo esto, pero tienes que dejarle que te cuente su historia.

Yo: No hay nada que pueda justificar lo que ha hecho. Yo tenía una vida. Y no era esta.

Enciendo el ordenador y entro en mi perfil de Facebook. Busco Iván Molina y miro a ese extraño que no lo es tanto, por mis sueños, pero que no consigue decirme nada. Me meto en su perfil y abro sus álbumes de fotos. Observo en las que aparecemos juntos. Se nos ve felices. En una llevo el flequillo cortado recto sobre las cejas y me queda fatal, seguro que me arrepentí enseguida de haberlo hecho. Hay bastantes en Ibiza, se ve que era nuestro punto de encuentro. En Madrid no hay. Ninguna en Nueva York, claro, esa me la coló. También veo un par de fotos en las que llevo el famoso pañuelo atado al cuello y, como él mismo me indicó, llevaba el pelo en una melenita corta por la barbilla en esa época. Se ve que revisó minuciosamente su perfil, para empaparse bien de su papel, antes de eliminarlo de mi lista de contactos.

No sé por qué lo hago, pero he puesto en el buscador Víctor Alarcón. Y está. Claro que está. Solo alguien que sabe moverse en las redes, puede ser capaz de manipularlas. No tiene un perfil abierto, como el de Iván. Es más discreto, en su línea. Solo la foto de perfil es pública y ni siquiera sale de cara, sino de perfil. Pero reconozco ese perfil y la postura y los vaqueros que lleva, son sus favoritos. La imagen de la portada es la ventanilla de un avión que sobrevuela Nueva York. Visto lo visto, ese viaje sí existió para él.

No puedo ver nada más de su perfil. Lo tiene todo en privado. Antes de salir de la aplicación, elimino mi cuenta. Hago lo mismo con el resto de mis redes sociales y cambio la contraseña de mi correo electrónico. Abro mi agenda de contactos y desbloqueo el único número que aparece bloqueado. Mira por dónde, ahí había escondida una gran pista. Lo agrego a mi agenda y le pongo el nombre de Iván. Busco el del antiguo Iván y le pongo Víctor, después lo bloqueo. Agrego el apellido Molina al verdadero Iván. Vuelvo a desbloquear a Iván. Bueno, mejor dicho a Víctor. Al traidor. Al que odio con todas mis fuerzas. Pero no puedo bloquearlo, porque en el fondo me muero por saber, aunque no quiera darle la oportunidad de explicarse. Ha tenido mucho tiempo para hacerlo, muchas oportunidades. Incluso anoche cuando tensé la cuerda. Podría habérmelo contado y habría sido menos doloroso que de la forma en la que me lo he encontrado. Joder, hemos dormido juntos, abrazados, y nos hemos despertado prácticamente haciéndolo esta mañana. Me he estado acostando con una especie de... perturbado mental.

Iván Molina: ¿Podemos vernos, Rebe? No doy crédito a lo que nos ha pasado. Me siento responsable de lo que te ha ocurrido. Necesito verte. Te recojo para comer.

Le envío la ubicación del hotel en el que me he registrado. Estoy más calmada y necesito respuestas. Algunas que solo él podrá darme. Dice que llegará sobre la una y media, ahora son las once. Me doy una ducha para hacer tiempo y me pongo unos vaqueros y un jersey de punto en tono gris, unas zapatillas blancas con cordones y me seco el pelo. Tengo ojeras de haber dormido poco y los ojos hinchados por lo llorado. Lo corrijo con unas gotas de maquillaje.

La espera se me hace insostenible y abro mi cuaderno de recuerdos para repasar mis anotaciones:

19 de noviembre:

- Dice que la primera vez que me vio tenía lágrimas en los ojos. ¿Por qué lloraba en aquella fiesta? (Preguntárselo a Inés).

«Ya sé a quién tengo que preguntárselo».

20 de noviembre:

- Con Iván apenas había compartido información sobre mi familia. Ni siquiera sabía a qué se dedicaba mi padre.
- Creo que Iván no me quiere. Lo noto.

21 de noviembre:

- Tiene un hermano mayor y dos sobrinos. Viven en Boston.
- Su padre los abandonó cuando eran pequeños. Su madre vive en un pueblo de Toledo con una hermana.

«¿Sería verdad o formaba parte de su papel y de sus mentiras?»

- Ha tenido una reacción extraña con su amigo Carlos. Me ha oído a chamusquina. (Indagar).

«Lástima que no lo hiciera. Lo que noté es que se quedaría a cuadros cuando se presentó a sí mismo como Iván. ¿Cómo pude ser tan imbécil?».

23 de noviembre:

- No he sido capaz de retener su cara, pero estoy segura de que lo encontraría a la primera en una rueda de reconocimiento.
- He recuperado mi paraguas y mis últimos minutos antes del accidente.
- La mujer estirada del ascensor me suena mucho (Indagar).

No hay más anotaciones relevantes hasta el día cinco de diciembre, señal de que me relajé. ¡Mierda! Debería haber sido más lista, como mi madre, y haber contratado los servicios de un buen detective.

5 de diciembre:

- He registrado su habitación.
- He encontrado un disco externo y lo he conectado a mi portátil. Enseguida lo he desconectado porque me he sentido una cabrona. Había muchas carpetas, pero no he abierto ninguna.

«No pude ser más pardilla».

- La caja de mudanza sigue cerrada en el altillo. La he bajado y he intentado despegar la cinta por uno de los laterales. Me he preguntado qué explicación podría darle si no encuentro nada relevante y descubre que la he abierto. He vuelto a dejarla en su sitio.

«Doblemente pardilla».

- En el cajón de las camisetas guarda una alianza con mi nombre grabado por fuera. No por dentro, como suele hacerse. Sin embargo, dentro lleva otra inscripción: “Siempre habrá una excusa”. La alianza no es de mi tamaño, debe de ser suya. Está metida en una cajita con ranura para dos piezas. He buscado en el resto de los cajones por si había otra con su nombre de mi tamaño, pero no la he encontrado.

«Esto sí que me tiene intrigada. ¿Pensaba pedirme matrimonio? ¿Daba por hecho que no recuperaría la memoria? ¿Y qué pensaba hacer con mis familiares el día de la boda? ¿Drogarlos? Está de encierro este tío. Y yo tan campante viviendo en su casa... ¡No doy crédito!».

- Me gusta cómo huele su ropa, me ha recordado a Toledo.

«Y caí en su trampa, claro, como la pardilla que he demostrado ser».

Es la última anotación del cuaderno. Me dispongo a abrir una nueva para el día de hoy, pero acaban de llamar a la puerta. El corazón me late con intensidad y un nudo se me forma en el estómago. Habíamos quedado abajo, ¿le han dicho dónde estoy?

Siento un miedo repentino.

—Rebe, soy yo.

Es la misma voz de mi sueño, cuando le preguntaba quién era y me respondía prácticamente lo mismo. Iván nunca me ha llamado Rebe, sino Rebeca. Pero tampoco era Iván, claro. Es Víctor. Víctor el mentiroso. Víctor el que me ha robado parte de mi vida, primero con el accidente y después manipulándola. Víctor el mezquino. El hipócrita. El manipulador. El ladrón de recuerdos.

—Abre por favor.

Doy los cuatro o cinco pasos que me separan de mi verdadero novio y tomo aire, llenando mis pulmones. Semanas atrás habría dado todo lo que poseo por encontrarme en este mismo instante. Hoy no siento eso, sino pánico. Un pánico desbordado. Un miedo atroz a saber y a que no me guste lo que descubra.

Lo primero que me encuentro son sus ojos. Es imposible no quedarse cautivada por esa mirada. Aunque no siento lo mismo que percibía en mis sueños. No me llega esa inquietud y esa añoranza, esa sensación de pérdida que me invadía cuando despertaba y no recordaba apenas nada de su rostro, excepto su mirada, esa mirada intensa que tengo ante mí ahora. Su expresión es de tristeza. Parece abatido.

—No me lo puedo creer —dice, y entra antes de que yo abra la boca para darle permiso. Cierra él mismo la puerta tras de sí. Me abraza con confianza y yo no sé cómo reaccionar porque me siento una extraña en sus brazos. Como si me presentaran a alguien y, en vez de dos besos, me estrechara como un oso—. Te he echado tanto de menos, Rebe —continúa, sin soltarme. Huele a un perfume caro que no consigo identificar. Es agradable, pero no me resulta familiar tampoco. Intenta buscar mis labios, pero lo esquivo y me separo de él.

—Inés me ha contado que sólo te acordabas de mí, pero no como tu novio. ¿Es eso cierto?

Doy unos pasos hacia atrás y me siento en una butaca que hay junto a la ventana. Él hace lo mismo, pero sobre la cama. Me mira como si intentara descifrar lo que pasa por mi cabeza.

—Sí, te recordaba fugazmente entre sueños —le confirmo—. Sabía que eras alguien importante en mi vida, pero como él... Bueno, supongo que ya conoces la historia por ella.

—Tenemos que denunciarlo —opina, se ha levantado para acercarse a mí y está de cuclillas mirándome fijamente—. Ese tío tiene que pagar por lo que ha hecho.

—No voy a denunciarlo.

Me levanto de la butaca y paseo por la habitación algo inquieta. No puedo ni plantearme hacerle eso. No.

—Ya me ha dicho Inés que estás confusa y lo defiendes. Entiendo que ahora estés en shock. Pero debes hacerlo. Y cuanto antes, mejor.

—¿Por qué discutimos?

—No estamos discutiendo, Rebe. Yo solo quiero que...

—... El día del accidente —le corto—. ¿Por qué discutimos?

—Fue una tontería de nada.

Ha ocupado la butaca que yo he dejado libre. Ahora estoy de pie con los brazos cruzados, apoyada sobre la mesa que está a su lado.

—No lo fue, y necesito saberlo.

—He reservado mesa en un restaurante que conozco. Vístete y comiendo nos ponemos al día, ¿te parece?

—Ya estoy vestida.

—Así no puedes ir a ese restaurante —dice, sin borrar su sonrisa—. Conozco a todo el mundo. «Pero... qué cojones...»

—No estoy para gilipolleces, ni tengo hambre en realidad. Si quieres bajamos y picamos algo donde sea. Pero no voy a cambiarme.

—Bueno, lo cancelo y tomamos algo por aquí —resuelve enseguida—. No hay problema.

Cojo mi abrigo y salimos a la calle. Está lloviendo y con ganas. Frente al hotel, hay una cervecería y decido que es un sitio perfecto para charlar. Huele un poco a fritanga y le veo hacer una mueca cuando abrimos la puerta de entrada. No debe de estar muy acostumbrado a sitios así.

He visto el reportaje que colgó en su muro de Facebook y tiene el perfil completamente asimilado de hombre de éxito. Encaja a la perfección en lo que no me cuadró de Iván. Víctor. Podría imaginarme su casa, sin ni siquiera verla. Apostaría a que cada detalle en la decoración está estudiado al milímetro. Jamás habría permitido que dejara la Thermomix campar a sus anchas

sobre la encimera, me habría dicho que cada cosa tiene su propio armario y que el almacenaje no debe estar a la vista, que las líneas visuales deben ser limpias para crear un espacio armónico. O al menos eso es justo lo que dirían Richard y Fran, mis amigos de Ibiza.

—¿Qué van a tomar?

—Yo una caña.

—¿Qué vinos tienen? —El camarero lo mira pensativo, creo que ni sabe si tienen vino, es muy jovencito, parece nuevo—. O bueno... lo mismo que ella —se decide finalmente.

—¿Algo para comer?

—No nos han traído la carta aún.

—Son las raciones que hay en la pizarra. —Señala la que tengo a mi espalda, sobre una columna.

—Ah, ¿y no tienen algún tipo de menú? —insiste él.

—Eso solo es entresemana.

Pedimos un par de raciones y saco el tema de su proyecto, para romper un poco el hielo y que no sea tan incómoda la situación. Se desvive contándome cómo consiguió que aceptaran su propuesta y lo que ha supuesto para el estudio la adjudicación. En un momento dado de la conversación, me acaricia la mano que tengo sobre la mesa. La retiro algo incómoda.

—Se me hace raro tenerte delante y no poder tocarte —dice tras mi reacción y esboza una tímida sonrisa.

—Lo entiendo y lo siento, de verdad. Pero... más lo es para mí no recordar quién eres.

—¿Y qué dicen los médicos? ¿Cuándo vas a recuperar la memoria?

—No hay reglas en este juego. En teoría, ya debería haberla recuperado, incluso antes de abandonar el hospital. Pero luego están los casos extraños como el mío y... Solo el tiempo lo dirá.

—Conozco gente. Tiene que verte otro especialista.

—No. El lunes tengo cita con mi médico y, diga lo que diga, me dé el alta o no, volaré ese mismo día de vuelta a casa.

—Pero ¿vas a marcharte? —se extraña enseguida—. Quiero que te quedes conmigo. Yo puedo ayudarte a recuperar la memoria. Juntos podemos conseguirlo. —Me mira ilusionado, o eso es lo que me dicen sus ojos.

Me resulta tan extraño tenerlo delante. No tanto como cuando me encontré a Iván en el hospital la primera vez. Víctor. Víctor. Víctor. No entiendo que mi cabeza lo siga llamando Iván. Quizás la presencia de este Iván me resulta menos chocante porque ya la había asimilado mi cerebro a través de los sueños. O quizás se esté abriendo camino mi memoria hacia él. Aunque sigo sin recordar nada de nosotros. No consigo proyectar ninguna escena que hayamos compartido. Tal vez me quede así para el resto de mi vida, como dijo una vez Iván, cuando hicimos el trayecto hasta el lugar del accidente, que ahora entiendo por qué lo conocía tan bien.

—¿Por qué quise volver al aeropuerto nada más aterrizar en Madrid? —se me ocurre preguntarle tras pensar en el accidente.

—No lo sé, Rebe —parece sincero—. Yo acabo de enterarme de todo esto. No sabía que quisiste hacer eso.

—¿Qué paso cuando nos vimos aquel día?

—Me llevé una sorpresa al verte, no me lo esperaba. —No está tan relajado como al principio. Se lo noto. Me esquiva la mirada y se entretiene en revolver con el tenedor los restos que han quedado en su plato—. Te presentaste en la oficina y yo estaba reunido.

—¿Discutimos solo por eso? —pregunto, extrañada—. No me cuadra.

—Creo que te molestó que no pudiera atenderte en ese momento. Querías darme una sorpresa, supongo.

—¿Supones?

—Sí, llegaste sin avisar. Nos despedimos la noche anterior por teléfono y a la mañana siguiente me encontré contigo en mi trabajo, como por arte de magia.

—Y eso me hizo dar marcha atrás y salir... huyendo —le replanteo. «Miente. Me oculta algo más, lo intuyo»—. Te pareció mal mi decisión, ¿verdad? Te asustó compartir tu vida conmigo y me lo hiciste saber, ¿no es cierto?

—Bueno... Tal vez un poco, sí.

Parece más relajado ahora que se van poniendo las cartas sobre la mesa.

—Entonces, ¿por qué piensa Inés que tú me presionabas para que dejara todo atrás, y que tú no podías renunciar a tus proyectos? Son dos reacciones completamente opuestas. ¿Me obligas a dejarlo todo, y luego te rajas?

—Quizás estaba demasiado convencido de que no darías el paso —confiesa finalmente.

—Entonces, ¿querías seguir manteniendo una relación a distancia conmigo?

—Sí. Ambos disfrutábamos de ese tipo de relación. No hubo presión por mi parte —parece sincero.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Claro. Lo que quieras. —Me sonrío al responder. Tiene una sonrisa muy bonita, que le hace la competencia a sus ojos.

—¿Puedes enviarme todos los emails, el chat de WhatsApp y cualquier cosa que hayamos compartido? Necesito recuperar mis recuerdos y ponerme al día.

—Claro. Cuando llegue a casa lo hago —responde con amabilidad, y le da un sorbo a su cerveza. Hace una mueca extraña, como si no le gustara. Creo que solo la ha pedido por no desentonar, y ahora me arrepiento de haber sido tan impulsiva a la hora de entrar aquí y no mirar otras opciones a nuestro alrededor donde tal vez se sentiría más a gusto.

—¿Puedes enviarme el chat de WhatsApp ahora? —le pido.

—¿Ahora?

—Sí. No se tarda nada. Solo tienes que meterte en él y pulsar exportar chat. Pones mi dirección de email y listo.

Me mira con recelo, estará preguntándose por qué tengo tanta prisa en recibirlo o si no confío en él. Pero saca de su bolsillo su teléfono, que parece recién salido del horno en comparación con el mío, que soy una amante de las reliquias y lo tengo bastante trillado. Se pone a ello enseguida. Al minuto dice lo que me temía.

—¡Mierda! No está. Debí borrarlo cuando me bloqueó el capullo ese.

Me muestra la pantalla con todos los chats que tiene abiertos en su listado y, efectivamente, no aparece el mío. Pero caigo en la cuenta de que antes me había escrito y, sin embargo, el chat se ha dado a la fuga también. Creo que no cuenta con que me he convertido en una sabuesa tras mi amnesia. Aunque menos efectiva de lo que me gustaría, a juzgar por los resultados. Decido no hacer alusión al detalle de que estoy convencida de que acaba de cargarse todo el historial de nuestros recuerdos. Tener mis cartas sobre la mesa las veinticuatro horas del día fue lo que más ayudó a Víctor a realizar con éxito su jugada. No voy a tropezar dos veces con la misma piedra.

—¿Sabes? Un día te vi. No hace mucho. Cogí un autobús cerca de El Corte Inglés de Goya y tú estabas en la puerta hablando por teléfono. —Me mira con los ojos muy abiertos—. Le pedí al

conductor que parara, que necesitaba bajar. Pero no quiso hacerlo y tuve que esperar a la siguiente parada.

—Recuerdo ese día. No suelo ir a ese en concreto, pero había quedado allí —parece alegrarse de ese hallazgo—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—No te encontré. Recorrí todas las secciones de arriba abajo y no te vi.

—Estaba en la cafetería con gente del trabajo.

—Si te hubiera localizado, tampoco habría sabido cómo dirigirme a ti. Eh, hola, ¿sabes que sueño contigo? ¿Quién coño eres?

Ha puesto cara de sorpresa.

—Ya podría haberse llevado la amnesia tu listado de tacos en vez de nuestros recuerdos.

—¿Te molestaba mi forma de hablar?

—No decías tantos como ahora.

—¿Cómo habrías reaccionado si me hubiera presentado en la cafetería aquel día?

—Me habría alegrado muchísimo —parece sincero cuando lo dice.

—Tus compañeros se habrían quedado sorprendidos, supongo. Aunque no más que el día que me presenté en tu oficina, ¿no? En plena reunión.

—Sí, bueno... Fue un poco extraño, la verdad. Sobre todo porque no pude disimular mi sorpresa y me mostré contrariado. Seguro que te sentiste fatal por mi culpa.

—Yo también lo creo. Incluso me dejé el paraguas en la conserjería del edificio de tu estudio aquel día. Me lo devolvió el conserje cuando salí del hospital, un día que pasé por allí para reconstruir mi historia. Me reconoció enseguida.

—¿Conozco a Fernando! —Se le ilumina la cara—. No me dijo nada, tampoco. ¿Preguntaste por mí? Si hubieras subido, habríamos resuelto todo esto antes, y ese malnacido no se habría salido con la suya.

—No, no pregunté por ti. ¿Por qué iba a hacerlo? —respondo, con cierta resignación—. Para mí tú eras él, y lo tenía en casa.

—Pero ¿cómo un conductor de Uber puede hacerse pasar por un arquitecto? ¿No notaste la diferencia?

—¿Qué diferencia?

—Pues todo... No sé, las formas, la conversación... Diferencia habrá, pienso yo.

Sé por dónde va, perfectamente, y no sé si me molesta más lo que insinúa o que me esté tachando de lerda por haberme dejado engañar.

—No. No noté una diferencia clara entre un conductor de Uber y un arquitecto de reconocido prestigio que sale en televisión. Quizás porque él no solía hablar prácticamente nada de su supuesto trabajo, para no meter la pata. Hay que reconocerle ese mérito, al menos.

—Sigues defendiéndolo, por lo que veo, como bien me ha advertido Inés.

—No se ha portado mal conmigo, si obviamos el hecho de haberte usurpado la identidad.

—¿Cómo es? ¿Puedo ver una foto suya?

—No. No tengo ninguna.

—Pero tendrá redes sociales, ¿no?

—Supongo. Pero desconozco su identidad, por razones obvias.

—Al menos tienes su dirección. Eso servirá para la denuncia.

Capítulo 42

—¿Sí?

—¿Quién eres? ¿Iván? ¿Eres tú? ¿Está Rebeca por ahí? Su familia está intentando localizarla, ¿por qué no coge el maldito teléfono?

—Ha tenido un accidente.

—¿Qué? Pero ¿está bien? ¡¡Dime que está bien!!

—No sé, aún no han dicho nada. ¿Avisas tú a su familia?

—Pero... joder, su padre está ingresado, no puede coger un avión. Y yo con lo del embarazo de riesgo no puedo volar tampoco... Mantenme informada, por favor. Voy a localizar a su madre.

—Rebeca sufrió ayer un accidente, por eso no contesta. Iván está con ella. ¿Estás por Madrid?

—Frankfurt. ¿Ella está bien?

—Está en coma inducido, pero fuera de peligro. ¿Tienes el teléfono de su madre?

—No.

—Pues pídeselo a la tuya y cuéntale lo de Rebeca.

—Mi madre no trata con esa mujer loca.

—Soy yo de nuevo. Mi madre prefiere no decirle sobre Rebeca al padre, por el infarto.

—¿Y a la madre?

—Está de crucero en Grecia con un jardinero. Han dejado un mensaje en buzón.

Inés: No localizamos a su madre, está de crucero y ha desconectado su teléfono. Erika prefiere no contárselo a su padre, de momento, por su delicado estado de salud. Hugo está en Alemania. Mantenme informada, ¿vale? Si pudiera, volaría para echarle una mano.

Iván/Víctor: No te preocupes, yo cuido de ella. Te iré informando.

Capítulo 43

Rebeca

Madrid, 9 de diciembre

Apenas he podido pegar ojo esta noche. Mi cabeza ha sido un hervidero de preguntas y sensaciones. Cuando al fin parecía que me iba atrapando el sueño, el rumor de un coche sobre la calzada, el resplandor de unas luces, el zumbido extraño de algún aparato, el eco de una risa lejana, unos pasos cruzando el pasillo al otro lado de la puerta, cualquier murmullo fuera de los sonidos a los que ya me había acostumbrado me han hecho sobresaltarme.

Tampoco la cama vacía ayudaba a calmar mi angustia.

He tenido un sueño revelador en una de esas ocasiones en que mi cuerpo se ha rendido. He conseguido visualizar a Víctor en su propio contexto real. Yo iba sentada en el asiento trasero de un coche y veía sus ojos por el retrovisor. Esta vez sí eran los suyos, grises y no azules. Estaba centrada en mi teléfono y escribía frenéticamente: «Mentiroso, eres un maldito mentiroso». Y él por el retrovisor me contestaba con su voz: «No es lo que piensas, déjame explicártelo». Después llegábamos a Toledo y dejaba el coche aparcado en la puerta. Ahora la calle no era solo peatonal ni tan estrecha, cabía perfectamente un coche. Pero al subir y cruzar la puerta, su casa era la de Madrid. Preparábamos café y se reía porque me había puesto un disfraz de la típica hippie de los setenta.

Al despertar, me he sentido muy triste. Habría preferido cualquier cosa menos lo que ha pasado. Mis elucubraciones eran mejor opción: haber recuperado la memoria y descubrir que tenía razón, que efectivamente existía otro, pero que ya había dejado de importarme. O al revés, que fuera él quien la tuviera, pero que se terminó porque le importaba más lo nuestro. Jamás imaginé verme sumergida en una historia tan rocambolesca, que no se acerca, ni por asomo, a las películas que utilizábamos de referencia para mi situación de amnésica.

Antes de bajar a desayunar, recibo un mensaje. Sin contar con los que llegaron ayer y que no me molesté en consultar.

Víctor: Solo una oportunidad para explicarme. Después, desapareceré de tu vida para siempre. Pero necesitas saber cosas que te ayudarán en decisiones futuras.

Yo: ¿Por qué iba a creerte ahora?

Víctor: Porque ya no me queda nada que perder.

Yo: Antes tampoco. Nada de lo que tomaste por tuyo lo era.

Víctor: Lo sé. Y lo siento. No sabes hasta qué punto lo siento.

Unos golpes en la puerta interrumpen nuestra conversación. Me pongo en alerta.

Yo: ¿Me has estado siguiendo?

Victor: ¿Por qué iba a hacer eso? Claro que no.

—¿Rebe?

Dejo el teléfono sobre la cama y abro la puerta.

—¿Qué haces aquí?

—Te invito a desayunar. Hace un día espléndido.

—No me apetece. Tengo cosas que hacer.

—¿Cosas? ¿Qué cosas? Es domingo. Tengo un plan que te encantará: nos vamos al Rastro. Iremos a tu tienda de antigüedades favorita. ¿Te apetece?

—Pero ¿alguna vez he estado aquí contigo, en Madrid?

—¡Claro! Bueno, solo un par de veces. Normalmente, suelo ir yo. Tú eres una especie de... obsesiva del trabajo —lo dice acompañando sus palabras de una sonrisa.

Tiene una energía que me inquieta. Como si hubiera estado enchufado toda la noche a una corriente eléctrica y necesitara ahora pulirse toda esa carga. Creo que no va a darse por vencido, así que termino aceptando.

—Tengo que darme una ducha, ¿te importa esperarme abajo?

—Pero, Rebe, no voy a ver nada que no haya visto antes, créeme —afirma, con cierto tonillo de suspicacia.

—Y te creo. Pero no me siento cómoda.

Rodea la cama y se acerca hasta alcanzar una distancia más corta de la que mi cuerpo quiere permitirle.

—¡Vamos, Rebe, soy yo! Dentro de ti tiene que haber algo, un resquicio donde todavía me recuerdes. —Toma mi mano derecha con la suya y con la otra me acaricia la mejilla—. Soñabas conmigo cuando ni siquiera recordabas mi existencia. Eso tiene que significar algo.

—Lo siento —digo soltándome—. Han pasado muchas cosas y... todo esto me ha superado. No estoy preparada para retomar nada contigo. No es posible.

—Te has acostado con él, ¿es eso?

—No tiene nada que ver con él —me defiendo, caminando hasta donde guardo la ropa—. Somos nosotros. Algo no funcionaba, lo intuyo. Es la única explicación que tengo a que me marchara de ese modo.

«¡Llorando! ¡Claro! ¡Estaba llorando! Recuerdo que cuando le pregunté a él cómo fue la primera vez que me vio, dijo que estaba llorando. Me sorprendió que me hubiera puesto a llorar en una fiesta, pero nos conocimos en el coche de su empresa. Ahí, tal vez decía la verdad».

—Teníamos problemas, como todas las parejas. Pero estábamos bien juntos. —Se sienta en la butaca que está junto a la ventana—. Funcionábamos de maravilla con nuestros proyectos: tú con el Bahía y yo en mi estudio. Formamos un buen equipo, Rebe. Créeme. Juntos somos lo más.

—Y lo más ¿qué es? ¿Cómo es nuestra relación?

—Una de las más envidiadas en nuestro círculo. Nos invitan a eventos importantes y disfrutamos de viajes increíbles. —Se levanta ilusionado y se acerca adonde yo estoy eligiendo la ropa que voy a ponerme. Me quita una de las prendas que tengo en las manos, la deja a un lado y, sin soltarme, permanece frente a mí para hablarme directamente—. Tenemos una vida maravillosa, solo que tú no te acuerdas. Pero terminarás haciéndolo a mi lado, y descubrirás que tengo razón y que no puedes tirar por la borda todo lo que hemos vivido.

Me sorprende con un beso que no esperaba, y en cuanto soy consciente del hecho me retiro.

—Tienes que entenderlo, en este momento no siento lo mismo que tú. Necesito tiempo. Solo es

eso.

—Lo comprendo, y esperaré lo que sea necesario.

—¿Puedes dejarme sola para cambiarme, por favor? —le pido—. Bajaré en cuanto esté lista y desayunamos —le ofrezco amablemente.

Termina dándose por vencido y sale de mi habitación. Aprovecho para darme una ducha rápida. He optado por unos vaqueros y unas zapatillas cómodas. Total, dice que vamos al Rastro. Me seco el pelo y lo recojo en un moño sutilmente despeinado, para tardar menos. Cojo un abrigo gris que me regaló Iván una tarde, volviendo de comer. Iván, no. Víctor. Lo vimos en un escaparate y me fijé en él. «Quieres probártelo, ¿a qué sí?», me dijo. «No, solo me ha recordado a uno que tenía y que me encantaba —respondí—. Pero no sé qué fue de él. ¿Tú lo recuerdas?». «Anda, vamos a entrar», fue su respuesta, su forma habitual de ni afirmar ni desmentir. Muy prudente para evitar delatarse. Yo pensaba que formaba parte de su personalidad, que era silencioso y comedido por naturaleza, que le gustaba más escuchar que llevar la voz cantante, y me hacía sentir tan... acaparadora y parlanchina a veces.

—Bien, ya estás aquí. Justo iba a escribirte un mensaje para saber si te faltaba mucho. —Está desayunando—. Te he pedido un té con leche y sacarina, y una tostada de mermelada de albaricoque. Espero que no se te haya enfriado demasiado. Aunque no te gusta tan caliente.

—No hace falta que me hagas un listado de lo que me gusta y lo que no, conozco perfectamente mis preferencias a pesar de la amnesia —respondo, y procuro que mi voz suene amable. No debe de ser fácil la situación para él tampoco.

—Bueno, vistiendo has cambiado un poco tus gustos —dice, cuando cuelgo mi abrigo sobre el respaldo.

Supongo que lo dice por la sudadera, que es lo que está observando al hacer el comentario. Es blanca, y su única particularidad es que tiene dibujada una Catrina muy colorida y brillante. La compré el viernes con Vero. Entramos en una tienda que le llamó la atención, y mis ojos se fueron directamente a la sudadera que llevaba puesta uno de los maniqués. «¡Está chula! —dijo ella—. No hay huevos a ponértela el lunes para venir a trabajar». «¿Qué no? —respondí enseguida—. Apuesto a que soy capaz de combinarla con uno de mis conjuntos de trabajo y que parezca nacida para ese look». «Pues la remilgada de tu jefa se va a quedar de piedra. Si hasta me ha prohibido los pendientes que llevo. ¿Querrá que venga con perlititas como ella? El otro día me dijo que para qué me hago tantos agujeros. Como se me ponga chula, recupero los de la nariz».

—¿Me puede traer mantequilla, por favor? —le pido al camarero.

—Pero si se la ha llevado antes —protesta mi acompañante—, se lo he indicado yo. Nunca la tomas.

—Ahora entiendo por qué estoy tan delgada —respondo, con una sonrisa—. Pensaba que era por las dos semanas en cama con el suero.

—Yo te veo igual que siempre —afirma enseguida—. Excepto el pelo, lo has puesto de tu color.

—Sí. —Me lo toco por inercia—. Lo llevaba demasiado clarucho.

—A mí me gustaba, endulza tus facciones.

—¿Tienes algún reparo con mi aspecto? —le pregunto, sin evitar reírme. No sé por qué me ha

hecho gracia su opinión.

—No, no. En absoluto. Solo era un comentario. No estés tan susceptible, mujer.

Me pregunto qué vi en él que me dejara tan hechizada como afirma Inés, a parte de sus ojos que te atrapan sin que te des cuenta.

—Bueno, ¿has acabado ya? —Llevo la tostada por la mitad—. Si nos entretenemos más, liquidaran las mejores piezas.

—¿Necesitas algo en especial? —pregunto con curiosidad, antes de darle otro bocado al pan.

—No, nada en concreto. Pero nunca se sabe con qué ganga maravillosa puedes toparte.

Termino la tostada y me bebo el té casi de una sentada. Suerte que esté medio frío.

Ya en la calle, aprovechamos que hay una parada de taxis en la esquina. Me resulta extraño ir por Madrid con alguien que no sea Iván. Víctor.

Inés: ¿Cómo estás? Ya me ha dicho que habéis quedado para desayunar.

Yo: Quedar es mucho decir... ¿Siempre ha sido así de impulsivo? Se ha presentado en el hotel sin avisar.

Inés: Sí. Y decías que era lo que más te gustaba de él.

Creo que también le incomoda que escriba mensajes durante el trayecto, empiezo a identificar sus gestos de contrariedad. Quizás piensa que hablo con él, me ha parecido ver de reojo que curioseaba mi pantalla.

Tras patearnos El Rastro, o más bien lo que a él le interesaba del mercado, nos acercamos a su casa para dejar varias reliquias carísimas que se ha comprado. Entre ellas, una especie de reposapiés con forma de riñón en un tono naranja muy estridente para mi gusto, y un espejo de tocador en color oro viejo, que sí me ha gustado, y solo tiene un rasguño apenas perceptible en una esquina del biselado. Este último lo ha adquirido en esa tienda de antigüedades que, se supone, era mi favorita. Lo cierto es que tenían piezas muy bonitas. Aunque no he sentido que hubiera estado allí antes, cosa que pensé que ocurriría, y eso me ha decepcionado un poco. Me hace pensar que jamás recuperaré esa parte de mi historia.

Su casa es tal y como la esperaba, y no porque me haya confirmado que ya había estado en ella e incluso dormido con él, sino porque tiene su sello. Le pega, aunque lo conozca desde hace tan solo veinticuatro horas. Es un espacio diáfano milimétricamente estudiado en detalles. Podría ser el salón de una casa o el decorado para la portada de una revista, nadie podría asegurarlo con certeza. La cocina, otro tanto de lo mismo: brillante, despejada, como si el equipo que la instaló acabara de salir por la puerta y nadie hubiera osado cocinar allí.

Abro el frigorífico, por pura inercia o curiosidad, más bien, y se confirman mis sospechas: un buen surtido de cervezas internacionales y otro del grupo de los productos delicatessen, incluidas algunas salsas que no pueden faltar en la nevera de un buen gourmet que se precie.

—¿Tienes sed? Tengo una cava de vinos. ¿Te apetece que abramos una botella?

—No, gracias. Me conformo con un vaso de agua. Sí que tengo sed.

—¿Fría o del tiempo?

—Dime dónde están los vasos, ya me sirvo yo. —Estoy justo delante del grifo.

Sonríe y niega con la cabeza. Se acerca a uno de los armarios y saca una botella que, a simple vista, cualquiera pensaría que se trata de un perfume que alguien ha dejado allí por error. Incluso el nombre te confunde: VOSS.

—Es una de las aguas más puras —afirma al entregármela—. Se extrae de un acuífero noruego que ha estado protegido durante siglos bajo hielo y roca. Es baja en sodio y libre de minerales.

Le doy un trago y me observa, tal vez esperando mi respuesta al estímulo que me ha producido beberla.

—Con lo buena que está el agua del grifo en Madrid, y tú gastándote la pasta en agua de diseño.

Se sienta en uno de los taburetes que rodean la isla de la cocina sin quitarme los ojos de encima.

—Ni te imaginas lo que has cambiado en un mes —responde, tras darle un trago a su botella—. Cuando vuelvas a ser tú, te vas a sorprender.

—¿En qué soy diferente? —le pregunto con verdadera curiosidad—. Yo me recuerdo como soy. Inés también, hablamos a diario por teléfono. —Me siento frente a él—. Nuestra relación era más a distancia que física, ¿no? A lo mejor es que no me conoces realmente.

—Créeme, has cambiado. Solo hemos pasado juntos unas horas y, si tuvieras una hermana gemela, pensaría que ahora mismo la tengo delante. —Me río de su ocurrencia—. Bueno, ahora estaría confuso, acabo de ver por primera vez tu inconfundible forma de reír.

—No me pillas en mi mejor momento, la verdad —trato de justificarme—. Ojalá volviera todo a la normalidad. Me gustaría poder recordarte, te lo aseguro.

—Y lo harás. Sé que lo conseguiremos juntos —coge una de mis manos y la estrecha entre las suyas.

—¿Te importa si voy al baño un momento?

—Claro. Está dentro de mi habitación.

Solo hay una puerta en toda la zona diáfana, así que deduzco que se ha comido todo el espacio en ella y que solo cuenta con una habitación y un baño. Entro en su dormitorio y lo primero que veo es un pedazo de vestidor, ¡madre mía! Lo tiene todo colocado por orden cromático. Las perchas están a un dedo de separación entre ellas, y las prendas apenas se rozan unas con otras. Los jerséis doblados con precisión. Y los zapatos, con una lustre impecable, parece que nunca hayan pisado la calle. Cojo uno al azar y miro la suela. Pues sí, la han pisado. Pero lo que uno camina de casa a un coche y del coche a algún sitio.

Uno de los cajones tiene la superficie de cristal immaculado, y bajo ella se ve una colección muy bien surtida de relojes. Abro los que le siguen más abajo y encuentro del mismo modo colocadas las corbatas, los cinturones, los calcetines... como si cada mañana viniera el dependiente de una firma de moda a ordenárselo todo.

Finalmente, entro al baño. Sobre la encimera del lavabo hay una colección de perfumes, a cuál más caro, y lo mismo con las cremas que veo sobre una repisa, me recuerdan a lo que encontré en mi maleta a la vuelta del hospital.

Tras lavarme y secarme las manos, me tomo la licencia o la chiquillada, más bien, de desordenarle un poco la línea perfectamente trazada que forman sus perfumes y demás productos. Igual que me pone nerviosa que la puerta de un armario quede abierta, y tengo que acercarme en el acto a cerrarla, me pasa también con lo que está demasiado perfecto: necesito romper esa estructura.

—Tengo que irme ya —le informo, cuando dejo atrás su dormitorio.

Está cambiando de sitio el reposapiés, no le ha convencido dejarlo frente al butacón de cuero marrón y está probando qué tal combina con el estor de la zona donde ha montado su despacho.

—Pensaba que te quedarías a almorzar conmigo.

—¿Ibas a cocinar algo?

—No, yo no cocino. Ya lo sabes. Pero podemos pedir sushi o lo que te apetezca, si prefieres que nos quedemos en casa.

—Mejor otro día, ¿vale? —Intento localizar mi abrigo, lo había dejado sobre el diván de la entrada—. Tengo un compromiso.

—Espero que no hayas quedado con él —me advierte.

—No. Pero tampoco necesito tu permiso, si así fuera —respondo, algo irritada esta vez.

—Me parecería muy imprudente por tu parte que lo hicieras.

—Da igual lo que te parezca. Tarde o temprano, quedaremos para hablar las cosas.

—No entiendo qué tienes que hablar con él, Rebe. Te mintió. Se hizo pasar por mí. ¿Qué más necesitas para darte cuenta de que es un pirado?

Me sorprendo al escuchar esa última palabra. Quizás... yo también esté un poco pirada.

—Si quedas con él, quiero estar delante. No me fio ni un pelo de ese tío.

Yo: ¿Estás en casa?

Victor: No. Pero puedo llegar en media hora.

Es extraño que, en apenas cuatro semanas, un lugar desconocido se pueda convertir de la noche a la mañana en una especie de hogar. La calle que te lleva al bloque. Las tiendas que presencian tu llegada. El olor al cruzar el portal. El ruido del ascensor. El sonido del timbre. La cara que ves al abrirse la puerta. Los recuerdos que has ido dejando dentro. La calidez de un lugar imperfecto que en su día me pareció tan impersonal. La situación del sofá donde yo misma lo reubiqué. La mancha de vino en la alfombra que no fuimos capaces de disimular. La encimera de la cocina con la bandeja de los aliños y la del desayuno. El tostador y el exprimidor eléctrico, junto al microondas, preparados siempre para su uso inmediato. El dispensador de las especias bajo la ventana. Nuestras tazas favoritas del café junto a la cafetera...

—Si buscas el robot de cocina, lo he guardado en una caja y lo he puesto sobre la cómoda de tu habitación —le escucho decir a mi espalda. Son las primeras palabras que cruzamos tras el repaso de mi inventario mental.

—Ya te dije que allí tengo una. Quédatela tú —respondo, sin mirarlo.

Entro en mi habitación para recoger mi segunda maleta y el resto de mis cosas. Es por lo que he decidido quedar aquí y no en otro sitio. Quizás mi subconsciente quiso dejar parte del equipaje para obligarme a volver, a veces le gusta jugar conmigo.

Todo está tal y como lo dejé, a excepción de la caja que ha mencionado antes y mi maleta, que no está en el altillo sino encima de la cama.

—¿Has hecho mi equipaje?

—Iba a hacerlo. Pero al final no. Tampoco sabía que vendrías hoy, pensaba enviártelo si no dabas señales.

No hay muchas cosas. El mayor número de prendas ya me lo había llevado. Empiezo a descolgar perchas y a doblarlas con tranquilidad, sin ninguna prisa esta vez. Él permanece apoyado sobre el marco de la puerta, mirando al suelo pensativo.

—Si tienes algo que decir, mejor será que lo hagas ahora. En cuanto cierre la maleta me largaré y no volveremos a vernos.

—No sé por dónde empezar.

—Eso es muy fácil: treinta de octubre. ¿Te suena de algo? Tuvimos un accidente. Subí a tu coche y decidiste... Dímelo tú. ¿Qué pasó por tu cabeza ese día?

—Podría recitarte nuestra conversación de aquel día hasta con el más ínfimo de los detalles. La he revivido en mi cabeza en incontables ocasiones.

—Pues empieza por ahí.

—Cuando paré a tu lado y bajé la ventanilla dije: «Al aeropuerto, ¿verdad? Eres Rebeca». «Sí», respondiste. Bajé y metí tu equipaje en el maletero, mientras ocupabas tu asiento. Nos pusimos en marcha y por el retrovisor observé que estabas llorando. Al principio dudé en si decirte algo, por miedo a incomodarte. «¿Estás bien?», me decidí a preguntarte. «No», respondiste. Normalmente la gente no es tan franca en ese tipo de pregunta. «¿Te puedo ayudar?», me salió. «No, la verdad», dijiste, secándote las lágrimas con la propia mano. «Sea lo que sea, el tiempo lo cura todo». ¿Se puede soltar una frase más... manida? Eso lo pensé para mí. «Solo necesito olvidar», fue tu última frase.

—¡Toma karma! —agrego, y lo acompaño de una mezcla de suspiro o resoplido.

Sigo teniéndolo a mi espalda, lo prefiero así.

—Cuando salí del aturdimiento del impacto, vi que no respondías a mi llamada. Revisé a ver si tenías alguna herida grave externa, pero aparte de la nariz que te sangraba un poco, y del labio, no parecía que tuvieses ningún otro daño físico. Solo que no despertabas, te habías golpeado la cabeza con la ventana. Sin embargo, yo no me hice apenas un rasguño, me dolían las cervicales y me disloqué un poco el hombro. Cuando llegaron los servicios de emergencia, no les dije en principio que era un viaje de trabajo, porque tenía miedo de perderte de vista. Para ir en la misma ambulancia fingí que estábamos juntos. Mi intención solo era esa, llegar al hospital y tenerte localizada.

—¿Por eso te despidieron?

—No. Fui yo quien lo dejó, eso fue después.

—¿Y qué pasó en el hospital?

—A mí me dieron el alta enseguida en urgencias, lo mío fue ambulatorio. Tenía tu bolso en todo momento, no sé quién ni cuándo me lo entregaron. Temía que te hubieras despertado y no pudieras localizar a nadie. Decidí sacar tu documentación, memoricé tus datos y pregunté por ti. Me dijeron que no habías salido de la sala de observación, que no tenían más información para darme. Tu teléfono no había parado de sonar, tuve que ponerlo en silencio durante el trayecto de la ambulancia. Iván era el autor de las llamadas y recordé tu estado antes del accidente. Supuse que sería tu pareja y dudé si descolgar y contarle lo ocurrido, pero decidí no hacerlo. Después entraron una retahíla de wasaps que visualicé a medias a través de la pantalla bloqueada: coge el teléfono, tenemos que hablar, ha sido un malentendido... y cosas de ese estilo, que reafirmaron mi decisión de rechazarlo.

—Pero ¿por qué? —Ahora sí me doy la vuelta y lo miro fijamente—. ¿Nunca has discutido con tu pareja?

—Necesito contarte lo que ocurrió. Los porqués a estas alturas son lo de menos.

—Está bien. Continúa —termino cediendo.

Saco más perchas del armario y sigo doblando las prendas, sin esmerarme demasiado en no generar arrugas.

—Inés apareció en escena al día siguiente y me confundió con Iván. Te juro que pensaba sacarla de su error. Pero cuando le dije lo de tu accidente, me contó lo de tu padre. Decidí no aclarar que solo era el conductor que te llevaba al aeropuerto antes del accidente. Pensé que, en cuanto llegara algún otro familiar, me esfumaría.

—Y no llegó nadie —deduzco por mi cuenta.

—Tu madre, tres días antes de que despertaras.

—Así que todo ha sido fruto de la compasión. Te dio pena dejar sola en un hospital a esta pobre comatosa atormentada y desamparada —le recrimino—. ¿En qué momento se te ocurrió engañar también a la convaleciente? ¿Fue porque descubriste que me había quedado amnésica?

—Cuando despertaste, yo estaba allí. Reconozco que entré en pánico y me largué. Todos pensaban que yo era...

Se queda callado.

—... Mi novio. ¿Ahora te va a dar vergüenza la etiqueta? Pero si lo has hecho muy bien durante todo este tiempo —afirmo, irónica.

Evita discutir.

—Decidí marcharme. Pero se pusieron en contacto conmigo y no dejaban de insistir en que debía acudir, que era probable que sufieras algún tipo de amnesia postraumática y que estabas confusa.

—Así que volviste porque tenías vía libre para alargar la bola.

—¿Crees que todo esto ha sido un juego para mí?

—Si no fuera así, ¿por qué no me lo has confesado antes?

—Porque... temía tu reacción. Sabía que no ibas a entenderlo.

—¡Es que no hay Dios que lo entienda, Iván! Digo, Víctor o ¡como puñetas te llames!

—Lo sé —dice, metiéndose las manos en los bolsillos del vaquero—. Ni yo lo entiendo.

—Y si todo fue tan fortuito y tan sobre la marcha como das a entender... ¿por qué mi teléfono estaba borrado cuando desperté? ¿Y las fotos de mi ordenador y todo lo que manipulaste en mis redes sociales?

—Tuve que meterme en tu teléfono para conocer un poco vuestra historia y que Inés confiara en mí. Era ella quien guiaba un poco mis pasos.

—Usaste mi huella para desbloquearlo, ¿no? —le pregunto, no sé si más dolida que furiosa.

Afirma con la cabeza.

—Solo trataba de recabar algo de información —se defiende, no se atreve a mirarme a la cara y observa las punteras de sus zapatillas—. Pero cuanto más me metía en tu vida, más atrapado quedaba en ella. Cuando llamó tu madre me alegré. Decidí que me quitaría de en medio. Pero tu amiga me puso al día, más o menos, de vuestra relación cuando le comuniqué que venía. Y tampoco la vi muy entusiasmada con la idea de ocupar mi lugar. Solo quedó en ir y venir, y me pidió que la mantuviera al tanto de cualquier novedad y que también seguiría en contacto con tu médico.

—¿Fue en este punto donde decidiste borrar a Iván de mi vida?

—No tuvo nada que ver. Lo hice porque dijiste que querías olvidar. Pero no contaba con la amnesia.

—¿Y quién te creías que eras para hacer eso... Dios?

—Cuando se acaba una relación —continúa—, nos torturamos con los recuerdos. Aunque nos hagan más daño. Ojalá alguien hubiera hecho eso por mí en su día.

—Al menos, tú tenías una caja para devolverle a alguien. Yo solo tenía este puto pañuelo que ni siquiera sé de dónde coño salió ni qué historia tiene detrás. —Se lo muestro con furia, empuñándolo.

Enseguida se dirige a la mesita, junto a mi cama, y abre el cajón, después saca un disco duro que reconozco enseguida. Lo deja sobre el pañuelo que acabo de colocar dentro de la maleta.

—Aquí tienes tu caja.

Cierro la cremallera y veo que se apoya de espaldas al armario, no sé si ya no tiene nada más que decirme o si espera a que sea yo quien le siga preguntando. Dejo la maleta en pie sobre sus ruedas, pulso el botón para liberar el tirador y me dirijo a la puerta.

—Adiós, Víctor.

Capítulo 44

—Pasa, Víctor, y siéntate. Cuánto tiempo sin venir. Pensaba que habías dejado la consulta, te saltaste la última visita.

—Lo siento. He estado muy ocupado.

—Me sorprendió verte de nuevo en mi agenda. ¿Va todo bien?

—Sí. Mejor.

—¿Por qué? Cuéntame.

—Ayer me despedí de Rebeca, y me he deshecho de sus cosas.

—¿Fuiste a verla? ¿Cómo te sentiste?

—Como si me hubiera quitado una gran roca de encima. También dejé nuestras alianzas.

—¿Cómo ves el futuro ahora? ¿Qué planes tienes?

—No lo sé. Creo que me apetece viajar.

—¿Viajar adónde?

—No lo sé, por Sudamérica quizás.

—¿Solo o con aquella chica que conociste?

—No. Aquello no funcionó.

—Quizás fue demasiado pronto. Aunque te sentó bien conocerla, ¿no crees?

—Sí. No sé... Tal vez debí pedir la baja, como me recomendó. Todo habría sido distinto.

—¿En qué?

—No la habría conocido.

—¿La conociste en el trabajo?

—Sí, más o menos. Pero ¿podemos hablar de otra cosa?

—¿De qué quieres hablar?

—Bueno, en realidad, solo quería decirle que ya estoy bien y que no voy a volver.

—La decisión es tuya, Víctor. Pero ¿de verdad lo crees así?

—Sí, solo necesito marcharme.

Capítulo 45

Rebeca

Madrid, 10 de diciembre

Hoy sí que es el primer día del resto de mi vida. Estoy en el aeropuerto, esperando mi vuelo a casa. Ayer cometí una locura. Una de esas que ni te planteas ni quieres hacerlo, simplemente surgen.

Me sentía demasiado afectada tras salir de casa. Cogí un taxi. Yo sola. Sin acompañante. Sin miedo. Al entrar en la habitación del hotel, dejé la otra maleta aparcada junto al armario sin deshacer y escribí varios mensajes:

Para Encarna: Siento que hayas tenido que verte envuelta en medio de todo esto, era una posición muy difícil. Te agradezco todos los buenos consejos. Me alegra que hayamos tenido la oportunidad de conocernos.

Para Inés: Nos vemos en cuestión de horas. No te sientas culpable, ¿cómo ibas a imaginar algo así? Y no te preocupes, ya lo he zanjado del todo.

Para mamá: Vuelvo a casa. Tómate esto como... Como quieras, es lo que vas a hacer de todos modos.

Para papá: Siento mucho no haber estado a tu lado en un momento tan difícil. Mañana te cuento y me entenderás. Recógeme en el aeropuerto. Mi vuelo llega a las doce.

Para Erika: Gracias por cuidarlo. Mañana estoy de vuelta. Guárdame el secreto unas horas más.

Para Vero: Cuando llegues el lunes a la oficina, entra en mi perfil y abre una carpeta con tu nombre. Ahí encontrarás todo lo que necesitas para salir del paso. Demuéstrale a esa bruja quién eres. Y lo del módulo de caracterización y maquillaje me parece genial, intenta compaginarlo. Puedes con eso y más.

Para Víctor: Era difícil, pero no imposible. Día 1 de mi llegada a tu casa: Ahora que estamos solos, voy a contarte la verdad. No soy quien he dicho ser, y estas son mis razones: [. . .] Ahora que sabes toda la verdad, solo depende de ti querer olvidar o recuperar tu verdadera historia. Y sí, los dos sabemos que habría elegido recuperar mi verdadera historia. ¿Qué importaba que hubiera discutido con mi novio? ¿Qué más daba que estuviera llorando y que quisiera olvidar? Sufrirlo también forma parte del proceso de superación. ¿Qué aprenderíamos de nuestras experiencias si tuviéramos la opción de pulsar un botón y hacer desaparecer las que no nos interesan porque nos causan dolor? Me robaste la oportunidad de saber qué falló en mi relación. Qué ocurrió exactamente el día que nos encontramos. Por qué hui de esa manera... Quizás en mis mensajes escritos para él estaban todas esas respuestas. Y te permitiste el lujo de borrarlos y de entrar en mi vida. Y también de llenarla de recuerdos nuevos. ¿Cómo borro ahora lo nuestro?

Ese mensaje no lo envié. Decidí borrarlo como él había hecho con todos los míos. Después de eliminarlo, recibí una notificación de mensaje:

Iván Molina: Para que luego no te quejes de que aparezco sin avisar.

Y un segundo después, el sonido de unos toques en la puerta anunció su presencia. Sin embargo, no me molestó. Creo que en ese momento nada habría sido capaz de perturbar mi estado de completa indolencia.

—Menuda fiesta te has montado, ¿no? —lo dijo sonriendo y me miraba de una manera diferente, como seductor, y no de la forma paternalista en la que se había comportado antes de despedirnos en su casa tras volver del Rastro.

La fiesta a la que se refería era por el desorden. Había sacado toda la ropa para distribuirla entre ambas maletas, y que no estuvieran las prendas tan apretujadas en la primera ni con tanto espacio libre en la segunda. Sin embargo, a mitad del proceso, se me ocurrió conectar el disco duro, que acababa de encontrarlo en la segunda, y ya perdí todo el interés en la tarea. No lo revisé entero al detalle, solo contenía fotos y me quedé en la carpeta de nuestro famoso viaje a Bali. ¿Por qué había tantas? Era insufrible ir pasándolas, hubiera sido más ameno grabar un vídeo. El resto de las carpetas eran fotos de vacaciones con él en Ibiza, más de cuando lo visité aquí, aunque no me sonaban los sitios, eran sobre todo fiestas, cenas... Aparecía gente que ni siquiera recuerdo tampoco. Busqué mensajes y correos, por si se le había ocurrido guardarlos también, pero no lo hizo. Cumplió con su misión de borrarle a Iván de la cabeza, por lo visto.

Aburrida, y algo hambrienta, olvidé que no había comido a mediodía, se me ocurrió bajar a la calle a comer en algún sitio, y terminé subiendo unos cuantos sándwiches de Rodilla y una bolsa de patatas fritas recién hechas de una tienda de frutos secos de la esquina. Aún no lo había recogido de la mesa cuando se me ocurrió escribir ese último mensaje que borré.

—¿Te apetece tomar algo? —le ofrecí, abriendo el minibar.

—No. gracias, estoy bien así.

Tiré los envases vacíos y envoltorios de la mesa, y le ofrecí una de las butacas para sentarse. Se quitó el chaquetón y decidió tomar asiento, mientras yo seguía con la tarea que había dejado aparcada y distribuía mi ropa entre las dos maletas.

—Inés me ha dicho que os habéis visto, que fuiste a recoger tus cosas. ¿Todo bien?

—De maravilla. ¿No me ves? —En ese momento reparé en mi atuendo, llevaba un camisón lencero en color negro y una chaqueta de punto larga que me había acostumbrado a usar cómo bata. Me la crucé y até el cinturón—. No me ha descuartizado ni nada como podrás comprobar.

—¿Sabes que eso te lo regalé yo? —Se refería al camisón que acababa de ocultar en parte.

—¿Elegías mi ropa?

—¡No! —se ríó al responder.

—Lo parece.

—¿Por qué dices eso?

—Porque cuando abrí mi maleta, tras el accidente, parecía la de otra. Y algunas cosas de las que me he comprado por mi cuenta, te han parecido un horror.

—¡Nada me ha parecido un horror! —se defendió.

—Si te hiciera una pregunta, ¿serías capaz de responderme con absoluta sinceridad?

—Lo hago siempre —afirmó muy serio.

—¿Descubrí algo turbio el día de mi accidente?

—No. —Me miró a los ojos al responder, parecía completamente sincero.

—¿No ha habido nadie que se interpusiera entre nosotros?

—Nadie. Te lo aseguro.

Le vibró el móvil en el bolsillo y se sobresaltó. Miró la pantalla y volvió a guardarlo en su sitio.

—Puedes contestar, a mí no me incomoda que lo hagas.

—Es del trabajo, y no me apetece.

—¿Te molestan los domingos también? —No lo dije con mala intención, solo estaba sorprendida.

—Cuando estamos en un proyecto gordo sí.

—¡Pues cógelo! —le animé—. Además, ya lo ves, estoy muy ocupada.

—No hace falta. Eso puede esperar. Venía a invitarte a cenar, es lo único que quiero hacer en este momento. ¿Qué me dices?

—Es que... no tengo hambre. —Enseguida noté la desilusión en sus ojos—. Pero puedo acompañarte y me tomo un postre.

—Pues venga. —Se puso en pie casi con un salto—. Te espero abajo en el vestíbulo mientras te cambias.

—No hace falta que te vayas —le dije.

Cogí un pantalón negro de la maleta y la expresión de su cara no pudo ser más explícita.

—¡Me elegías la ropa, so mentiroso!

Sonrió al escucharme.

—Es que, después de verte con esa prenda tan sexy, y sustituirla ahora por un pantalón que parece que vayamos de funeral...

Saqué un vestido holgado en tono burdeos y negó con la cabeza.

—Ese lo odiamos. Creí que ya te habrías deshecho de él —respondió en tono divertido.

—¿Lo odiamos? —me reí a carcajadas y lo descarté, dejándolo caer sobre la cama. No entendía muy bien por qué, pero me apetecía dejarme llevar e intentar reconstruir un capítulo cotidiano de mi antigua vida. Entender quién era o en quién me había convertido con él—. ¿Y qué me dices de este otro?

—Para el sitio al que vamos, necesitas algo con más... —Chasqueó los dedos en sustitución del adjetivo que no pronunció.

—¿Montábamos este tipo de numeritos cada vez que salíamos a cenar?

—No. Siempre estrenabas algo nuevo. Se encargaba tu *personal shopper*. Nunca fallaba.

«¡No jodas! ¿Me convertí en una de esas? Ahora entiendo por qué me pareció la maleta de otra, ¡es que literalmente era de otra!»

Saqué un par de medias de un cajón y me las coloqué tomándome mi tiempo. Notaba su mirada clavada en mi dirección. Después abrí el armario y descolgué un abrigo negro. Me deshice de la chaqueta de punto, me enfundé el abrigo sobre el camisón de seda, crucé una solapa sobre la otra y lo ajusté con la hebilla de su cinturón. Metí los pies en unos zapatos de tacón negros y el teléfono en mi bolsillo. Vi que dentro tenía una barra de labios en tono rosado y me los repasé un poco frente al espejo del propio armario.

—¡Lista!

En ese momento no supe descifrar su cara.

—No pensarás quitarte luego el abrigo, ¿verdad?

—Depende. ¿Hace calor en ese sitio al que vamos?

—No fastidies, Rebe. Me conoce mucha gente aquí.

—Pero a mí no.

—Sufriste algo más que una amnesia —afirmó riendo, pero agarró su chaquetón y salimos.

Sonó otro mensaje cuando estábamos en el ascensor, aunque esta vez era para mí. Saqué el teléfono del bolsillo.

Victor: ¿Sabes por qué soñaste una vez que teníamos que ir a una boda a la que tú no llegabas y te parecía que yo estaba triste? Porque en realidad te lo conté todo mientras dormías en el hospital. Te conté quién era. Todo. También quise hacerlo después. Me lo planteaba cada día. A veces deseaba que recuperases la memoria para obligarme a ello, a pesar de estar convencido de que tu reacción sería la que ha sido. Tienes razón, no debí jugar a ser Dios. Tus recuerdos, malos o buenos, eran tuyos. Espero que las fotos te estén ayudando a recuperarlos.

—¿Estás llorando?

—No. No es nada —respondí, limpiándome la cara disimuladamente—. Mi padre sufrió una angina de pecho hace poco y no he podido ir a verlo. Dice que va a recogerme mañana en el aeropuerto.

Cogimos un taxi en la puerta del hotel y nos dirigimos al restaurante.

Yo: ¿Por qué tenías un anillo con mi nombre en tu cajón?

No pensaba responderle jamás, pero la intriga me estaba matando desde el día que lo descubrí.

Victor: No puedo responderte a eso.

Yo: Empiezo a pensar seriamente que eres un pirado.

Victor: Si con eso vas a sentirte mejor.

Yo: Me sentiría mejor si no te hubiera conocido.

Victor: Yo no.

Yo: Claro, qué fácil es para ti todo esto, ¿no? ¡Cómo te has divertido a mi costa! Debería hacer lo que todos me han aconsejado, ¡denunciarte!

Victor: Lo entendería.

Yo: Métete tu maldita condescendencia por donde te quepa.

No volvió a escribir ningún mensaje de vuelta y creo que eso me cabreó más. Apenas probé bocado durante la cena, pero sí regué el estómago con el vino que pidió mi acompañante, sin ahorrarse ni un solo detalle de sus características: afrutado, con cuerpo, suave, aterciopelado... parecía que se hubiera inyectado una puta enciclopedia vinícola por el trasero.

Tras la cena, propuso acercarme al hotel, pero a mí me apetecía seguir en la calle, a pesar de que hacía un frío de mil demonios y de que mi atuendo no me lo estaba poniendo nada fácil en ese aspecto, ya que había salido del restaurante sin algo extra para combatirlo. Pero aun así, no quería volver. Me entristecía regresar a ese sitio. No deseaba enfrentarme a otra noche de insomnio en la que no podría levantarme a preparar café ni pasar por su habitación para observar su sueño. Necesitaba sacármelo de la cabeza y pensaba que la única forma era alejándome lo máximo posible de su mundo. Y estar con el verdadero Iván me ayudaba a salir de él.

Tomamos una copa que debí ahorrarme, y el resto vino casi de la mano. Ya en el taxi de vuelta se intuía lo que iba a ocurrir a continuación, y ni siquiera llegamos a cruzar los seis pasos que distaban de la puerta de la habitación a la cama. Me deshice del cinturón del abrigo y enseguida vi nuestros reflejos cargados de excitación frente al espejo del armario. Fue rápido, fuerte, nos costó encontrar el mismo ritmo, lo tenía a mi espalda y en un momento dado sentí algo extraño, algo que no terminaba de funcionar del todo, vi nuestras imágenes en el espejo y perdí la conexión con él, y también conmigo misma. Era un recuerdo que había pasado por mi cabeza fugazmente. Cerré los

ojos para recuperarlo. «No pares ahora», me pidió. Pero yo ya no estaba allí, sino en los servicios de su oficina. Empapada. Me estaba secando el pelo con el aire del secador de manos y oí un sonido extraño. Pensé que provenía de fuera y me asomé al pasillo, algo asustada, porque con el ruido del secador me había parecido un grito. Comprobé que no había nadie y que no se oía una mosca fuera. Volví a ponerme frente al espejo y a los pocos segundos vi en ese reflejo a mi novio saliendo del urinario, iba abrochándose los pantalones. Enseguida advertí la presencia de Alex, colocándose el vestido en su sitio. No fui capaz de decir ni una palabra, creo que mi cerebro no terminaba de asociar la información. Él hablaba, no sé lo que decía, el corazón me iba a mil y notaba las pulsaciones martilleándome las sienes. Intentó retenerme cogiéndome del brazo cuando agarré el mango de mi maleta. Ahí sí conseguí reaccionar y le grité que no me tocara. Bajé las escaleras a toda velocidad y me alegró ver al conserje ocupado en una llamada, así pude recuperar la otra maleta sin dar explicaciones. Abrí la aplicación de Uber y pulsé sobre el recorrido que había hecho hasta allí. Creo que mi propio cerebro se puso en modo piloto automático para elegir el trayecto de vuelta.

A los pocos minutos apareció ante mí una sonrisa amable llamándome por mi nombre. Yo seguía aturdida y apenas reaccionaba, pero enseguida se bajó del coche y se ocupó de mi equipaje. Me observaba por el retrovisor disimuladamente, mientras yo intentaba contener las lágrimas. Cruzamos varias frases que ni recuerdo. La ira comenzó a apoderarse de mí y decidí responder los mensajes de texto que estaba recibiendo, en los que el muy sinvergüenza trataba de manipular la realidad y hacerme creer lo que no habían visto mis ojos.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —dije ahora, alejándome de él todo lo que la habitación me permitía.

—Pero ¿qué estás diciendo? —Se abrochaba el pantalón sin dar crédito a mi reacción, me lo contaban ahora sus ojos de mentiroso.

—¡Acabo de recordarlo, joder! ¡Os pillé en los servicios!

—Aquello no significó nada, Rebe. Te lo aseguro. Fue una tontería sin importancia. Ni siquiera hemos vuelto a vernos.

—No quiero saber nada. —Y era verdad. No me importaba lo más mínimo. Ni siquiera lo recordaba aún como a mi novio. Solo tenía clavada esa escena en mi mente, que me martilleaba intentando abrir paso a otros recuerdos que no terminaban de llegar—. ¡Lo nuestro se acabó, joder! ¡Vete!

—No puedes hablar en serio, Rebe. Nos queremos —seguía insistiendo—. Superaremos esto. Ahora que has recuperado la memoria, sabes lo que tenemos.

—Te equivocas. —Ni siquiera estaba triste—. No sé en qué coño estaba pensando cuando decidí venir aquí. Pero de lo que menos me arrepiento es de haber querido darte una sorpresa. Fue realmente constructiva.

Capítulo 46

—El día anterior al accidente, acababa de mudarme a la nueva casa. Necesitaba salir de aquella otra que me estaba consumiendo por sus recuerdos. Casi todas sus cosas se las había llevado su familia, solo conservaba algunas más relevantes, incluidas nuestras fotos, que decidí meter en una caja para no tenerlas a la vista. Incluso me planteé dejarla abandonada en el altillo de nuestro dormitorio, pero en el último momento cambié de opinión y la llevé conmigo. Muy bien precintada para evitar la tentación de revisarla y seguir torturándome. Justo al día siguiente era nuestro aniversario de boda, habría sido el sexto. ¿Cuántas probabilidades había de que, justo ese día, me entrara un aviso de servicio con una mujer que tenía su mismo nombre?

—Una entre un millón.

—Ni siquiera me he atrevido a confesárselo a la psicóloga.

—No sabía que tenías una.

—Me ayuda desde que falleció Rebeca.

—Yo no entiendo mucho de estas cosas, hijo. Pero si sigues con toda esta bola... al final os pasará factura.

—Pero no sé cómo hacerlo. Cada día que pasa es más difícil.

—Y más que lo va a ser, no hay más que veros juntos.

—En el fondo, ella le echa de menos. Aunque no sepa que existe, está dentro de ella.

—Porque no sabe que es un sinvergüenza y que se pasea con otra tan campante. Tenías que haberle hecho una foto cuando te los encontraste, para que ella sepa de la clase de tipejo que se ha librado.

—Pero a lo mejor no estaría con otra si yo no hubiera interferido, podrían haberlo solucionado. No va a perdonármelo cuando lo sepa.

Capítulo 47

Rebeca

Ibiza, 22 de abril

Han sido unos meses frenéticos de trabajo, reencuentros, decisiones importantes y, sobre todo, reconciliaciones. La emoción de mi llegada a casa estuvo repartida entre la ilusión y cierta dosis melancólica por lo vivido durante ese periodo en Madrid, y disputándose el puesto también entre esos huecos de mis recuerdos olvidados, que, poco a poco, fueron volviendo a su sitio. No ocurrió de golpe, como yo había imaginado, sino algo así como un proceso paulatino: unos recuerdos ayudaron a abrir la puerta de otros, y así, paso a paso, fui armando el puzle que semanas atrás me parecía imposible.

No llevé a cabo lo que una vez le dije a Víctor que haría: plantarme con un cuenco de palomitas para visualizar mentalmente toda esa trayectoria de casi dos años de vivencias. Pero sí que abrí mi cuaderno de recuerdos y pude responderme al fin todas aquellas dudas que se me crearon tras despertar.

Mi padre se tomó fatal que nadie le hubiera dicho nada sobre lo mío. Creo que en eso tuvimos una misma reacción. Aunque se alegró de verme antes de conocer la noticia y comprobar que no tenía ninguna secuela del accidente, ni siquiera una pequeña cicatriz. La que llevaba no era visible. Me recogieron los tres: Erika, Hugo y él. No me sorprendió verlos juntos, esa parte ya la tenía plasmada en mi mente; en eso me ayudó el hijo, que se enteró por Inés de lo que había pasado la noche anterior y contactó conmigo por videollamada.

—¿Por qué no me contaste los problemas? —me dijo—. Podía cambiar mi vuelo y quedarme unos días más en Madrid. ¿Seguimos enfadados?

—No, no es eso. Todo ha ocurrido muy deprisa y... tampoco te recordaba a ti. No me nació, Hugo. ¿Qué quieres que te diga?

—¿Ahora te recuerdas?

—Sí, aunque no del todo. Pero te siento familiar, no sé cómo explicártelo.

—¿Quieres hablar con ellos? Están abajo.

—No, prefiero hacerlo mañana en persona.

Hablamos más de una hora y me explicó todo lo del proyecto, cómo habían entrado a formar parte ellos y los planes que tenían al respecto. Poco a poco mi mente empezó a abrirse y tomaba forma todo lo que me estaba contando, unido a las imágenes que mi cerebro me iba mostrando y su voz, los gestos..., me venían recuerdos de una fiesta en la playa, y vi también a Mauricio tocando la guitarra, y a Alejandra a su lado, mirándolo ensimismada, lo mismo que a Inés bailando con Hugo y rebosantes de esa complicidad que compartían.

Llegar a mi casa fue lo más extraño. Cuando abrí la puerta, sentí que hacía una eternidad que no la cruzaba. Tan solo habían pasado cuarenta días y, sin embargo, era como si mi memoria hubiera plasmado esos años que yo perdí de mi vida real en una ausencia ficticia. Quizás fue por la manera en la que me aferré a aceptar la supuesta vida que creía haber perdido junto al falso Iván.

Su casa y sus cosas fueron la única referencia de la que disponía, y me abracé a ellas con fuerza para tener una base sólida de la que partir. Incluso cuando me desperté aquella primera madrugada en mi casa, me sentí desorientada por la ubicación de la luz que entraba por la ventana, en el lado opuesto al de la suya.

Visité a mi amiga esa misma tarde, otro ancla al que me vino bien sujetarme.

—¿Cómo estás? Me tenías muy preocupada. Menudo hijo de puta, ¿no? —fueron sus primeras palabras—. Y esta vez me refiero a Iván.

—No quiero hablar de eso, Inés —dije, tras despegarnos del abrazo—. Vaya panza tienes, ¡es enorme! Por cámara no parecía tan grande. ¿Cuándo dices que nacen las crías?

—En marzo.

—¿En marzo? Pero ¿esto va a crecer más?

—Sí, hija, sí...

—Se me hace tan extraño estar aquí —me senté junto a ella en el sofá y miraba todo como embelesada.

—Normal, si es que somos idiotas. Hacía siglos que no venías a mi casa.

—Me refiero a la isla.

—¡Venga ya, Rebe! No irás a decirme que te arrepientes de haber dejado a Iván. No vas a marcharte de nuevo, ¿verdad?

—¡Claro que no! Solo digo que es... raro. —Me estaba quitando los zapatos para subir los pies al sofá como ella—. De alguna forma, me había acostumbrado a vivir allí en esa extraña... situación.

—¡Tú sigues con el Síndrome de Estocolmo! —afirmó, visiblemente preocupada.

Sonreí por su ocurrencia.

—¿Crees que necesitaría ir a un psicólogo?

—Pues... tal vez sí... Has pasado por una experiencia muy traumática: primero pillas a tu novio cepillándose a una tía en los servicios de su oficina, después tienes un accidente y pierdes la memoria, convives con un tío que se hace pasar por él, descubres que tu verdadero novio es un narcisista estirado pero aún así te lo montas con él y, para rematar, vuelves a descubrir que se tira a la mujer de uno de tus clientes... Entre esto y el material que tienes con tu madre podrías forrarte si lo dejas caer en las manos adecuadas.

—Saldría una historia terrorífica, seguro.

—O no, depende de los dedos que muevan los hilos.

—Bueno, vamos a cambiar de tema. —Le dio un trago al agua de un vaso que tenía sobre la mesa auxiliar y arrugó la frente, intuía la conversación que se avecinaba—. Me dijo Hugo que aún no habéis aclarado lo vuestro.

—Es que no tenemos nada que aclarar. Yo decidí tener a las gemelas por mi cuenta, y él se desentendió en su momento. Ahora es tarde.

—Pero ¿cómo se te ocurrió hacer una cosa así? —Me atreví a reprocharle. No recordaba los términos de nuestra anterior discusión y tampoco pretendía entrar en otra ahora—. Si lo extraño es que aún se replantee algo contigo.

—Se me fue un poco de las manos, ya sabes que siempre he querido tener un hijo. Y me daba tantísima pereza lo otro. Era el candidato perfecto: buenos genes, iba a casarse, se marchaba al extranjero...

—Y si esa era tu intención, ¿por qué se lo contaste?

—Porque me pillé por él como una gilipollas.

—Y te jodió que se largara, ¿no?

Afirmó con la cabeza y se miró la panza, acariciándola a su vez.

—Bueno, y tú qué, ¿has vuelto a saber algo del innombrable? —dijo, para cambiar de tema.

—No. Ni quiero. Ya me contó todo lo que tenía que decirme y he borrado su teléfono.

—¿Por qué se le ocurriría hacer algo así? —se extrañó por primera vez, en conversaciones anteriores solo se refería a él para pedirme que lo denunciara—. Parecía un tío muy cabal.

—Le dio pena que nadie acudiera al hospital, eso me dijo. ¿Te lo puedes creer?

—Bueno, eso lo entendería. Pero no hacía falta que se hiciera pasar por tu novio para eso, podría haberse quedado a tu lado diciendo la verdad hasta que tu madre o Hugo o incluso tu padre, cuando se encontró mejor, alguien podría haberse hecho cargo. Lo que hizo fue de enfermo mental.

—También vosotros se lo pusisteis bien fácil...

—Joder, Rebe, fueron las circunstancias. ¿Crees que yo no habría ido, si me hubiera encontrado en otras condiciones? Y tu madre no se quedó porque te vio bien acompañada. Hablaba maravillas sobre él.

—Me cuesta tanto entender que hiciera algo así —confesé, visualizando en mi cabeza momentos que habíamos pasado juntos—. Te juro que parecía normal.

—Ya, eso dicen siempre en la tele los vecinos de los asesinos: parecía tan normal... que nadie se esperaba una cosa como esta.

—Tampoco lo compares con un asesino —lo defendí—. No es ese su perfil.

—Quién sabe... Debiste ponerte en contacto con la policía y asegurarte, al menos, de si tenía o no antecedentes.

—Ya lo hizo el detective que contrató mi madre, y está limpio.

—¿Y tu madre se quedó tan campante cuando se enteró? Yo habría llamado directamente a la policía.

—Habló con Encarna, la señora esa amiga nuestra, y le contó la verdad. Incluso lo de los cuernos de Iván y que él le había visto con ella no sé dónde durante mi convalecencia. Que lo sabía desde que me dieron el alta en el hospital, él mismo se lo había confesado. También la convenció de que él quería contármelo personalmente, que todo estaba bien y que nos habíamos enamorado. ¿Te lo puedes creer? Por eso mi madre se quedó tan tranquila.

—Es que yo lo creo también, Rebeca.

Días más tarde, cuando me sentí más preparada, tuve una larga conversación con Encarna. Necesitaba respuestas de su propia boca, no eran suficientes las que me proporcionó mi madre.

—Vino a contármelo el día que te dieron el alta, te dejó en casa y volvió. Estaba muy preocupado. No sabía cómo enfrentarse al paso que había dado, llevándote allí, y me lo confesó todo. Lo suyo y lo tuyo.

—¿Y qué es lo suyo?

—¿No te lo ha contado él?

—No.

—Pues eso es cosa suya, yo no puedo meterme ahí.

—¿Vas a venirme con esas ahora, Encarna, después de lo que me habéis hecho? Porque has

sido su cómplice, lo quieras aceptar o no. —Se me llenaron los ojos de lágrimas, aunque intenté que no se me notara en la voz—. Confíe en ti por él, y en él por ti también.

—Lo sé, hija. Lo sé. Y no te creas que no me pesa.

—¿Y no merezco saber toda la verdad?

—Ese chico estaba viviendo un infierno antes del accidente. Se le murió la mujer por un cáncer en seis meses. Justo cuando mejor estaban. El día del accidente habrían hecho seis años de casados y justo apareciste tú, con su mismo nombre. Creo que eso le trastocó un poco. Y cuando te vio sin conocimiento, le vino todo lo malo. Revivió lo que pasó con ella. Él solo quería que despertaras. Pensaba marcharse en cuanto lo hicieras. Lo demás le sobrevino luego.

—Así que todo fue un plan de reemplazo —respondí, con una punzada de dolor en el pecho—. Se murió su mujer y buscó sustituirla con una pobre amnésica que no sabía ni donde tenía el norte.

—No te lo tomes así, mujer. Él no intentaba sustituir a nadie. Esa herida la llevará él siempre. Yo creo que lo vuestro fue porque tenía que ser, dos jóvenes viviendo juntos... Era normal que tarde o temprano saltara la chispa.

—Sí, claro, y yo mientras tanto llorando por las esquinas con mis confusiones y mis sueños de una vida olvidada... ¿No os daba pena verme así, Encarna, como una pobre desgraciada inventándose fábulas sobre un amante imaginario?

—Pues claro que sí, hija, y tuvimos nuestras discusiones por ello. Pero tampoco sabíamos cómo actuar.

—Podríais haberle dado toda la información a un psicólogo y que él me tratara. Pero claro... cómo ibais a hacerlo sin que él llamara a la policía, que es precisamente lo que yo debería haber hecho.

Le colgué el teléfono de malas formas. Me sentía tan herida.

Después recibí la llamada de su nuera, tratando de ablandarme. También la de Vero. Ellas no supieron de los tejemanejes de la abuela y el innombrable hasta que saltó todo por los aires.

Aunque poco a poco se me fueron aplacando los rencores y decidí perdonar a Encarna. Lo hice porque la ingresaron de nuevo, esta vez por una caída con una fractura de cadera como resultado. Cuando la visitaba Vero, aprovechaban para llamarme y encendía la cámara. Extrañamente, sentí cierta nostalgia de aquellos días vividos en Madrid.

En cambio a él no estuve dispuesta a perdonarlo. Ni tampoco lo pidió. Lo cierto es que desapareció del mapa. Lo último que supe de él, por ellas, es que se había ido de viaje a Nueva York para visitar a su hermano. Me pareció extraño, porque recordaba que me dijo que vivían en Boston. Bueno, en realidad lo tenía anotado en mi archivo de mentiras, que es como empecé a llamar a esa parte del cuaderno. A saber lo que sería verdad a estas alturas.

Tampoco volví a tener noticias de Iván. Aunque sí lo vi en alguna fotografía en compañía de la recauchutada, no sé si seguiría casada con mi antiguo cliente o si solo aparecía en calidad de amiga de cara a la galería. Pero, visto lo visto, llegué a la conclusión de que a mi madre le van los jovencuelos, y a mi ex las maduritas... Con este sí que habría tenido futuro la señora Robinson, hice bien en guardar las distancias y no presentarlos. Aunque en este caso habría ayudado a terminar con la farsa desde el mismo instante en que apareció en escena ella, Víctor no podría haberla engañado y antes de que despertara todo se habría resuelto. Hubiera sido muy diferente mi recuperación de haber sido así, sin la presencia del impostor.

Debo reconocer que mi madre está irreconocible. Creo que la ruptura con el jardinero marcó un antes y un después en su existencia, y ahora afronta la vida de otra manera. Incluso luce un estilo menos marcado, más natural y elegante. Abrió un centro de yoga y se la ve feliz y entregada

al proyecto. Su relación con mi padre ha mejorado notablemente, no así con Erika. Pero nadie contaba con ello, claro. Y conmigo está aprendiendo a ganarse mi cariño o, más bien, mi confianza.

Hoy he decidido disfrutar de un día de playa casi veraniego para ser abril. He intentado arrastrar a Inés para que se despegue un poco de las gemelas, pero desde que retomó su relación con Hugo no hay quien los separe.

Salgo del agua y me tumbo sobre la toalla. Estoy en una calita solitaria acompañada por el único amigo que guardo en mi bolsa playera: un libro. Aunque lo he abierto y cerrado dos veces. Me siento algo inquieta por dos llamadas perdidas que tengo de un número que no está en mi agenda, pero sé a quién corresponde perfectamente. Lo memoricé antes de borrarlo. ¿Por qué lo hice? No lo sé. Quizás, desde que perdí la memoria, tengo miedo a olvidar del todo. También porque, desde que la recuperé, sueño que la pierdo y hablo con él en ellos. Unas veces estamos en el metro y él se levanta del asiento y corre hacia el andén, justo antes de que se cierren las puertas. Y me dice: ¡Corre, Rebeca, que ya hemos llegado! Pero cuando yo reacciono, las puertas se cierran y veo que se queda al otro lado, mirándome, mientras mi vagón echa a andar y se aleja. En la siguiente parada me bajo, subo las escaleras a toda prisa y trato de cruzar al otro lado de la vía para volver a buscarlo. Pero siempre hay algo que me lo impide, ya sea una avalancha de gente que me corta el paso o unas escaleras que nunca terminan.

—¿Qué quieres? —finalmente me decido a responder.

—¿Te pilló en mal momento? No quiero molestarte, pero hay algo que deberías saber.

—¿Vas a contarme otra milonga que se te quedó en el tintero?

—No se trata de mí.

—Bueno, pues di lo que tengas que decir de una vez.

—Encarna ha fallecido esta madrugada.

—Pero... Eso es imposible. No puede ser... Ayer me escribió, me dijo que había ganado un bingo. Estaba tan contenta... Iba a comer con sus amigas el domingo. ¿Estás seguro de lo que dices?

—Lo siento, Rebeca. También me ha impresionado la noticia. Te lo digo por si quieres ir al funeral.

Cuelgo el teléfono como una autómatas. Creo que ni siquiera he respondido ni me he despedido. ¿Cómo es posible que se haya muerto Encarna? Estaba tan bien tras la rehabilitación. «¡Niña, te habría encantado el fisioterapeuta! Es así del estilo de Víctor». Lo dijo para sacar el tema, para hablarme de él, lo hacía constantemente. «¿Sabes quién acaba de irse justo ahora mismito de aquí?».

No puedo creerlo.

No puede ser cierto.

—Me da miedo que te vayas, después de lo que pasó la última vez.

—Pero, papá, no voy a tener un accidente de coche cada vez que salga de aquí, ¿no crees?

—Lo sé, pero aun así...

—Solo pasaré una noche fuera. Hugo y Alejandra se quedan al mando. No te preocupes por nada, ¿vale?

Aterrizo al día siguiente, no sin temores camuflados en mi maleta. Han pasado algo más de seis meses desde el accidente, y a mí me parece que fue en otra vida. En realidad no sé a qué le temo más, si al dolor de la despedida, al recuerdo de lo vivido aquí, a verlo a él...

Dejo mis cosas en el hotel donde me hospedo y enseguida me dirijo a la iglesia donde se celebra el funeral de Encarna. Está toda la familia y algunas amigas que me presentó en su día. Al resto de los allí presentes no los conozco, excepto a Víctor, que ha cruzado su mirada con la mía en la misma puerta, aunque enseguida he cambiado mi foco de atención hacia otro lado y he pasado de largo. No tengo intención de acercarme a él, tan solo daré el pésame a la familia. Al fin y al cabo, ya está todo dicho entre nosotros.

Verónica se acerca a mí y me da un caluroso abrazo, enseguida se nos llenan los ojos de lágrimas.

—Jo, no paro —dice, secándose las mejillas—. Pensaba que hoy no me quedaban ya lágrimas, después de todo lo que solté ayer, y no hay manera. Gracias por venir desde tan lejos.

—¿Cómo no iba a venir? —respondo, tratando de recomponerme—. Aunque os haya conocido en tan poco tiempo... no sé, de alguna manera formáis parte de mi vida.

—¿No has visto a Víctor? —lo busca con la mirada.

—Sí, sí, nos hemos cruzado antes.

Acaba de localizarlo y está haciéndole gestos con la mano para que se acerque a nosotras.

—Siéntate con ella —le pide cuando llega a nuestro lado—, yo tengo que acompañar a mis padres.

Se aleja y nos deja allí plantados. Tomamos asiento, pero no decimos nada, ni siquiera nos miramos. Enseguida comienza la misa y nos entregamos al recuerdo de Encarna.

Cuando todo termina y camino a la salida del cementerio, noto que sigue mis pasos. Ha estado todo el tiempo a mi lado. Supongo que, al fin y al cabo, teníamos la misma relación con esa familia. Somos dos extraños que aparecieron en sus vidas de una manera extraña y fortuita.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —me ofrece, al verme sacar del bolso el teléfono.

—¿Es que vuelves a trabajar en Uber?

Noto que se ha quedado algo descolocado.

—Veo que conservas tu extraño sentido del humor —dice, sin moverse de mi lado.

—¿Pensabas que cambiaría al recuperar la memoria?

No responde.

—Bueno. No quiero molestarte —añade, algo más serio—. ¿Estás bien?

—Sí. Me va bien. Espero que a ti también.

—Me alegro —es su respuesta.

—¿Y tú? —pregunto sin pensar, me ha salido solo—. ¿Estás bien?

—Sí. Bien. Todo bien.

—Vale, pues... adiós.

Continúo mi camino y abro la aplicación para pedir un coche.

—¡Rebeca! —Oigo a mi espalda, y sus pasos avanzan hasta colocarse a mi lado de nuevo—. Sabes que no fue mi intención hacerte daño, ¿verdad?

—Sí —respondo enseguida—. Eso es de lo único que estoy segura.

—Sé que hablaste con Encarna de lo mío, me lo contó, y la respuesta es no. —Lo miro intentado averiguar a qué se refiere, y traigo a mi mente aquella conversación con ella, la única que mantuvimos sobre él. Tras esa llamada en la que colgué de malas formas, le pedí que no volviéramos a hablar sobre ese asunto ni de Víctor para separar nuestra amistad de la que ella mantenía con él. Aunque el pacto se lo saltara a la torera siempre y lo mencionara como el que no quiere la cosa para mantenerme informada sobre él cuando le parecía.

—No intentaba sustituir a Rebeca —añade—. Eso sería imposible.

—Lo sé —respondo.

—Pero...

—... No necesito que te justifiques más —le corto—. Creo que, por mucho que lo intentes, jamás comprenderé lo que te llevó a hacerlo.

—Sí lo entenderías.

—No —insisto—. Además, me duele. Pensaba que no, que lo había superado. Pero no.

—¿Crees que podrás perdonarme algún día? —seguimos caminando sin rumbo fijo, al menos por mi parte.

—Sí. Claro. Te perdono. Ya lo tienes.

—No me refería a eso.

—Perdonar es fácil. Olvidar, no. O sí, mira, un buen golpe en la cabeza y... —Me mira con ojos tristes—. Lo sé. No tiene gracia. Pero es lo que hay... Víctor. Ni te imaginas lo que me ha costado acostumbrarme a tu nombre. Y qué fácil para ti, ¿no? —Ahora no nos miramos, solo caminamos a paso lento—. Rebeca, un nombre que lo cambió todo. ¿Qué habría sido de mí si me hubiera llamado... Paula? ¿Me habrías dejado tirada como una colilla? —Ha sonreído al escuchar mi última frase—. ¿Te hace gracia?

Me siento dolida por su reacción.

—Es que acabas de decir algo que pensaba muchísimas veces durante tu amnesia. ¿Cómo habría sido tu recuperación si yo no hubiera interferido?

—Pues ya te lo digo yo, tardé dos días en cuanto apareció el verdadero Iván —respondo, sin disimular mi resentimiento—. Tú solo fuiste un obstáculo para mi recuperación.

—En cambio, tú para mí fuiste un bote salvavidas —agrega enseguida, y no puedo evitar que sus palabras me derrumben—. Me conociste en un momento jodido y... no sé... solo puedo darte las gracias.

—Siento lo que te pasó. —Y lo digo de verdad. Desde que Encarna me confesó su historia, he buscado la manera de justificar sus acciones, tratando de meterme en su pellejo y recreando una y mil veces toda la historia—. Tuvo que ser muy duro. En el fondo entiendo que te volvieras un poco loco.

Sonríe.

—No estaba loco. O sí, no sé. Creo que estaba... perdido.

—Ya sé dónde ibas cuando no querías decírmelo. Me lo confesó Encarna también. —Se me han humedecido un poco los ojos, no sé si por acordarme de ella o por la situación en general—. Ojalá me lo hubieras contado todo, hasta podría haberlo entendido.

—No lo habrías hecho, Rebeca. Dentro de ti bullía tu historia, y no estabas abierta a nada más.

—Y me dejaste hacer el ridículo hablándote de un amante que creía tener... Fue muy cruel por tu parte.

—Lo sé. Pero tampoco era ridículo, tú solo querías recordar al novio que creías tener. Y el tipo era un cabrón.

—Y si lo era, ¿qué? —pregunto, ahora más enfadada que dolida y paro de caminar—. Formaba parte de mi vida, no de la tuya

—Tienes razón —responde—. En fin... Voy a marcharme —agrega, girándose para continuar su camino en la dirección contraria, donde ha dejado aparcado su coche.

—Sí, yo también. Me alegra haberte visto.

—Te deseo lo mejor, Rebeca.

—Gracias. Cuídate.

Capítulo 48

—Ojalá hubierais podido arreglarlo cuando vino al funeral. Mi abuela se lo habría tomado como su último granito de arena.

—Lo nuestro era un caso perdido desde el principio, Vero. No tiene arreglo posible. Nunca seré bueno para ella.

—¿Por qué piensas eso? Eres un tío cojonudo. Si no me doblaras la edad ni saliera con Samu... te tiraría la caña.

—¿De dónde has sacado que te doblo la edad?

—Va en serio, ¿por qué no haces algo? Yo creo que hacéis buena pareja. Además, cuando estuve allí en verano la noté triste. No era como antes.

—Bueno, es normal que se sienta así, ha pasado lo de su ruptura, el accidente, lo del padre, lo de tu abuela... Necesita tiempo para recuperarse.

—Y lo tuyo, no te lo saltes. No sé por qué piensas que no eres bueno para ella.

—Por mi pasado. Siempre dudará de mis sentimientos.

—Pues no lo entiendo. Ella también ha tenido otra pareja, ¿tú creerías que está pensando en el otro mientras está contigo?

—No es lo mismo, Vero. Pero tampoco tiene ningún sentido discutirlo. Ella tiene su vida allí, y sé que eso es lo único que la hace feliz.

—Vale. No voy a insistir más.

—¿Sabe que dejaste la inmobiliaria?

—Sí. Ella entiende lo que significa que me hayan cogido en esa tienda de cosméticos.

—Pero te pagan una miseria y trabajas demasiadas horas, ¿no?

—¿Tú sabes lo difícil que es meter la cabeza ahí?

—Pues mi casero es un hueso muy duro. Como te retrases dos días, prepárate a sufrir su acoso. Además, lo tienes en el piso de arriba.

—Eso no me lo advertiste cuando me ofreciste quedármelo.

—Todavía estás a tiempo de no firmar el contrato.

—A Samu le han hecho fijo, tranquilo. ¿Y tú adónde irás?

—Ni idea. A partir de ahora seré una especie de viajero por el mundo.

—¿Y de qué vas a vivir?

—He vendido mi casa. De momento... no tengo que preocuparme por eso.

Capítulo 49

Rebeca

Ibiza, 11 de octubre

—Papá, ¿otra vez aquí?

Desde que volvieron de Frankfurt, lo tenemos en el Bahía día sí y día también.

—Es que en casa me aburro, y Erika no soporta que le dé conversación mientras pinta.

—Deberías buscarte un hobby tú también.

—Prefiero hacer algo útil. ¿Te ayudo con eso? ¿Dónde está el de mantenimiento?

—Sufrió un pequeño accidente doméstico anoche y no puede venir. Acaban de traer las buganvillas y me he decidido a plantarlas.

—Pues, ¿ves que he hecho bien en venir? Voy a ayudarte.

Se remanga ambos puños de la camisa y se agacha para coger una de las macetas.

—Cuidado que...

—... ¡Me cago en la leche!

—¿No ves que tienen pinchos, papá? —le digo—. Anda, mejor ve regando esas de ahí que ya están plantadas.

Nos quedamos un rato en silencio, cada uno entretenido en su tarea. El tono fucsia de las flores le está dando un bonito colorido al cenador de la terraza del restaurante, voy a enredarlas para que crezcan en sus columnas.

—¿Qué pasó con Iván? No me atreví en su día a preguntarte, noté que te sentías incómoda cuando salía el tema —dice, sin mirarme.

Ha puesto un chorro pulverizador en la manguera y está humedeciendo también las hojas y las flores, aunque tiene pinta de que va a llover hoy.

—Pues... digamos que... no era la persona que yo pensaba —respondo mientras intento sacar la planta de su envase de plástico presionando para aflojarla—. Tenías razón en lo que me dijiste cuando decidí marcharme, si es eso lo que esperas que te confirme.

—Hubiera preferido equivocarme, la verdad. —Ahora sí nos miramos—. Es que... aunque me alegra que estés aquí, no has vuelto a ser la misma.

—Estoy bien, papá. Solo... han pasado muchas cosas.

—Lo sé. Hablé con tu madre cuando te marchaste al funeral de aquella mujer, y me contó lo del otro.

Me quedo boquiabierta. Se suponía que a mi padre no íbamos a contarle nada que no fuera estrictamente necesario. Para él yo estuve siempre acompañada de mi novio hasta que me recuperé y decidí regresar porque echaba de menos mi vida aquí.

—¿Por qué te lo contó? —protesto—. Nunca se puede confiar en ella.

—Hizo lo correcto, Rebeca —la defiende enseguida—. Me pareció muy extraño que fueras al funeral y que no te sirviera con dar el pésame a la familia por teléfono, con todo el lío que tenías aquí en aquel momento. Y apenas los conocías, solo habías estado allí un mes y poco más.

Después, al contármelo ella, lo entendí.

—¿Qué entendiste?

—Que con tu problema de la memoria te habías apoyado en ellos como en una familia, o eso es lo que dice tu madre que pasó.

—Sí, algo así —afirmo—. Ya puedes regar esta de aquí también —le pido, cambiando de tema.

—¿Y qué pasó con el chico? Me contó tu madre que os entendíais muy bien.

—No tan bien.

—Pues ella me contó que sí —insiste—. Al menos hasta que salió todo a la luz.

—Ya, pero no podía ser de otro modo.

—Pues yo me alegro de que se descubriera lo del otro sinvergüenza.

—Vaya, veo que no se ha dejado ni un detalle fuera —replico, algo molesta.

—No, de eso nos enteramos después por Hugo. Y si lo llevo a tener delante...

—¡Papá, me estás regando!

—¡Uy, perdón, hija!

Nos reímos.

—Menos mal que tenías esa posición del chorro y no la de ducha.

—Es que me estaba imaginando lo que tuviste que pasar y me hierve la sangre —insiste con el asunto, ha vuelto a ponerse serio.

—Aquello está más que olvidado, papá, de verdad. Ni siquiera me duele —le explico, y lo siento así. No lo digo para quitarle hierro al asunto ni por hacerme la fuerte—. Quédate tranquilo. La pérdida de memoria me ayudó a superar lo de Iván sin darme cuenta, solo sentí decepción.

—Hizo bien en no cogerle el teléfono y alejarlo de ti, si te interesa mi opinión.

—No estarás hablando en serio, ¿verdad? —Ya ha parado de regar y ocupa una de las sillas de la terraza—. Era un completo desconocido tomándose la justicia por su mano. ¡Menuda familia de chalados que tengo!

—¿Y no era el otro también un desconocido el día de la inauguración? —Me está mirando con una sonrisilla sospechosa—. Porque no tuviste ningún reparo entonces para estrenar uno de los apartamentos con él.

—El bocazas de Hugo también, ¿no?

—No, hija, te vi con mis propios ojos cogiendo las llaves del armario.

—Bueno, sí, vale —termino aceptando—, era un desconocido. Pero no me mintió ni se hizo pasar por quien no era. Iván vino de frente.

—De frente, sí, pero acompañado.

«Vaya, no se le escapó una».

—A ver, papá, ¿adónde quieres ir a parar con esto? —pregunto, un poco exasperada ya y avergonzada por mi hazaña también, para qué negarlo—. ¿Quieres que admita que me equivoqué con Iván? ¡Pues sí, lo hice! ¿Te quedas más tranquilo así?

—No era eso, pero vamos a dejarlo. No quiero que nos enfademos.

—Y deberías buscarte algo que hacer por las mañanas —le sugiero—. ¿Por qué no haces yoga con mamá? ¿A ti no te ha convencido aún?

—¿Y escuchar luego a Erika en casa? No, gracias.

Capítulo 50

Rebeca

Ibiza, 5 de diciembre

Mi vida ha recuperado su ritmo habitual previo al accidente. Bueno, tampoco esa palabra, habitual, sería la correcta ya que Iván formaba parte de ella en esa época. Ahora es todo muy distinto. Más sencillo. No tengo la necesidad de encajar su tiempo libre con el mío, que nunca coincidía, ni discutir porque no sea capaz de delegar mi trabajo en manos ajenas. Aunque en estos momentos ni siquiera tendría ese problema porque están Hugo y Alejandra, que dejó Inmosunny y la reclutamos enseguida. No me guarda rencor por haberle robado a Iván, o al menos no desde que inició su relación con Mauricio. De todos modos, nunca hubo nada serio entre ellos. Era un rollo pasajero según afirmaba él cuando nos conocimos, y después me lo confirmó ella también.

Ahora formamos un buen equipo en el Bahía, nos coordinamos a la perfección para descansar. Inés sigue en Inmo, fue la que nos sugirió el fichaje de Alejandra. Ella ni se planteó trabajar con nosotros cuando se lo propuso Hugo, cosa de la que me alegré. Prefiero tenerla solo de amiga. Además, alegó que su relación no duraría ni dos días teniendo al semental al lado las veinticuatro horas, esas fueron sus palabras.

Y mi padre sigue pasándose por aquí cada mañana, pero ya solo se toma un café conmigo y charlamos un rato. Después se marcha a un club de golf al que le animó su mujer a apuntarse. Bueno, más que animar... le regaló un equipo de palos por su cumpleaños y, con la excusa de que lo estrenara, terminó cediendo. Pero, al parecer, le ha cogido el gustillo y ha contagiado su entusiasmo a otro de sus amigos. Eso le ayuda a no aflojar.

—¿Puedes venir a la recepción? —Es una llamada de Alejandra a mi teléfono—. Hay un problema con una reserva.

—¿Y no puede solucionarlo Hugo? Me pillas cambiándome para yoga.

—No sé dónde está. Ha venido Inés con las gemelas y han desaparecido. De todas formas, me dice el cliente que hizo la reserva contigo.

—Vale. Espera un minuto que vuelvo a vestirme, no voy a salir con estas pintas delante de un cliente.

Me pregunto dónde se habrá metido Hugo, si justo acababa de cruzarme con él cuando he ido a cambiarme. Tres días en semana voy al centro de yoga de mi madre y comemos juntas. A veces, incluso la dejo convencerme para una sesión de spa que tanto le gustan. Sigue intentando meterse en mi vida, y yo enseguida activo mis defensas soltando solo lo que me interesa o no me importa que sepa. Aunque no ha vuelto a fallarme, si obviamos que se saltó impunemente el pacto de no contarle a mi padre todo lo que ocurrió en Madrid. En su defensa argumentó que era necesario que él obtuviera toda esa información por su boca o, de lo contrario, si se enteraba por la de la arpía, se volvería de nuevo todo en su contra. También agregó que bastante esfuerzo le había costado recuperarnos, no estaba dispuesta a arriesgar ahora. Lo cierto es que tienen una relación envidiable mis padres de divorciados. Incluso creo que, si no existiera Erika, correrían el peligro

de volver. Pero mi padre está felizmente casado, y ella lo respeta.

Al llegar a la recepción, siento un vuelco en el estómago. Mis ojos acaban de cruzarse con otros en color gris que me observan fijamente, esa inconfundible mirada que me traje grabada en el recuerdo y que ahora me ha dejado clavada sin saber cómo reaccionar.

—Dice que hizo una reserva, pero no aparece —me indica Alejandra, visiblemente preocupada—. Lo he mirado incluso en el próximo mes por si nos hubiéramos confundido.

—¿Qué haces aquí? —me dirijo a él directamente, mi compañera me mira intrigada.

—Me hablaron muy bien de este sitio y decidí venir a conocerlo.

No parece el mismo que conocí un año atrás. Está morenísimo y eso hace que sus ojos resalten aún más en su contraste. Lleva el pelo muy, muy corto y luce una barba muy bien cuidada. Sigo alucinada, es tan extraño verlo aquí. Así. Tan diferente, además. Aún no creo que sea él.

—Pues estamos en vísperas de un puente. Está todo ocupado —confirma ella algo apurada.

—No te preocupes, Ale, ya me ocupo yo. En realidad es... un amigo.

Afirma con la cabeza y nos deja solos. Doy la vuelta al mostrador y me quedo a medio metro de él. Nos observamos como si hiciera una eternidad desde la última vez que nos vimos. Y es que en realidad ha pasado ese tiempo.

—No me puedo creer que hayas venido sin avisar —le digo.

No hay contacto entre nosotros, solo una incómoda distancia.

—Alguien me dijo una vez que en temporada baja era la mejor fecha para descansar aquí, aunque no sé ni en qué día vivo.

—Pues ese alguien te dice ahora que no vas a encontrar un alojamiento disponible en toda la isla.

—Entonces, tendré que acampar en la playa. ¿Cuál era el sitio aquel que tenía la mejor puesta de sol?

—No lo sé, creo que te las enumeré todas. Puedes acampar una noche en cada una.

—Eso suena muy bien también —afirma, sin borrar la sonrisa que ha mostrado desde el minuto uno—. ¿Podemos tomarnos algo juntos, al menos?

—Tengo que cancelar una cosa que tengo ahora. Pero sí, claro, por qué no.

Al final me he tomado el resto del día libre y hemos salido a comer. Aunque a mi madre no le ha hecho ninguna gracia, no se ha tragado la excusa que he inventado para cancelar nuestros planes. Pero no me he atrevido tampoco a contarle la verdad, cosa que sí habría entendido. Junto con Encarna y Vero, fue de las que más insistió en que lo perdonara. No sé si se pusieron de acuerdo. Después, tras el fallecimiento de Encarna, dejaron de hacerlo. Lo dieron por imposible. Incluida Vero que me visitó a finales de julio acompañada por su novio. Tuve que ponerme seria con ella para que dejara de insistir. No era algo que dependiera de mí. Yo habría dado lo que fuera por que las cosas entre nosotros hubieran sido diferentes. Pero no estaba en mi mano aquello. Lo nuestro solo había sido una farsa, un consuelo en un momento duro de su vida. Ni siquiera me arrepentía ya de aquello, fue positivo para superar lo de Iván. Aunque también contraproducente, ya que olvidarlo a él ha sido una de las cosas más difíciles a las que me he enfrentado. Y eso que tratar de recordarlo, cuando ni siquiera existían esos recuerdos, ya fue complicado. Aún así, mi mente suele jugar a traérmelo algunas noches de una forma más bien

retorcida. Incluso una vez era él quien estaba hospitalizado y yo la que le hablaba mientras dormía, y cuando se despertaba le pedía al doctor Martín que me sacaran de la habitación, que no quería verme allí, que no era yo la Rebeca que él quería.

Qué extraño se me hace verlo aquí ahora, sigo sin creérmelo del todo. Él, sin embargo, parece estar en su salsa, como si yo aún no hubiera despertado de aquel sueño de la amnesia y no supiera que es un impostor. Solo que no se muestra tan cohibido ni reticente como entonces. Quizás, el hecho de no llevar esa carga de la mentira, le hace más libre o ser él mismo.

Ahora estamos en mi casa. He decidido alojarlo aquí, ¡qué remedio! No iba a dejarlo acampando por ahí a su suerte. Aunque hemos tenido que dejar su equipaje en el Bahía porque justo hoy había ido a trabajar en la moto, iremos después a recogerlo.

—Entiendo que no quisieras hacer obras, es preciosa así como está. —La recorre con la mirada nada más entrar.

—¿Eso lo dice tu visión objetiva de arquitecto experimentado?

—Muy aguda —responde, y se ríe con ganas.

Pensaba que iba a molestarle el comentario. Aunque me ha salido sin pensar en realidad, no pretendía incomodarlo. Va tocando todo lo que encuentra a su paso mientras yo me quito la chaqueta y la dejo dentro del armario de la entrada. Ahora ha cogido una foto familiar y la estudia detenidamente. Es de mi graduación en el instituto, aparezco con mis padres. También puse una de la boda de mi padre con Erika y nosotros de padrinos, porque a ella parecía incomodarle ver esa foto de mis padres en un momento en el que fueron felices juntos. La otra opción era quitarla de en medio para evitar malos rollos, pero me la regaló mi madre enmarcada cuando nos reconciliamos y me pareció más coherente la otra opción, incluirlos a ellos sobre ese mismo mueble. Aunque ella mete en el cajón de la cómoda la de su exmarido cuando me visita; yo me hago la despistada y la vuelvo a sacar cuando se marcha. Y así están las cosas. Bien. Mejor que nunca, la verdad.

—Tienes dos habitaciones disponibles —le informo—, elige la que prefieras.

—¿Lo decido yo? —Suelta el retrato y le muestro los dormitorios, están justo en la zona contigua al salón donde nos encontramos—. ¿Y tú dónde duermes?

—La mía está arriba —respondo, y le voy siguiendo por la casa. Aunque creo que debería ser al revés, pero me agrada este Víctor tan espontáneo. Ahora ha abierto la puerta del baño de abajo y lo mira con atención.

—Es justo como me lo describiste —añade—. Se te da bien.

No digo nada. Acabamos de entrar en la cocina.

—¿Te apetece un café? —Afirma con la cabeza y se dirige hacia el ventanal que da al jardín.

Me ha ido contando durante la comida que en estos meses ha estado viajando por distintos lugares del mundo: Dinamarca, Holanda, Suecia, Tailandia, Grecia... y no recuerdo qué otros sitios más. El siguiente destino era Estambul, pero al final lo ha aplazado.

—¿No te da miedo vivir aquí sola? —Se ha apoyado sobre la encimera mientras lleno la cafetera de agua y observa lo que hago—. La verdad es que no imaginaba tu casa en mitad del campo, no me parecía tu estilo. La ubiqué mentalmente en una especie de urbanización más concurrida.

—Es un sitio muy tranquilo, no me da miedo. Ya estoy acostumbrada —afirmo.

—Pues entiendo que te costara decidirte a ese gran cambio de marcharte —añade—. Es que no tiene nada que ver esto con aquello.

La luz que entra por el ventanal hace que entorne los ojos mientras habla, marcándole las líneas de expresión que reflejan lo vivido. Ha parado de hablar de improvisado, y su sonrisa se muestra

ahora con cierta complicidad. Creo que me ha pillado observándole con más detenimiento del que me había permitido hasta ahora. Centro mi atención en sacar las tazas del café y enseguida me las quita de las manos para colocarlas sobre la mesa, como hacíamos antes. Solo que el escenario es distinto y nos falta la naturalidad de entonces.

Se ha acercado de nuevo a mirar por el ventanal de la cocina. Acaba de subirse un gato al balancín junto a la mesa donde, si hiciera sol, estaríamos tomando el café. Pero el día no acompaña, está nublado y ha llovido algo durante el almuerzo. Me acerco a su lado mientras esperamos a que suba el café.

—¿Es tuyo? —se refiere al gato—. ¿Cómo se llama?

—No tengo ni idea —respondo, mirando al animalillo que también nos observa desconfiado desde el otro lado del cristal—. Se cuela de vez en cuando para ver si me he dejado algo olvidado sobre la mesa. Sabe que a veces lo hago.

Acaba de rozar su mano con la mía, creo que sin querer, y mi cuerpo ha reaccionado con un familiar revoloteo en el estómago, interrumpido ahora por el característico sonido del burbujeo en la cafetera a nuestra espalda.

Tras desconectar la cafetera, ocupo una silla frente a la que ha escogido él. Está tan cambiado que me cuesta reconocerlo. Me ha venido a la mente lo que me dijo Iván una vez: Si tuvieras una gemela, pensaría que la tengo delante en este momento.

—¿Qué pasó con él?

—¿Me has leído el pensamiento o qué? —Me mira extrañado—. Es que justo estaba pensando en él. —Lo digo sonriendo—. Rompimos el día que recuperé la memoria. Bueno, en realidad ya habíamos roto antes del accidente. Aunque eso ya lo sabías por mis mensajes, supongo. —No le miro al decirlo, todavía me incomoda lo que pasó.

No dice nada. Pero sé que tiene algo en mente.

—¿Cómo llego? Me refiero a tu memoria. ¿Cómo... surgió? ¡A ver si lo adivino! —agrega enseguida, sin darme tiempo ni a pensarme la respuesta—. Le llamaste al descubrir lo mío, quedasteis en su casa, abrió la puerta, os mirasteis a los ojos y ¡zas! una gran explosión de recuerdos a veinticuatro fotogramas por segundo inundó tu mente.

Ha hecho el gesto de estallido con las manos para acompañar su relato. No sabría descifrar el tono en el que lo ha dicho. Pero si pretendía que me pareciera divertido, ha conseguido justo lo contrario. Me ha cortado el buen rollo que habíamos recuperado. Y no ha sido solo por el tonillo extraño en el que lo expresaba, he notado algo en su mirada, como una especie de... resentimiento.

—Sí, fue algo así —respondo sin más.

Se queda callado. Está jugando con la tapa de una bombonera que hay sobre la mesa, su borde es dentado como el de la base, y la va girando y soltando, distraídamente, haciendo que encajen.

—¿Esperabas otro tipo de respuesta? —me lanzo a preguntar.

—No. Bueno, no sé... La otra tú era más...

—... ¿Dicharachera?

—Iba a decir expresiva.

Nos quedamos en silencio. Ahora sí se parece más al que conocí. Creo que este tema le lleva a ese extremo.

—¿Pensaste que te llamaría al recuperar la memoria? —Se me acaba de pasar por la cabeza esa idea a raíz de su comentario sobre mi recuperación—. Me refiero a si te planteaste que perdonaría lo tuyo al descubrir lo de Iván.

—Puede que sí. —Me mira fijamente al decirlo, tal vez busca mi reacción—. Pensé tantas cosas...

—¿Por qué no me lo contaste tú mismo cuando fui a recoger mi maleta aquel día? Tenías toda esa información en la mano para hacerte perdonar.

—No quise interferir más de lo que ya lo había hecho.

—¿Y no pensaste que eso también era una forma de interferir? Imagina que no llego a recuperar la memoria nunca —le recrimino—. Me habría tragado que solo tuvimos una discusión sin importancia en su oficina. No hubiera sido justo para mí ser ajena a ese engaño, ¿no crees?

—Me planteé contártelo, si te soy sincero. Pero lo echabas tanto de menos que... no sé, me sentí incapaz de hacerlo.

—¿Por qué has venido? —le pregunto abiertamente.

—No lo sé... —me mira uno o dos segundos y vuelve a prestar su atención a nada en concreto. Ahora es su taza, tras darle un sorbo al café, su punto de interés—. Ayer estaba en el aeropuerto de Atenas haciendo tiempo para volar a Estambul y escuché una conversación donde una chica le decía a su amigo: «El verano que mejor lo pasé fue en un viaje que hice con unas amigas a Ibiza. ¡Fue la hostia, tío! Salíamos por la mañana a la playa y volvíamos al día siguiente, de marcha por ahí con las chanclas y todo... No sabíamos ni en qué día vivíamos». —Lo relata imitando o poniéndole cierto énfasis a las palabras de la desconocida—. Tuve como una especie de... flash. Lo recibí como si hablara de ti, como si tú fueras una de esas amigas con las que había disfrutado allí ese verano. —Vuelve a mirarme, ahora fijamente—. Te recordé contándome aquellas anécdotas con aquel entusiasmo que desprendías ese día y... me di la vuelta y compré el primer vuelo que encontré para venir.

—Así que es eso, quieres probar el embrujo de la noche ibicenca, ¿no?

Intento recuperar el tono del principio, el que hemos tenido desde que llegó y durante la comida.

—Pues sí. Ya ves... —Sonríe—. Vero me dijo que no conoces Ibiza si no la pateas con alguien de aquí, que ese era tu lema.

—Pero para eso tendrás que volver en temporada alta. Has venido en la época de los jubilados —afirmo riendo—. Por cierto, ¿te has tomado un año sabático?

—Algo parecido.

Me quedo un momento esperando una explicación que no recibo. Se ha limitado a darle otro sorbo al café.

—Nunca te di las gracias, pero ¡gracias! De verdad.

—¿Por manipular tu disco duro?

—No. —Sonríe—. Por cuidarme.

—En realidad, estábamos en el mismo barco. Cada uno con lo suyo. —Mientras habla se entretiene con unos granitos de azúcar que han caído sobre la mesa.

—Ya. Pero tú no tenías la culpa de lo que ocurrió ni ninguna obligación conmigo. Fue mi familia quien no estuvo a la altura de las circunstancias. A saber lo que pensarías de todos ellos.

Sonríe.

—Creo que ni lo pensé. Lo acepté todo como vino y ya.

—¿En serio que no pensaste que éramos una familia de chiflados?

—Bueno, tú la que más.

Nos reímos. Pero enseguida nos atrapa el silencio.

—Siento lo que te dije la última vez que nos vimos. No me di cuenta.

—No sé a qué te refieres —le digo, bastante intrigada.

Se rasca la mejilla antes de responder, ese gesto tan suyo que me lleva a pensar que se siente inseguro con la conversación.

—Te dije que no eras la sustituta de Rebeca, que eso sería imposible. Creo que la última frase sobraba y noté que te dolió.

—No me dolió por las palabras, sino por el tono que usaste.

—Pero no era eso lo que quería decir en realidad —añade—. Ella siempre será ella, y tú siempre serás tú.

Me da miedo tocar ese terreno, pero no puedo evitar sentir curiosidad.

—Imagino que... tuvo que ser muy dura vuestra despedida.

—Mucho. Ni te imaginas cuánto. Ha sido la peor experiencia por la que he pasado —lo dice mirándome fijamente.

—Háblame de esa otra vida. Bueno, si quieres —rectifico.

—Ya lo hice en su día. Cada vez que se llevaban a Encarna de la habitación, te contaba la verdad sobre mí. Y, para serte sincero, aquello prefiero dejarlo atrás. De hecho, ya lo dejé atrás.

No sé qué responder. Entiendo que no quiera hablar de ello. En realidad he sacado el tema, no solo por curiosidad sino por normalizar un poco el asunto, para que no sea una especie de tabú entre nosotros.

—¿Hubo algo de verdad en lo nuestro? —me atrevo a preguntarle.

—¿Todavía lo dudas?

—Siempre.

—Yo no.

—¿Recuerdas aquel cuaderno de recuerdos que fui construyendo durante mi amnesia? —Afirma con la cabeza—. En varias ocasiones me he sorprendido reconstruyéndolo en la dirección contraria, buscando qué fue real y qué coartada para que no te pillara en tu papel de Iván. Y no encuentro verdad en nuestra historia.

—Pues la hubo —afirma.

—¿Dónde? Porque cuando me parecías más real era cuando me contabas vuestras anécdotas: aquella historia de la tarta que le hacía tanta gracia a Encarna, el viaje a Nueva York, mis fingidas alergias... —le tanteo, observando su reacción minuciosamente. Su expresión es neutra, y no logro descifrar lo que pasa por su cabeza.—. Se te iluminaban los ojos cuando me hablabas de aquello, incluso dejabas de ser el taciturno que caminaba a mi lado a medio metro de distancia para no rozarme.

Se frota el pelo y se pone de pie, alejándose hacia el ventanal. Temo que mis palabras le hayan incomodado. Siempre hago lo mismo, tirar y tirar del hilo. Espero no haberlo roto.

—Yo no lo planeo, Rebeca. Sabes perfectamente cómo ocurrió —dice, girándose de nuevo hacia donde yo estoy, se ha apoyado sobre el alféizar de la ventana—. Ni siquiera estaba preparado para una relación. Hasta mi psicóloga se sorprendió cuando la hablé de ti. Aunque también fingí con ella, claro, me salté la parte de tu nombre y en la que me hice pasar por él.

—¿Lo ves? —agrego enseguida—. Al final, no hay nada de verdad en lo nuestro. Todo está contaminado por alguna mentira.

—¿Y Toledo? —Vuelve a ocupar su asiento, frente a mí—. ¿Tampoco fue real aquello?

—No lo sé. —Le estoy mirando como si tratara de leer en su mente lo que piensa—. Nunca sabré si realmente estabas conmigo o en tus ensoñaciones.

—Te equivocas —responde, negando con la cabeza a la vez para ofrecerme más credibilidad

—. Si alguna vez utilicé mis recuerdos, como lo del viaje, fue solo para salir del paso. Inventarme uno me habría quedado artificial, era más sencillo atribuirnos ese. Sabía que si te decía que no habíamos viajado, empezarían las sospechas y acabarías preguntándoselo a Inés.

En eso tiene razón.

—Fui implacable en busca de mi verdad, supongo.

Nos quedamos callados durante unos minutos, cada uno sumergido en sus propios recuerdos.

—Si hubieras tenido la posibilidad de decidir, ¿habrías preferido que desapareciera? —Me mira fijamente al preguntar—. Dejarte sola en urgencias o, simplemente, responder sus llamadas y que él hubiera ocupado ese lugar que no le permití.

—No lo sé —miento—. No me lo he plateado.

—¿Sabes una cosa? —agrega enseguida—. Pensaba que no te habría cambiado recuperar la memoria. Pero ha ocurrido. Cuando te conocí, eras más sincera. De hecho, fue lo que más me sorprendió de ti. Tu franqueza espontánea.

—Cuando me conociste, estaba muy perdida.

—Pues yo creo que estás más perdida ahora.

—Bueno, esa es tu opinión.

—Y tu tono, a la defensiva, me da la razón.

—¿Dices eso porque crees que me conoces?

—Pues claro que te conozco.

—Entonces es porque no he cambiado.

Se le escapa la sonrisa, creo que ni yo le encuentro el sentido a lo que acabo de responder.

—Ni te imaginas la de veces que he abierto los ojos en la oscuridad, pensando que te encontraría apoyada en el marco de la puerta mirándome.

—¿Para llamarme pirada? —Vuelve a reírse.

No le digo que yo también me he despertado muchas madrugadas pensando que aún estaba allí y podía cruzar aquellos cuatro o cinco pasos que nos separaban. Ni lo desolada que me he sentido al descubrir que no era así, que nos alejaba un avión y otro tipo de distancia más complicada que la física.

—Ya no me despierto apenas en mitad de la noche —es lo que le digo.

—Y no me extraña nada, aquí debe de haber un silencio sepulcral. —Ha vuelto a levantarse y mira al exterior, dándome la espalda—. Yo no sé si conseguiría acostumbrarme a dormir sin tráfico nocturno.

—En eso te doy la razón. Al principio eché en falta los sonidos —le confieso—. Por cierto, ¿cuánto tiempo tienes pensado quedarte?

—Una noche.

—¿En serio? —Me levanto también y me pongo a su lado. El gato ya no está, y la nube que anunciaba su lluvia se muestra ahora menos imponente sobre nosotros, tal vez se rinda y nos despeje el día—. ¿Y han sido así todos tus viajes?

—No, pero este solo es una parada en el camino. —No me mira al decirlo, sigue centrado en el paisaje.

—Pues con tampoco tiempo... no vas a conocer casi nada de la isla, me temo. —No esperaba esa respuesta, lo cierto es que me ha desilusionado un poco—. Pero puedo llevarte a cenar el mejor Bullit de Peix que habrás probado en tu vida. Conozco un chiringuito clandestino donde lo preparan de muerte.

Me dirijo a la mesa y cojo las tazas del café para ponerlas en el lavavajillas. Enseguida sigue

mis pasos y recoge el resto de las cosas que quedan en la mesa.

—¿Clandestino? —se interesa enseguida—. ¿Y cómo se llama?

—Ni idea. —Me mira extrañado—. Nadie sabe su nombre.

—¿Y también vas a llevarme a una de esas fiestas secretas en villas de lujo?

—¿A una de jubilados? Te recuerdo que no es verano.

—Entonces de lo del buceo y de aquella cala nudista... ni hablamos, ¿no?

Me mira con una sonrisa pícaro que me sorprende, y sus ojos desprenden otra luz, una muy distinta a la que recordaba, les falta aquel reflejo de melancolía que yo asociaba a la tristeza o a la decepción por nuestra situación; y que ahora, en cambio, rebosan de tanta vitalidad que es imposible no perderse en ellos.

—Aunque sí está la opción de cruzarnos a Formentera y la recorremos en moto —le ofrezco—. ¿Quién da más? ¡Habrás estado en dos islas en un solo día!

—Eso suena muy bien, pero... das un poco de miedo con la moto. —Se ríe al ver mi cara de asombro.

—Vale, miedica, prometo no correr.

Tan solo nos separa un paso, es nuestra incómoda distancia, la que se interpuso entre nosotros desde el principio, solo que por diferentes razones. La hemos franqueado durante el trayecto a casa en la moto, pero tenía la cabeza tan sobrecargada por la sorpresa y la conversación durante la comida, que ni siquiera he sido consciente de tenerlo tan cerca.

—¿Y nos dará tiempo a ver la puesta de sol en ese sitio que me describiste una vez?

—Me parece que quieres hacer demasiadas cosas para haber venido sin avisar, ¿no crees?

—Es que es así como surgen las mejores experiencias de tu vida. —Sonríe al decirlo y me mira fijamente, como si también quisiera leer lo que pasa por mi cabeza.

—¿Estás seguro de eso? Porque la única vez que me atreví a aparecer en un sitio por sorpresa, recuerda cómo acabó.

No sé si lo está recordando, sus ojos siguen cargados de ese brillo que descubrí esta mañana al encontrarnos en el Bahía, y nuestros cuerpos ya se han encargado por su cuenta de renunciar a esa pequeña distancia que nos separaba.

Otros títulos

Treinta postales de distancia

Sofía es alocada, divertida y desordenada. Jaime es organizado, metódico y supersticioso. Sofía acaba de dejar a un novio que no la merecía y no quiere que le vuelvan a romper el corazón. Jaime acaba de divorciarse y huye del compromiso.

Nada haría pensar que dos personas tan opuestas puedan enamorarse. Hasta que ambos empiezan a coincidir en el ascensor. Y lo que parece ser un idilio irrefrenable, se complica cuando comienzan a aparecer otras personas en sus vidas que no se lo van a poner nada fácil. Novias celosas, ex que vuelven, amigas que no lo son tanto, amigos entrometidos... Al final, su futuro dependerá del contenido de unas misteriosas postales.

¿Y si no es casualidad?

Celia está convencida de que todo lo que ocurre en el universo, lejos de estar escrito en las estrellas, es fruto de la casualidad. Tiene una vida ordenada que comparte con Rubén, su novio, un abogado guapo y trabajador al que quiere mucho, aunque desearía que fuera algo más espontáneo y detallista. El día de su treinta cumpleaños, sus amigas le regalan un precioso vestido verde acompañado de una curiosa noticia: tienen la dirección de Marco Ferlini, un atractivo argentino con el que mantuvo una estrecha relación de amistad con derecho a cama y del que no volvió a saber tras la universidad. Y Celia, intrigada por su misteriosa desaparición, decide escribirle una carta. Pero quien responde, no parece ser el mismo. ¿Quién se esconde tras esa correspondencia?

A destiempo

A veces esperamos que la puerta que cierra el pasado permanezca así siempre. Pero Olivia no imagina que su hija, Elisa, llegará para abrirla a empujones en busca de un padre que no conoce. Un secreto que ha condicionado la vida de ambas y que removerá emociones en su presente. ¿Qué pasa cuando una madre que se cierra al amor convive con una adolescente de dieciséis años que se enamora de un desconocido por la red? Una historia de pequeñas mentiras y grandes secretos, de dos generaciones que tienen en común mucho más de lo que piensan. Todas las historias deben encontrar su momento, aunque la vida las traiga a destiempo.

¿Es tu última palabra?

Cuando el pasado regresa para remover emociones que estaban dormidas, Clara deja de ser la mujer segura de sí misma en la que se ha convertido. El amor aún es una moneda de dos caras capaz de erizarle la piel y abrir viejas heridas por igual. Roberto, Darío... nombres que la llevan hacia una encrucijada sentimental llena de desencuentros e instantes de felicidad.

Todo parece demasiado complicado cuando hay que caminar con los pies en el suelo.

La suerte de Clara será descubrir que la vida se ve distinta cuando se contempla desde una azotea.

De Abril a Julio

Cuando nuestro protagonista conozca a la chica de los anuncios, no será consciente del juego al que ha sido arrastrado sin proponérselo.

Ella acaba de aterrizar en la ciudad y se ha topado con un secreto sobre su hermana que no debería estar a su alcance. Lejos de ignorarlo, decide indagar por su cuenta y enredarse; lo que la llevará a aprender dos lecciones importantes:

Que las mentiras te envuelven hasta formar una burbuja de la que cuesta escapar; y que los asuntos en los que se hurga sin invitación previa pueden explotarte en la cara de la forma más inesperada.

Descubriendo a Broad

A sus dieciséis años, Melissa Grimm ya tiene claras muchas cosas. Entre ellas, que se ha enamorado perdidamente de su antiguo canguro, vecino y ahora también profesor particular de Física: Alan Lowe. El problema no es que se lleven tantos años, ni que su madre empiece a sospechar del asunto, ni que él salga con la odiosa Rebecca... El problema real es que también empieza a sentir algo por Ray Broad, el chico nuevo del instituto y la última conquista de su peor pesadilla en el instituto, Audrey Irwin.

Melissa no entiende por qué ha tenido que fijarse en ellos precisamente, justo los chicos de los que más alejada debería mantenerse.

Tampoco ha pensado en las consecuencias que podría acarrearle participar en ese juego. Aunque ya sea demasiado tarde para replanteárselo.

El juego de Alan

Melissa Grimm ha llegado a Los Ángeles y parece tenerlo todo controlado. Su primer año en la universidad promete ser interesante. Por fin va a coger las riendas de su vida y podrá dejar atrás sus complicadas amistades del instituto. Ahora es el momento de demostrarle a Ray Broad que, después de dos años, su relación es lo bastante madura para seguir juntos en la distancia. Aunque el futuro se presente con un chico misterioso que conoce el primer día, y el pasado se empeñe en volver de la manera más inesperada para traer de vuelta emociones que ya creía olvidadas. Alan Lowe, su antiguo canguro y amor de adolescencia, va a poner a prueba a la nueva Mel. Sin embargo, ella ya no es la alocada chica que solía meterse en problemas. Ahora es una mujer centrada y sensata, que no piensa entrar en el juego. Si es que eso es posible.

Sobre la autora

Nací en Madrid, me críe en un pequeño pueblo de Badajoz y hace más de una década que resido en Málaga. Mi interés por la escritura surgió a raíz del blog Sueños a contraluz, que abrí allá por el 2010, y donde podréis encontrar mis comienzos. La primera novela, Treinta postales de distancia, de género romántico contemporáneo, la publiqué primero en Amazon en 2012. Pronto logró una gran acogida, situándose en los primeros puestos de ventas durante más de un año. Gracias a ello, los derechos en inglés fueron adquiridos por una editorial norteamericana, Montlake Romance, que la publicó en inglés bajo el título: *Thirty postcards away*. Otras novelas de mi autoría son: *¿Y si no es casualidad?*, *A destiempo*, *¿Es tu última palabra?*, *De Abril a Julio*, *Descubriendo a Broad* y *El juego de Alan*.

Blog: <http://suenosacontraluz.blogspot.com.es>

Twitter: @SaraVentas_

Facebook: <http://www.facebook.com/saraventaslibros>

Instagram: @saraventas_

ÍNDICE:

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[OTROS TÍTULOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)